CARLOS KAUTSKY

EL PROGRAMA DE ERFURT

CON UNA INTRODUCCIÓN

DE

JULIÁN BESTEIRO

MADRID, 1933

INDICE

Paginas

INDICE

NOTA DE INTRODUCCIÓN

Este libro, cuya traducción ofrece hoy al público español la Fundación Cesáreo del Cerro, apareció por primera vez el año 1892.

En estos tiempos da rápidas y hondas transformaciones, no es extraño que haya muchas personas en duda acerca de que un trabajo destinado a explicar los principios fundamentales del ideario marxista, pero que cuenta ya cuarenta y un años de antigüedad, pueda ser de utilidad verdadera para un lector ansioso de encontrar una guia espiritual y una orientación segura en medio del caos de la sociedad contemporánea.

Para resolver esta duda debe tenerse, sin embargo, en cuenta que, desde la muerte de Federico Engels, no ha existido ningún escritor que pueda considerarse como un intérprete más fiel y mejor documentado que Kautsky respecto al pensamiento del fundador del Socialismo científico.

Mas no es sólo la justa fama adquirida por las obras de Carlos Kautsky lo que nos ha movido a publicar la traducción de esta obra, ni se nos oculta que, precisamente en estos últimos tiempos, especialmente a partir del año 1918, la reputación de este escritor, como Intérprete del marxismo, ha sido vigorosa y apasionadamente combatida.

Lejos de desconocer esa circunstancia, la hemos tenido, por el contrario, muy en cuenta.

En un trabajo reciente dice Carlos Kautsky que él es el último de los mohicanos. En efecto. Poco a poco han ido desapareciendo Plechanow, Axelrod, Vera Sazzulitsch, Jules Guesde, Paul Lafargue,

8, M. Hyndman, E. Belfort Bax, Eduard Bernstein. De los discípulos que recogieron la doctrina de loa labios mismos del maestro no queda en las filas socialistas mis que la venerable figura del anciano Carlos Kautsky.

Carlos Kautsky se aproxima ya a los ochenta afios de edad, y en estos diaa llenos de emoción, pletóricos de heroísmo, el alma de Carlos Kautsky vibra con entusiasmo de juventud y eon nobles alientos de luchador. SI en nuestros tiempos agitados fuera posible seleccionar, en los grandes movimientos de masas, algunas figuras simbólicamente representativas, un Plutarco o un Suetonio contemporáneos habrían de destacar la personalidad de Carlos Kautsky para construir un nuevo tratado de «viris illustribus».

Carlos Kautsky polemiza hoy con Federico Adler, oomo hace pocos afios polemizaba con Lenin y Trotsky; como en la revista «Ñauen Zeit», de recuerdo imborrable en los anales del Socialismo, discutía en otros tiempos con Bernstein, o como, en época más remota, criticaba, con Marx, los doctrinarismos de los secuaces de Bakunln y de Proudhon.

Es el sino del Socialismo científico y la herencia psicológica del maestro Carlos Marx.

Para el cumplimiento de la misión histórica propia del Partido Socialista la disciplina es una condición fundamental; pero la disciplina socialista no consiste en la obediencia ciega a los «ukases» de los jefes. La disciplina socialista es la aceptación voluntaria de las normas que a si mismo se da el Partido, y esa aceptación voluntaria no puede producirse sino sobre la base de una obra critica permanente y de una libérrima discusión.

El dia en que en un Partido Socialista se cegaran las fuentes de la critica, de la critica de sus propias ideas y de sus propias actuaciones, tanto como de la critica de los hechos y de los princl- oipios de los adversarios, ese dia el Partido habría perdido su propio carácter y se habría convertido en una secta de apasionados doctrinarios.

Ocasiones hay en que un espíritu no superficial, sino seriamente discrepante, probadamente fiel a la causa, como el do Kautsky, puede prestar al Partido Socialista de su país y al movimiento ínter-

nacional servicios incomparablemente superiores a los que pueden prestarle los afortunados lideres triunfantes, participes da momentáneos entusiasmos de la masa, por esforzados, hábiles y certeros que aparezcan sus movimientos, nadando a favor de la corriente.

Carlos Marx fué un discrepante de su época. Pero cuando a Carlos Marx la faltó la vida sus ideas se hicieron masa, o, mejor, las masas proletarias empezaron a abrazar BUS ideas.

Carlos Kautsky fué un discrepante cuando en las filas de la Internacional se empezaron a abrir paso las ideas reformistas, patrocinadas por una personalidad tan noble y tan alta como la de Bernstein.

Jamás el idearlo marxista ha recibido golpes más certeros y más duros que los que le asestaba el reformismo. Las apariencias todas favorecían en aquellos arlos el desarrollo de ia tendencia reformista. Los hechos que en apoyo de esa tendencia se alegaban eran ciertos. El número de los accionistas en las Sociedades anónimas aumentaba; las grandes propiedades territoriales se dividían; el ritmo de las crisis industriales se alteraba, y dejaban de aparecer con la frecuencia acostumbrada los periodos de depresión industrial.

Una observación Incompleta de la realidad y una critica deficiente de la evolución económica llevaban a muchos espíritus o abandonar la teoría de la concentración del capital, la teoría de las contradicciones internas del régimen capitalista y do las crisis Inevitables de la producción; la teoría de la proletarízación creciente de las masas y de la acentuación de la lucha de clases.

Hoy la revolución industrial que se está produciendo en Europa, en América, en el mundo todo, ha resuelto aquellas dudas y ha dado un triunfo teórico indiscutible a las concepciones de Marx, sostenidas sabía y valerosamente por Kautsky en los días difíciles.

No creemos necesario ni conveniente indicar las probabilidades de que, actitudes polémicas posteriores adoptadas por Kautsky, puedan tener resultados análogos al conseguido con su actitud ortodoxa frente a las corrientes reformadoras del marxismo.

Las pasiones suscitadas por las controversias más recientes aconsejan no abordar en esta ocasión tales temas, que nada añadirían en favor da la tesis que en este caso sostenemos.

ÑUTA DE INTRODUCCIÓN

Esta tesis puede concretarse en los siguientes términos; Nece sidad, para todo militante socialista, de fijar nuevamente su atención en los principios teoncos del Socialismo y utilidad de las obras da Kautsky como introducción segura y fácilmente asequible a todo

estudio protundo de las doctrinas de Marx.

En efecto, como anteriormente indicábamos, el valor de la actitud adoptada por Carlos Kautsky contra el reíurmismo está plena mente confirmado por los hechos.

Hasta tal punto esto es cierto, que hoy, a despecho de ios movimientos políticos antimarxistas, los más encarnizados adversarios de tales doctrinas adoptan sus métodos de investigación y hasta enaruoian fragmentos de concepciones marxistas para convertirlos en banderas que simbolicen sus luchas.

En las filas del Socialismo militante ia doctrina reformista puede decirse sin exageración que no cuenta para nada.

Pero si el curso mismo de la Historia ha privado da significación al reformismo teórico, en cambio, ha creado en las filas socialistas el peligro del predominio de un reformismo práctico, que puede a veces adoptar apariencias de radicalismo extremo, pero que se caracteriza por la desestimación de los principios del marxismo como normas de acción para erigir en tales las exigencias prácticas del momento. Es una especie de pragmatismo político, campo abonado, como el pragmatismo filosófico, para el desarrollo de las más variadas formas de regresión. Si ese peligro se convirtiese en rea lidad, la degeneración del movimiento socialista en un sentido no ya reformista, sino oportunista, constituirla una fatal consecuencia, que debemos hacer todo lo posible por evitar.

El Socialismo no actúa de espaldas a los hechosj se sirve de ellos para elaborar sus teorías, que son sus elementos científicos creadores y vitales. Un movimiento socialista esencialmente práctico, sin principios y sin teorías, cualesquiera que fuesen sus triunfo* inmediato*- serla un movimiento sin alma y sin porvenir.

Por eso, en medio de las exigencias apremiantes de la actuali dad, es cada vez más necesario para el militante la insistencia en la meditación y el conocimiento lo más profundo posible de los fun damento* teóricos del Socialismo.

Esta obra de Kautsky que ahora ofrecemos al público, asi como el opúsculo del mismo autor titulado aLa aportación histórica de Carlos Marx», que pensamos ofrecerle en breve, nos parecen sin* gularmente apropiados para satisfacer estas necesidades del momento presente.

Sea también la publicación da estas obras un modesto pero sentido homenaje que rendimos a la memoria de Carlos Marx el abo en que se cumple el quincuagésimo aniversario de su muerte.

Madrid, o de Junio de 1933.

PRÓLOGO

Con ocasión de las discusiones sobre el boceto del nuevo ■programa del Partido Socialdemócrata, propuse yo en el Neuen Zeit *que se debería confeccionar un comentario popular al programa, que desenvolviese, fundamentase ■ ilustrase sus breves normas desnudas.*

Requerido a llevar ■ cabo yo mismo mi proposición, me puse a la obra; pero encontré pronto que era precisamente imposible hacer — en el marco estrecho de un manifiesto, como yo planeaba — una exposición de conjunto y fácilmente comprensible de todos los postulados que vienen al caso para el enjuiciamiento de nuestro Partido. Me hubiera tenido que limitar por eso ■ caracterizarlos brevemente, y ent-onces suministrar un pobre plagio del Manifiesto comunista, *que, al igual de éste, requiriera ya para su inteligencia ciertos previos conocimientos económicos • históricos. O me hubiera tenido que limitar a la discusión de unos pocos postulados capitales, como también he hecho en un folleto que aparece al mismo tiempo que el presente librito.*

Pero eso no cumple par sí solo el fin que mi proposición perseguía. Junto a *los breves folletos que llaman la atención de las masas sobre nuestros esfuerzos, necesitamos una especie de* catecismo de la Socialdemocracia, *una* guía *para aquellos que quieran familiarizarse con su ideología, asi como una guia para el agitador que deba introducir a los demás en esta ideología. Hasta ahora, falla eti nuestra literatura un escrito semejante. Todas las obras de la literatura socialista alemana que exceden del volumen de un folíelo son monografías en las que se tratan uno* ***a*** *varios, pero*

en manera alguna todos los aspectos del moderno socialismo. Ciertamente, es ya tan voluminosa esta literatura, que permite una total captación de nuestros principios. Quien, por ejemplo, haya leído y comprendido El capital, *de Marx, y además los escritos de Engel$ sobre* La situación de la clase trabajadora en Inglaterra, *el* Desenvolvimiento del Socialismo desde utopía a ciencia *y sobre el* Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, *y* La mujer y el Socialismo, *de Bebcl, asi como, en fin, el ya citado* Manifiesto comunista, *cuya ideología enhebra como un hilo rojo todas estas obras (*), puede estar e>;i condiciones de comprender el orbe ideológico del moderno socialismo en todos sus aspectos.*

Pero la lectura de todos estos libros, en especial de El capital, *no está al alcance de todo el mundo, y falta hasta ahora una articulación entre los folletos y las obras especiales de la literatura socialista, falla una exposición y funda- mentación de conjunto, popular y, por tanto, accesible, de los totales principios de la Socialdemocracia.*

El presente escrito intenta llenar esa laguna. En la mano el programa de Erfurt, qtiiere exponer de modo fácilmente inteligible todos los aspectos de la ideología socialista que t<;i *esencia y para la inteligencia de la Socialdemo- oracia sean de significación. No se trata, claro es, de una fundamentación sistemática, científica, sino en primer término de franquear la comprensión de la actividad práctica de la Socialdemocracia. Por eso, sólo se tocan con brevedad las t-eorías generales y básicas, dándose tan sólo los resultados de la investigación, sin fundamentar y explicar. Una penetración más a fondo en esas teorías es cosa propia de un estudio especial. Por el contrario, se discutirán de manera accesible una serie de cuestiones particulares próximas, que en el momento serán debatidas vivamente, como*

(*) l-a situación de la ciase trabajadora en Inglaterra apareció, es cierto, dos años antes del *Manifiesto comunista* ; pero ya alienta el mismo espíritu que éste.

la decadencia de la pequeña industria, los córleles, la super-producción, la relación de la clase trabajadora con la actividad política y sindical, etc., pero en especial la cuestión del Estado futuro.

En total, ofrece el presente escrito, desde su proyecto, tan solo una ojeada sobre las ideas ya establecidas en las obras fundamentales de la literatura socialdemócrata. Eero precisamente ese amplio proyecto hacía necesario de vez ra cuando tocar materias que no han sido tratadas todavía, ■ no lo han sido en su conjunto, por nuestra literatura do partido.

Esperamos por ello que encuentren en este escrito algunos pensamientos nuevos no sólo aquellos lectores que hasta ahora han estado alejados de nuestro Partido, sino también los que conocen nuestra literatura.

Para concluir, cumplo el grato deber de dar aquí las gracias t mi querido amigo y colaborador Eduardo Berns- tein por la asistencia que en éste como en varios de mis otros trabajos me ha prestado mediante sus consejos y el examen critico del manuscrito.

K. Kaufsky

Sluttgart, junio 1898



PREFACIO PARA LA QUINTA EDICIÓN

Hace wi ***doce años apareció la primera edición de este escrito. Desde entonces ha habido muchos cambios tu las cosas y*** r» ***las cabezas, tanto que,*** n ***la Socialdemocracia, aparece acá y allá la cuestión de si*** M ***te habrá anticuado su programa y, por tanto, también este comentario, haciéndose inconciliables con los hechos.***

No hay duda de que, ■■ varios puntos, por razones formales, las anleiiores ediciones del presente escrito se han anticuado, ya que se apoyan sobre un material superado por nuevos hechos y nuevas informaciones. En especial »» han anticuado porque buscaron la mayor parte de sus ilustraciones estadísticas en el censo de oficios (Berufs- zálung) ***de*** 1882, ***completamente desplazadas después por las del de*** 1895. ***Como es lógico, en la nueva edición he puesto nuevas cifras, en lugar de las antiguas.***

Pero es que no tan sólo se han de haber anticuado y mostrada inexactas las ilustraciones de la ideología, sino esta misma, y eso haría exigióle para la Socialdemocracia un cambio de su programa.

También he examinado con esta causa el presente escrito ; pero no he encontrado nada de monta que cambiar, aparte de en ■■ punto del que hablaré ahora. Todas las criticas de la «teoría de la miseria creciente» (Verelendung) ***y «de la catástrofe» no *•« han inducido a cambiar una jota, porque*** MI ***mi escrito no vienen al caso ni la una ni la otra de dichas «teorías». Son teorías que se han introducido. ■ pesar de todas las protestas, en el programa de Erfurt, sólo algunos año¡ después de confeccionado Éste.***

Precisamente en la época de fijación del programa de Erfurt la verosimilitud de que ra ***algunos países, Inglaterra por ejemplo, el proletariado conquistase sin catástrofe el Poder era mayor que hoy. Marx mismo había aceptado la posibilidad, para Inglaterra, de una evolución pacifica. Cuando*** «n ***creía ■ • esta posibilidad para los grandes Estados del continente europeo no se basaba para ello ta ninguna particular teoría de la catástrofe, sino en el examen del especial carácter del Poder público rw el continente europeo. Con ello no se daba*** »-i ***teoría de la catástrofe, de la misma manera que al exponer el hecho de ñau tormenta no se hace una teoría de la tormenta.***

Como quiera que m escrito desenvuelve sólo los fundamentos di

clases w *la lucha de clases del proletariado que de ella se desprende. Precisamente en haber vencido la teoría de la miseria creciente de*

las masas, propia del Socialismo premarxista, veíamos nosotros entonces w *de las mayores conquistas del marxismo. El conocimiento de la natural y forzosa tendencia que el capital lleva en si ■ aumentar la cantidad de miseria, de opresión, de explotación, era importante desde el punto de vista de que esa tendencia permite comprender la forzosidad del permanente ensanchamiento y agudización de la lucha de clases. Pero ■ nadie entre nosotros se le ocurrió deducir de aquí* MI *progresivo envilecimiento del proletariado.*

Ixi teoría de la miseria creciente no juega m este escrito sobre el programa de Erfurt papel ninguno. Como en el caso de la teoría le la catástrofe, tampoco necesitaba «revisar» por su causa ni siquiera wu *frase.*

Junto ■ esas dos teorías se pone vivamente en entredicho una teoría, que en realidad se debe a Marx: su teoría de las crisis. Esta última fué edificada con las experiencias de medio siglo. Experiencias más amplias de los decenios siguientes a s« *exposición la habian confirmado brillantemente. Después ha sido declarada falsa en* 1898, *porque entonces se presentaron tres, nada menos que tres años com* pletos de prosperidad. Si la Socialdemocracia alemana se hubiera dejado imponer entonces por esa critica, y hubiera revisado el correspondiente pasaje relativo a las crisis en el programa de Erfurt, ¿s le hubiera presentado dos arios después la agradable tarea de volver ■ revisar ese pasaje. Quien conceda ■ tales criticas de corto alcance, que por regla general no son más que fugitivas ocurrencias y humoradas,* iw *influjo rector sobre convicción y programa, no saldrá de la constante revisión ; llegará a ser juguete de los acontecimientos, en lugar de maestro vigilante que los ponga al servicio de sus grandes metas, fijadas sin versatilidad.*

Solamente en un punto tuve que limitar algo de lo dicho en las ediciones anteriores: el de las esperanzas sobre el retroceso de pequeña explotación en la agricultura. La disolución de la pequefia explotación rural no se consuma rt *los dos últimos decenios tan de prisa como antes ; en parte gana terreno ésta. Esto no estaba tan claro como hoy* 1892. *Aquí tuve que mostrarme, ahora como entonces, reservado.*

Pero eso es todo. No se presenta la más mínima tazón para reconocer t a la agricultura, en lugar de la antigua tendencia, una nueva, contradictoria, hacia el desplazamiento de la gran explotación mediante la pequeña explotación. Para eso están demasiado poco determinados los datos actuales. No expresan una dirección evolutiva cambiada, sino una paralización de la evolución seguida hasta ahora, ra lo que ir refiere ■ la magnitud de la explotación. Los cambios que se han verificado durante los dos últimos decenios ta la extensión territorial de las diversas categorías de explotación son tan sólo insignificantes y *no marchan en todas partes en la misma dirección. En algunos lugares retrocede la gran explotación ; en otros progresa. Pero, sin embargo, el periodo* MI *que esta paralización se hace notar es todavía demasiado corto para autorizarnos a sacar conclusiones de unos tan poco expresaros hechos, que las experiencias de un siglo arrumbarían. No nos dejemos seducir, pues entonces procederíamos en la cuestión agraria con tanta ligereza como algunos revisionistas* m *la cuestión de las crisis.*

Pero, por último, debo hacer notar que no sólo es conciliable la permanencia de la pequeña industria, en ramas aisladas de la producción, con la concentración del capital como la concibiera Marx, sino incluso un cierto incremento, y ésto no sólo en la agricultura, sino también en la industria y en el comercio. Precisamente cuando se medita en el sentido de la dialéctica marxista se comprende fácilmente este incremento.

Toda tendencia engendra contratendencias que intentan anular ■ aquélla. Pero tampoco allí donde lo logran operan una simple vuelta ■ la situación tal como se hallaba antes de dominar la tendencia anulada, sino que dan lugar ■ algo esencialmente nuevo. Así, por ejemplo, la miseria, que hace pender el capitalismo con forzosidad natural sobre el proletariado, origina la lucha de éste contra la miseria. Pero allí donde la lucha de clases proletaria es lo bastante fuerte para empujar hacia atrás la miseria producida por el capital, el resultado no es algo asi como un idilio de traba/adores precapita- lista. Por último, cuando el proletariado se esfuerza por organizarse y apartar de este modo la relación (de desigualdad) de fuerza que existe entre el jornalero aislado y el capitalista aislado, da lugar este esfuerzo al impulso de la otra parte hacia la organización del empresario. Allí donde la organización de los trabajadores se encuentra enfrente ■ las Asociaciones de empresarios, parece hallarse res- tablecda la antigua relación de fuerza entre el jornalero aislado y el empresario aislado. Sin embargo, en realidad, la nueva relación de fuerzas es muy distinta. No porque los capitalistas puedan también hacerse poderosos mediante su organización i *licito tratar la relación de la organización de empresarios con la organización proletaria, tomo la del capitalista particular con el trabajador aislado.* V *tanto*

la conciencia corno la táctica de los trabajadores organizados son m *todos los aspectos distintos • las de los trabajadores aislados.*

De wn *semejante proceso dialéctico se deduce también que la misma concentración del capital da lugar de nuevo, bajo ciertas circunstancias, «* I.H *aumento de la pequeña industria. Pero la nueva pequeña industria es completamente distinta ■ la antigua ; tiene de común con ésta sólo exterioridades, y juega* u« *papel por completo distinto, tanto desde el punto de vista económico como político.*

La concentración del capital no lleva, como es sabido, según la concepción marxista, simplemente a una disolución de la pequeña industria independiente, mantenida en lo esencial sin aa trabajo asalariado permanente, sino también hacia un aumento del ejército de reserva de fuerzas de trabajo. Ella arroja sobre el mercado muchas más fuerzas de trabajo de las que éste puede absorber. Sin embargo, nada más erróneo que la concepción de que todo el ejército industrial de reserva haya de estar formado por parados. 41 *contrario, éstos forman tan sólo una fracción de aquél, integrada por sus capas superior o inferior. De una parte, los proletarios del hampa, haraganes que no temen al paro ; de otra parte, la aristocracia organizada del trabajo, cuya organización es lo bastante fuerte para* mantener a *flote durante algún tiempo ■ sus parados. Pero la gran capa media de los que buscan trabajo y no encuentran uno que corresponda a sus aptitudes profesionales, se ven obligados a aferrarse en otras posibilidades de hacer valer su trabajo. La única alternativa frente al trabajo asalariado se encuentra hoy en el trabajo en una pequeña industria propia (la explotación común a sindical no entra todavía en consideración como fenómeno de masas). Cuanto más rápida marcha, pues, la concentración del capital, cuanto más rápida arruina a la pequeña industria primitiva y extiende el ejército industrial de reserva, tanto mayor es la concurrencia entre las fuerzas de trabajo libres para la fundación o conservación de pequeñas industrias. El desplazamiento de la pequeña industria, aquí, se corresponde con su* extensión, *allá.*

La concentración del capital suprime hoy en Alemania la peqtuña industria, con la rapidez máxima tx la industria de materia de alumbrado (Leuchtstoffe), *an la que de* 1882 a 1895 *disminuyen ¡as pequeñas industrias en el* 25 *por* 100 ; *en la industria de cantería* (Sitien u. Erden), *disminución an. el* 24 *por* 100; *minería, disminución* en *el* 34 *por* 100; *industria textil, disminución en el* 42 *por* 100.

Pero la misma evolución hace aumentar la pequeña industria, en e¡ ramo del comercio, r 1 *el* 39 *por* 100; n» *el ramo de seguros, en el* 60 *por* IOO ; en *el ramo de albergues y recreos, en el* 35 *por* 100. *En la elaboración del tabaco y cigarros aumentan las pequeñas explotaciones de* 5.465 *a* 9.708, en *el* 78 *por* 100 ; *en la venta callejera, de* 202.709 a 312.059, *esto es, el* 54 *por* too.



Fíente a estas cifras, las cifras de crecimiento de las industrias agrícolas, entre 2 hectáreas (5,8 *por too) y de 1 a* 5 *hectáreas* (3,5 *por* 100) *son de naturaleza sumamente insignificante. Si se acude ■ los simples números de la estadística, se podría también proclamar el principio, respecto del comercio, el negocio de bebidas, la fabricación de tabaco y todavía algunas otras pequeñas ramas de la indus tria, de que para ellas no rige la ley de concentración del capital. Y, sin embargo, sabemos con precisión que también aquí tiene efecto.*

Las nuevas pequeñas industrias que resultan de la concentración del capital — trabajadores del hogar, vendedores ambulantes, min.- fundistas, etc. — son justamente de naturaleza por completo distinta de las abolidas por la concentración de capital. Estas descansaban sobre la propiedad privada de los medios de producción, que eran propiedad libre de sus poseedores ; la nueva pequeña industria obtiene prestados del capital los más importantes de sus medios de producción, poniéndose por ello a su servicio tanto el pequeño cultivador de un suelo arrendado o *cargado de deudas como el trabajador del hogar que recibe la materia prima de quien le da el encargo, o el cervecero que sólo* >1 ■■ *encargado de la cervecería, como el vendedor ambulante o pequeño tendero que obt ene • crédito las mercancías que vende.*

IM antigua pequeña industria formaba na *estado medio* ; su *poseedor, medio capitalista, medio asalariado, estaba entre ambos. El po seedor de la nueva pequeña industria está por debajo del asalariado , se encuentra más inerme que éste ; su alimento es con frecuencia inferior ;* su *jornada es más dilatada ; más explotados mujer ■ hijos, la nueva pequeña industria no constituye una posición ■ la que el jornalera asciende, sino en la que cae, junto a los dueños independientes de pequeñas industrias venidos ■ menos.*

la antigua pequeña industria abolida por la concentración del capital constituía un competidor para este último; se alzaba hostil trente al capitalista aislado como miembro de la misma clase de productores independientes. La nueva pequeña industria constituye N *objeto de explotación del capital y, como reserva de fuerzas de trabajo de la gran industria, un supuesto de su prosperidad ; no es hostil al capitalista como miembro de la misma clase, sino como miembro de otra clase oprimida y explotada por él: del proletariado.*

La gran industria capitalista no puede desenvolverse si no existe ■u *reserva de fuerzas de trabajo ■ la oferta, que por* un *lado empuja el salario de los jornaleros ocupados y por otro lado permite al capitalista aprovechar cada coyuntura para ensanchar la producción de tiempo en tiempo y* a *saltos mediante la rápida colocación de nue- »*» fuerzas de trabajo.*

Esta reserva se la ofrece no *tanto el rebaño de los parados como* ha *nueva especie de pequeñas industrias proletarizadas, por decirlo*

a

así. *Hasta ahora sólo ha sido posible, en relativamente pocas ramas del trabajo, sostener un subs.dio de paro lo bastante dilatado.* L* *masa que permanece largo tiempo sin trabajo se desacostumbra* Je *éste y se hace inadecuada para ¡a explotación del capital. Otra cosa ocurre con los trabajadores y dueños de ¡as pequeñas industrias proletarizadas. Se hallan siempre inclinados a afluir a la gran industria tan pronto como se trate de trabajo asalariado, y así, acuden a ella con toda la baratura, habilidad y sumisión que la pequeña industria proletarizada engendra.*

Tan pronto como una era larga de prosperidad se hace perceptible, numerosos trabajadores de las pequeñas industrias agrícolas y urbanas abandonan su actual proporción de trabajo para dedicarse ■ la gran industria. El dueño de la pequeña industria, especialmente r« *la agricultura, se halla la mayor parte de las veces demasiado encadenado ■ ella para poder, él también, entregar su fuer ja de trabajo ■ la gran industria. Pero le envía* a *los más enérgicos t inteligentes miembros de su familia ;* de *modo que, con frecuencia, la pequeña industria sólo será conducida por ancianos y niños, manifestando así palmariamente su nueva función en la era capitalista, donde sirve como plantel de nuevos trabajadores y depósito para los trabajadores que llegan « ser superfinos.*

No tan sólo la gran explotación industrial, sino también la agrícola necesita, cada - n más, de este ejército de reserva suministrado por la pequeña explotación, incluso la gran explotación agrícola más aún que la industrial. Pues una de las circunstancias que, en contraposición con esta última, la asedian afecta al hecho de que la nueva técnica, en espeaal la división del trabajo y la maquinaria, exige cada vez más, allí donde la agricultura se hace capitalista, una explotación de temporada, que requiere periódicamente grandes masas de trabajadores, necesitando en los intervalos sólo pocas fuerzas de trabajo. De ahí la falta de trabajadores de los grandes terratenientes, que todavía serla más enojosa sin las reservas de los pequeños campesinos —■ sobre todo en el Este de Alemania y del lado allá de sus fronteras —, que año tras año suministran las anheladas fuercas de trabajo, como obreros trashumantes, a la gran industria. Sin este sobrante de fuerzas de trabajo suministrado por los pequeños campesinos estarla la gran explotación alemana en mucho mayor aprieto de lo que lo está. Hasta tal punto es, pues, indispensable la Pequeña explotación en la actual organización de la producción para el progreso de la agricultura, no en concepto de competidor técnicamente superior de la gran explotación, S.no como el más seguro y fecundo proveedor de proletarios para el gran terrateniente. Este procura, pues, crear artificialmente también pequeñas explotaciones para obtener el suministro de más proletarios.

Así vemos cómo la misma concentración del capital origina otro

»«■ una necesidad de aumento de las pequeñas explotaciones, y las propulsa. Entonces, ¿es que ha sido llevado ad absurdum *el programa de Erfurt, que habla de la forzosidad natural de la decadencia de* **M** *pequeña industria ? Nada de eso. Se trata tan sólo de la decadencia de aquella pequeña industria, acuyo fundamento se encuentra constituido por la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción.»*

Eso no es válido, como hemos visto, para la nueva pequeña industria, cuyos más importantes medios de producción los posee el capital. La nueva pequeña industria es una formación por completo proletaria, cuyos dependientes pierden cada vez más toda participación rw *la propiedad privada de los medios de producción y arriban cada más ■ la misma contraposición de clases que el proletariado asalariado. Así como la antigua pequeña industria formaba el más firme baluarte de la propiedad privada sobre los medios de producción y, por tanto, del capitalismo, la nueva forma un elemento de la oposición proletaria contra la propiedad privada y, por tanto, contra el capital. Como quiera que los trabajadores ocupados en ella están más aislados, oprimidos y abrumados que los de la gran industria, y tampoco su posición económica es tan simple y clara como la del asalariado propiamente dicho, son más difíciles de organizar y de hacer conscientes de su situación que éstos. Pueden ser retrasados, por circunstancias tales como la actuación de enredadores y de electores conservadores, ra la lucha de emancipación del proletariado ; pero en ninguna parte forman ya un elemento sobre el que pueda el capital fundar permanentemente su dominio. Más tarde o*

É

explotación ra la mayoría de las ramas de la industria, del comercio, de la agricultura.

Nada más erróneo que la idea de que sólo será postble la producción socialista cuando todas las pequeñas industrias hayan sido absorbidas. Entonces no seria postble jamás, porque la concentración del capital RW *hace desaparecer por completo* ■ *la pequeña industria, sino que coloca una nueva en lugar de la antigua. La absorción de esta nueva pequeña industria parásitoproletaria será posibilitada mediante- la introducción de la producción socialista. Esta última es la condición previa, no la consecuencia, de la completa desaparición de la pequeña industria en todos los ramos de la economía en que ha llegado a ser técnicamente superfina.*

Las condiciones previas del Socialismo son: vi *que desaparezca por completo la pequeña industria de la estadística de industrias, sino !*■ *desconexión de los procesos de producción que dominan la vida social, su sumisión al capital, que monopoliza los medios de producción y todas las ventajas de su creciente perfeccionamiento. Que estas condiciones previas progresan del modo más rápido es cosa que pueden comprobar hasta los social y politicamente ciegos.*

En este sentido debe entenderse la doctrina marxista de la concentración del capital, incorporada en el programa de Erfurt. Concebido asi, no está en contradicción este principio con los hechos reales; antes bien, ofrece la posibilidad de comprenderlo plenamente. En este punto, al igual que en los otros objetados por el «Socialismo crítico», tampoco necesita una revisión la parte fundamental del programa de Erfurt.

No es alabanza declarar que el programa de Erfurt no ha sido, en modo alguno, obra exclusiva mía. Bien es cierto que fué elaborado sobre la base del proyecto de programa propuesto por mi.].a Comisión del programa de Erfurt ha ensanchado, sin embargo, esencialmente, este proyecto. Pero es que en el proyecto mismo se encontraban aquellos principios, más tarde discutidos en su mayoría, tomados casi literalmente del «Kapital», de Marx; la misma parle general del programa es sólo una paráfrasis del conocido apartado sobre «la tendencia histórica de la acumulación capitalista» ni *el «Kapital». Precisamente ahí veo yo la causa de la fuerza del programa de Erfurt y su aptitud para resistir* a *las modas cambiantes. En tanto que no se haya logrado colocar en lugar del «Kapital» ojja funda-mentación teorética del Socialismo, no necesitará el programa de Erfurt una revisión de sus principios.*

K. Kautsky

lierlfn-Friedenau, mayo de 1904.

-

iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiniinii H

I. La decadencia de la pequeña industria

1. - Pequeña industria y propiedad privada

El programa que se ha dado la Socialdemocracia alemana en la dieta del partido, en Erfurt (14-20 octubre 1891), se divide en dos partes: una parte general, teorética, que trata los principios fundamentales y fines últimos de la Socialdemocracia, y una parte práctica, que contiene las exigencias sostenidas por la Socialdemocracia como partido práctico en la sociedad actual y en el actual Estado, abriendo camino al logro de sus finalidades últimas.

A nosotros nos ha de ocupar aquí sólo esta primera parte general. Se divide, a su vez, en tres subsecciones: t.ª Una caracterización de la sociedad actual y de su proceso evolutivo. De aquí se siguen : 2.* Los fines últimos de la Socialdemocracia ; y 3.* Los medios que pueden conducir y conducen a su realización.

Consideremos, por lo pronto, la primera subsección. Consiste en cuatro párrafos, que rezan :

«El desarrollo económico de la sociedad burguesa conduce con forzosidad natural a la decadencia de la pequeña industria, cuya base está formada por la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción. Separa al trabajador de sus medios de producción y le convierte en un proletario desheredado, mientras que los medios de producción llegan a ser el monopolio de un relativamente pequeño número de capitalistas y grandes terratenientes.

De la mano de esta monopolización de los medios de

producción viene el desplazamiento de las plurificadas pequeñas industrias por colosales ”grandes industrias”, viene ia evolución de la herramienta a la máquina, viene un gigantesco crecimiento de la productividad del trabajo humano. Pero todas las ventajas de esta transformación han de ser monopolizadas por capitalistas y grandes terratenientes. Para el proletariado y las clases medias en descenso — pequeñoburgueses, campesinos — significa creciente aumento de la inseguridad de su existencia, de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degradación, del rebajamiento, de la explotación.

Cada vez se hace mayor el número de los proletarios ; cada vez más multitudinario el ejército de los trabajadores sobrantes; cada vez más brutal el contraste entre explotadores y explotados ; cada vez más enconada la lucha de clases entre burguesía y proletariado, que separa a la moderna sociedad en dos campamentos enemigos y que es el signo común de todos los países industriales.

El abismo entre poseedores y desheredados se ensancha todavía más por las crisis, basadas en la esencia del modo de producción capitalista, que cada vez se hacen más amplias y devastadoras, creando, por consecuencia, la inseguridad general acerca de la situación normal de la sociedad, y suministrando la prueba de que las fuerzas productivas han excedido a todo lo que pudiera pensarse, y de que la propiedad privada de los medios de producción ha llegado R ser inconciliable con su aplicación adecuada y pleno desarrollo.»

Ya en el primer párrafo de nuestro programa tropezamos con unas palabras dignas de atención : «evolución económica». Estas mismas palabras nos conducen en seguida ál punto esencial de la ideología socialdemócrata.

Piensan algunos decir algo muy sabio cuando, frente **a** nosotros, declaran : «No hay nada nuevo bajo el sol. Como ocurre, así ocurrió siempre, y así ocurrirá siempre.» Nada más erróneo y disparatado que esa afirmación. La más reciente ciencia nos muestra que en ninguna parte se encuen-

tra el reposo : que en la sociedad, como en la Naturaleza, puede percibirse una permanente evolución.

Sabemos hoy que originariamente el hombre, a la manera de los animales, sólo vivía de la recolección que la Naturaleza le ofrecía espontáneamente. Pero descubrió un arma iras otra, una herramienta tras otra, una más perfecta que otra. Se hizo pescador, cazador, pastor ; por fin, labrador sedentario y artesano... Fué cada vez más rápido el proceso evolutivo, hasta que por fin hoy, en esta época del vapor y de la electricidad, se ha hecho tan veloz que podemos seguirlo con nuestros propios ojos, sin comparación con las grises épocas anteriores. | Y todavía hay gentes que con gesto de superioridad nos quieren instruir acerca de que no hay nada nuevo bajo el sol I

El modo como los hombres ganan su sustento, como crean (producen) para ello los bienes necesarios, depende de la aptitud de sus instrumentos, de sus materias primas ; en una palabra, de los medios de que pueden disponer para la creación de bienes (producción) *: de* sus medios de producción. Pero los hombres nunca han producido aislados, sino siempre en grandes o pequeñas sociedades, cuya ocasional forma depende de la manera de producción que ocasionalmente impere.

La evolución de la producción supone, pues, una evolución social. Pero las formas de la sociedad y las relaciones de sus miembros entre sí se encuentran estrechamente enlazadas a las formas de la propiedad que .reconoce y sostiene. De la mano de la evolución de la producción va, pues, también una evolución de la propiedad.

Un ejemplo podrá aclararlo. Tomaremos el mismo de la economía rural.

Una regular industria rural comprende dos sectores económicos : la ganadería y la agricultura. En la ganadería dominó generalmente entre nosotros hasta entrado el siglo XVIII, y domina todavía hoy en muchos sitios, la economía de la pradera. Pero ésta requiere la propiedad común del suelo. Sería un absurdo que cada campesino quí-

siera acotar para sí' un pequeño trocito de pradera propio, cercarlo en particular, tener pastor propio para sus escasas cabezas de ganado, etc. Por eso, donde existe la economía de la pradera el campesino está vinculado con la mayor firmeza a la pradera comunal y a los pastores comunales.

Otra cosa ocurre en la agricultura, cuando ésta es explotada con las simples herramientas de la economía rural, sin máquinas. Un laboreo común de la totalidad del terreno de cultivo de un Municipio rural por la totalidad de los vecinos, bajo tales circunstancias, no es ni necesario ni conveniente para la producción. Las herramientas de la labranza rural exigen que el individuo solo, o en unión de unos pocos — un grupo como el representado por la familia campesina —, labre en especial un pequeño trozo del campo.

El laboreo del suelo llegará a ser, bajo estas condiciones, más cuidadoso; llegará a producir un rendimiento más rico cuanto con mayor independencia pueda el labrador disponer de su terruño y cuanto con mayor plenitud participe del rendimiento del laboreo y mejoramiento de su campo. La agricultura impulsa en sus comienzos hacia la pequeña explotación ; pero ésta necesita de la propiedad privada sobre los medios de producción para poder desenvolverse plenamente. [1]

Por eso vemos — por ejemplo — en los antiguos alemanes desaparecer de modo progresivo la propiedad común del suelo, que en ellos dominó en tanto que fueron para ellos la economía de la pradera — y la caza — los medios más dignos de ganarse el sustento, y abrirse camino la propiedad privada del suelo, en que se apoya en primer término la agricultura pequeñorural.

La sustitución de la economía de la pradera por la economía del establo acabó por completo con la propiedad comunal campesina.

De este modo, bajo el influjo de la evolución económica, & consecuencia del progreso en la agricultura, se convierte el campesino, de un comunista en un fanático de la propiedad privada.

Lo dicho del pequeño agricultor vale igualmente para **el** artesano. El artesanado no requiere la labor en común de un gran número de trabajadores. Cada trabajador del **ar**tesanado produce por sí mismo, ya completamente solo, ya con uno o dos ayudantes, aprendices, que pertenecen **4 su** familia, a su casa. Como en la agricultura rural, también en el artesanado sostiene el trabajador individual **Q** la familia trabajadora una particular explotación económica. Y por eso requiere el artesanado, igual que la pequeña industria agrícola, la propiedad privada sobre los medios de producción que emplea y sobre los productos que obtiene, para desenvolver por completo su capacidad de rendimiento, su fuerza productiva. En la pequeña industria, el producto del trabajador depende de su personalidad, de su habilidad, de su aplicación, de su perseverancia. Lo toma para sí, por lo tanto, considerándolo como su propiedad personal. Pero no puede desenvolver por completo su personalidad en la producción si no es personalmente libre y no dispone con libertad de sus medios de producción ; **es** decir : si éstos no son de su propiedad privada.

Conociendo esto, la Socialdemocracia lo ha reconocido expresamente en su programa con la frase : «La propiedad privada sobre los medios de producción forma la base de la pequeña industria.» Pero al mismo tiempo dice que «la evolución económica de la sociedad burguesa lleva con forzosidad natural a la decadencia de la pequeña industria».

Sigamos ahora esta evolución.

2. - Mercancías y capital

Los puntos de partida de la sociedad burguesa son **la** agricultura rural y el artesanado.

Originariamente, la familia campesina satisfacía por si misma todas sus necesidades. Obtenía todos los medios de sustento y de goce que necesitaba, todos los utensilios, todos los vestidos para sus miembros, edificaba ella misma

su casa, etc. Producía tanto como necesitaba ; pero tatnpo- co nada más. Con el tiempo, sin embargo, alcanzó a obtener, por el progreso de la agricultura, un sobrante en productos que ella misma no necesitaba inmediatamente. S<* encontró con esto en situación de cambiar por ese sobrante productos que no podía obtener, o no podía obtener en cantidad bastante, pero que le eran apetecibles ; tal vez un adorno, un arma o un utensilio. Mediante el cambio, los productos se convirtieron en mercancías.

Una mercancía es un producto que no está llamado a aplicarse o usarse (consumo) en la explotación económica en'que ha sido obtenido, sino a ser cambiado por el producto de otra explotación económica. El trigo que el campesino cultiva para su propio consumo no es una mercancía ; pero sí el que cultiva para la venta. Vender no es sino cambiar una determinada mercancía por otra apetecida por todos, y que de esta manera se convierte en dinero; el oro, por ejemplo.

El campesino se hace, como vemos, en el curso de la evolución económica, productor de mercancías ; el artesano es desde un principio, en su pequeña industria independiente, un productor de mercancías. Y no es que él venda simplemente un sobrante de productos, sino que en él ocupa el primer término la producción para la venta.

Pero el cambio de mercancías supone dos cosas : primero, que no todas las industrias económicas particulares producen lo mismo, sino que se ha introducido en la sociedad la división del trabajo, y segundo, que los que cambian disponen libremente de los productos cambiados, puesto que éstos son de su propiedad privada.

Cuanto más avanza en el curso de la evolución económica la división del trabajo en oficios especiales, y cuanto más crece en contorno y significación la propiedad privada, tanto más retrocede, en términos generales, la producción para el propio uso, y es desplazada por la producción de mercancías.

La división del trabajo conduce, por último, a que tam-

bién la compra y la venta lleguen **a** constituir un negocio especial al que se entregue de modo exclusivo una clase de hombres, los comerciantes. Estos obtienen sus ingresos de comprar barato y vender más caro. Con esto no quiere decirse que puedan fijar arbitrariamente los precios de las mercancías. El precio de una mercancía depende, en último término, de su valor de cambio. Pero el valor de una mercancía se determina, en general, por la cantidad de trabajo que se necesita para su elaboración. El precio de una mercancía, sin embargo, no coincide casi nunca exactamente con su valor ; no se fija simplemente por las condiciones de producción, como el valor, sino también por las condiciones del mercado, sobre todo, mediante la oferta y la demanda, es decir en qué cantidad se aportan las mercancías al mercado y en qué cantidad son solicitadas. Pero también el precio cae bajo ciertas leyes. Es uno para cada tiempo y para cada sitio. Si quiere el comerciante alcanzar un exceso del precio de venta de las mercancías sobre su precio de compra, es decir, una ganancia o provecho, sólo puede lograrlo cuando compra sus mercancías en un lugar o tiempo en que están baratas y las vende en un lugar o tiempo en que están más caras.

Cuando el campesino o el artesano compra mercancías, lo hace porque las necesita para sí o para su familia ; como medio de producción o de consumo. El comerciante compra mercancías no porque él mismo las necesite, sino para emplearlas en crear un provecho para él. Mercancías y sumas de dinero que se aplican a estos fines, son capital.

No se puede decir de ninguna mercancía o suma de dinero si es o no por sí misma un capital. Depende de su empleo. El tabaco que compra un comerciante para volverlo a vender con una ganancia es para él un capital, El tabaco que compra para fumárselo él mismo no es un capital para él. La forma más primitiva del capital es la de! capital del comerciante. Casi tan antiguo es el capital de la usura, cuya ganancia consiste en el interés que el capitalista recoge por préstamo de artículos o sumas de dinero.

El capital se forma a una cierta altura de la producción de mercancías; naturalmente, sobre la base de la propiedad privada, que constituye incluso la base de toda la producción de mercancías. Pero bajo la influencia del capital adopta la propiedad privada una fisonomía completamente nueva, o, mejor, reviste ahora dos fisonomías. Junto a la fisonomía pequeñoburguesa, correspondiente 2 las condiciones de la pequeña industria, muestra ahora también otra, capitalista. Los propugnadores de la actual propiedad privada enseñan de ella tan sólo su aspecto pequeñoburgués. Y, sin embargo, se necesita estar ciego para no ver hoy el lado capitalista de la propiedad privada.

En el grado de desenvolvimiento económico de que tratamos ahora, en el que el capital es sólo capital de comerciante y de usura, son pocos los rasgos de este aspecto capitalista que resultan perceptibles; pero también son dignos de notar.

Los ingresos del campesino o artesano dependen, en primer término, bajo el imperio de la pequeña industria, de su personalidad y de la de sus familiares, de su aplicación, de su habilidad, etc. El volumen de provecho del comerciante, por el contrario, es tanto mayor cuanto más dinero tenga para comprar mercancías, cuantas más mercancías tenga para vender. Si yo vendo 10.000 libras de tabaco, mi beneficio será, en circunstancias semejantes, cien veces mayor que si puedo vender sólo too libras. Lo mismo ocurre con el usurero. Los ingresos de los capitalistas — como capitalistas — dependen, en primer término, de la magnitud de su capital.

La fuerza de trabajo y la aptitud del individuo son limitadas ; igual ocurre con el volumen de productos que puede elaborar un trabajador bajo ciertas condiciones. Nunca puede pasar más allá de un cierto promedio. Dinero, por el contrario, se puede amontonar hasta el infinito ; para eso no hay medida ni meta. Y cuanto más dinero tenga I uno, tanto más dinero empolla, si lo emplea como capital.

De ahí la posibilidad de adquirir riquezas inconmensurables.

Pero la propiedad privada crea todavía otra posibilidad. **La** propiedad privada sobre los medios de producción *significa* que cualquiera tiene posibilidad legal de adquirirlos; pero también posibilidad de perderlos, es decir, *de* perder sus medios de vida, hundiéndose en la pobreza más absoluta. El capital de la usura supone ya la indigencia. Quien tiene lo que necesita no tomará nada prestado. Mientras explote la situación apurada del indigente, el capital de la usura es un medio para aumentarla.

Ganancia sin trabajo, inconmensurables riquezas de los unos, absoluta pobreza de los otros : estos rasgos nos muestran el aspecto capitalista de la propiedad privada. Pero estos rasgos permanecen todavía encubiertos en tanto que el capital del comerciante y de la usura están en el comienzo de su desarrollo. Sobre todo, el rasgo peor, la pobreza, se introduce débilmente por días; la carencia de propiedad sigue siendo caso excepcional y no es la situación de grandes masas de la población.

De igual manera que los otros explotadores que aparecen al lado del comerciante y usurero, por ejemplo, los señores feudales en la Edad Media — acerca de los cuales no queremos profundizar por no desviarnos —, se aplican también en ese momento del proceso el comerciante y el usurero **n** hacer que subsista y prospere la pequeña industria en ciudad y campo. Ahí es aplicable el refrán : «Cuando el campesino tiene dinero, lo tiene el mundo entero.» El comercio no niega la pequeña industria : la fomenta bajo ciertas circunstancias. El usurero exprime a su deudor; pero no tiene ningún interés en su aniquilamiento. La pérdida de los medios de producción, la pobreza, no se introduce bajo estas circunstancias como fenómeno social regular, sino como desgracia singular producida por desventuras extraordinarias o extraordinaria incapacidad. La pobreza significa una prueba enviada por Dios, o un castigo por la pereza, irreflexión, etc. Esta concepción tiene todavía hoy fuerte vigencia en círculos pequeñoburgueses, y, sin embargo, «e ha convertido a partir de entonces la carencia

de propiedad en un fenómeno de naturaleza completamente distinta *t* lo que antes era.

3. - El modo de producción capitalista

En el curso de la Edad Media se desarrolló de más en más, en Europa, el artesanado; la división del trabajo en la sociedad aumentó — así, por ejemplo, las hilaturas se dividieron en hilaturas de lana, hilaturas de lino e hilaturas de fustán, y diferentes manufacturas relacionadas con la hilatura, por ejemplo, la pañería, se hacen industrias autónomas —. La habilidad creció, y el modo de trabajar e instrumentos de trabajo mejoraron mucho. Al mismo tiempo se desarrolló el comercio, sobre todo a consecuencia de las mejoras en los medios de transporte, especialmente de la construcción de barcos.

Hace cuatrocientos años que tuvo efecto el florecimiento del artesanado y que también, por tanto, se produjeron muchos acontecimientos para el comercio. Se encontró la ruta hacia las Indias, este país fabuloso, lleno de tesoros inmensos, y se descubrió América, con sus depósitos inconcebibles de oro y plata. Una corriente de riquezas se derramó sobre Europa, riquezas que los aventureros europeos arrebataban en los países recién descubiertos por medio del comercio, el engaño y el robo. La parte del león, en estas riquezas, recayó en los dueños del comercio, que se hallaban en situación de aparejar barcos y proveerlos de una numerosa y enérgica tripulación, tan temeraria como poco escrupulosa.

Hacia la misma época se formó también el Estado moderno, el Estado centralizado de funcionarios y militares, entonces en forma de monarquía absoluta. Este Estado correspondía a las necesidades de la pujante clase capitalista en tanta medida como él mismo necesitaba ser ayudado por ella. El Estado moderno, el Estado de la producción de

mercancías desarrollada, no saca sus energías de servicios personales, sino de sus ingresos de dinero. Por eso los monarcas tenían toda clase de motivos para proteger y favorecer a los que traían dinero al país, a los comerciantes, a los capitalistas. En agradecimiento a esta protección prestaban los capitalistas dinero a monarcas y Estados, los convertían en sus deudores, ¡os sometían a su dependencia, y obligaban entonces al poder del Estado a servir los intereses capitalistas, asegurando y ensanchando las vías de tráfico, adquiriendo y sosteniendo colonias ultramarinas, manteniendo guerras contra Estados comerciales competidores, etc.

Nuestros epítomes económicos nos cuentan que el origen del capital está en el ahorro. Pero nosotros acabamos de encontrar otras fuentes del capital muy distintas. Las mayores riquezas de las naciones capitalistas provienen de su política colonial, es decir, de su saqueo de países extraños ; provienen de la piratería, del contrabando, del comercio de esclavos, de las guerras comerciales. La historia de estas naciones nos proporciona, hasta incluso en nuestro siglo, suficientes ejemplos de tales métodos de «ahorrar» capital. Y la ayuda del Estado se revela como un poderoso medio para propulsar este «ahorro».

Pero los nuevos descubrimientos y rutas comerciales no se limitaron a traer grandes riquezas para los comerciantes ; ensancharon también rápidamente el mercado para la industria de las naciones marítimas de Europa, sobre todo para la industria de Inglaterra, que se levanta como señora de los mares. El artesanado no estaba en condiciones de acudir a las necesidades de unas tan rápidas y tan crecientes demandas del mercado. La colocación en masa *(Mas- s nabsats)* necesitaba de la producción en masa *(Massen- produktion);* el gran mercado necesitaba de una producción que se rigiera por entero según sus necesidades, es decir, que fuera por entero dependiente de los comerciantes.

Los comerciantes tenían el mayor interés en poner en obra la producción en masa correspondiente al mercado ampliado ; poseían también el dinero necesario para com-

prar en cantidad precisa todo lo que hiciera falta para **la** producción: materias primas, instrumentos, talleres, fuerzas de trabajo; pero ¿de dónde tomar estas últimas? Ya no había en Europa esclavos que poder comprar. Un trabajador que sea dueño de sus propios medios de producción, o perteneciente ■ una familia que sea dueña de los medios de producción necesarios, no vende su fuerza de trabajo. Prefiere trabajar para sí, o en caso para su familia, pues así le queda a él o a su familia todo el producto de su trabajo. Vende el producto de su trabajo, pero no Su fuerza de trabajo. Nótese aquí marginalmente que se re**huye** la expresión : venta del trabajo. El trabajo, una actividad, no **se** puede vender. Pero, generalmente, la palabra «trabajo* no se usa sólo para designar una actividad, sino también para designar el resultado de esta actividad, el producto del trabajo, y para designar la fuerza que es manifestación de la actividad de trabajo, la fuerza de trabajo. El empleo de la palabra «trabajo» en el complejo dicho permite a todos aquellos economistas que quieren mantener a trabajadores y pequeñoburgueses en confusión sobre sus condiciones, mezclar entre sí las cosas más diferentes y equipararlas. Hay que tener mucho cuidado con estas manipulaciones.

Volvamos ahora ■ nuestro comerciante, que hemos dejado en la búsqueda de trabajadores. Con los propietarios de las pequeñas industrias y sus familias no se puede hacer nada. El comerciante necesita buscar trabajadores que no posean más que su fuerza de trabajo, de tal forma que se encuentren obligados a vender ésta para poder vivir. El desarrollo de la producción de mercancías y de la propiedad privada había dado ya lugar a la aparición de tales desheredados, como vemos. Pero al comienzo eran pocos los que no NB encontraban en la asociación familiar **de** una explotación económica, y la mayoría de ellos eran, **o** bien incapaces de trabajo, inválidos, enfermos, ancianos, **o** bien holgazanes, pillos y charlatanes. El número de los trabajadores completamente desheredados era reducido.

Pero un destino favorable cuidó de que, justamente al tiempo de producirse entre los comerciantes una mayor demanda de trabajadores desheredados, fueran colocadas **ni** estas condiciones y arrojadas a la calle masas enteras de trabajadores, donde los fíeos, dueños del comercio, no tenían más que escoger.

También esto fué una consecuencia del desarrollo de la producción de mercancías. El ensanchamiento del mercado para la industria urbana repercutió en la agricultura. En las ciudades creció la demanda de alimentos y de materias primas, madera, lana, lino, colorantes, etc. También la producción agrícola se hizo de día en día producción de mercancías, producción para la venta.

El campesino recibió dinero en mano. Pero eso fué su desgracia. Pues ello excitó la codicia de sus explotadores, los terratenientes y príncipes. Mientras su sobrante consistió predominantemente en simples especies, no le tomaron de él más que lo que podían consumir. Pero dinero puede necesitar siempre, y cuanto más, mejor. Cuanto más se ensanchaba el mercado para el campesino, cuanto más dinero tomaba por sus mercancías, tanto más maltratado era por los terratenientes y príncipes, tanto más subían sus cargas e impuestos. Pronto los señores no se contentaron ya con el sobrante que resultaba de su trabajo sobre el gasto de su manutención, y arrebataron al campesino, cada vez más, lo necesario también. No es maravilla que los campesinos se desesperaran ; que algunos, especialmente después de frustrados todos los intentos de resistencia **en** las guerras de campesinos, dejasen casa y hogar y buscasen su refugio en la ciudad.

A esto se asoció en formas múltiples una otra circunstancia. Así como surgió en la ciudad, a causa de la ampliación del mercado, una necesidad de producir industrialmente en masa, así también en el campo surgió una necesidad de una producción agrícola en masa. Lo que intentaban en la ciudad los comerciantes lo intentaban en **el** campo los terratenientes. El terrateniente, que, por regla

general, había sido hasta entonces sólo un campesino más elevado, procuraba ahora ensanchar su explotación. Fuerzas de trabajo no le faltaban, pues entendía que podría obligar a los campesinos a servir. Pero a menudo casi ni necesitaba nuevas fuerzas de trabajo. La producción de lana o madera, la economía de la pradera o del bosque, por ejemplo, requerió muchos menos trabajadores que la labranza. Allí donde los terratenientes pasaron de la labranza a la economía de la pradera o del bosque quedaban sobrantes trabajadores agrícolas. Pero lo que el terrateniente necesitaba, de aquí en adelante, en todo caso, era más tierra de la que hasta ahora explotaba. Esto sólo podía alcanzarlo a expensas de los campesinos de su contorno. Necesitaba expulsarlos de sus explotaciones si quería ensanchar la propia. Poco le costaba dar este paso. La expulsión de campesinos dió comienzo, y continuó en gran escala hasta hace cien años.

Mientras los dueños del comercio se enriquecían mediante el saqueo de las colonias, los nobles y príncipes se enriquecían mediante el saqueo de sus propios súbditos, y los señores feudales no retrocedían más que los capitalistas ante el empleo del engaño y la fuerza, del robo y del incendio, cuando les parecía necesario para el logro de sus fines. La Historia nos enseña **a** conocer las maneras singulares del «ahorro».

¿Qué podían hacer las masas de campesinos desheredados que en parte huían ante la servidumbre y las cargas, y en parte eran expulsados de su casa y hogar mediante el engaño o la fuerza? Ya no podían producir por sus propias manos, pues les faltaban para ello los medios de producción, de los que habían sido despojados, separados. No podían llevar al mercado ningún producto, y así' no les restaba más que llevarse * sí mismos al mercado, para vender por un tiempo mayor a menor lo único valioso que les había quedado: su fuerza de trabajo, es decir, para alquilarse. Los unos se hicieron jornaleros agrícolas ; tal vez con el mismo amo que los expulsó. Otros se alistaron como

mercenarios de guerra, para ayudar al señor que los había saqueado en sus expediciones de saqueo. Otros aún, desmoralizados, se hicieron mendigos o criminales. Pero muchos, y .no precisamente los peores, se dirigieron a la industria para buscar allí trabajo. Los artesanos procuraban librarse de la inundación de nuevas fuerzas de trabajo, de nuevos competidores, cerrando gremialmente sus oficios. Esto impulsó más aún a las masas trabajadoras no reglamentadas a caer en brazos de aquellos comerciantes que buscaban jornaleros para sus explotaciones industriales.

Así se crearon las bases de la industria capitalista, del modo de producción capitalista, mediante una expropiación, una revolución tan sangrienta y cruel como la Historia universal no conoce otra. Pero, naturalmente, fué una revolución de los ricos y poderosos contra los débiles e inferiores ; y, no obstante, la época de esta revolución se alaba como la época del humanismo y de la liberación del espíritu, y hoy, del modo más expresivo, por aquellos que se indignan más vivamente ante las perspectivas revolucionarias de la Socialdemocracia.

El separar de sus medios de producción a las mayores masas de trabajadores, transformarlos en desheredados, en proletarios, fué una condición previa de la producción capitalista en masa. El desarrollo económico forzó a ello. Pero, como siempre ocurre, tampoco esta vez se contentaron las clases pujantes con contemplar tranquilamente el resultado automático de este desarrollo, sino que tomaron el Poder para proteger sus intereses y acelerar así) el proceso evolutivo. Y fué el Poder, en su forma más brutal y cruel, la comadrona de la sociedad capitalista.

4. - La agonía de la pequeña industria

En el primer momento, el nuevo modo de producción se diferencia poco, en lo externo, de lo antiguo. Su forma originaria era que el capitalista suministraba al trabajador

que había alquilado, a **ru** jornalero, la materia prima, por ejemplo, el hilo, si era tejedor, y él la elaboraba en su casa para devolver al capitalista el producto. Claro está que también en esta forma, la más próxima al artesanado, puso ya la producción capitalista una honda diferencia entre el artesano independiente y el jornalero industrial que trabajaba en casa. Sin embargo, queremos considerar más tarde en otro aspecto la transformación que el nuevo modo de producción implica para la situación del trabajador y proseguir aquí, ante todo, su propio desarrollo.

El paso inmediato del capitalista consiste en no dejar ya a sus trabajadores trabajar en casa ; los reunió en un taller propio, donde podía vigilarlos y estimularlos mejor. Con esto se creó, en primer término, la base de la gran explotación industrial capitalista propiamente dicha; pero también la base de aquella revolución de los modos de explotación que desde entonces se completa con velocidad creciente.

Mediante el trabajo en común de muchos en un taller se hizo posible la división del trabajo dentro de la industria. Bajo el dominio de la pequeña industria, la división del trabajo había llevado a la multiplicación del número de oficios, a que la clase de objetos que el individuo producía fuera disminuyendo cada vez más. Pero, no obstante, cada individuo producía un entero. La división del trabajo en la tahona llevó, por ejemplo, **n** que cada panadero no produjera ya todas las clases de pan. Los unos hacían sólo pan blanco; los otros, sólo pan negro ; pero todos producían panes enteros. Otra cosa ocurre con la división del trabajo dentro de la industria. Da lugar a que las distintas manipulaciones necesarias para la elaboración de un producto fueran confiadas a determinados obreros que trabajaban pasándolo de mano en mano. El trabajador se limitó cada vez más a manipulaciones individuales, que tenía que repetir incesantemente. Una gran industria en la que se produce de esta manera es una manufactura. La fecundidad, **la** productividad del trabajo de los individuos, se eleva así

mucho. Pero aún más importante es otro resultado. Se había llevado tan lejos la división del trabajo en una rama de la producción, que la elaboración del producto se descompuso en sus manipulaciones más simples, que el trabajador fué desplazado por la máquina *; siendo* preciso sólo un pasito más todavía para colocar una máquina en el puesto del trabajador.

También se dió este paso. Fué favorecido por el desarrollo de las ciencias naturales, sobre todo por el descubrimiento de la fuerza motriz del vapor, con el que por primera vez se produjo una fuerza motriz independiente de los elementos y sometida por completo al hombre.

La introducción de la máquina en la industria significó una revolución económica. Mediante ella alcanzó la gran industria capitalista su forma suprema y más perfecta : la de la fábrica. Con la máquina tuvo la producción capitalista su arma más poderosa ; que vencía, jugando, toda resistencia, e hizo del proceso del desarrollo económico una poderosa carrera triunfal del capital.

En los años 70 del siglo XVIII se descubrieron e introdujeron en Inglaterra las primeras máquinas prácticas para la industria del tejido. En la misma época tiene efecto el descubrimiento de la máquina de vapor. Desde entonces en adelante conquista la máquina, rápidamente, una rama de la industria tras otra ; un país tras otro. Hasta en los anos 40 del siglo pasado la industria capitalista de fábrica fué insignificante fuera de Inglaterra ; en los años 50 tomó un vivo incremento en Francia; en los años 60, y sobre todo 70, conquistó los Estados Unidos, Alemania, Austria. En los últimos decenios se ha implantado por sí misma en la Rusia bárbara, en la India oriental, en Australia ; empieza ya A establecerse en Asia oriental, Africa del Sur y Sudamérica. ¿ Qué son los más colosales imperios de los siglos anteriores frente a este imperio gigante sobre el que la industria capitalista ha establecido su poder?

En el año 1S37 existía en Prusia el número de 423 máquinas de vapor en la industria, con 7.500 caballos de fuer-

za. En tyoi podían contarse allí mismo, sólo en maquinas de vapor fijas, 70.832. En caballos de fuerza de vapor posee Prusia, entre industria y agricultura, más de cuatro millones.

El trabajo rendido por el vapor de todas las maquinas >. vapor de la tierra se valora ya, desde hace más de diez artos, como igual al de 200 millones de caballos o de 1.000 millones de hombres.

Mediante la máquina de vapor se coloca todo el modo de producción en una revolución permanente. Un invento, un descubrimiento, persigue al otro. Por un lado, cada día conquista la máquina nuevos terrenos reservados hasta el momento al ar;esanado. Por el otro lado, se hacen cada día superfluas, en los ramos de la industria que ya están sometidos al sistema de fábrica, máquinas antiguas, sustituidas por otras nuevas de mayor rendimiento. Con frecuencia se crean de un golpe, por nuevos inventos, ramas enteramente nuevas de la industria, condenando a muerte las antiguas.

Hace ya treinta artos rendía un obrero en la máquina de hilados cien veces más producto que una hilandera. Según la encuesta de la Oficina Americana del Trabajo (De- partement of Labor, en Wáshington) de 1898, asciende la superioridad de la máquina sobre el artesanado, en el hilado, a la relación de 163 a 1. La máquina producía ya entonces *n* 19 horas 7 minutos tanto hilo (too libras) como una hilandera en 3.117 horas 30 minutos.

¿Qué puede significar todavía junto a eso la pequeña explotación artesana?

También en su grado mínimo — el de la industria casera explotada capitalisticamente — la explotación capitalista se muestra superior a la explotación artesana. Queremos prescindir por completo de que cada uno de los trabajadores as limite a su especialidad y eleve con ello su capacidad de rendimiento. Mucho más importante es la ventaja que tiene el capitalista, como comerciante, frente al artesano. Compra al por mayor su materia prima y demás

medios de producción ; vigila el mercado con más perfección que el artesano ; sabe descubrir mejor el momento de comprar más barato y vender más caro, y, además, posee los medios para aguardar a ese momento. Por esto es ya tan grande la superioridad del capitalista sobre el artesano que éste no puede nunca sostener la competencia de su industria casera en todos aquellos aspectos en que se trate de una producción en masa, un producir para el comercio. Incluso en aquellas ramas de la industria en las que todavía hoy es el artesanado la única forma dominante de trabajo, que se lleva adelante en casa del trabajador, cesa la independencia de éste tan pronto como se convierten en industria de exportación. Convertir una producción artesa- na en industria de exportación significa destruir la producción artesana, convirtiéndola en una industria casera explotada capitalísticamente. Se ve cuán astutos son aquellos «reformadores sociales» que pretenden salvar un artesanado amenazado ensanchando su campo de venta.

Así, pues, ya desde el principio de la producción capitalista, en que ésta es todavía muy sencilla, se muestra, en todos los terrenos de la producción en masa, superior al artesanado. La máquina hace aplastante esta superioridad.

El artesanado solamente se puede mantener todavía en aquellas ramas del trabajo en las que aún no se trata de producción en masa, sino de producción de objetos aislados, en que el mercado está limitado aún estrechamente.

Pero la máquina no sólo ha revolucionado la industria, sino también los medios de comunicación. Vapores y ferrocarriles reducen cada vez más los precios de transporte de las mercancías, ligan cada vez más los lugares más alejados e inaccesibles con los centros de la industria, y ensanchan el mercado de día en día para cada uno de éstos. Así mantiene la máquina la posibilidad de desplegar por completo su eficacia en la industria. El gigantesco aumento de la producción que resulta de la introducción de la máquina exige un correspondiente aumento de la colocación o venta *(Absatz)*.

En la misma medida en que se extienden y perfeccio- nan los medios de comunicación, en la misma medida en que se ensancha el mercado para las distintas ramas de la industria, tn esa misma se angosta el campo del artesanado. La expresión *el fondo áureo del artesanado* ha perdido todo significado desde hace ya tiempo. El número de las ramas del trabajo y de los lugares en que todavía puede el artesanado prolongar su existencia es ya bastante limitado y disminuye a ojos vistas. La fábrica domina, y los días del artesanado están contados.

Y lo dicho del artesanado vale también, en la misma medida, para la pequeña explotación .rural. Allí donde la agricultura, tanto en la pequeña como en la gran explotación, convierte en preponderante producción de mercancías, producción para la venta, no para el propio consumo, allí ia gran explotación tiene, incluso cuando no pueda alcanzar una mayor capacidad de rendimiento, la misma ventaja frente a la pequeña explotación que tiene el capitalista en todas partes respecto del artesano : una mejor vigilancia y dominio del mercado. El gran terrateniente provisto de capital, o su arrendatario, pueden dar, además, a su explotación una mayor capacidad de rendimiento que la del campesino ; pueden adquirir y emplear mejores útiles y herramientas, mejor ganado de reproducción y de tiro, mejores abonos, mejor simiente, etc., que éste. •

La superioridad técnica y comercial de la gran explotación agrícola, en Europa, se ha contraído en los dos últimos decenios, sobre todo, por la competencia agrícola | transatlántica, que afecta a la gran explotación más dura- i mente que a la pequeña, ■ causa de que se reveló con ma- | yor agudeza en el cultivo de cereales, en el que la superio- I ridad técnica de la gran explotación sobre la pequeña ex- I plotación en la agricultura se hace más fuerte de día en día. I En la gran explotación predomina el cultivo de cereales, y ■ éste es el que más padece bajo la competencia del cultivo H exhaustivo. Así, pues, sufrió más la gran explotación por I la competencia de fuera, porque ella produce más para el

mercado, mientras que la pequeña explotación consume por sí misma una gran parte de sus productos. Por tanto, ésta depende menos del mercado que la gran explotación.

Pero tales condiciones favorables para la pequeña industria tenían que ser pasajeras. La competencia exterior no se detiene en el cultivo de cereales, se desarrolla también en la cría de ganado, y la producción para el propio consumo se reduce cada vez más en los campesinos y a desplazada por la producción de mercancías : producción para la venta. En especial es el desarrollo de los ferrocarriles y de los impuestos lo que propulsa la expansión de la producción de mercancías en la agricultura. Mediante los ferrocarriles el campesino se une con el mercado mundial ; los impuestos le obligan a buscar el mercado, pues no los puede pagar sin haber vendido una cantidad correspondiente de sus productos. Cuanto más elevados son los impuestos, tanto más empujado hacia el mercado se ve el campesino, tanto más se convierte su producción en producción de mercancías, tanto más expuesto se encuentra a la competencia de la gran explotación.

Para ninguna clase de nuestra población es tan pernicioso el aumento de las cargas tributarias como para los pequeños campesinos. El militarismo constituye hoy la causa más importante del aumento de los impuestos. Pero la misma gente, los grandes terratenientes, que se presentan a sí mismos como los más grandes amigos del campesino, son los más celosos prop ignadores del militarismo. Para los grandes terratenientes el militarismo sólo ofrece ventajas : comporta la necesidad de suministros al por mayor de alimentos para hombres y caballos, suministros til por mayor que ante todo puede satisfacer la gran explotación. Y a los hijos del gran terrateniente les ofrece el militarismo numerosas y bien pagadas plazas de oficial. Al campesino le toma el militarismo su mejor fuerza de trabajo, su hijo ; para eso le trae una carga tributaria exorbitante y le empuja al mercado, donde le oprime la competencia de la gran explotación del interior y del cultivo exhaustivo del extranjero.

Por todas partes encontramos un retroceso de la explotación agrícola autónoma, independiente del capital. El sistema de arrendamiento y las deudas crecen. En el imperio alemán crecieron las deudas del terrateniente en diez años, de t886 • 1895. en unos 23.000 millones de marcos. Y el número de las explotaciones con tierra arrendada aumenta desde 1892 a 1895 de 2.322.899 a 2.607.210, es decir, en 284.311.

	1882	1895	
Pequeñas industrias (1-5 trabajadores)..	2I75-857	I.989-572	- 8,6%
Industrias medias (6-50 ídem)	8c ooi	'39-459	+ 64 1 %
Grandes industrias (más de 50 ídem)....	3-48	17.94 H-H	89.3 %

Al misino tiempo crece la población en un 14,5 por too.

Los trabajadores de las pequeñas explotaciones eran en 1882 más de la mitad (59 por 100) del total de los trabajadores industriales (4.335.822, de 7.340.789 trabajadores); en 1895 todavía, tan sólo el 46,5 por too (4.770.669, de 10.269.269). Los trabajadores de la gran industria, por e1 contrario, se duplicaron en el mismo tiempo (de 1.613.247 hasta 3.044.267).

Estas cifras son muy sorprendentes, en atención **a** la juventud del capitalismo alemán, pues la decadencia de la pequeña industria es, en general, un fenómeno de marcha penosa.

ún ejemplo lo aclarará. Los tejidos ■ máquina —especialmente los ingleses — hacían ya por los años 40 del siglo pasado tan dura competencia ■ los tejidos a mano, que se hizo proverbial la miseria de los tejedores y dió lugar a motines de hambre. A pesar de ello, había aún en el imperio alemán, según la estadística de 1882, de 491.796 tejedores, 285.444 ocupados en pequeños establecimientos de una a cinco personas ; es decir, más de la mitad. A nadie se le hubiera ocurrido entonces sacar de ahí la conclusión de

que el tejido a mano tenía todavía un porvenir, y de que su decadencia no fuera naturalmente forzosa. En Inglaterra hace ya mucho tiempo que se ha muerto de hambre el último tejedor. También en Alemania están sus días contados. El número de tejedores ocupados en pequeñas explotaciones bajó desde 1882 hasta 1895 de 285.444 a 156.242. Si, ■ pesar de eso, hay aún muchos tejedores artesanos, eso no demuestra la capacidad de la pequeña industria para competir, sino la capacidad del tejedor artesano para pasar hambre.

La total desaparición de la pequeña industria no es **el** primero, sino el último acto de la tragedia que se titula «Decadencia de la pequeña industria.» El primer efecto de la competencia de la producción capitalista es **que el** artesano — y lo que de él se diga vale también, con algunas variantes, para el campesino — sacrifica poco a poco todo lo que en bienestar amontonara su actividad o la de sus predecesores. El hombre empobrece ; reaccionar contra la pobreza se llama ser trabajador. La jornada de trabajo se extiende hasta las altas horas de la noche ; mujer e hijo se acercan al trabajo industrial ; en lugar de los oficiales adultos, más caros, se colocan los aprendices, más baratos, cuyo número aumenta desmedidamente. Y mientras la jornada de trabajo se dilata, y la actividad se hace febril, sin sosiego, sin pausa, baja la alimentación, los gastos de vivienda y vestido se limitan cada vez más.

No hay existencia más lastimosa, más miserable que la del que arrastra una pequeña industria o la del pequeño campesino, en lucha con el prepotente capital.

No sin razón se dice que los jornaleros están hoy mejor que los pequeños campesinos y que los pequeños maestros. Con eso quiere demostrarse que los trabajadores no tienen ningún derecho a estar descontentos. Pero la flecha, que va dirigida contra la socialdemocracia, no la alcanza a ella, sino a la propiedad privada. **De** hecho, cuando **los** desheredados están mejor que los trabajadores propietarios de la pequeña industria, ¿ qué valor conserva para

éstos la propiedad ? Cesa de servirles, comienza a dañarlos. Cuando, por ejemplo, el tejedor a domicilio se mantiene firme en su industria, insuficiente, j pesar de que ganaría más en la fábrica, es sólo porque todavía posee algo, una casita y unos trochos de tierra para patatas, que necesitaría abandonar si renunciara a su industria. Para este hombre, su propiedad sobre los medios de producción se ha convertido, de un escudo contra la miseria, en un lazo que le amarra a la miseria ; el efecto de la propiedad privada se ha trocado para él en su opuesto. Lo que hace cien años era todavía una bendición para el artesano y el campesino, le trae hoy la maldición.

Pero se dirá que con esta mayor miseria adquiere, sin embargo, el pequeño artesano y campesino una mayor independencia y libertad que la que disfruta el jornalero desheredado. También esto es falso. Donde la pequeña industria se pone en contacto con el capital, cae aquélla en seguida en absoluta dependencia de éste. El artesano se convierte en industrial a domicilio, que se entrega al capitalista ; su hogar se convierte en una sucursal de la fábrica ; o se hace agente del capitalista, vendedor de artículos de la fábrica, afanándose, junto a eso, aún en trabajos supletorios. En uno como en otro caso depende por completo del capitalista. Y el campesino, que no puede mantenerse como tal campesino en la lucha de competidor, o que sucumbe al usurero o a las cargas del Estado, se agarra a una industria casera en servicio de un capitalista, o al trabajo asalariado en servicio de un gran agricultor. Puede hacerse también trabajador trashumante *(Wanderarbeiter),* o va hacia la fábrica o la mina y abandona el trabajo de la tierrecita, a la mujer y a los hijos no adultos. ¿ Dónde queda su independencia y libertad? Su propiedad es lo único que le distingue del proletario ; pero precisamente esta propiedad le veda seguir la mejor ocasión de trabajo, le encadena a la tierra y le hace depender como el jornalero desheredado. La propiedad privada sobre los medios de producción no sólo aumenta, pues, la miseria rna-

terial, sino también la dependencia de ese hombre. Su efecto se ha cambiado asimismo dentro de esta relación en el efecto opuesto; se ha convertido de un baluarte de la libertad en un medio de servidumbre.

Pero, se dice, la propiedad privada asegura al artesano y campesino la propiedad de los productos de su trabajo. .Ahora bien ; esto es un débil consuelo cuando el valor de los productos ha caído tan bajo que no basta a satisfacer las necesidades del productor y de su familia. Pero ni siquiera este débil consuelo es acertado. De antemano es inaplicable al gran ejército de aquellos que tienen que agarrarse a la industria casera o al trabajo asalariado para ganarse el sustento. Pero tampoco vale para la pluralidad de los pequeños artesanos y campesinos que todavía no ha puesto a su servicio directamente el prepotente capital, habiendo sido hasta ahora tan felices y tan dichosos que conservan aparentemente su plena independencia. No vale para todos aquellos que tienen deudas. El usurero que ha establecido una hipoteca sobre una finca rústica posee un derecho mayor al producto del trabajo del campesino que este mismo. Primero hay que satisfacer al usurero ; sólo aquello que sobre corresponde al campesino ; al usurero no le preocupa nada si este resto basta para mantener al campesino y ■ su familia. El campesino y el artesano trabajan tanto para el capitalista como el jornalero. La diferencia que la propiedad privada establece en este orden de cosas entre el trabajador con propiedades y el desheredado consiste sólo en que el jornal del último se acomoda en general a sus necesidades ordinarias, mientras que para los ingresos del trabajador propietario no existe tal límite. Puede ocurrir con éste, en ciertas circunstancias, que **el** interés de la usura no le deje nada sobrante del producto I de su trabajo, que trabaje enteramente de balde... Gracias a la propiedad privada.

I Si existen aún en comarcas retiradas campesinos y **ar-** | tesanos que no tienen deudas, las deudas del Estado pro- | curan que también ellos se vean obligados a pagar **intere-**

ses al capital. En los intereses de hipotecas, letras de cambio y otros pagan campesinos y artesanos, al menos, sólo los intereses de un capital que han recibido ellos mismos. En los impuestos, que sirven para el pago de la deuda del Estado, pagan los intereses de un capital que el Estado ha tomado a préstamo para enriquecer con él a costa suya a sus competidores y explotadores: proveedores, empresarios de obras, grandes industriales, grandes terratenientes y gente por el estilo. Militarismo y deuda del Estado son los dos poderosos medios con los que el Estado actual arrastra a la aldea más apartada hacia el dominio de la explotación capitalista y estimula la decadencia de labrantía y artesanado.

¿Cuál es el resultado final de esta atormentadora pugna contra la prepotente competencia de la gran industria ? ¿ Qué premio se le ofrece al artesano y campesino por su «capacidad de ahorro» y su «laboriosidad», es decir, a cambio de que se someta a servidumbre y se arruine corporal y espiritualmente con mujer e hijos? El premio es la bancarrota, la completa expropiación, la separación de sus medios de producción, el derrumbamiento en el proletario.

Este es el inevitable resultado final de la evolución económica en la sociedad actual, tan inevitable como la muerte. Y así como ésta aparece cual una liberación al que padece una enfermedad torturante, así también el hombre modesto siente a menudo su bancarrota en las condiciones actuales sólo como una liberación, liberación de una propiedad que se le ha convertido en una carga pesada. La continuación de la existencia de la pequeña industria conduce a una tal desmoralización, a una tal miseria, que cabría preguntarse si se tendría derecho a detener la decadencia de la pequeña industria, caso de que en realidad fuera posible detenerla. ¿ No sería acaso más deseable que los que arrastran pequeñas industrias y los campesinos descendieran todos al grado de los tejedores de los Montes del Erz, convertidos en jornaleros de las grandes industrias?

Pero en los ir lentos de conservar la pequeña industria

solo se puede tratar de llevar hacia un leve reverdecer el artesanado y la economía pequeñorural, pues garantizar al pequeño empresario una parte suficiente en la moderna cultura es imposible en la época del vapor y de la electricidad.

La pequeña industria autónoma, independiente del capital, dueña absoluta de sus medios de producción y de sus productos — esta industria sobre la que descansaba toda la vida económica en la Edad Media y hasta entrado el siglo XVII —, desaparece incesantemente ante el capitalismo progresivo, que abarca una rama de la producción tras otra. Lo que todavía se sostiene como pequeña industria allí donde el capital domina, y en ciertas circunstancias con un nuevo desarrollo, no es más que una forma disimulada del proletariado y en modo alguno una de sus formas superiores. Es el último refugio de aquellos tristes desheredados que no encuentran en la gran industria ningún asilo, y que son demasiado orgullosos para mendigar y demasiado honrados para robar.

iiiiiiifiiiiiiiiiiiiihiiiiiiiiiiiiiniiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii

II. El proletariado

1. - Prolefaríos y oficiales artesanos

Ya hemos visto en el capítulo anterior que la producción capitalista de mercancías tiene como supuesto la separación entre los medios de trabajo y el trabajador. En la gran industria capitalista encontramos, por un lado, al capitalista que posee los medios de producción, pero que no toma parte en la producción, y por el otro lado, a los jornaleros, a los proletarios, que no poseen nada más que su fuerza de trabajo, de cuya venta viven, y cuyo trabajo es el que obtiene por sí solo los productos de esa gran industria.

Para proporcionar la multitud de proletarios precisa **a** las necesidades del capital se necesitó al principio, como hemos visto, de una poderosa ayuda. Hoy ya no es ésta necesaria. La superioridad de la gran industria sobre la pequeña industria basta hoy día para—sin violación de las leyes de la propiedad privada ; antes bien, sobre sus bases — expropiar y poner en el arroyo cada año un número de campesinos y artesanos que, reunido al de los descendientes de los proletarios ya «libertados», cubra con demasía las necesidades de nueva carne humana de los capitalistas.

Es tan notorio el hecho de que el número de los proletarios crece sin cesar y rápidamente, que no osan negarlo aquellos que quisieran hacernos creer que la sociedad **se** mantiene hoy sobre las mismas bases sobre las que se sostenía hace cien y más años, y nos muestran el porvenir **de** la pequeña industria con los colores más rosados.

?Xsí como en la producción la gran industria capitalista

ha llegado κ ser la forma dominante de la industria, así también el jornalero en el Estado y la sociedad — especial- mente el jornalero industrial — se ha colocado en el primer lugar entre las clases trabajadoras. Hace cuatrocientos años asumían aún este lugar los campesinos ; hace cien años, los pequeñoburgueses.

Los proletarios son ya hoy en los Estados cultos la clase más fuerte; sus condiciones y concepciones son las que determinan cada vez más la vida y pensamiento de las otras clases trabajadoras. Esto significa una completa revolución en las condiciones de vida y formas de pensamiento aportadas por la gran masa de la población. Pues las condiciones del proletario, especialmente del proletario industrial — y la agricultura se convierte también, dentro del modo de pioducción capitalista, en una industria —, son por completo diferentes de las de las clases trabajadoras anteriores.

Cuando el campesino y el artesano son libres poseedores de sus medios de producción les pertenece también el total producto de su trabajo. El producto del trabajo del proletario no pertenece, por el contrario, a éste, sino al capitalista, *al* comprador de su fuerza de trabajo, al poseedor de los medios de producción necesarios. Desde luego, el proletario es pagado por el capitalista; pero el valor que reside en su jornal no cubre en modo alguno el valor de su producto.

Cuando el capitalista industrial compra la mercancía «fuerza de trabajo» lo hace, naturalmente, sólo con la intención de emplearla de manera que le produzca ganancia. Hemos visto que el gasto de una determinada cantidad de trabajo crea una determinada cantidad de valor. Cuanto más produzca el trabajador, tanto mayor será — en circunstancias semejantes — el valor de lo que ha obtenido. Si el capitalista industrial hiciera trabajar al jornalero que ha alquilado sólo el tiempo preciso para que el valor obtenido de él fuera igual al valor del salario que recibe, el empresario no obtendría ninguna ganancia. Pero el capital, en su libre juego, tiene una tendencia interna hacia la ganancia,

y, como es natural, no encuentra resistencia por parte de los capitalistas.

Cuanto más tiempo se esfuerce el trabajador al servicio del capital sobre la jornada necesaria para la obtención del valor de su jornal, tanto mayor es el exceso del valor total del producto obtenido por él sobre la cantidad de valor que su salario representa, tanto mayor es la plusvalía — así se llama este sobrante —, tanto mayor es la explotación del trabajador. Esta encuentra su límite sólo en el agotamiento del explotado y... en su fuerza de resistencia frente al explotador.

Así, pues, la propiedad privada sobre los medios de producción significa de antemano para el proletario una cosa completamente distinta que para el artesano y campesino. Así como para éstos era originariamente un medio de asegurarles la plena posesión de su producto, para el proletario no ha sido nunca ni será nunca otra cosa que un medio de explotarle, de retenerle la plusvalía que ha creado. Por eso, el proletario está muy lejos de ser un entusiasta de la propiedad privada. De aquí que se distinga no tan sólo de campesinos y artesanos con propiedades, sino también del oficial artesano de la época precapitalista.

Los oficiales formaban la transición del artesano independiente al proletario, así como las explotaciones en las que en su mayor número estaban empleados formaban la transición de la pequeña industria a la gran industria. | Pero, ■ pesar de ello, qué diferentes eran del proletario !

Pertenecían ■ la familia del maestro y contaban con la perspectiva de llegar ellos mismos, alguna vez, a maestros. El proletario está colocado en su propio sér y condenado a permanecer eternamente proletario. En estos dos puntos reside la razón de la diferencia entre oficial artesano y proletario.

Como el oficial pertenecía a la familia del maestro, comía con él en la misma mesa y dormía en su casa. Las cuestiones de habitación y de estómago no existían para él. Su jornal en dinero era sólo una parte del que recibía del

maestro por su fuerza de trabajo. El jornal servía menos para la satisfacción de las necesidades indispensables, **ya** satisfechas al vivir con el maestro, que para la adquisición de superfluidades, o para el ahorro con vistas A la acumulación de los medios que necesitaba el oficial para conseguir el puesto de maestro.

El oficial trabajaba en compañía del maestro. Si éste dilataba con exceso la jornada, lo hacía no sólo para el oficial, sino también para sí mismo. El esfuerzo del maestro para dilatar el trabajo hasta el agotamiento no era por eso muy fuerte, y encontraba la mayor parte de las veces fácil dique. Si el maestro procuraba hacer, en lo posible, agradables sus condiciones de trabajo, esto era también favorable para sus oficiales.

Los medios de producción que necesitaba el pequeño maestro eran tan reducidos, que el oficial no necesitaba ninguna gran fortuna para llegar él mismo a ser maestro. Cada oficial tenía en perspectiva un puesto de maestro, sentía ya como futuro maestro, y, como quiera que el ahorro debía suministrarle los medios para lograr la condición de maestro, era un tan decidido representante de. la propiedad privada como el artesano independiente.

Bien entendido que nos representamos aquí las condiciones del artesano tal como se habían formado en la época precapitalista.

Ahora se comparan con éstas las condiciones del proletario.

En la explotación capitalista no actúan juntos jornalero y capitalista. Aun cuando también en el curso del desarrollo económico se separa el capitalista industrial del comerciante propiamente dicho, y se convierten en dos clases diferentes los capitalistas del comercio y de la industria, en el fondo es siempre también el capitalista industrial un comerciante. Su actividad como capitalista — en tanto que se ocupa en su empresa—está limitada, como la del comerciante, por el mercado. Su tarea es comprar las materias primas necesarias, materias accesorias, fuerzas del trabajo,

etcétera, lo más adecuadas y baratas que sea posible, y vender lo más caros posible los artículos fabricados en su empresa. En el terreno de la producción no tiene nada que hacer si no es cuidar de que los trabajadores rindan por el jornal más pequeño posible la mayor cantidad posible de trabajo ; de que se les extraiga la mayor plusvalía posible. Frente a sus trabajadores no es un colaborador; es un aguijador y explotador. Cuanto más tiempo trabajen, tanto mejor para él. No se cansará si la jornada dura demasiado ; no se hundirá si la forma de trabajo es homicida.

Por eso el capitalista es mucho más desconsiderado para cuerpo y vida del trabajador que lo era el maestro artesano. Prolongación de la jornada de trabajo, supresión de las fiestas, introducción del trabajo nocturno, trabajo en parajes húmedos, o recalentados, o llenos de gases nocivos, etcétera, etc. : éstas son las «mejoras» que trae consigo la explotación capitalista para el trabajador.

La introducción de la maquinaria aumenta aún los peligros para la salud y vida del trabajador. Este es encadenado ahora a un monstruo que golpea incesantemente a su alrededor con fuerza gigantesca y velocidad loca. Sólo la atención más tensa, nunca desfalleciente, puede proteger al trabajador ante una tal máquina, para no ser apresado por ella y triturado. Los dispositivos protectores cuestan dinero, y el capitalista no los introduce sin que le obliguen. La economía es la principal virtud del capitalista ; se la procura también el ahorrar espacio amontonando en lo-posible muchas máquinas en un taller. ¿ Qué le importa si con ello amenaza en último caso a los miembros sanos de sus trabajadores? Los trabajadores son baratos; pero los locales grandes, espaciosos, son caros.

Aún de otros modos empeora el empleo capitalista de maquinaria las condiciones de trabajo del obrero.

La herramienta del artesano era menos costosa. Estaba, además, sometida a escasos cambios de importancia que la hiciesen inútil. Otra cosa ocurre con las máquinas. Cuestan dinero, mucho dinero. Se inutilizan prematuramente o se ha-

cen mal aprovechables, y entonces traen perjuicios al capitalista en lugar de provecho. La máquina se desgasta no sólo cuando es utilizada, sino también cuando está parada. De otra parte, la introducción de la ciencia en el engranaje económico, cuyo resultado es justamente la máquina, lleva también a nuevos descubrimientos e inventos ininterrumpidos, ya de gran, ya de pequeña trascendencia, que tan pronto a una como a otra clase de máquinas, o bien a toda la instalación de fábrica, las hacen incapaces de competencia y, por tanto, las ponen fuera de valor antes de que se hayan inutilizado por completo. Mediante estas revoluciones incesantes de la técnica, toda máquina se encuentra en peligro de desvalorizarse antes de su inutilización. Razón bastante para que el capitalista la utilice con la mayor rapidez posible desde el momento de la adquisición. Es decir, que la maquinaria constituye un especial estímulo para que el capitalista extienda lo más posible la jornada de trabajo, y allí donde quepa la explotación ininterrumpida, introduzca los turnos diurnos y nocturnos y, por tanto, para hacer del pernicioso trabajo nocturno una institución permanente.

Cuando la maquinaria se desarrolló, declararon algunos idealistas que la edad de oro había llegado. La máquina quitaría al trabajador su trabajo y haría de él un hombre libre. Pero, en manos del capitalista, la máquina se ha convertido en la palanca más poderosa para hacer agobiadora la carga del trabajo del proletario, y su servidumbre insoportable, homicida.

Lo mismo que ocurre en relación con la jornada de trabajo, pasa con lo relativo al salario : el modo de producción capitalista ha empeorado el del jornalero respecto al que antiguamente recibía el oficial artesano. El proletario no come en la mesa del capitalista, no vive en su casa. Vivirá en el barrio más miserable, se alimentará con los peores desperdicios, o pasará hambre, sin que por eso se trastorne el bienestar del capitalista. Los conceptos hambre y salario se excluían recíprocamente antes. En otro tiempo, el

trabajador libre podía caer en poder del hambre, a lo sumo, cuando no encontraba trabajo. (Juien trabajaba tenía para comer. El modo de producción capitalista alcanza el mérito de reconciliar ambos opuestos, hambre *y* salario, *y de* haber hecho una institución permanente, una base de la sociedad, con el salario de hambre.

2. - Eí salario

El salario no puede subir tanto que haga imposible al capitalista continuar su negocio y vivir de él, pues bajo estas circunstancias sería más ventajoso para el capitalista renunciar al negocio. El salario del trabajador nunca puede subir tanto que llegue a igualarse con el valor de su producto. Necesita dejar siempre un sobrante, una plusvalía, pues sólo con la esperanza de este sobrante compra el capitalista fuerza de trabajo. El salario nunca puede subir tan alto en la sociedad capitalista que ponga fin a la explotación del trabajador.

El sobrante, la plusvalía, es, no obstante, mayor de lo que ordinariamente se piensa. No .sólo contiene el provecho del fabricante, sino mucho de lo que se suma a los costes de producción o venta : renta de la tierra (alquiler), interés del capital de fundación, descuento para el comerciante que compra al industrial sus mercancías, impuestos, etcétera. Todo esto sale del sobrante en que excede el valor del producto del trabajador sobre su salario. Este sobrante necesita, pues, ser bastante importante, si una empresa ha de rentar ; según eso, el salario no puede subir tanto que el trabajador perciba el valor aproximado de lo que ha creado. El sistema capitalista de salarios significa en todo caso la explotación del jornalero. Es imposible suprimir la explotación en tanto que aquél subsista. E incluso en los jornales más elevados necesita ser intensa la explotación del trabajador.

Pero el salario no alcanza apenas nunca el grado más alto que podría alcanzar. Por el contrario, lo más frecuen-

k es que se .prox.me a su grado intimo. A éste se liega allí donde el salario cesa de bastar siquiera **4** las necesidades más elementales del trabajador. Cuando el trabajador no sólo pasa hambre con su salario, sino que se muere de hambre, sólo entonces se acaba el trabajar.

Entre estos dos límites oscila el salario ; es tanto más bajo cuanto inferiores sean las necesidades ordinarias de vida del trabajador, cuanto mayor sea la oferta de fuerzas de trabajo en el mercado, cuanto inferior sea la fuerza de resistencia de los trabajadores.

En general, el salario debe, naturalmente, ser tan alto que sostenga la capacidad de trabajo del obrero, o, mejor dicho, que prometa asegurar al capitalista la cantidad de fuerzas de trabajo que necesita. Debe ser, pues, tan alto que no sólo posibilite al trabajador la conservación de su capacidad de trabajo, sino también la crianza de hijos aptos para el trabajo.

El proceso económico muestra aquí la tendencia, sumamente agradable para el capitalista, a rebajar los costes de sostenimiento del trabajador, y con ello, también, a tirar los salarios.

Habilidad) fuerza eran antes indispensables para el trabajador. El aprendizaje del artesano era muy largo; los gastos de su educación, por tanto, bastante importantes. Los progresos de la división del trabajo y del maqumismo hacen cada vez más superfinas en la producción habilidad y fuerza especiales. Posibilitan el colocar fuerzas de trabajo no educadas, más baratas, en lugar de las educadas ; posibilitan también sustituir en el trabajo a los hombres por débiles mujeres y niños. Ya en la manufactura se revela la inclinación hacia eso; pero sólo con la introducción de las máquinas en la producción comienza la explotación en masa de mujeres y niños en la más tierna edad, la explotación de los más inermes entre los inermes, que son abandonados a la más indignante brutalidad y pillaje. Aquí nos encontramos con una nueva hermosa cualidad de la máquina cuando la utiliza el capital.

El jornalero que no pertenecía *a* la *familia del* empresario debía recibir pagado en su salario, primitivamente, no sólo el importe de su propia manutención, sino *también* de su familia, cuando estaba en situación *de reproducirse y legar* su fuerza de *trabajo. Sin esta herencia* no hubieran encontrado los herederos del capitalista proletarios que poder explotar. Pero cuando la *mujer, y también, desde su* más temprana edad, los hijos *del trabajador,* están en condiciones de velar por sí mismos, entonces puede hacerse bajar el salario del trabajador varón, sin peligro del mantenimiento de la fuerza de *trabajo, casi hasta el importe de los* gastos de manutención *de su* persona.

Todavía ofrece el trabajo de mujeres *y niños la ventaja* de que éstos presentan menos resistencia que los hombres, *y,* mediante su alistamiento en las filas de los que trabajan, se aumenta de modo gigantesco la oferta *de* fuerzas *de* trabajo en el mercado.

El trabajo *de* mujeres *y niños no sólo hace* descender los costes *de* conservación del *trabajador*: disminuye también su fuerza de resistencia *y* aumenta la oferta de *fuerzas de* trabajo; por todas estas circunstancias se logra rebajar el salario del trabajador.

3. *- La* disolución de la familia proletaria

El trabajo industrial de la mujer significa en la sociedad capitalista también la *destrucción* completa de la vida de familia del trabajador, sin que sea sustituida *por* otra forma más elevada de familia. El modo de producción capitalista no disuelve en la mayoría de los casos el hogar individual del trabajador, pero le roba todos sus lados luminosos y *deja* subsistir sólo los sombríos, ante todo el derroche *de* fuerzas y la exclusión de la mujer de la vida política. El trabajo industrial de la mujer no significa hoy su liberación del trabajo doméstico, sino el incremento del

peso que ya tenía con otro nuevo. Pero no se puede servir a dos señores. El gobierno de la casa del trabajador desaparece cuando su mujer tiene que ayudar a ganar; lo que la sociedad actual coloca en el lugar del gobierno doméstico individual y de la familia particular es un mísero sucedáneo ; la cocina popular y la escuela de pobres, en el que arroja los desperdicios del alimento corporal y espiritual de los ricos a las clases inferiores.

Se acusa a la Socialdemocracia de querer anular la familia. Sabemos que cada especial modo de explotación tiene también su especial forma de gobierno doméstico, que supone una especial forma de familia. No estimamos que la forma actual de la familia sea la última, y esperamos que una nueva forma de la sociedad desarrolle también una nueva forma de familia. Pero tal esperanza es cosa muy distinta ■ la pretensión de destruir toda asociación familiar. Quienes destruyen la familia — no solamente quieren destruirla, sino que de hecho la destruyen ante nuestros ojos — no son los socialdemócratas: son los capitalistas. Algunos negreros arrancaban, en otros tiempos, el hombre | a la mujer, los padres de sus hijos aptos para el trabajo; I pero ios capitalistas sobrepasan todavía los horrores de la I esclavitud: arrancan al lactante de la madre y la obligan I a confiarlo a manos extrañas. ¡ Y una sociedad en la I que ocurren diariamente a centenares y miles estos casos; I una sociedad que en sus «cúspides» ha creado del modo I más propicio establecimientos «benéficos» especiales para ■ facilitar a las madres la separación de sus hijos ; una tal H sociedad tiene cara para reprocharnos que queremos disol- H ver la familia, porque estamos convencidos de que los tra- H bajos caseros se desarrollan cada vez más de aquí en ade« M lante como trabajos profesionales, con lo que se transfonna- M rán el gobierno doméstico y la vida de familia!

4. - La prostitución

De la mano con el tema de la disolución de la familia va el de la prostitución, contra la que, por supuesto, luchamos nosotros. Este tema está tan mixtificado corno el otro. Nosotros sostenemos precisamente que la base de toda vinculación matrimonial en una comunidad socialista debe ser lo contrario de toda prostitución, de toda forzosidad sexual y de toda impudicia; a saber: el amor ideal, y que este amor puede ser logrado como tal con valor general. ¿ Qué es, por el contrario, lo que vemos hoy?

La falla de resistencia de las mujeres, que hasta ahora estuvieron encerradas en su gobierno doméstico, que tienen la mayor parte de las veces sólo conceptos obscuros de la vida social y del poder de la organización, es tan grande, que el empresario capitalista puede atreverse a pagarles salarios prmanentcs que no basten a su manutención, y ellas, para completarlos, han de entregarse **a** la prostitución. El incremento del trabajo industrial femenino muestra en todas partes la tendencia a producir un incremento de la prostitución. Existen en el Estado del temor de Dios y las piadosas costumbres ramas de la industria completamente «florecientes» cuyas obreras están tan mal pagadas que tienen que pasar hambre, cuando no prostituirse. Y los empresarios declaran que justamente en estos salarios bajos descansa la capacidad de competencia, el «florecimiento» de su industria. Salarios más elevados la hundirían.

La prostitución es tan antigua como el contraste de pobres y ricos; pero antes formaban las prostitutas una cosa intermedia entre mendigos y pillos; eran un lujo que la sociedad podía permitirse, pero cuya pérdida no hubiera puesto en peligro su existencia. Hoy no son tan sólo las proletarias del hampa, sino también las mujeres trabajadoras, las que se ven obligadas a entregar su cuerpo mediante retribución. Esta entrega no es ya una simple cosa de lujo; **EB** ha convertido **en** una de las bases del desarrollo de la

La introducción del trabajo de mujeres y niños en la industria es, como vemos, uno de los medios más poderosos de los capitalistas para rebajar los salarios.

Pero periódicamente influye de modo también poderoso otro medio : la traída de trabajadores de lugares atrasados, donde la población tiene aún exigencias reducidas y posee una fuerza de trabajo todavía no destrozada por el sistema de fábrica. El desarrollo de la gran industria, en especial de la maquinaria, crea no sólo la posibilidad de sustituir estos trabajadores gastados por otros no gastados; crea también la posibilidad de traerlos baratos y rápidamente. El desarrollo de la producción tiene como consecuencia el desarrollo de los transportes ; la producción en masa supone el transporte en masa no sólo de mercancías, sino también de personas. Vapores y ferrocarriles, estos alabados portadores de la cultura, no se limitan a llevar armas, bebidas y sífilis a los bárbaros : nos traen también

bárbaros hasta nosotros, *y* con ellos la barbarie. La afluencia de campesinos ■ las ciudades se intensifica cada vez más. Y cada vez más vienen a nosotros rebaños sin **exi**gencias, perseverantes *e* incapaces de resistencia. Eslavos, suecos e italianos vienen a deprimir el salario en Alemania ; alemanes, belgas, italianos, • Francia ; eslavos, alemanes, italianos, irlandeses, suecos, * Inglaterra y Estados Unidos; chinos, a América y Australia, y quizá dentro de no mucho tiempo también a Europa. En barcos alemanes toman ya chinos y negros el puesto de los trabajadores blancos.

Estos trabajadores forasteros son, en parte, gentes expropiadas, pequeños campesinos y pequeñoburgueses que el modo capitalista de producción arruina, expulsa de su casa y hogar, y a los que quita no tan sólo el hogar, sino también su patria. Se mira a estos innumerables rebaños emigrantes, y se pregunta uno si es la Socialdemocracia la que los priva de patria, la que cultiva la destrucción del sentimiento de patria.

Mediante la expropiación de pequeños campesinos y pequeñoburgueses ; mediante la traslación de masas obreras ■ países lejanos; mediante el desarrollo del trabajo de mujeres y niños; mediante el acortamiento del aprendizaje, que se convierte en un preaprendizaje, logra el modo de producción capitalista aumentar en forma inaudita el número de fuerzas de trabajo a su disposición. Y junto con esto va un incremento permanente de la productividad del trabajo humano, **n** consecuencia del ininterrumpido progreso de mejoras y perfeccionamientos técnicos. Y no bastándole con esto, la explotación capitalista aumenta también el aprovechamiento de la fuerza individual de trabajo hasta el grado máximo, en parte, mediante la dilatación de la jornada, y en parte también — sobre todo allí donde la legislación o las organizaciones de trabajadores hacen impracticable lo primero —, mediante una mayor tensión del obrero.

Y al mismo tiempo la máquina coopera a hacer su **per-**

fluas más fuerzas de trabajo. Toda máquina ahorra fuerza de trabajo; si no lo hiciera, carecería de objeto. En cada rama de la industria, el tránsito del trabajo manual al trabajo E máquina está ligado con los mayores sufrimientos de los correspondientes obreros manuales que, bien sean artesanos, bien sean obreros de manufactura, se hacen superfinos y son puestos en la calle. Este fué el primer efecto de la máquina que percibieron los trabajadores. Numerosas insurrecciones en los primeros decenios de nuestro si- glo se produjeron por las cantidades de sufrimientos derivadas del tránsito del trabajo manual al de máquina, que traían consigo rebelión y desesperación. La introducción de la maquinaria, así como cada mejora consiguiente de la misma, es siempre perjudicial para ciertas capas de obreros ; claro está que otras capas de obreros — por ejemplo, los ocupados en la fabricación de máquinas — ganan con ello, bajo ciertas circunstancias. Pero no creemos que el saber esto sea muy consolador para los empujados al hambre.

Cada nueva máquina tiene por efecto el que, n consecuencia de su introducción, se produzca tanto como antes con un número menor de obreros □ más que antes con un número igual de obreros. Así, pues, si no ha de disminuir el número de trabajadores ocupados en un país bajo el influjo del progresivo desarrollo de la maquinaria, necesitará el mercado ensancharse en la misma proporción en que crece la fuerza de productividad de los trabajadores. Pero como quiera que el desarrollo económico eleva al mismo tiempo el rendimiento del trabajo y hace aumentar rápidamente — más rápidamente, por cierto, que crece la población total — la cantidad de fuerzas de trabajo disponibles, el mercado debe ensancharse, si no se quiere producir el paro obrero, aún con mayor rapidez que la correspondiente al incremento de la fuerza de productividad del trabajador mediante la máquina.

Una expansión tan rápida del mercado no ha tenido efecto, bajo el dominio de la gran industria capitalista,

casi nunca, y de seguro, nunca por ua espacio de tiempo relativamente considerable en uno de los campos más extensos de la industria capitalista. El paro obrero es, pues, un fenómeno permanente de la gran industria capitalista, que va unido ■ ella de modo inseparable. Ni siquiera en los mejores tiempos, cuando el mercado experimenta de repente un ensanchamiento considerable y los negocios marchan con holgura, está la industria en situación de poner en actividad a todos los parados; en los malos tiempos, durante una paralización de los negocios, crece su número gigantescamente. Juntos con los trabajadores superfluos de la pequeña industria, forman un ejército —el ejército industrial de reserva, como le llamó Marx— , un ejército de fuerzas de trabajo a disposición permanente del capital, del que éste puede sacar siempre reservas cuando la campaña industrial comience a agudizarse.

Para el capitalista es inapreciable este ejército de reserva. Para él constituye un arma importante con la que tener a raya al ejército de los que trabajan y hacerles dóciles. Conforme el recargo de trabajo de los unos produce el paro de los otros, el paro de éstos se convierte en un medio para mantener y aumentar el recargo de trabajo de aquéllos. I Y así, puede decirse que en este mundo marcha todo del mejor modo posible I

Aunque el ensanchamiento del ejército industrial de reserva oscila con las oscilaciones de la vida de los negocios, muestra, sin embargo, en general, la tendencia ■ moverse en dirección ascendente. Pues la revolución técnica progresa cada día más de prisa, abarca más amplios campos, y el ensanchamiento del mercado, por el contrario, muestra cada día más limitaciones. Volveremos sobre esto desde otro aspecto. Aquí basta con haberlo indicado.

¿Qué significa el paro obrero? No sólo significa necesidad y miseria para los afectados por él; no sólo mayor servidumbre y explotación para los que trabajan : significa también la inseguridad de la existencia para toda la clase trabajadora.

Las anteriores formas de explotación daban siempre al explotado una cosa: la seguridad de su existencia. La manutención del esclavo y del siervo estaba asegurada, al me- nos, en tanto que lo estuviera la existencia misma del amo. Sólo el hundimiento de su amo podio arrebatarle sus condiciones de vida.

Cualquier miseria, cualquier necesidad que en los anteriores sistemas de producción quisiera, siempre temporalmente, irrumpir sobre la población, no era una consecuencia de la producción, sino que tenía por causa un trastorno de la producción, por mala cosecha, epidemias, inundaciones, invasión de ejércitos enemigos, etc.

La existencia del explotador y del explotado no están hoy ligadas entre sí. El trabajador puede ser en cada momento echado a la calle con su mujer e hijos, y expuesto a morirse de hambre, sin que se produzca el inás mínimo cambio en la situación del explotador, a quien ha hecho rico.

Y hoy la miseria del paro obrero sólo excepcionalmente aparece como consecuencia de trastornos de la producción mediante influjos externos prepotentes ; es más bien la consecuencia forzosa del desarrollo de la producción misma. lx>s trastornos de la producción hacen aumentar más bien con frecuencia, hoy en día, las ocasiones de trabajo, en vez de disminuirlas : se recuerdan las consecuencias de la guerra de 1870 para la vida económica de Alemania y Francia en los años inmediatamente siguientes.

Bajo el imperio de la pequeña industria, los ingresos del trabajador en su propia economía eran tanto mayores cuanto más activo fuese. La pereza, por el contrario, le arruinaba, le dejaba sin trabajo. Hoy el paro obrero es tanto mayor cuanto más tiempo trabajen los trabajadores. El trabajador crea con su propio trabajo su paro. Como ocurre con algún otro principio del mundo de la pequeña industria, también el de que la actividad del trabajador da base a su dicha se ha trocado en el opuesto con la gran industria capitalista. Y como ése, también se ha convertido

en una mentira el otro postulado que aún llevan en la boca contra los trabajadores algunos filisteos : el de que todo el que quiere trabajar encuentra su pan.

La posesión de fuerza de trabajo es hoy tan poco segura defensa contra necesidad *y* miseria cotno la propiedad privada. Así como se cierne siempre sobre el pequeño campesino y el pequeño artesano el fantasma de la bancarrota, así también sobre el jornalero el fantasma del paro.

Esta inseguridad constante es, de todos los males del actual sistema de producción, el más penoso, y también el más indignante, aquel que de modo más profundo incita a los espíritus a acabar con toda tendencia conservadora. Esta eterna inseguridad de la propia situación socava la creencia en la segundad de lo existente y el interés en mantenerlo. Y quien recibe de lo existente un eterno temor, pierde el temor ante lo nuevo.

Recargo de trabajo, paro obrero y disolución de la familia : eso es lo que trae el modo de producción capitalista al proletariado, procurando al mismo tiempo que la posición proletaria se extienda a círculos cada vez más amplios y se convierta a ojos vistas en la posición de la gran masa de la población.

6. - El creciente ensanchamiento del proletariado. El prc letariado mercantil y “culto**

El modo de producción capitalista no causa tan sólo el efecto de hacer, mediante el ensanchamiento de la gran industria, que la condición proletaria sea cada vez más la condición del pueblo. Causa también el efecto de que la situación del jornalero en la gran industria sea determinante de la situación del jornalero en las otras ramas del trabajo. También sus condiciones de trabajo y de vida son revolucionadas por la gran industria ; las ventajas que estos trabajadores tuvieran antes de la influencia de los de la indus-

tria capitalista se transforman mediante esa influencia en Otras tantas desventajas. Donde, por ejemplo, hoy en día el obrero del artesanado habita y come en casa del maestro, éste es un medio de hacerle comer y vivir aún peor que el jornalero que lleva su propio gobierno doméstico. El largo aprendizaje era antiguamente un medio para proteger al artesano de la inundación de fuerzas de trabajo; hoy el aprendizaje es el medio más eficaz para inundar al artesano de fuerzas de trabajo baratas y dejar sin pan **a** los trabajadores adultos.

También aquí, como en otros terrenos, se ha convertido, con el modo de producción capitalista, en un absurdo y en una plaga lo que significaba cosa razonable y bienestar bajo el dominio de la pequeña industria.

El esfuerzo del agremiado por renovar el antiguo gremio nace de que, mediante la resurrección de las viejas formas, se le vienen a la mano nuevos medios de explotación frente a sus obreros. Quieren defenderse del hundimiento en el pantano colocando bajo sí algunos cuerpos de proletarios, y entonces se enfadan los señores si el proletariado no puede entusiasmarse en retardar algo de este modo la inevitable decadencia de la pequeña industria.

El mismo proceso que en el artesanado se consuma en los oficios comerciales. La gran industria comienza también a hacer sentir su opresión en el terreno del corretaje de la pequeña industria. El número de las pequeñas explotaciones comerciales no necesita disminuir por esa causa. El corretaje es el último refugio de las existencias en bancarrota de la pequeña burguesía (*). Reducirlo — tal vez por el angostamiento del comercio ambulante — no significa nada más que tirar estas vidas al suelo, bajo los pies, y empujarlas al proletariado del hampa *(Lumpenproletarial),* hacer de ellas mendigos, vagabundos, candidatos ■ la cárcel : una singular reforma social.

(*) Estaban ocupados en el imperio alemán de cada mil trabajadores de los correspondientes grupos:

EXPLOTACIÓN	INDUSTRIA		COMERCIO Y TRÁFICO (incluidas hospederías)	
	18-2	1893	1882	1893
Con 1-5 personas..........................	**551**	**399**	**757**	**607**
Con 6-50 ídem..............................	**186**	**238**	**202**	**243**
Más de 60 ídem............................	**263**	**363**	**! “**	**M**

Se ve que en el comercio y hospedería prepondera la pequeña explotación más que en la industria, y disminuye, relativamente, menos de prisa. En términos absolutos, crecen las pequeñas explotaciones en el comercio y hospedería rápidamente. Su personal aumenta, de 1882 ■ 1895 desde 1.013.981 hasta 1.509.453.

ter las fuerzas naturales, sea con el fin de la producción o de la destrucción, o para el empleo de su creciente superfluidad en aplicaciones lujosas. No sólo el campesino, el artesano o el proletario, sino también el comerciante, el fabricante, el banquero, el especulador de Bolsa, el gran terrateniente, carecen de tiempo para dedicarse al arte y ■ la ciencia. Están absorbidos por completo en sus negocios y diversiones. En la sociedad actual no son, como en anteriores formas sociales, los explotadores mismos, o al menos una clase de ellos, quienes cultivan las artes y ciencias. Abandonan esta actividad a una clase especial, ■ la que para eso pagan. La cultura se convierte en una mercancía.

Pero hasta hace unos pocos decenios ésta era aún una mercancía rara. Había pocas escuelas ; los estudios estaban ligados a gastos de importancia. Los campesinos se hallaban casi siempre tan sumidos en la miseria, que no hubieran podido arbitrar los medios para enviar sus hijos a las escuelas superiores.

El artesanado y el comercio, por el contrario, tenían aún *fondo áureo;* quien allí estaba, allí se quedaba; sólo unas dotes singulares, o especiales circunstancias, daban lugar в que el hijo del artesano o del comerciante se dedicase al arte o □ la ciencia. Mientras que subía la demanda de empleados, técnicos, médicos, maestros, artistas, etcétera, el aprovisionamiento quedaba limitado casi por completo dentro de los epígonos de ese mismo círculo.

La mercancía «cultura» subía por eso de precio. Su posesión proporcionaba casi siempre, al menos a aquellos que la empleaban en fines prácticos: abogados, funcionarios, médicos, profesores, etc., una vida holgada, y a menudo proporcionaba también fama y honores. El artista, el poeta, el filósofo, eran los contertulios de los reyes. El aristócrata del espíritu se sentía superior al de la sangre, como al del dinero. Su única preocupación era el desenvolvimiento de su tesoro espiritual. Por eso podían ser, y eran, también con frecuencia idealistas los hombres cultos. Se en-

contraban sobre las otras clases y sobre sus esfuerzos materiales y contrastes. Cultura significa poder, dicha y vida amable: ¿no se estaba a un paso de sacar la conclusión de que lo mejor para hacer felices y dichosos **a** todos los hombres, para superar las diferencias de clases y suprimir del mundo pobreza y vulgaridad, era extender la cultura ?

Desde entonces ha hecho enormes progresos la propagación de las escuelas superiores — y cuenta que aquí sólo hablamos de la cultura superior —. El número de establecimientos de enseñanza ha aumentado mucho. En medida aún más fuerte creció el número de los alumnos. La pequeña explotación en comercio e industria ha perdido su suelo dorado. El pequeño burgués sabe que no puede ya preservar ■ sus hijos de la caída en el proletariado sino haciéndoles estudiar cuando en alguna medida puede alcanzar los medios para ello. Y no tan sólo tiene que pensar en sus hijos, sino también velar por sus hijas. Pues la progresiva división del trabajo transforma, como ya se ha dicho, cada vez más los trabajos del gobierno doméstico en actividades particulares de distintos oficios, reduce cada vez más el trabajo en la casa y se convierte así cada vez más en un lujo un matrimonio en el que la mujer no sea sino administradora del hogar. Cada día es mayor el número de los solteros, cada día mayor el número de familias en las que mujer e hija necesitan trabajar para ganar. Así', pues, no sólo crece el trabajo femenino en el terreno de la gran y pequeña industria y del comercio, sino también en los empleos del Estado y Empresas privadas, correo, telegrafía, ferrocarriles, Bancos, etc., en el arte y en la ciencia. Aun cuando prejuicios e intereses personales griten aún en contra, el trabajo de la mujer toma carta de naturaleza en los distintos dominios del trabajo intelectual. No la vanidad, no el avance, no la presunción, sino la forzosidad del desarrollo económico empuja a las mujeres hacia el trabajo, en este como en los otros ramos de la actividad humana. Si bien los hombres han logrado excluir la competencia femenina en algunas manifestaciones del trabajo intelectual or-

ganizado aún gremialmente, tanto más se empujan las mujeres en los no gremiales, por ejemplo, literatura, pintura, música.

Una consecuencia de este proceso evolutivo es la de que el numero de los cultos ha aumentado enormemente en proporción a época anterior. Pero las consecuencias favorables que esperaban los idealistas del aumento de la cultura no han venido. En tanto que la cultura sea una mercancía, l? propagación de la cultura significa aumento de esta mercancía, y, con él, la caída de su precio ; es decir, el empeoramiento de la situación de quien la posee. El número de los cultos ha crecido en tal medida que están más que colmadas las necesidades de los capitalistas y del Estado de capitalistas. El mercado de trabajo está hoy tan recargado para los trabajadores de la cultura como para los trabajadores manuales. También los trabajadores intelectuales tienen ya un ejército de reserva ; el paro es entre ellos un huésped tan permanente como entre los trabajadores de la industria. Los que quieren alcanzar un empleo del Estado necesitan esperar años, con frecuencia más de un decenio, para lograr uno de los puestos peor pagados. En los demás alternan paro y recargo de trabajo como entre los obreros manuales, y al igual que éstos, la compresión del salario está a la orden del día.

La situación de los trabajadores de la cultura, como clase, empeora a ojos vistas; así como antes se hablaba de la aristocracia del espíritu, se habla hoy del proletariado de la inteligencia, y pronto será una sola cosa lo que distinga a estos proletarios de los otros jornaleros : su presunción. Se figuran aún, en su mayoría, ser algo mejor que los proletarios, se siguen contando entre la burguesía ; pero de la misma forma que el criado se suma a su amo. Han cesado de ser los guías espirituales de la burguesía y se han convertido en sus batidores. La ambición se multiplica entre ellos; no el desenvolvimiento, sino la valoración de sus bienes espirituales constituye ahora su primer cuidado, y la prostitución de su yo, su principal medio de salir ade-

íante. Como los que arrastran pequeñas industrias, también ellos se fascinan con algunas suertes brillantes en la lotería de la vida ; prescinden de los innumerables billetes sin premio que tienen frente a sí y venden cuerpo y alma por la simple perspectiva de hacer una tal suerte. El vender la propia convicción y la dote son a los ojos de la mayoría de nuestros «cultos» dos medios tan evidentes como imprescindibles para «hacer su felicidad». ¡ Esto es lo que ha hecho el sistema de producción capitalista con los idealistas, investigadores, pensadores y soñadores!

Pero la oferta crece con tanta fuerza que — en general, y por si fuera poco la formación — es preciso entregar en la venta la personalidad. La caída de la masa de^ los cultos en el proletariado no puede ya detenerse.

Si este proceso ha de conducir a que los cultos se agreguen en masa, y no sólo aislados como hasta ahora, al proletariado que lucha, eso es incierto todavía. Una cosa **es** segura : con la proletarización de los intelectuales se le cierra al proletario la única salida para escapar del proletariado por sus propios puños, por sí solo, ascendiendo £ una clase superior.

Que el jornalero llegue a ser capitalista es, por principio, imposible, al menos en el curso regular de las cosas. Un premio en la lotería o un tío «rico en América no vienen A cuento para gente razonable en la discusión sobre la situación de la clase trabajadora. Pero' bajo circunstancias especialmente favorables puede lograr, acá y allá, uno de los trabajadores mejor colocados ahorrar lo bastante, con duras privaciones, para abrir una pequeña explotación artesana, o un almacén, o hacer estudiar a uno de sus hijos para que llegue a ser algo «mejor». En todo caso era ridículo imputar **a** los trabajadores tales posibilidades de mejora de su situación o de la de sus 'hijos. En el curso corriente de las cosas puede estar contento un trabajador cuando logra ahorrar en los tiempos buenos tanto que en el caso de paro no se encuentre por completo al descubierto. Pero hoy en día, el falso consuelo de los trabaja-

¿ores sobre esta salida es más ridículo que antes, pues el desenvolvimiento económico hace no sólo que cada día sea más imposible el ahorro del trabajador, sino que también imposibilita el que, incluso si lo ha logrado, alcance lo necesario para redimirse, él o a sus hijos, de la existencia proletaria. Pasarse a la pequeña explotación independiente significa para él arrojarse de una miseria ■ la otra, para tener que regresar pronto, por regla general, a la antigua miseria y adquirir a costa de los ahorros la conciencia de que la pequeña explotación es insostenible.

Más difícil aún que el tránsito a la pequeña explotación independiente y casi sin esperanzas hoy, es el intento del proletariado de hacer estudiar a su hijo. Pero aceptemos que un tal intento se logre : ¿ qué ha de hacer ahora el hijo del proletario que no puede esperar para la utilización de sus conocimientos, que carece de toda protección para utilizar su cultura superior, ahora que necesitan esperar miles de juristas durante años hasta que les toque su turno en el servicio del Estado ; en que técnicos, químicos, peritos comerciales, ruedan a centenares sin ocupación?

Adonde quiera que se vuelva ¡hoy el proletario tropieza con las condiciones de vida y de trabajo proletarias. La condición proletaria oprime cada vez más a toda la sociedad ; la masa de la población ha descendido ya en todos los países civilizados al grado del proletariado. Ha desaparecido toda perspectiva para el proletario aislado de salir por sus propios puños, con su propia fuerza, del pantano al que le empuja el actual modo de producción. Solamente puede alcanzar su elevación mediante la elevación de la clase entera a que pertenece.

III. La clase capitalista

1. - Comercio y crédito

Hemos visto cómo la masa de la población en los países con sistema de producción capitalista se convierte cada vez más en proletarios, en trabajadores que están separados de sus medios de producción, de tal forma que no pueden producir nada con sus propios puños, *y* están por ello obligados, si no quieren morirse de hambre, a vender lo único que poseen : su fuerza de trabajo. También pertenecen ya de hecho al proletariado la mayoría de Jos campesinos y de los que cultivan pequeñas industrias. Lo que los distingue, su propiedad, es sólo una delgada cortina más a propósito para ocultar su explotación y dependencia que para impedirla, una cortina que cualquier vien- tecillo un poco más fuerte levanta y se lleva.

En el otro lado vemos un pequeño grupo de propietarios capitalistas y grandes terratenientes, únicos a quienes *pertenecen* los más importantes medios de producción, las más importantes fuentes de vida de toda la población y a los que esta propiedad exclusiva les presta la posibilidad y el poder para someter a los desheredados y explotarlos.

Mientras que la mayor parte de la población se hunde cada vez más en la necesidad y miseria, es este pequeño grupo de capitalistas y grandes terratenientes, 2 los que se suman los parásitos, el único que incorpora todas las inauditas ventajas que resultan de los progresos de la cultura actual, sobre todo los adelantos de las ciencias naturales y su aplicación práctica. Observemos ahora más de cerca este pequeño grupo de los elegidos ; consideremos el papel que

juegan en ia vida económica y las consecuencias que de él se desprenden para la sociedad.

Ya hemos distinguido las tres clases en que se divide el capital: capital del comerciante, capital de la usura y capital industrial. La clase de capital nombrada en último término es la más moderna, quizá no alcance « tantos siglos como milenios cuentan las otras dos clases de capital. Pero el hermano más joven ha crecido mucho más de prisa que los mayores; se ha hecho un gigante que los avasalló - y los puso ■ su servicio.

Para la pequeña industria en su forma perfecta (clásica) el comercio no es una necesidad indispensable. El campesino. como el artesano, puede obtener sus medios de producción, en tanto en cuanto tenga que comprarlos, directamente del productor ; puede vender su producto al consumidor directamente. El comercio sirve especialmente al lujo en este grado del proceso económico ; pero no es indispensable para el progreso de la producción en conjunto, para la conservación de la sociedad.

Por el contrario, la producción capitalista, como hemos visto, está desde un principio basada en el comercio, así como, de otra parte, el comercio necesita para su desenvolvimiento, a partir de cierto grado, de la producción capitalista. Cuanto más se ensanche ésta, cuanto más dominante se haga el modo de producción capitalista, tanto más se muestra necesario el progreso del comercio para la total vida económica. Hoy ya no sirve tan sólo a la superfluidad, al lujo. Toda la producción, incluso la alimentación de la población, de un país capitalista, depende hoy de que el comercio marche sin estorbos en sus caminos. Esta es una de las razones de que en el presente una guerra mundial tenga que ser mucho más devastadora que antes. La guerra conduce a una paralización del comercio, y ésta significa hoy una paralización de la producción, de toda la vida económica, significa una ruina económica que se extiende más y que no es menos incurable que la destrucción en los campos de batalla.

l an importante como el desarrollo del conioicio lia llegado ■ ser para el sistema de producción capitalista el desarrollo de la usura. El usurero era, bajo el dominio de la pequeña industria, un parásito que aprovecha la situación angustiosa o la ligereza de otros para chuparles la sangre. El dinero que prestaba a otros servía, por regla general — y la regla general era que cada productor poseía los necesarios medios de producción —, sólo para fines de gastos improductivos. Cuando, por ejemplo, un noble tomaba prestado, lo hacía para gastarlo en alegre compañía ; cuando era un campesino, para pagar sus cargas o gastos procesales. El préstamo con interés se tenía por inmoral *y* era generalmente condenado.

Otra cosa ocurre en el sistema de producción capitalista. Dinero significa ahora medios para establecer una explotación capitalista, comprar fuerzas de trabajo y explotarlas. Cuando hoy día toma dinero un empresario para fundar una nueva empresa o ampliar una ya existente, esto no significa más que — en el supuesto, claro está, de que la empresa prospere — que los ingresos que venía percibiendo se reducen en el importe del interés de esa suma de dinero. Ahora bien : el dinero prestado le sirve para explotar fuerzas de trabajo y engrosar sus ingresos, y, de hecho, en cantidad mayor que el importe de los intereses que debe. La usura pierde ahora su carácter primitivo. Su papel de medio de explotación de la situación angustiosa y de la ligereza cede frente al papel de «fertilizar» la producción capitalista ; es decir, posibilitar que su desarrollo se acelere, lo que se facilita al capitalista industrial con la simple acumulación de capital en las cajas fuertes. El terror ante el usurero cesa ahora. Este se purifica y recibe también un nuevo nombre biensonante : oredatario.

Al mismo tiempo se ha hecho distinta la dirección principal del movimiento del capital a réditos. Las sumas de dinero que habían acumulado en sus cajas los capitalistas de la usura fluían desde los depósitos por miles de canales hacia los no capitalistas. Hoy las cajas del capital de usura — los

institutos de crédito — han llegado & ser más bien depósitos ■ los cuales afluye por miles de canales el dinero de los no capitalistas para ser conducido desde allí a los capitalistas. El crédito es hoy, como antes, un medio para hacer a los no capitalistas — desheredados y propietarios — tributarios del capital. Pero ahora es también un poderoso medio para transformar en capital las propiedades que se encuentran en manos de las distintas clases no capitalistas, desde las inauditas riquezas de la iglesia católica y del antiguo noble hasta los céntimos indispensables ahorrados por la criada y el jornalero; es decir, en un medio de explotación de unas y de destrucción de otras de estas clases. Se alaba A los actuales establecimientos de crédito, Bancos de ahorro, etc., porque convierten en capital los céntimos de economía de los jornaleros, artesanos y campesinos, y a éstos en «capitalistas», como afirman los partidarios del orden actual. Pero esta acumulación del dinero de los no capitalistas no tiene otro fin que el de poner a disposición de los capitalistas nuevos capitales, y acelerar así el desarrollo del sistema de producción capitalista. Lo que esto significa para jornaleros, campesinos y artesanos ya lo hemos visto.

Cuando los actuales establecimientos de crédito cuidan, cada vez más, de transformar en capital todos los bienes de las distintas clases de no capitalistas, para ponerlo a disposición de la clase capitalista, procuran, de otra parte, que los capitales de la clase capitalista sean aprovechados mejor que hasta ahora. Se convierten en depósitos de todas las sumas de dinero de cada capitalista que éste, a veces, no tiene ocasión de emplear en sus empresas, y hacen accesibles a otros capitalistas que las necesitan estas sumas que, si no, permanecerían «muertas». Posibilitan también el , transformar las mercancías en dinero antes de que hayan sido vendidas; disminuyendo así el período de circulación l y, por tanto, también la cantidad de capital que se necesi- | ta para la explotación de una determinada empresa.

I En todo esto se ensancha mucho la cantidad y eficíen- I cia del capital que se encuentra a disposición de la clase

capitalista. De ahí que sea hoy el crédito una de las palancas más poderosas de la producción capitalista. Junto al alto desarrollo de la maquinaria y a la acumulación del ejército industrial de reserva, constituye una de las causas principales de la elasticidad del modo actual de producción, que capacita a la industria para lanzarse a la altura rápidamente, al más ligero impulso, y extenderse de modo poderoso.

Pero el crédito es aún mucho más sensible que el comercio a cualquier trastorno. Y toda conmoción que experimenta repercute en la total vida económica.

Algunos economistas han sostenido que el crédito es un medio con el que pueden llegar a capitalistas los desheredados o modestos propietarios. Pero, como ya dice su nombre, descansa el crédito en la confianza del credatario en el acreedor. Cuanto más posea éste, tanta mayor seguridad ofrecerá y tanto mayor crédito disfrutará. El crédito es, pues, un medio de proporcionar a los capitalistas aún más capital del que poseen, de agrandar el exceso del capitalista, de agudizar y no aliviar los contrastes sociales.

El crédito es, según eso, no sólo un medio de desarrollar más rápidamente la producción capitalista y capacitarla para el aprovechamiento de cada coyuntura favorable ; es también un medio de propulsar la decadencia de la pequeña industria ; es, en fin, también un medio de dar forma, cada vez más complicada y más sensible a los trastornos, al total engranaje del actual sistema de producción, y de llevar el sentimiento de inseguridad también a las tilas de los capitalistas, haciendo cada vez más vacilante el suelo en que se mueven.

F

2. - División del trabajo y competencia

Mientras que el desarrollo económico lleva por un lado a colocar comercio y crédito en cada vez más estrecha relación con la industria, hace por otro lado que, a consecuencia de la división del trabajo, las diversas funciones que el capitalista ha de cumplir en la vida económica recaigan en distintas Empresas y establecimientos, extraños los unos a los otros. Antes, el comerciante no había de limitarse a comprar y vender las mercancías ; necesitaba también reunirlas, almacenarlas, y con frecuencia llevarlas a muy lejanos mercados ¡ necesitaba clasificar las mercancías, exponerlas y hacerlas accesibles a cada comprador. Hoy, no sólo tenemos la división del trabajo entre pequeño y gran comercio ; tenemos grandes Empresas especiales para transporte y almacenaje de las mercancías (depósitos y otros) ; en los grandes mercados centrales, las Bolsas, la compra y la venta han llegado a ser una actividad tan desligada en sí de las otras ocupaciones del comerciante, que no sólo se compran y venden simples mercancías que aún están lejos o que aún no se han producido, sino que se compran también mercancías en posesión de las cuales no se quiere entrar, y se venden mercancías que no se poseen.

Antiguamente no era posible representarse a un capitalista sin una gran caja de caudales en la que el dinero se acumulaba y de la que sacaba el necesario para sus pagos. Hoy la caja de los capitalistas en los países económicamente adelantados, sobre todo en Inglaterra y América, se ha convertido en cosa propia de Empresas especiales: los Bancos. No se paga ya al capitalista, sino a su Banco ; se recibe de este último, y no del capitalista, lo que aquél debe. ¡ Así se llega a que sean unas pocas Empresas centrales las |
encargadas de la caja de toda la clase capitalista de un país. i

Pero si de esta forma recaen las diversas funciones del

capitalista en diversas Empresas independientes, éstas son independientes entre sí sólo externa, jurídicamente ; económicamente quedan, como antes, encadenadas de modo estrecho y subordinadas las unas respecto de las otras. Las funciones de unas de estas Empresas no pueden proseguirse en regla si las funciones de cualquiera de las otras Empresas con las que están ligadas en sus asuntos sufren una perturbación.

Cuanto más en dependencia recíproca se encuentren comercio, crédito e industria, y cuanto más recaigan en Empresas distintas las diversas funciones de la clase capitalista, tanto mayor será la dependencia del capitalista individual respecto de los demás. La economía capitalista de un país — y, en ciertas relaciones, la de todo el mercado mundial — se convierte cada vez más en un único cuerpo inmenso, cuyas partes se encuentran colocadas unas respecto a otras en la más estrecha relación. Así como la masa de la población se halla cada vez más dependiendo del capitalista, así éste se halla cada vez más dependiendo de otros capitalistas.

El engranaje económico del sistema actual de producción se convierte, de día en día, en un mecanismo tan embrollado y tan sensible que su marcha normal depende por completo de que todas sus innumerables ruedecillas engranen exactamente unas en otras y cumplan con su deber.

Jamás un sistema de producción requirió regulación tan metódica como el actual. Pero la propiedad privada hace imposible poner plan y orden en este engranaje. Mientras que las distintas explotaciones se colocan entre sí en creciente interdependencia económica, desde el punto de vis- tíi jurídico y legal restan independientes. Siendo de propiedad privada los medios de explotación de cada explotación particular, su propietario puede disponer de ellos a su antojo.

Cuanto más se desarrolla la gran explotación, cuanto mayores se hacen las distintas explotaciones, tanto más se regula en el interior de ella la actividad económica según

un cierto plan exactamente ordenado hasta en lo mas míu nimo. Pero la cooperación de las distintas explotaciones entre sí queda abandonada a la ciega tuerza de propulsión de la libre competencia. Con un despilfarro inaudito de fuerza y medios, y a través de conmociones de intensidad creciente, mantiene esta en marcha el engranaje económico no porque coloque a cada uno en su lugar adecuado, sino porque tritura ti lodo el que se pone en el camino del avance del engranaje. A esto se llama <da selección de los mejores en la lucha por la existencia». Pero, de hecho, la libre competencia elimina menos a los ineptos que a aquellos que se encuentran en un lugar falso, para mantenerse en el cual no les alcanzan sus aptitudes o — y esto es lo más decisivo — su capital. Pero no basta hoy en día con la eliminación de estos que no prosperan en la lucha por la existencia. Cada eliminación de un derrotado lleva consigo la ruina o ia conmoción de otras muchas existencias que se hallaban en vinculación económica con la explotación caída en bancarrota : jornaleros, acreedores, proveedores, etc.

Todavía suele usarse con gusto el refrán : «Cada cual forja su propia felicidad.» Proviene de los tiempos de la pequeña explotación, en que la suerte del trabajador dependía de sus condiciones personales, y sólo la suya y la de su familia. Hoy la suerte de cada miembro de una sociedad capitalista depende cada vez menos de su personalidad ; por el contrario, y cada vez más, de mil circunstancias en las que él no influye para nada. No es una selección de los mejores lo que hoy viene a dar por resultado la competencia.

3. - La ganancia

| ¿De donde saca sus ingresos la clase capitalista? Ca- | pital del comercio y capital de la usura lograron sus ga- I nancias e intereses, originariamente, valiéndose de deduc- I ciones hechas en la propiedad de las personas de las más ■ distintas clases a quienes afectaba su prestación o media-

ctón. El capital industrial empolla su ganancia mediante la explotación de los jornaleros desheredados. Pero cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista, tanto más destaca el capital industrial sobre las demás clases de capital, tanto más las hace tributarias suyas, como hemos visto, ya que solamente así les cede una parte de la plusvalía que ha sacado a los jornaleros. A consecuencia de este proceso, la plusvalía producida por los proletarios se convierte, cada vez más, en fuente única de donde obtiene toda la clase capitalista sus ingresos. Así' como artesanado y agricultura aldeana pierden significación económica y cada vez influyen menos en la esencia de la sociedad actual, así también ocurrió lo mismo con las viejas formas del capital comercial y usurario que obtenían sus ganancias de la explotación de las clases no capitalistas. Existen ya hoy Estados sin artesanado ni agricultura aldeana — véase Inglaterra —. Pero ninguno de los Estados modernos se concibe sin gran industria. ^)uien quiera comprender las formas actuales del capital debe partir del capital industrial : en la plusvalía que la industria capitalista produce hay que buscar las fuentes más esenciales, y cada día más fecundas, de donde mana toda ganancia capitalista.

Ya hemos visto, en el capítulo anterior, cómo el proletario industrial crea la plusvalía y cómo se la apropia el capitalista industrial. También hemos visto de qué manera la cantidad de plusvalía que cada obrero produce crecerá en relación a la magnitud de su salario i mediante el aumento de la carga del trabajo del obrero, introducción de máquinas que ahorran trabajo y de fuerzas de trabajo más ba ratas, etc. Al mismo tiempo crece también, con el desarrollo de la industria capitalista, el número de los proletarios explotados : así se incrementa la masa de plusvalía, que cada vez afluye en mayor volumen a la clase capitalista.

Pero, por desgracia, «los bienes de este mundo tienen que ser compartidos», y así, la clase capitalista necesita «compartir», por mucho que le duela ; ha de compartir la plusvalía que obtiene con el propietario del suelo y con el

Estado. Y la parte que estos dos se embolsan crece de año en año.

4. - La renta de la tierra

Cuando hablamos de las clases que, cada vez más, son poseedoras únicas y explotadoras, monopolizadoras de los medios de producción, tenemos que distinguir entre los capitalistas y los grandes terratenientes. Pues el suelo es un medio de producción de especial naturaleza. Es el más indispensable de todos ; sin él no es posible ninguna actividad humana ; incluso el navegante y el aviador necesitan un lugar de partida y de amarre. Pero el suelo es además un medio de producción que en modo alguno puede ser aumentado a voluntad. Hasta ahora, apenas nunca ha ocurrido, en un espacio grande de terreno, que todos ios trochos de tierra hayan sido puestos en cultivo por sus habitantes. Incluso en China, hay aún grandes extensiones de tierra sin cultivar.

Bajo el dominio de la pequeña explotación campesina ■n la Europa medieval, cada campesino poseía su corral y su tierra de labranza para sí. Agua, bosque, pradera eran propiedad comunal, y la cantidad de suelo sin cultivar era tan grande que se podía consentir a cada cual que tomase en propiedad y explotara aquellos trozos de tierra que roturase en el baldío. Entonces vino el desarrollo de la producción de mercancías, con sus resultados, que ya hemos conocido. Los productos del suelo se convirtieron en mercancíias, recibieron un valor. Esto hizo, por reacción, que el suelo fuera también una mercancía con un valor. Las distintas comunas campesinas y Asociaciones procuraron ahora cerrar el círculo de sus miembros, y éstos comenzaron a considerar que el suelo que poseían en común y que también, en parte — bosque y pradera —, explotaban en común no era propiedad comunal inalienable del Municipio o Asociación, sino como una especie de propiedad privada en común que sólo pertenecía a los miembros ac-

tuales y a sus herederos, y de la que estaban excluidos todos los miembros de la comuna que habían entrado más tarde en ella. Querían convertir el suelo en monopolio suyo.

Pero después la propiedad del Municipio fué ambicionada todavía por otro, el señor de la tierra, que había sido protector de la propiedad común ; esta propiedad territorial debía convertirse, ahora que había adquirido valor, en propiedad privada, y, por lo tanto, en su propiedad privada. En la mayoría de los sitios, sobre todo allí donde se desarrolló la s^ran explotación agrícola, consiguió el señor de la tierra apoderarse de la propiedad comunal. La expulsión de campesinos, su desahucio de las respectivas explotaciones, se siguió de ahí. Todas las tierras, incluso las que no se utilizaban agrícolamente, pasaron ahora a ser propiedad privada ; la propiedad de la tierra se convirtió en privilegio de unos pocos.

Así llegó a ser el suelo un monopolio mediante la evolución económica, en especial mediante la formación del gran terrateniente, mucho antes de que estuviera agotada la superficie cultivable, mucho antes de que pudiera hablarse de una superpoblación. Si, por tanto, adquiere el suelo una posición excepcional entre los medios de producción porque no puede ser aumentado a voluntad, no es **n** causa de que ya hayan sido puestos en cultivo todos ¡os terrenos disponibles, sino porque — al menos en los países cultos — ha sido ya tomado en propiedad, completamente, por una minoría. De aquí resulta un monopolio de naturaleza muy especial. La clase capitalista tiene, desde luego, frente a las clases desheredadas, el monopolio de los medios de producción. Pero en el seno de la misma clase capitalista no existe ningún monopolio de determinados miembros de la misma sobre determinados medios de producción, al menos ningún monopolio duradero. Cuando se forma un círculo de capitalistas para monopolizar un cierto invento de alta importancia, como, por ejemplo, una nueva máquina, siempre pueden encontrarse otros capitalistas que, en todo caso, o bien compren esa máquina, o la sobrepasen con un nue-

vo invento, o la imiten tarde o temprano. Todo esto es imposible en la propiedad territorial. Los terratenientes tienen un monopolio no tan sólo frente a las clases desheredadas, sino también fíenle a la clase capitalista.

La particularidad de la propiedad territorial se ha agudizado hasta el extremo de que en Inglaterra, donde un pequeño número de familias tiene en sus manos la propiedad territorial de todo el país, y la retiene, no la vende. Quien necesita tierra la recibe de ellas tan sólo prestada mediante una cierta renta, la renta de la tierra (*). Un capitalista que quiere edificar una fábrica o una casa, hacer una mina o emprender una explotación agrícola, no puede, por regla general, en Inglaterra, comprar, sino sólo arrendar el suelo.

Entre nosotros, el capitalista es también en la mayor parte de los casos propietario de bienes raíces : el fabricante posee el suelo donde se encuentra su fábrica, el empresario minero es propietario de la mina que manda construir; por otra parte, en el continente europeo explota casi siempre por sí mismo el gran terrateniente su industria agrícola, en lugar de arrendarla a un empresario. Cuando el capitalista explota un terreno del que él es propietario no necesita, claro está, partir con un tal la plusvalía, Pero esto no cambia la cosa en nada esencial. Pues él ha llegado a ser propietario territorial por haber pagado al anterior propietario del terreno un capital cuyos intereses corresponden al importe de la renta de la tierra. Paga, pues, la renta de la tierra en todo caso ; en una como en la otra forma disminuye su ganancia.

El carácter de monopolio de la propiedad de la tierra se agudiza tanto más cuanto más fuerte es la demanda de propiedad territorial, cuanto más crece la población, cuan-

(*) En sentido estricto, importe del arrendamiento y renta de la tierra no son lo mismo. En el importe del arrendamiento hay tanv- bién casi siempre una parte de intereses del capital. Para nuestros fines podemos, sin embargo, tomar aquí como iguales importe del arrendamiento ***y*** renta de la t'erra.

to más propiedad territorial necesita la clase capitalista, cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista. En la misma medida crece también la renta de la tierra, es decir, el importe total de la renta de la tierra pagada, en la sociedad capitalista. No es preciso que crezca la renta de todo trozo de tierra. Un trozo de tierra produce, en condiciones iguales, tanto más renta cuanto más fértil sea y cuanto mejor colocado se encuentre (por ejemplo, cerca o lejos del mercado) — acerca de las leyes mismas de la renta no podemos profundizar aquí —. La roturación de nuevas tierras fértiles puede deprimir la renta de la tierra de un suelo agotado; pero la renta del suelo recién roturado crecerá en la misma medida. También las mejoras de los medios de transporte pueden deprimir la renta de un terreno colocado cerca del mercado en beneficio de uno situado lejos. Ambas cosas han ocurrido en los dos últimos decenios. La renta del suelo americano subió, en efecto, y en tanto que no obraron en contra aduanas protectoras de la agricultura, a costa de la del occidente de Europa. Esto vale sólo para los terrenos aplicados a la agricultura. En las ciudades la renta de la tierra se encuentra, en todas partes, en permanente y rápida ascensión. Pues el modo de producción capitalista comprime cada vez más la masa de la población en las ciudades. Por desgracia, sufre menos con esto la ganancia de los capitalistas industriales que la salud física y moral de las clases más pobres del pueblo. Sabemos ya que la cuestión de la vivienda es una nueva fuente de sufrimientos del proletariado. No es éste lugar de penetrar más en ello.

5. - Los impuestos

Así como el terrateniente reduce en cada vez mayor medida la parte de plusvalía del capitalista — inmediata o mediatamente, a través de la elevación del coste de la vida de los obreros —, el Estado no actúa con menos intensidad en el mismo sentido. El estado moderno se ha agrandado

con y mediante la clase capitalista, del misino modo que también ha sido él el medio más poderoso para llevarla a la cima. Ambos se han beneficiado el uno con el otro. La clase capitalista no puede prescindir del Estado. Necesita de su protección hacia el interior y hacia el exterior.

Cuanto más se desarrolla la forma de producción capitalista, tanto más bruscos son los contrastes y contradicciones que engendra ; tanto más confuso es su engranaje ; tanto mayor la dependencia de los individuos entre sí; tanto mayor la necesidad de una autoridad que se encuentre por encima de ellos y que vele porque cada cual cumpla los deberes que se desprenden de sus funciones económicas. L'n engranaje tan sensible como el actual sistema de producción soporta menos que cualquiera de los anteriores los contrastes y luchas producidos por la actuación de los interesados en defensa propia. En lugar de la defensa propia, se coloca el derecho protegido por el Estado.

La explotación capitalista no es, en modo alguno, el resultado de un determinado derecho. Más bien son sus necesidades las que han creado y hecho adquirir el derecho vigente hoy. Este no produce la explotación ; cuida tan sólo de que ella, como otros fenómenos de la vida económica, marchen los más llanamente posible. Hemos designado la competencia como fuerza impulsora del actual sistema de producción ; podemos asimismo considerar el derecho como el lubrificante que procura que se haga poco sensible, basta cierto punto, el rozamiento en el engranaje económico. Cuanto más aumenten estos rozamientos, tanto más crudo será, de una parte, el contraste entre explotadores y explotados, entre propietarios y desheredados, y en especial tanto más extenso el proletariado del hampa ; por otra parte, tanto más se acentúa en el seno de la clase capitalista la forzosidad de una pronta cooperación de otros muchos capitalistas para que cada empresario particular mantenga el progreso sin obstáculos de su empresa ; tanto >nás fuerte es la exigencia de un derecho adecuado, y tanto

más extendida la actividad de sus órganos — justicia y policía —, y tanto mayor la exigencia de un fuerte poder del Estado, susceptible de prestar eficacia al derecho.

Pero no se trata tan sólo de que los capitalistas puedan producir, comprar y vender sin obstáculo en el interior de su país. El comercio exterior juega desde un principio un gran papel en la producción capitalista, y cuanto más dominante se haga ésta, tanto más aparece la seguridad y expansión del mercado exterior como un interés vital de toda la nac ión. Pero en el mercado mundial los capitalistas de una nación encuentran como competidores ■ los capitalistas de otras naciones. Estos, elevando sus plegarias 4 lo alto, piden al Estado que abra paso a sus derechos mediante la fuerza de la guerra o — lo que es mejor — que se desaloje por completo a los competidores extranjeros. Así como los Estados y monarcas caen cada vez más en dependencia respecto de la clase capitalista, también los ejércitos sirven cada vez más no sólo a los fines personales de los monarcas, sino también ■ los fines de la clase capitalista. Las guerras se convierten cada vez más, de guerras dinásticas, en comerciales y, en definitiva, en guerras nacionales que, en último término, pueden reducirse también ■ contraposiciones económicas entre las clases capitalistas de las distintas naciones.

El Estado capitalista requiere por eso, no tan sólo un extenso ejército de funcionarios para los fines de justicia y policía — así como, claro está, para la administración de sus finanzas —, sino también un fuerte ejército militar.

Ambos ejércitos se hallan en constante crecimiento en los Estados capitalistas ; pero en los tiempos más recientes, con mayor rapidez el ejército militar que el de funcionarios.

En tanto no se introdujo la aplicación de la ciencia a la técnica industrial, cambiaba también con lentitud la técnica de la guerra. Pero en cuanto que la maquinaria logró el dominio en la industria y puso a ésta en revolución permanente, cesó también para las máquinas militares la invariabilidad que habían tenido. Cada día trae

un nuevo invento y descubrimiento que, apenas probado e introducido con grandes gastos, es de nuevo desplazado por otra novedad revolucionadora. ó de día en día son mas compendiosas, complicadas y costosas las máquinas de guerra. Al mismo tiempo, los progresos del transporte hacen posible llevar masas militares cada vez mayores a los campos de batalla ; a consecuencia de ello, los ejércitos se ensanchan cada vez más.

Bajo estas circunstancias, los gastos públicos para guerra — entre los que hay que contar la mayoría de las deudas públicas — se encuentran en todos los grandes Estados europeos en una ascensión loca durante los últimos veinte años.

El Estado es cada vez más costoso, sus cargas cada vez más agobiantes. Los capitalistas y grandes terratenientes procuran, naturalmente, en todas partes donde tienen en su mano la llave de la legislación, deslizar en lo posible las cargas sobre las otras clases del pueblo. Pero en éstas hay cada vez menos que buscar y, por tanto, a pesar de todas las mañas de los señores explotadores, el Estado recorta cada vez más su plusvalía.

Al mismo tiempo que el proceso descrito, el capital «lucrativamente» colocado por la clase capitalista en sus diferentes empresas muestra la tendencia a crecer con más rapidez que la explotación de la clase trabajadora, con más rapidez que la masa de plusvalía creada por ésta.

No podemos penetrar más en las razones de este fenómeno, cuya inteligencia supone mayores conocimientos económicos. Un ejemplo hará comprensible lo dicho

Tomemos un caso que salta a los ojos. Comparemos un tejedor de hace cien años, que tal vez fué explotado como industrial a domicilio por un capitalista, con un tejedor a máquina de hoy. ¡Cuánto más capital no es necesario para posibilitar a este último su trabajo ! ; Qué íntimo, por el

contrario, el capital empleado por el capitalista en el tejido a mano : pagaba al tejedor su salario y le daba el algodón o el lino para hilar 1 En lo relativo al salario no ae ha cambiado ; pero el tejedor n maquinaria necesita hoy quizá cien veces más materia prima que el tejedor a mano *; y ¡ qué* inauditos edificios, maquinarias de vapor, máquinas tejedoras, etc., se necesitan si se quiere llevar adelante los tejidos a máquina 1

Aún otra circunstancia viene en consideración. El capitalista de hace cien años, que ocupaba al hilandero, ponía en su empresa sólo los desembolsos para jornales y materia prima ; *no había* apenas un capital fijo, la rueca no contaba. Su capital daba la vuelta de prisa, digamos en un trimestre ; necesitaba, por tanto, colocar, adelantar en su empresa sólo la cuarta parte del capital que empleaba en todo el año. Hoy, el importe del capital colocado en maquinaria y edificios en una fábrica de tejidos es mucho más elevado. Aun cuando sea el mismo que hace cien años el período de circulación *(IJmschlagseit)* de la suma de capital adelantada para salarios y materia prima, el período de circulación de la otrti parte del capital, que hace cien años apenas existía, es muy largo.

Una serie de causas influye en dirección contraria : así, por ejemplo, el crédito, y sobre todo la baja del valor del producto, que es una consecuencia necesaria del aumento de la productividad del trabajo. Pero estas causas no bastan en modo alguno a anular por completo el proceso en cuestión. Lo mismo ocurre en todas las ramas de la industria, con más rapidez en unas, más despacio en otras, y produce el resultado de que la magnitud de la suma de capital adelantada anualmente crezca rápida y considerablemente, lo que en general recae en la industria sobre la ca- capital anual adelantada crezca rápida y considerablemente, lo que, en general, recae en la industria sobre la cabeza del trabajador.

Aceptemos que esta suma de capital importaba hace cien años too marcos, y que hoy haya crecido hasta

i.ooo marcos; aceptemos también que la explotación del trabajador se haya quintuplicado ; si la plusvalía que producía hace cien años ascendía anualmente a 50 marcos, asciende hoy, con igual salario anual, a 250 marcos. La cantidad de plusvalía producida ha subido, pues, muchísimo en este caso — en términos absolutos — ; pero en relación al capital que el capitalista coloca anualmente, la plusvalía ha caído ; hace cien años importó esta proporción el 50 por 100, mientras hoy sólo es del 25 por 100.

Esto, naturalmente, es sólo un ejemplo ; pero la tenden- cia que demuestra existe realmente.

La cantidad total de la plusvalía producida anualmente en un país capitalista se encuentra en permanente y rápido crecimiento ; pero todavía con más rapidez crece la cantidad total del capital de las clases capitalistas colocado en las distintas empresas capitalistas, en el que ha de distribuirse la plusvalía. Si se piensa, además, que, como acabamos de ver, cargas tributarias y renta de la tierra merman cada vez más la cantidad de plusvalía anualmente producida, entonces se comprenderá que la cantidad de plusvalía que recae al año por término medio sobre una cierta suma de capital se encuentra en continua caída a pesar de que aumenta la explotación del trabajador.

| La ganancia, es decir, la parte de plusvalía que queda al empresario capitalista, muestra, pues, la tendencia a des-
I cender en relación al capital total adelantado, o, dicho en I otros términos, en el curso del desarrollo del sistema de I producción capitalista la ganancia que arroja una cierta I suma de capital será, en general, cada vez menor. Natural- I mente, esto vale tan sólo para el promedio en grandes es- I pacios de tiempo. Un síntoma de este descenso es el des- I censo permanente del tipo de interés.

I Así, pues, mientras que la explotación del trabajador H tiene la tendencia ■ subir, la ganancia del capitalista mues- B tra la tendencia a caer. Es una de las más singulares con- B tradicciones del — tan abundante en contradicciones — sis- M tema de producción capitalista.

Se ha deducido de esta caída que la explotación capitalista tendrá un final por sí misma. El capital concluirá por arrojar tan poca ganancia, que los capitalistas tendrán hambre y buscarán ocupación. Pero esto sería así en el caso de que la proporción de ganancia cayera continuamente, mientras que la cantidad del capital total permanecía idéntica. Pero no es tal el caso. La cantidad de capital total crece en las naciones capitalistas más de prisa que disminuye la proporción de la ganancia. El incremento del capital es uno de los supuestos de Ja caída de la proporción de la ganancia, y cuando el tipo de interés cae del 5 al 4 y del 4 al 3 por too, esto no disminuirá los ingresos de aquel capitalista cuyo capital ha subido entre tanto de un millón a dos y cuatro.

La caída de la proporción de ganancia en lo relativo al tipo de interés no significa en modo alguno una disminución de los ingresos de la clase capitalista, pues la masa de plusvalía que a ella afluye crece siempre ; esa caída rebaja tan sólo los ingresos de aquellos capitalistas que no se encuentran en condiciones de engrosar el volumen de su capital en la medida adecuada. En el curso de la evolución económica suben cada vez más los límites en que un capital comienza a mantener a su dueño «según su posición social». Cada vez es mayor la suma de bienes que se pre cisa como mínimo para poder vivir sin trabajo propio y del trabajo ajeno. Lo que hace cincuenta años era todavía un patrimonio importante, se ha convertido hoy en una bagatela.

La caída de la ganancia y del tipo de interés no produ ce la decadencia, sino el angostamiento de la clase capitalista. Cada año son desplazados de ella y eliminados en idéntica lucha a muerte pequeños capitalistas, como artesanos, pequeños comerciantes y pequeños campesinos; lucha a muerte que puede prolongarse mucho o poco; pero que concluye, finalmente, por hundir en el proletariado a ellos o a sus hijos. Lo que intentan para sustraerse a su destino les sirve casi siempre tan sólo para su ruina.

Causa asombro la cantidad de tontos que todo estafador consigue inducir hoy a que le confíen su dinero, con sólo prometerles por él intereses elevados. Las gentes no son, por regla general, tan tontas como parecen ; la empresa estafadora es el último clavo ardiendo » que se agarran para obtener de sus pequeños bienes un adecuado interés. Es menos la codicia que el miedo a la necesidad lo que les ciega.

7. - El crecimiento de la gren industria. Los “cártels

Junto a la competencia entre artesanado y gran industria capitalista se desencadena la competencia entre grandes y pequeñas industrias capitalistas. Cada instante trae un nuevo invento, un nuevo descubrimiento, cuya aplicación eleva considerablemente la productividad del trabajo. Cada uno de estos adelantos desvaloriza, en más o en menos, instalaciones industriales existentes y trae consigo la necesidad de nuevas creaciones y, a menudo, también de ensanchamientos de la explotación. Quien no posee el capital necesario se hace más o menos pronto inepto para la competencia y va al fondo o se ve forzado n aplicarse con su capital a una rama de la industria en la que todavía no sea incapaz de competencia una pequeña explotación. Así, la competencia en la gran industria da lugar a su desbordamiento sobre el terreno de la pequeña y lleva de esta forma a arruinar al artesanado también en las pocas ramas de la industria en que la pequeña explotación tiene aún cierta viabilidad. Cada vez mayores, cada vez más amplias son las explotaciones de la gran industria. De grandes explotaciones que cuentan por cientos a sus obreros, se convierten en explotaciones gigantescas que ocupan miles de trabajadores — fábricas de tejidos, de cerveza, de azúcar, fundiciones de hierro, etc. —. Cada vez más desaparecen las pequeñas explotaciones : el desarrollo industrial

conduce, a partir de cierto grado, a una continua disminución, en lugar de aumento, del número de explotaciones de la gran industria capitalista.

Pero no basta con eso. El desarrollo económico conduce también ■ que se reúnan cada vez más explotaciones capitalistas en una mano, sea en propiedad de un capitalista individual o de una Sociedad capitalista, que, económicamente, es también una persona — una persona jurídica —. Los caminos hacia esto son múltiples.

Uno de ellos se abre mediante el esfuerzo de los capitalistas por excluir la competencia. Hemos visto antes cómo la competencia es la fuerza impulsora del actual sistema de producción. Es fuerza impulsora, sobre todo, de la producción de mercancías y del comercio de mercancías. Pero asi como es necesaria la competencia en la producción de mercancías para la totalidad de la sociedad, cada propietario de mercancías apetece ver sus mercancías en el mercado sin competencia. Si es él solo propietario de una mercancía buscada, tiene un monopolio, pues puede hacer subir mucho su precio sobre su valor, ya que los que piden esta mercancía se encuentran en completa dependencia de él. Allí donde varios vendedores acuden al mercado con mercancías de la misma clase, pueden crear un monopolio artificialmente, coaligándose entre sí para formar juntos un único vendedor. Tal unión, *cártel* o círculo, *trust,* Sindicato, etc., es, naturalmente, tanto más fácil cuanto más reducido sea el número de los competidores que colocan bajo una cubierta sus intereses contradictorios.

En tanto que el modo capitalista de producción ensancha el mercado y el número de competidores en el mismo, se dificulta la formación de monopolios en el comercio y la industria. Pero en todas las ramas de explotación capitalista llega, como queda dicho, más pronto o más tarde, el momento en que el ulterior desenvolvimiento de la misma conduce ■ una disminución del número de explotaciones en ella contenidas. De aquí en adelante comienza ahí a madurar cada vez más la cartelación. El momento de la madu-

rez puede ser acelerado en un país dado, que pretenda garantir contra competidores extranjeros su mercado interior mediante aduanas protectoras. El número de competidores para este mercado se reducirá así, y se facilitará ■ los productores indígenas el juntarse para crear un monopolio y sacar hasta la piel a los consumidores nacionales, gracias a la «protección del trabajo nacional».

Durante los últimos veinte años el número de carteles mediante los cuales se «regula» para ciertos artículos su producción y precio ha crecido mucho, como se sabe, sobre todo en los países de protección aduanera — Estados Unidos, Alemania, Francia —. Allí donde se llega a la carte- lación, las diversas explotaciones que se unen forman, de hecho, una sola explotación, bajo una dirección, y muy a menudo están colocadas, incluso formalmente, bajo una dirección unificada.

Justamente son los artículos más importantes, los más indispensables para el progreso de la producción, el carbón y el hierro, los que caen antes en su producción y elaboración bajo los *cártels.* La mayor parte de los *cártels* extienden sus efectos mucho más allá de la rama industrial monopolizada mediante ellos ; hacen depender de algunos monopolizadores todo el engranaje de la producción.

Al mismo tiempo que los esfuerzos para reunir en una mano las distintas explotaciones de una cierta rama de la industria, se desenvuelven los esfuerzos para unificar en una sola distintas explotaciones de diversas ramas de la industria, de las que una suministra la materia prima o los instrumentos para la otra. Muchas Compañías ferroviarias poseen minas de carbón y fábricas de locomotoras propias; las fábricas de azúcar cuidan de cultivar por sí mismas una parte de la remolacha que trabajan ; el productor de patatas instala una destilería de aguardientes propia, etc.

Todavía hay que mencionar un tercer camino para la concentración de las distintas Empresas en una mano. Es el más sencillo de todos.

Hemos visto que el capitalista, en el actual sistema de

producción, tiene que ocuparse de actividades, funciones sumamente importantes. Así como éstas podrían ser superfinas bajo otra organización de la producción, bajo el dominio de la producción de mercancías y de la propiedad privada de los medios de producción la gran producción es sólo posible como producción capitalista. Ahíi es necesario, si debe marchar la producción y los productos llegar a los consumidores, que el capitalista intervenga con su capital y lo aplique al caso. Si bien el capitalista no produce nada, si bien no crea ningún valor, juega, no obstante, un importante papel en el engranaje económico.

Pero cuanto mayor sea una explotación capitalista, tanto más necesario es para el capitalista entregar una parte de las cargas crecientes de su negocio, sea a otras Empresas capitalistas, como hemos visto, sea a funcionarios retribuidos por él, que coloca para que realicen sus funciones. Si estas funciones son cumplidas por un asalariado o por el capitalista, esto no influye para nada, naturalmente, en la vida económica ; no crean valor por el hecho de que el capitalista las haga realizar por medio de otra persona. El capitalista debe, pues, ya que ellas no crean ningún valor, pagarlas de la plusvalía. Y aquí tenemos una nueva deducción de la plusvalía, mediante la cual viene a reducirse la ganancia.

Cuando el crecimiento de una explotación obliga al capitalista a descargarse, mediante la colocación de empleados, estos gastos le facilitan el aumento de la plusvalía. Cuanto mayor sea la plusvalía, tanto más puede el capitalista hacer ejecutar sus funciones por empleados, hasta desprenderse por fin de toda su actividad, quedándole tan sólo el cuidado de ver cómo coloca de modo rentable aquella parte de su ganancia que no utiliza.

El número de las explotaciones en que se ha llegado a esto crece de año en año. Así lo evidencia con la mayor claridad el aumento de las Sociedades anónimas, en las que —a ojos vistas es perceptible — la persona del capitalista se ha hecho ya, en el actual sistema de producción, por

completo indiferente y sólo su capital tiene significación. En Inglaterra — para Alemania faltan cifras antiguas — se fundaron en 1845 57 Sociedades anónimas; en 1861, 344; por el contrario, en 1888, 2.550, y en 1896, 4.735. En 1888 había en actividad 11.001 Sociedades anónimas, con un capital en acciones de más de 12.000 millones de marcos; en 1896, 21.223, con un capital de 23.000 millones de marcos.

Se ha creído encontrar en las acciones un medio para hacer accesibles a las «gentes modestas» las ventajas de la gran industria. Pero las acciones también, como el crédito, del que constituyen sólo una forma, son más bien un medio de colocar ■ disposición de los grandes capitalistas los bienes de ia gente modesta. Si la persona del capitalista se ha hecho superflua en una explotación, entonces puede llevar adelante ésta cualquiera que tenga el capital necesario, entienda o no algo del negocio de que se trate. De aquí se desprende la posibilidad para un capitalista de reunir en su mano las más distintas explotaciones, que no guarden entre sí relación alguna. El gran capitalista se vale, como la cosa más cómoda, de Sociedades anónimas. Necesita sólo poseer un gran paquete de acciones — que tan pronto son compradas como vendidas — para poner la Empresa bajo su dependencia, y sus intereses a su servicio.

Es de notar, por último, todavía que, en general, los grandes capitales orecen más de prisa que los pequeños, pues cuanto mayor sea el capital, tanto mayor será — bajo las mismas circunstancias — la masa de ganancia, y, por tanto, los ingresos que arroja, y tanto menor la fracción que precisa el capitalista para su uso personal, tanto mayor ía parte que puede acumular, como capital nuevo, al que tenía. Un capitalista cuya Empresa arroja anualmente 10.000 marcos podrá sólo vivir modestamente, según los conceptos capitalistas. Puede considerarse dichoso si logra ahorrar 2.000 marcos, la quinta parte de su ganancia. El capitalista cuyo capital es lo bastante grande para obtener de él 100.000 marcos puede emplear tal vez para él y su familia cinco veces más que el capitalista antes citado, y acu-

mular, sin embargo, tres quintos de su ganancia a su capital. Y si el capital de un capitalista es ya tan grande que arroja un millón al año, le costará trabajo gastar en sí mismo la décima parte, si es un hombre normal, y, a pesar de ios grandes lujos, podrá acumular así cómodamente las nueve décimas partes de su ganancia. Mientras que los pequeños capitalistas tienen que luchar cada vez más difícilmente por su existencia, aumentan cada vez más rápidamente las grandes fortunas y alcanzan en poco tiempo una poderosa expansión.

Abarquemos todo esto en conjunto : el aumento de la magnitud de las explotaciones ; el rápido crecimiento de las grandes fortunas; la disminución del número de explotaciones ; la creciente concentración de varias explotaciones en una mano. Entonces se aclara que la tendencia del sistema de producción capitalista va en el sentido de que los medios de producción que ha llegado & monopolizar la clase capitalista se reúnan en un número cada vez menor de manos. Este proceso marcha, por último, a que todos los medios de producción de una nación, de toda la economía del mundo, lleguen a ser propiedad privada de una persona individual o Sociedad anónima que los disponga a su arbitrio ; ■ que todo el engranaje económico se encierre en una única, enorme, explotación, en la que todo haya de servir a un único amo, todo pertenezca a un único amo. La propiedad privada de los medios de producción conduce en la sociedad capitalista 3 que todos sean desheredados, menos uno solo. Conduce, pues, a su propia anulación, a que todos carezcan de propiedad y entren en la esclavitud.

El desarrollo de la producción capitalista de mercancías conduce también, con esto, a la anulación de sus propios fundamentos. La explotación capitalista se hace absurda cuando el explotadór no encuentra ningún otro comprador para sus mercancías que los explotados por él. Siendo los jornaleros los únicos compradores, se hacen invendibles los productos en que va incorporada la plusvalía, ésta pierde ■u valor.

En la realidad, una situación como la aquí descrita sería tan monstruosa como imposible. No puede ni podrá suceder numa, Pues la simple aproximación a esa situación ha de impulsar los sufrimientos, contrastes y contraposiciones en la sociedad a tal grado que se hagan insoportables, que la sociedad se desplome, si no se ha dado ya antes otra dirección al proceso. Pero siendo cierto que esta situación no puede alcanzarse por completo en la realidad, marchamos hacia ella de prisa, más de prisa de lo que la mayoría cree. Pues mientras que, de una parte, progresa la concentración de las distintas explotaciones capitalistas en pocas inanos, de otra parte, crece, con el desarrollo de la división del trabajo, como hemos visto, la reciproca dependencia de las explotaciones en apariencia independientes entre sí. Esta reciproca dependencia, sin embargo, se va convirtien- do en dependencia unilateral de los pequeños capitalistas respecto de los grandes. Así como la mayor parte de los trabajadores * domicilio, que parecen independientes, son de hecho meros asalariados del capitalista, así también muchos capitalistas que parecen independientes están ya bajo el dominio de otros capitalistas ; muchas explotaciones capitalistas que parecen independientes son ya, de hecho, filiales de una Empresa capitalista enorme. Y esta dependencia de los pequeños capitalistas respecto de los grandes crece quizá más de prisa aún que la concentración de las diferentes explotaciones en propiedad privada de pocos. El engranaje económico está dominado y explotado ya hoy, en último término, en las naciones capitalistas, por unos pocos capitalistas gigantescos. Su concentración bajo unas pocas firmas es casi tan sólo cuestión de forma.

Mientras que aumenta la dependencia económica de la gran masa de la población respecto de la clase capitalista, crece también en el seno de ésta la dependencia de la mayoría respecto de una minoría cada vez más reducida, pero con poder y riquezas en continuo aumento.

Al igual de lo dicho para los proletarios, artesanos, pequeños comerciantes y campesinos, la dependencia no trae

para los capitalistas un aumento de su seguridad. Por el contrario, les es aplicable lo dicho de los otros : con su dependencia aumenta también la inseguridad de su situación. Naturalmente que en mayor medida para los pequeños capitalistas ; pero tampoco un capital más grande ofrece hoy plena seguridad. Algunas causas de la inseguridad creciente de las Empresas capitalistas han sido ya señaladas : aumenta la sensibilidad del engranaje total ante perturbaciones exteriores ; pero, mientras tanto, el modo capitalista de la producción agudiza los contrastes entre las distintas clases y naciones, hace aumentar cada vez más las masas colocadas frente a frente, hace cada vez más poderosos sus medios de lucha, multiplica las ocasiones de tales perturbaciones y amplía la devastación que éstas traen consigo. La creciente productividad del trabajo no sólo aumenta la plusvalía que recae sobre el capitalista ; aumenta también la masa de mercancías que llegan al mercado y que deben colocar los capitalistas. Con la explotación crece también la competencia, la lucha encarnizada de todos los empresarios contra todos los empresarios. Y de la mano de este proceso marcha una revolución técnica permanente, marchan incesantemente nuevos inventos y descubrimientos que desvalorizan lo existente y no sólo ponen en situación de superfinos a simples trabajadores, simples máquinas, sino con frecuencia explotaciones enteras, ramas enteras de la industria.

Ningún capitalista puede edificar sobre el futuro, ninguno sabe con certeza si estará en situación de conservar lo ganado y legárselo a sus hijos.

La misma clase capitalista se escinde cada vez más en dos capas : una, en número siempre creciente, que ha llegado a ser superflua por completo para la vida económica, que no tiene nada que hacer más que gastar alegremente y derrochar las masas crecientes de plusvalía que a ella afluyen, en cuanto no las utilice en acumular nuevos capitales. Si se recuerda lo dicho en el capitulo anterior sobre la posición de los «cultos» en la sociedad actual, no producirá

asombro ver que la inmensa mayoría de los holgazanes tiran por la ventana su dinero sólo en diversiones triviales y groseras. La otra capa de capitalistas, aquellos que aún no se han hecho superfluos dentro de sus Empresas, baja cada vez más en número, pero crecen sus preocupaciones y el peso de su responsabilidad. Degenera cada vez más una parte de los capitalistas en disoluta haraganería, mientras que la otra se destroza en una competencia sin tranquilidad.

Pero para ambas capas crece la inseguridad de su existencia. Y así, el actual sistema de producción no deja siquiera A los explotadores, ni aun a aquellos que monopolizan y se aplican sus enormes ventajas, el pleno disfrute de las mismas.

Siendo tan grande ya en condiciones ordinarias la inseguridad general para todas las clases, se aumenta todavía poderosamente por las crisis que provoca de vez en vez la producción de mercancías, a partir de un cierto grado de desarrollo, con forzosidad natural.

Dada la importancia que han alcanzado las crisis en los últimos decenios para nuestra total vida económica y la poca claridad que existe todavía en amplios círculos sobre sus causas, ha de sernos permitido penetrar algo en esto.

Las grandes crisis modernas que conmueven al mercado mundial tienen su origen en la superproducción, que es consecuencia de la falta de plan a que va necesariamente ligada la producción de mercancías.

Una superproducción en el sentido de que se produzca más de lo que se necesita puede tener lugar dentro de todos los sistemas de producción. Pero no ocasionará, claro está, ningún perjuicio cuando los productores producen para su propia necesidad. Si, por ejemplo, una primitiva familia campesina cosechaba más grano del que necesitaba, podía conservar el sobrante para épocas de mala cose-

cha, o, si estaban rebosando sus graneros, sobrealimentar al ganado, o, en el peor de los casos, dejarlo abandonado.

Otra cosa ocurre con la producción de mercancías. Esta supone — en su forma desarrollada — que nadie produce para sí, todos para otros. Cada cual debe comprar lo que necesita. Pero la producción total no está distribuida en modo alguno con arreglo a plan ; antes bien, se deja a cada productor la misión de adivinar la magnitud de la necesidad que hay de los artículos que produce. Por otra parte, con la producción de mercancías, y con sólo que ésta se encuentre un poco más arriba de los grados inferiores del cambio, nadie, salvo los productores de la mercancía dinero, de los metales nobles, puede comprar antes de haber vendido. Estas son las dos raíces de donde arranca la crisis.

Tomemos, para hacerlo más comprensible, el caso más sencillo. En un mercado se encuentran un propietario de oro, digamos un buscador de oro, con veinte marcos ; además, un vinicultor con un ánfora de vino, un tejedor de lino con un trozo de lienzo y un molinero con un saco de harina. Todos estos artículos tienen el mismo valor de veinte marcos — otro supuesto complicaría el caso, sin cambiar en nada el resultado final —. Sean estos cuatro propietarios de mercancías los únicos en el mercado. Aceptemos ahora que cada uno ha calculado bien las necesidades del otro : el vinicultor vende su vino al buscador de oro, y con los veinte marcos que recibe de él compra al tejedor la pieza de lienzo ; este último, en fin, emplea el producto de su lienzo en adquirir el saco de harina. Todos regresan satisfechos del mercado.

Un año después vuelven ■ reunirse los cuatro; cada tino cuenta con la misma venta que antes. El poseedor de oro no rehúsa el vino del vinicultor. Pero el vinicultor, desgraciadamente, no tiene necesidad de lienzo, o necesita el dinero tal vez para el pago de una deuda y prefiere por eso llevar la camisa rota en lugar de comprar lienzo. **El** vinicultor se guarda en el bolsillo los veinte marcos y re-

gresa a casa. El tejedor espera inútilmente un comprador. Y como el tejedor espera, espera también el molinero. Bien puede pasar hambre la familia del tejedor, bien puede necesitar el saco de harina ; ha producido lienzo del que no existe demanda, y habiendo quedado sobrante el lienzo, también la harina se hace superflua. Tejedor y molinero carecen de dinero, no pueden comprar lo que necesitan ; y lo que han producido es ahora superproducción, así como también lo que para ellos haya sido producido, verbigracia, por llevar adelante el ejemplo, la mesa que el carpintero esperaba le comprase el molinero.

En este ejemplo están dados ya los fenómenos esenciales de una crisis económica. Naturalmente, en la realidad no se produce ésta con tan simples relaciones. En los comienzos de la producción de mercancías produce cada explotación más o menos para el propio uso; la producción de mercancías forma en cada familia tan sólo una parte de su producción total. El tejedor y el molinero, en este ejemplo, poseen cada uno un trozo de tierra y algún ganado y pueden aguardar tranquilamente cierto tiempo hasta encontrar un vendedor para sus mercancías. Pueden, en caso de necesidad, vivir también sin él.

Pero el mercado era en los comienzos de la producción de mercancías pequeño todavía, fácil de vigilar, y producción y consumo, toda la vida social, se movían sobre los mismos carriles. En la pequeña comunidad primitiva conocía muy bien cada uno las necesidades, la capacidad adquisitiva de los demás. El engranaje económico permanecía idéntico a sí mismo ; el número de productores, la productividad de su trabajo, la cantidad de sus productos, el número de consumidores, las sumas de dinero de que disponían : todas estas relaciones se modificaban muy despacio y todo cambio era percibido y atendido en seguida. De muy otro modo aparecen las cosas en el apogeo del comercio de mercancías. Bajo el influjo del mismo, cada vez se reduce más la producción para las propias necesidades; los productores de las distintas mercancías, y más aún los

traficantes, se dedican con creciente exclusividad a la venta de sus mercancías y, justamente, a la venta más rápida posible. Una demora o acaso una obstrucción de la venta de una mercancía será ahora cada vez más fatal para su poseedor ; en ciertas circunstancias puede llevarle a su ocaso económico. Y, sin embargo, crecen al mismo tiempo las posibilidades de una obstrucción en el comercio.

Mediante el comercio de mercancías se ponen en relación unos con otros los mercados más diferentes y distantes entre sí ; el mercado total se ensancha mucho con esto, pero también se hace imposible de vigilar. Esto se intensifica por la intromisión de uno o varios mediadores entre productores y consumidores que el comercio trae consigo. Al mismo tiempo se hacen transportables las mercancías mediante el comercio y el desarrollo de los medios de comunicación ; un mínimo impulso basta para hacerles afluir en torrente hacia un punto.

La apreciación de la necesidad y de la proporción de las mercancías disponibles es ahora cada vez más insegura ; el desarrollo de la estadística no suprime esta inseguridad ; hace posible tan sólo encontrar un cálculo que sería imposible sin estadística a partir de una cierta altura de la producción de mercancías. Dependerá cada vez más y más toda la vida económica de la especulación comercial, y ésta será cada vez más osada.

El comerciante es por principio especulador ; la especulación no es un invento de la Bolsa, la especulación es una función necesaria del capitalista. Cuando el comerciante especula, esto es, aprecia la necesidad esperada ; cuando compra sus mercancías allí donde están baratas, esto es, donde están de sobra, y las vende allí donde están caras, esto es, donde escasean, coopera a traer algún orden a la mescolanza de la producción sin plan, de explotaciones privadas, independientes entre sí. Pero con su especulación puede también engañarse. Tanto más cuanto que no tiene tiempo para reflexionar mucho, pues él no es el único comerciante que hay en el mundo. Cientos y miles de coro-

petidores acechan, igual que él, para aprovechar toda ocasión favorable; quien primero avizora tiene por ello la mayor ventaja. Esto conduce a ser rápido, no meditar mucho, no hacerse cuestión durante mucho tiempo, sino atreverse. ¡ Quien se atreve es el que gana ! Pero también puede perder. Si existe en cualquier mercado una gran demanda de una mercancía, afluye en seguida allí en masa hasta que haya más de lo que el mercado puede digerir. Entonces caen los precios, y e! comerciante necesita vender barato, frecuentemente con pérdida, o irse a buscar con sus mercancías otro mercado mejor. Sus pérdidas pueden ser tan grandes en este juego, que le arruinen.

Bajo el dominio de una producción de mercancías desarrollada, hay disponible en el mercado siempre, o demasiado pocas, o excesivas mercancías ; los economistas burgueses declaran ésta como una muy sabia y maravillosa disposición. Nosotros pensamos de distinta manera; pero, en todo caso, es inevitable, en tanto que subsista la producción de mercancías y a partir de un cierto grado de su desarrollo. Esta sabia disposición puede conducir también en casos a que, a consecuencia de algún estímulo extraordinariamente fuerte, la sobrecarga de un mercado con mercancías de magnitud desacostumbrada, que hace especialmente extensas las pérdidas de los comerciantes y los pone en un gran número en situación de insolvencia, venga la bancarrota. Aquí tenemos ya una crisis comercial del modo más c'.aro.

El desarrollo de los medios de tráfico, de una parte, y del crédito, de otra, facilita la repentina inundación de un mercado con mercancías ; pero estimula también las crisis y extiende sus efectos desoladores.

En tanto que la pequeña industria constituía la forma predominante de la producción, las crisis comerciales tenían siempre que ser limitadas en extensión y profundidad. No era posible que bajo el influjo de cualquier estímulo creciera rápidamente la cantidad de productos elaborados para el mercado total. La producción no es suscep-

tibie de un rápido ensanchamiento bajo el dominio de la pequeña industria artesana. No puede engrosarse mediante el aumento del número de trabajadores, pues en los tiempos ordinarios están ocupados sin esto todos los miembros aptos para el trabajo de las capas de población consagradas a él. Puede tan sólo engrosarse mediante la ex- | tensión de la cantidad de trabajo de los individuos pro
longación de la jornada, trabajo dominical, etc. - . Pero para esto tenía el artesano *y* campesino independiente, en los buenos tiempos antiguos, cuando aún no había de sostener la competencia de la gran industria, poquísima gana. Y si se acomodaba al exceso de trabajo, tampoco le aprovechaba mucho, pues la productividad del trabajo quedaba reducida.

Esto cambia desde la aparición de la gran industria capitalista. Esta no sólo desenvuelve todos los medios auxiliares que hacen apto al comercio para inundar rápidamente de mercancías los mercados con una capacidad de rendimiento antes insospechada, no sólo convierte el mercado en mercado mundial que abarca todo el globo terráqueo, no sólo aumenta el número de intermediarios entre productores y consumidores, sino que también concede aptitud a la producción para seguir todo estímulo del comercio y extenderse в saltos.

Ya la circunstancia de que el trabajador se encuentre ahora sometido por completo al capitalista, de que éste pueda aumentar sus horas de trabajo, anular su descanso dominical y nocturno, pone en situación a los capitalistas de extender la producción con mayor rapidez de lo que antes hubiera sido posible. Una hora extraordinaria de trabajo, por lo demás, significa hoy, dada la gran productividad del trabajo, un ensanchamiento de la producción muy distinto del que hubiera sido en la época del artesanado. Los capitalistas están en situación también de ampliar rápidamente sus explotaciones. El capital es, gracias sobre todo al crédito, una magnitud muy elástica, extensible. Una holgada marcha de los negocios aumenta la confianza, pone

en circulat ion el dinero, acorta el período de circulación *(V-nilaufszeit)* de una parte del capital, aumentando, por tanto, su virtualidad, etc. Pero lo más importante es que el capital dispone siempre de un ejército industrial de reserva de trabajadores. Así se encuentra en situación el capitalista de engrosar en cualquier momento su explotación, colocar nuevos trabajadores, aumentar la producción rápidamente, aprovechar de modo apropiado toda coyuntura favorable.

Hemos expuesto al comienzo de este capítulo que bajo el imperio de la gran industria pasa cada vez más a primer plano el capital industrial y cada vez domina más todo el engranaje capitalista. En el seno de la misma industria capitalista, sin embargo, toman la vanguardia ramas especiales de la industria, sobre todo las industrias del tejido v del hierro.

Si una de ellas recibe un especial impulso — por ejemplo, mediante la apertura de un nuevo gran mercado, acaso China, o, mediante extensas construcciones de ferrocarriles que se emprenden de repente, quizá en América—, entonces no sólo se extiende rápidamente, sino que comunica en seguida el impulso recibido a toda la vida económica. Los capitalistas engrosan sus explotaciones, las establecen nuevas, aumentan el empleo de materias primas y auxiliares; se colocan nuevos trabajadores y al mismo tiempo crecen la renta de la tierra, ganancia y salarios. Sube la demanda de los más diferentes artículos ; las más diferentes industrias comienzan a participar del incremento económico, que, en último término, se hace general. Toda Empresa parece tener que prosperar; la confianza es ciega ; el crédito, desmedido ; quien tiene algún dinero trata de colocarlo productivamente; quien participa en rentas y ganancias aceleradas procura emplearlas como capital. El vértigo de felicidad es general.

En tanto que la producción se ha ensanchado gigantescamente, se ha satisfecho el plus de demanda del mercado ; pero se seguirá produciendo. Nadie sabe nada de los

demás, y cuando algún que otro capitalista quiera, en los momentos razonables, pararse a meditar, será estimulado por la necesidad de aprovechar la coyuntura, no quedándose atrás en- la persecución de la competencia. A los últimos, les muerden Los perros. La colocación de los artículos sobreproducidos marcha cada vez más difícil y lenta. Los almacenes de Jos comercios se llenan ; pero el vértigo con tinúa. El almacenista ha de pagar alguna vez las mercancías que meses antes ha tomado a crédito al fabricante. Las mercancías no están vendidas aún ; tiene mercancías, pero no dinero ; no puede cumplir sus obligaciones : ha quebrado. Pero el fabricante tiene igualmente que hacer pagos ; puesto que su deudor no le puede pagar, ha de dar se por perdido. l'na quiebra sigue a la otra. Llega la consternación general. En lugar de la confianza ciega, se produce un miedo no menos ciego ; el pánico es general : sobreviene el «crac».

Toda la vida económica está sacudida desde lo más pro fundo. Cada empresa que no se encuentra firmemente arraigada en el suelo, se derrumba. La ruina no afecta sólo a las empresas engañosas, sino también a todas aquellas que en épocas normales sólo pueden mantenerse trabajosamente a flote ; en los tiempos de crisis se produce del modo más rápido la expropiación de campesinos, artesanos y pe- queños capitalistas. Pero también cae alguno de los grandes. Y nadie está seguro de no ser destrozado en la confla gración general. Aquellos que subsisten de entre los grandes capitalistas, se proporcionan, naturalmente, rico botín ; en los tiempos de crisis tiene efecto no sólo la expropiación de la «gente modesta», sino también la concentración de las explotaciones en pocas manos y el ensanchamiento de las grandes fortunas con más facilidad que de ordinario.

Pero nadie sabe si podrá subsistir o si la crisis durará más que él, y durante la crisis, hasta que entre de nuevo en sus carriles la marcha general de los negocios, todos los horrores del sistema de producción actual suben a la cúspide ; crecen la inseguridad, necesidad, prostitución y cri-

men. Miles de personas pasan hambre y frío porque as han producido demasiados alimentos, demasiados vestidos, demasiadas viviendas. Con esto se pone en la mayor evidencia que las fuerzas de producción actuales cada día son más inconciliables con la producción de mercancías ; que la pro piedad privada sobre los medios de producción es cada vez más una maldición, sobre todo para los desheredados ; pero, en último término, también para los poseedores.

Algunos economistas esperan suprimir las crisis con los cártels. ¡ Nada más erróneo que esto !

Una regulación de la producción mediante los *cártels* supone, ante todo, que estos comprendan los más importantes ramos de la producción y que sean constituidos sobre bases internacionales, extendiéndose al conjunto de los países de pnxlucción capitalista. Hasta ahora no existe ningún cártel internacional único en una de las ramas de la industria que se extienden a todo la vida económica. *Cártels* internacionales son muy difíciles de formar e igualmente difíciles de mantener. Marx ha hecho notar hace más de cincuenta años que sólo la competencia crea el monopolio, sino también el monopolio crea la competencia. Cuanto mayores sean las ganancias que una serie de empresas cartela- das obtengan, tanto mayor el peligro de que un poderoso capitalista independiente persiga estas ganancias con la fundación de una empresa competidora.

Los *cártels* y *trusts* mismos son un objeto y una causa de especulación comercial. Constituyen la forma suprema de las Sociedades por acciones, y permiten llevar a la cima el engaño que con tanta facilidad se liga a ellas. La era del engaño 1871-73 fué una era de fundación de Sociedades anónimas, y, de la misma manera, la más reciente era de engaños de 1896-1900 ha sido una era de fundación de *cártels* y *trusts,* sobre todo en los Estados Unidos. Como obstáculo contra la superproducción habrá que negar, por regla general, los servicios de los *cártels.* Su tarea principal frente a la superproducción no consiste en impedirla, sino en deslizar sus consecuencias de los capitalistas a los tra-

bajadores y consumidores. Deben ayudar a los grandes capitalistas a pasar la crisis, a limitar temporalmente, deshacerse de trabajadores, etc., sin que padezca por ello la ganancia.

Aceptemos, sin embargo, la inverosimilitud de que **fia** lograse en no importa qué época organizar las grandes industrias mundiales en *cariéis* internacional y severamente disciplinados. ¿Cuál sería la consecuencia? La competencia entre los capitalistas de la misma rama de la industria sería, en el mejor caso, sólo en parte suprimida. Nos llevaría demasiado lejos el investigar las consecuencias que arrastraría tras sí la competencia que subsistiera por las otras partes. Sólo un punto examinaremos: cuanto más desaparezca la competencia entre los empresarios de la misma rama de la industria, tanto mayor será la contraposición entre ellos y los empresarios de las otras ramas de la industria afectados por sus mercancías. Cuando cesan las luchas entre los diversos productores de la misma rama de la industria, se agudizan más las 'luchas entre productores y consumidores, tomada la última palabra en su más amplio sentido. En este sentido, todo productor es también consumidor; el tejedor de algodón, por ejemplo, prescindiendo por completo de su consumo personal, es consumidor de algodón, carbón, máquinas, aceites, etc. ¡ toda la clase capitalista se divide no en individuos aislados, sino en capas que se combaten entre sí del modo más violento.

Hoy realiza todo capitalista esfuerzos para producir lo más posible, por llevar al mercado la mayor cantidad posible de mercancías, pues cuanto más mercancías tanto más ganancia, bajo circunstancias iguales. Sólo su cálculo de la capacidad de recepción del mercado y, naturalmente, la amplitud de su capital ponen límites a su producción. Por el contrario, vemos que, en general, la cartelación no lleva a una regulación de la producción y a poner fin así a las crisis, como algunos optimistas nos pintan, sino que vemos cómo el esfuerzo general de todo *cártel* es a producir lo menos posible, pues cuanto más reducido sea el número

de mercancías, tanto más elevados serán los precios. La antigua práctica de los comerciantes de destruir, cuando el mercado rebosaba, una parte de las mercancías existentes, para conseguirle al resto precios provechosos, se ha convertido en práctica general. Es claro que con esto no puede subsistir la sociedad. Si todo *cártel* se esfuerza hacia la infraproducción *(Unterpraduktwn),* necesita, de otra parte, esforzarse por obligar a la superproducción a los *cariéis* cuyas mercancías utiliza. Los caminos para llegar a esto son muchos. El más sencillo es limitar su propio consumo más aún de lo que limita su producción el otro *cártel.* Otro es el de, utilizando las enseñanzas de la ciencia, habilitar un sustitutivo de la mercancíla cuya producción está limitada. Un tercero consiste en que los mismos consumidores afectados acudan a elaborar lo que necesitan.

Aceptemos que las minas de cobre formen un *cártel,* limiten la producción del cobre y empujen hacia arriba sus precios. ¿Cuál es la consecuencia? De los industriales cuyas empresas trabajen el cobre, unos suspenderán su explotación, en espera de mejores tiempos ; algunos procurarán emplear otros metales en lugar del cobre, y otros aún adquirirán ellos misinos minas de cobre o las pondrán en explotación, haciéndose independientes así del *cártel* del cobre. El final es el estallido y la bancarrota de este *cártel,* y, por lo tanto, una crisis.

Si esto no se logra, la infraproducción del *cártel* dará lugar A una limitación artificial de la producción, y, por tanto, A una crisis también en las ramas de la industria que consumen los productos del *cártel* como materia prima o como instrumento.

Así, pues, los *cártels* no suprimen del mundo las crisis. Si en este orden de cosas habían de tener alguna consecuencia, ésta podría ser, a lo sumo, la de que las crisis tomasen otra forma; pero no una consecuencia mejor. No cesarán las bancarrotas ; la única diferencia será que tendrán más extensión, que no afectarán tan sólo a capitalis- tas individuales, sino, más bien, a capas enteras de capí-

talistas. Los *cariéis* no pueden suprimir las crisis; pero pueden dar lugar a crisis más devastadoras que todo lo que hasta ahora hemos visto.

Sólo entonces, cuando todos los *cariéis* se hubieran tundido en uno solo, en cuya mano estuvieran reunidos todos los medios de producción de todas las naciones capitalistas ; cuanoo, de este modo, se hubiera anulado de hecho la propiedad privada sobre los medios de producción, entonces podría posibilitar la cartelación un apartamiento de las crisis. Por el contrario, las crisis son inevitables a partir de un cierto grado de la evolución económica, en tanto subsista la propiedad privada de los medios de producción. No es posible suprimir unilateralmente los lados sombríos de la propiedad privada, dejando, en cambio, que ella misma siga subsistiendo como hasta aquí».

9. - La superproducción crónica

Junto a las crisis periódicas, junto a la superproducción periódica, con los subsiguientes destrucción de valor y derroche de fuerza, se desarrolla cada vez más fuerte la superproducción permanente (crónica) y el derroche permanente de fuerza.

Hemos visto que la revolución técnica progresa sin interrupción ; su campo es cada vez más extenso, pues, de año en año, conquista la gran producción capitalista nuevas ramas de la industria, nuevos lugares; la productividad del trabajo crece de modo incesante y, además — tomando a la sociedad capitalista en su conjunto —, con velocidad creciente. Al mismo tiempo adelanta sin interrupción el amontonamiento de nuevos capitales. Cuanto más crece la explotación de cada trabajador y el número de los trabajadores explotados — no sólo en un país, sino en todos los países explotados capitalísticainente —, tanto más crece también la masa de plusvalía y tanto mayor se hace la masa de riquezas que la clase capitalista puede ahorrar

cada año para transformarla en capital. La producción capitalista no puede, por eso, permanecer dentro de un cierto contorno; su ensanchamiento permanente y el permanente ensanchamiento de su mercado es para ella una cuestión vital; el estancamiento es su muerte. Mientras que antes los artesanos y campesinos de un país producían, año arriba. año abajo, lo mismo, y la producción sólo crecía de ordinario con la población, el sistema capitalista de producción necesita de antemano del ininterrumpido crecimiento de la producción ¡ todo freno a la misma significa una enfermedad para la sociedad, tanto más dolorosa e insoportable cuanto más duradera. Junto a los estímulos periódicos para el ensanchamiento de la producción, ocasionados por los periódicos ensanchamientos del mercado, encontramos otros impulsos duraderos hacia el ensanchamiento de la producción que resultan de las condiciones de la producción misma, y que, en lugar de ser ocasionados por un ensanchamiento del mercado, hacen necesario, por contra, e! constante ensanchamiento del mismo.

Pero con frecuencia, en los últimos decenios, este ensanchamiento deja de marchar bien durante largos períodos de tiempo.

Claro está que el terreno sobre el que puede extender su mercado la producción capitalista es enorme ; sobrepasa todas las fronteras locales y nacionales, y le es dado hacer mercado su\o de lodo el globo terráqueo. Pero ha hecho ya demasiado pequeño el globo terráqueo. Todavía hace cien años, fuera de las partes occidentales de Europa, sólo distintos países litorales e islas en las otras partes de la tierra constituían el mercado para la industria capitalista explotada, sobre iodo Inglaterra. Tan poderosas eran, sin embargo, la fuerza de acción y codicia de los capitalistas y sus adalides y cómplices, y tan gigantescos los medios que se les ofrecían, que desde entonces se abrieron casi todos los países de la tierra a los artículos de la industria capitalista, ya no sólo inglesa, sino de todos los países- europeos, y de Norteamérica ; así que, fuera de China, faltan

por abrir tan sólo mercados en los que no hay nada que ic a buscar si no es la fiebre y... desca'abros.

Si bien es cierto que el asombroso desarrollo de los transportes posibilita de año en año una cada vez mejor explotación de todo mercado, precisamente en aquellos pueblos que no son completamente salvajes, que tienen una cierta cultura, que han desarrollado ciertas necesidades culturales, el mercado toma cada vez más un cariz distinto. La invasión de las mercancías de la gran industria capitalista mata a las pequeñas explotaciones indígenas en todas partes, no sólo en Europa, y transforma a los artesanos y campesinos en proletarios. Esto produce en todos los mercados de venta *(Absalsmarkte)* de la industria capitalista dos cambios importantes. Reduce el poder adquisitivo de la población, e influye así en contra de la extensión de la venta en los mercados afectados. Pero eso da lugar — y es aún más importante —, mediante la producción de un proletariado, a que aparezcan ahí también las bases para la introducción del sistema de producción capitalista. La gran industria europea cava así su propia fosa. A partir de un cierto grado de desarrollo, cada nueva extensión del mercado significa para ella e? nacimiento de un nuevo competidor. La gran industria de los Estados Unidos, que no cuenta más de una generación, no sólo se hace por completo independiente de la europea, sino que marcha también a apoderarse de toda América ; la todavía joven industria rusa comienza a abastecer exclusivamente con sus artículos el enorme territorio que Rusia domina en Europa y Asia ; las Indias orientales, China, Japón, .Australia se desarrollan como Estados industriales que más tarde o más temprano pueden bastarse a sí mismos desde este punto de vista ; parece estarse cerca del momento en que el mercado de la industria europea deje de poder engancharse y comience, por el contrario, a reducirse. Esto no significaría otra cosa que la bancarrota de toda '.a sociedad capitalista.

Mientras tanto, ya desde hace algún tiempo avanza el ensanchamiento del mercado mucho más despacio respecta

a ¡as necesidades de la producción capitalista ; ésta encuentra cada vez más frenos, y será cada vez más imposible el pleno desarrollo de sus fuerzas de producción. Las épocas de incremento económico serán cada vez más breves; las épocas de crisis, cada vez más largas, sobre todo en los viejos países industriales, como Inglaterra y Francia. Países en los que el sistema de producción capitalista llega a su apogeo, como América y Alemania, pueden atravesar todavía largas épocas de prosperidad. Pero hay también, junto a éstos, países jóvenes desde el punto de vista capitalista con ya breves épocas de florecimiento y largas épocas de crisis, como Austria y Rusia.

A consecuencia de eso, crece la multitud de los medios de producción que no son explotados o que no son bástanle explotados, la multitud de riquezas que se pierden sin utilización, la multitud de fuerzas de trabajo que quedan inactivas. Entre éstas hay que contar no sólo el rebaño de parados, sino también todos aquellos incontables parásitos que siguen aún aumentando en el cuerpo de la sociedad, los cuales, al no poder dedicarse a una actividad productiva, buscan ganarse un vivir miserable con las actividades más distintas, casi siempre superfinas, pero también con frecuencia sumamente agotadoras : pequeños corredores de comercio, hospederos, agentes, arrendadores ; a esto corresponde, además, la enorme multitud del proletariado del hampa en los más diferentes grados, los impostores altos y bajos, los criminales, la prostitución profesional *y* la rufianería, y otras existencias que penden de esto ; aquí corresponde incluir, además, los numerosos rebaños de la servidumbre personal de los poseedores ; por fin, la gran multitud de los soldados ; *e".* permanente crecimiento de los ejércitos en los últimos veinte años apenas hubiera sido posible sin la superproducción, que permite j la industria renunciar a tantas fuerzas de trabajo.

La sociedad capitalista comienza A asfixiarse en su propia abundancia ; es cada vez menos apta para mantener el pleno desenvolvimiento de las fuerzas productivas que crea.

Cada vez necesitan quedar ociosas más fuerzas de producción ; cada vez se despilfarran sin uso más productos.

El sistema de producción capitalista, la sustitución de la pequeña explotación por la gran explotación capitalista, cuyos medios de producción se reúnen en pocas manos en forma de propiedad privada, cuyos trabajadores son proletarios desheredados, este sistema de producción era el medio de aumentar hasta el infinito la fuerza de producción del trabajo limitada desde fuera, que era propia del artesanado y de la agricultura rural. Hacer esto era la misión histórica de la clase capitalista. Ha ejecutado el desenlace de esta tarea imponiendo terribles dolores a las masas de población expropiadas y explotadas por ella ; pero la ha ejecutado. Era una necesidad histórica, como lo eran los dos fundamentos de que brota : la producción de mercancías y la propiedad privada de los medios de producción y de los productos, tan ligada con aquélla.

Pero si esa tarea y sus fundamentos eran históricamente necesarios, ya no lo son. Las funciones de la clase capitalista recaen cada vez más sobre funcionarios retribuidos, y la gran mayoría de los capitalistas tiene por única misión absorber lo que otros producen ¡ el capitalista ha llegado a ser tan superfino como, hace cien años, el señor feudal.

Más todavía. Como el señor feudal en el siglo XVIII, la clase capitalista es ya hoy un obstáculo para el ulterior desenvolvimiento. La propiedad privada sobre los medios de producción ha cesado desde hace tiempo de garantizar a cada productor la propiedad sobre sus productos y su libertad. Conduce hoy con rapidez a anular esta libertad y esta propiedad para toda la población de las naciones capitalistas ; de ser un fundamento de la sociedad, pasa cada vez más a ser un medio de disolución de todos los fundamentos de la sociedad. Y de ser un medio de estimular en la sociedad el más rápido desarrollo de sus fuerzas productivas, se ha convertido en un medio que obliga a la sociedad cada vez más al despilfarro e inactividad de sus fuerzas productivas.

La propiedad privada sobre los medios de producción transforma así[1] su esencia originaria en la opuesta, no sólo para los productores de la pequeña explotación, sino para toda la sociedad. De una fuerza impulsora del desarrollo social se hace una causa del empantanamiento social, de la bancarrota social.

Hoy no se pregunta ya si se quiere o no mantener la propiedad privada de los medios de producción. Su ocaso es cierto. Se pregunta tan sólo : ¿ Debe arrastrar consigo en el abismo a la sociedad, o debe ésta desprenderse del pernicioso fardo, para poder reemprender, libre y con nuevas fuerzas, el camino que le prescribe la ley de la evolución ?

IV. El Estado futuro

1. - Reforma social y revolución

El quinto aparlado del programa de Erfurt dice :

«La propiedad privada sobre los medios de producción, que antes era un medio para asegurar a los productores la propiedad de su producto, se ha convertido en un medio de expropiar ■ campesinos, artesanos y pequeños comerciantes, y colocar a los no trabajadores — capitalistas, grandes terratenientes — en posesión del producto del trabajo. Sólo la transformación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción — suelo, minas, materias primas, herramientas, máquinas, medios de tansporte — en propiedad social, y la transformación de la producción de mercancías en producción socialista, cultivada por y para la sociedad, puede lograr el resultado de que la gran explotación y la creciente aptitud de rendimiento del trabajo social se cambien, de una fuente de miseria y de opresión para las clases hasta ahora explotadas, en una fuente de bienestar sumo y de perfeccionamiento integral, armónico.»

Por lo dicho ya se podrá conocer fácilmente el sentido que debe darse a ese apartado. Las fuerzas productivas que se han desarrollado en el seno de la sociedad capitalista han llegado a ser inconciliables con el ordenamiento de la propiedad sobre que la misma descansa. Querer mantener ese ordenamiento de la propiedad significa hacer imposible todo nuevo progreso social, significa condenar la sociedad в situación de estancamiento, a la putrefacción ; pero a la putrefacción en cuerpo vivo, a una putrefacción que va

acompañada de las más dolorosas convulsiones espasmo- dicas.

Cada nuevo perfeccionamiento de las fuerzas productivas aumenta la contradicción entre ellas y el ordenamiento de la propiedad existente. Todos los intentos de anular, o, al menos, suavizar, esta contradicción, sin atentar contra la propiedad, se han mostrado inútiles, y se mostrarán inútiles siempre.

Desde hace un siglo se esfuerzan los pensadores y políticos de las clases poseedoras por desviar la transformación que amenaza — la revolución — de la propiedad privada de los medios de producción, mediante reformas sociales, así designan a todas aquellas intervenciones en el engranaje económico destinadas a anular, o, al menos, atenuar, este o aquel efecto de la propiedad privada, sin atentar contra ella misma. Desde hace un siglo han sido ponderados y probados los más diferentes medios para estos fines ; es apenas posible pensar algo nuevo en este terreno. Todas las «novísimas» proposiciones de nuestros curanderos sociales, que deben curar, sin dolor ni gastos, en unos pocos días, los más arraigados males, se revelan, vistas a la luz del día, como refritos de antiguos inventos que ya fueron intentados en otro lugar o época y que han acreditado suficientemente su ineficacia.

Que no se nos entienda mal. Declaramos ineficaces las reformas sociales en tanto que tienen por misión suprimir la contradicción — cada vez más acentuada en el curso del desarrollo económico — entre las fuerzas productivas y el ordenamiento existente de la propiedad, manteniendo y robusteciendo este último. Pero no queremos decir con eso que la revolución social, la anulación de la propiedad privada sobre los medios de producción, se haga por sí misma, que haya de dejarse como resultado espontáneo a la revolución forzosa, incontrastable, sin intervención del hombre ; más aún, que sean obra inútil todas las reformas sociales, que a aquellos que sufren bajo el contraste entre fuerzas de producción y ordenamiento de la propiedad y bajo

sus fenómenos consecuentes no les quede otro recurso que dejar las manos inactivas sobre el regazo y esperar resig- nadamente hasta que haya sido superado.

Cuando se habla de la incontrastabilidad y forzosidad natural del proceso económico se supone, naturalmente, que los hombres son hombres y no muñecos sin vida ; hombres con ciertas necesidades y pasiones, con ciertas fuerzas corporales y espirituales, que intentan aplicar a su propio bien. Resignación inactiva en lo que parece inevitable no significaría dejar que el proceso social siga su curso, sino llevarlo al estancamiento.

Si tenemos por inevitable la anulación de la propiedad privada de los medios de producción, no pensamos con ello que sin más que abrir la boca les caerá en ella un buen día a los explotados la breva de la revolución social. Consideramos inevitable la destrucción de la sociedad actual, porque sabemos que el proceso económico produce con natural forzosidad situaciones que obligan a los explotados a luchar contra esa propiedad privada ; que ella aumenta el número y fuerza de los explotado*? y disminuye el número y fuerza de los explotadores que sostienen lo existente; que lleva, por fin, a situaciones insoportables para la masa de la población, dejando a ésta tan sólo la elección entre el envilecimiento inactivo o la transformación poderosa del ordenamiento existente de la propiedad.

Tal transformación puede aceptar las formas más variadas, según las condiciones bajo las cuales se ejecute. No necesita indispensablemente ir ligada con actos de violencia y derramamiento de sangre. Se han dado ya casos en la Historia universal en que las clases dominantes eran especialmente hábiles o especialmente débiles y cobardes, de tal forma, que ante la perspectiva de una situación de violencia abdicaron voluntariamente. Tampoco necesita decidirse una revolución socia' de una vez. Apenas si puede darse este caso. Hay revoluciones que se preparan en años y decenios de lucha política y económica y se ejecutan por medio de continuos cambios y oscilaciones en las

relaciones ne fuerza de las distintas ciases y partidos, inte-irumpidas con frecuencia por largos períodos de reacción.

Pero así como son variadas las formas que puede adoptar una revolución, todavía no se ha realizado jamás una revolución social que se introduzca imperceptiblemente y sin esfuerzo de los oprimidos por las situaciones dominantes.

Si nosotros declaramos inhábiles las reformas sociales que M detienen ante la propiedad privada para anular las contradicciones que produce el actual proceso económico, no queremos decir con ello que sea imposible para los explotados la ludia dentro del marco del ordenamiento existente de la propiedad contra los dolores que tienen que soportar ; que deban conformarse pacientemente con todas las desventuras, con todas las formas de explotación que el modo de producción capitalista les imponga; que en tanto son explotados les sea indiferente en qué modo acontece esto. Queremos tan sólo decir que no se deben apreciar ni creer las reformas sociales como capaces de dar a las relaciones existentes una forma satisfactoria. Es preciso considerar las reformas sociales que se pretende introducir. Las nueve décimas partes de las propuestas de reforma son no sólo inútiles, sino directamente perjudiciales para los explotados. Las peores son aquellas propuestas que para salvar el ordenamiento de la propiedad, adaptando a él las fuerzas productivas, quieren dar por no acaecido el proceso económico de los dos últimos siglos. Los explotados que convienen en ello derrochan sus fuerzas en la absurda aspiración de dar vida a lo muerto.

El proceso económico puede ser influido en diversas maneras: se le puede acelerar y retardar, se pueden debilitar o fortalecer sus efectos, darles forma no dolorosa o abundante en dolores, según la habilidad y fuerza social que se tenga; pero lo que no se puede hacer es estancarlo o volverlo atrás. La experiencia enseña que todos los medios que se te quieran oponer se demuestran ineficaces o aumentan los dolores ■ cuya supresión deben servir; mientras que aquellos medios verdaderamente adecuados para remediar

una u otra de las desdichas existentes en mayor o menor medida tienen también por resultado la aceleración del curso del desarrollo económico.

Cuando, por ejemplo, quiere el artesano restablecer el gremio para levantar con ello el artesanado, este esfuerzo es por completo desgraciado; y debe serlo así, porque se encuentra en contradicción con las exigencias de las modernas fuerzas productivas de la gran industria. Sería preciso abolir primero ésta, dar por no realizados los progresos técnicos de los tiempos modernos, y entonces podría prosperar el gremio. Esto es, a todas luces, imposible. La agremiación tiene por eso hoy el único fin de poner a disposición de partidos reaccionarios fuerza, dinero e influencia política, que se emplean en perjuicio, y no en ventaja, de la «gente modesta». Por ejemplo, en el encarecimiento del pan, elevación de los impuestos y cargas militares, etc.

Pero aquellos medios que pueden utilizar a veces con ventaja los artesanos para mejorar su situación son los que les permiten ensanchar su explotación para ir a la producción en masa y convertirse en pequeños capitalistas. Medios tales como Hermandades de diferentes clases, introducción de motores baratos, etc., pueden ayudar a los más ricos entre los artesanos ; pero sólo posibilitándoles el abandono de la pequeña explotación. Los menos ricos, que no pueden poner motores, carecen de crédito, etc., se hunden con mayor rapidez. Estos medios, pues, sirven a diversos artesanos ; pero no salvan el artesanado, antes bien aceleran su decadencia.

También los asalariados querían en un principio detener el desarrollo de la gran industria capitalista. Destruían nuevas máquinas, se defendían contra la introducción del trabajo femenino, v cosas semejantes.

Pero se dieron cuenta, antes que los artesanos, de lo absurdo de tal proceder. Han encontrado otros medios de más éxito para protegerse en lo posible contra los perniciosos efectos de la explotación capitalista, por medio de las organizaciones económicas (Sindicatos) y de la actívi-

dad política, medios que han logrado, completándose entre síi, éxitos más o menos grandes en los distintos Estados.

Pero todos estos éxitos consisten en una elevación de salarios, una reducción de jornada, una prohibición del trabajo de los niños, la exigencia de precauciones sanitarias, etcétera, y constituyen un nuevo estímulo para la evolución económica, en cuanto que, por ejemplo, inducen a los capitalistas a sustituir por máquinas las fuerzas de trabajo encarecidas, o en cuanto que hacen necesario un mayor gasto, que pesa más sobre los pequeños capitalistas que sobre los grandes, y dificultan así la competencia de los primeros, etc.

Así como es justo, y hasta necesario, que, por ejemplo, traten de mejorar su situación los artesanos por la introducción de pequeños motores, y que las organizaciones obreras funden o propulsen instituciones legales que impliquen una reducción de jornada, mejora de las condiciones de trabajo y demás finalidades, sería equivocado creer que tales reformas pueden detener la revolución social, e igualmente equivocada es la suposición de que se pueda reconocer la utilidad de ciertas reformas sociales sin convenir también por ello en que sea posible mantener la sociedad sobre sus bases actuales. Se puede, por el contrario, ir a estas reformas también desde el punto de vista revolucionario. porque aceleran el curso de las cosas, como hemos visto, v porque, lejos de anular las tendencias suicidas del sistema capitalista de producción, descritas en los precedentes capítulos, las robustecen.

La proletarización de las masas populares, la unión de todo el capital en manos de unos pocos que dominan toda la vida económica de las naciones capitalistas, las crisis, la inseguridad de la existencia, estos efectos dolorosos e indignantes del modo de producción capitalista, no pueden frenarse en su continuo incremento mediante reformas sobre la base de la actual ordenación de la propiedad, al mismo tiempo que ésta subsiste.

No hay ningún partido, aun cuando sea el más apoli-

liado y más tímidamente colgado a lo tradicional, que no tenga idea de eso. Pregonan aún todos sus reformas particulares como medio de desviar la gran catástrofe ; pero ninguno tiene ya *fe verdadera* en sus recetas maravillosas.

No valen vueltas ni revueltas. El auténtico fundamento del sistema actual de producción, la propiedad privada sobre los medios de producción, es cada vez más inconciliable con la naturaleza de los medios de producción, según hemos visto en el capítulo precedente. El ocaso de esta propiedad privada es ya tan sólo cuestión de tiempo. Viene con seguridad, si bien nadie puede afirmar todavía cuándo y de qué manera.

2. - Propiedad privada y propiedad común

En realidad, la cuestión ya no es si debe ser mantenida la propiedad privada de los medios de producción, y cómo, sino : qué se debe, o, mejor, puede poner en su lugar, pues no se trata aquí de algo que quepa inventar a capricho, sino de algo que se impone por natural necesidad. No depende de nuestro libre pensar el ordenamiento de la propiedad que hayamos de poner en lugar del existente, como si fuera libre para nosotros quedarnos con ése o arrojarlo por la borda.

El mismo proceso económico que plantea la cuestión : ¿qué debe colocarse en lugar de la propiedad privada de los medios de producción?, da también los supuestos previos para la respuesta. En el seno de la antigua dormita ya la nueva propiedad. Para conocer ésta, debemos atenernos, no a nuestros distintos y personales inclinaciones y deseos, sino a los hechos que están ante nosotros, v que son iguales para todo el mundo.

Quien conozca las actuales condiciones de la producción sabe también qué forma de propiedad exigen, en tanto que la que existe ahora se ha hecho imposible. Rogamos, por

eso, a nuestros lectores que en lo que sigue, relativo al futuro, retengan ante los ojos lo que hemos dicho del sistema de producción existente en el presente y en el pasado.

La propiedad privada de los medios de producción tiene su raíz, como sabemos, en la pequeña explotación. La producción individual hace también necesaria la propiedad individual. La gran explotación, por el contrario, significa producción social, en comunidad. En la gran industria no trabaja cada obrero para sú, sino que una gran multitud de obreros, una sociedad entera, coopera para crear algún todo. Y los medios de producción de la gran industria moderna son extensos y poderosos. No es, por tanto, posible que cada trabajador posea por sí sus medios de producción. La gran explotación en el grado de la técnica moderna consiente, pues, sólo dos formas de propiedad : la propiedad privada de un individuo sobre los medios de producción de la comunidad de trabajadores, y esto significa la producción capitalista dominante hoy, con su séquito de miseria y explotación de la parte del obrero, y asfixiante abundancia por parte de los capitalistas ; fuera de esto sólo es posible la propiedad común de todos los trabajadores sobre los medios de producción comunes, y esto significa la producción común, significa la cesación de la explotación de los trabajadores, que se hacen dueños de sus propios productos y reciben ahora el sobrante (plusvalía) que hasta el momento se apropiaba el capitalista.

Colocar la propiedad común de los medios de producción en el lugar de la privada es lo que hace necesario, cada vez con más urgencia, *el* proceso económico.

No sólo la Socialdemocracia abriga este convencimiento de la necesidad de la propiedad común. También lo comparten los anarquistas *y los* liberales. Naturalmente, estos últimos quieren alcanzar tal fin por caminos que nunca pueden llevar a su consecución. Condenar a los trabajadores a erigir grandes explotaciones con sus céntimos de ahorro es burlarse de ellos; no aconsejarles o ayudarles.

Sin embargo, no tenemos por ahora que tratar aquí del

camino acertado. De eso nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Aquí se trata de las posiciones más próximas a la propiedad en común.

La más sencilla es cuando se declara que cada explotación capitalista debe ser transformada en una comunidad. Los trabajadores de ella deben ser, al mismo tiempo, sus propietarios. En lo demás no cambia nada ; la producción de mercancías continúa; cada explotación particular es plenamente independiente de las otras y produce para vender en el mercado.

Para representarse un tal sistema de producción no hace falta demasiada fantasía. Es lo más análogo posible al actual. Es el ideal, el modelo de anarquistas y liberales. Ambos se distinguen en el camino a seguir. Los primeros quieren que los trabajadores se apoderen de las distintas explotaciones en una revolución general. Los últimos les aconsejan el antes indicado camino del ahorro.

Observemos ahora lo que resulta de esa solución.

De ella se desprende que los capitalistas se convierten en empresarios, no en capitalistas, pues ya ha dejado de haber capitalistas cuando los obreros se encuentran colectivamente en propiedad de sus medios de producción. Los trabajadores atacan con esta solución los inconvenientes que la explotación capitalista trae consigo para ellos; pero subsisten los peligros que hoy amenazan a todo empresario independiente: competencia, superproducción, crisis, bancarrota, no han sido suprimidas del mundo. Las empresas mejor colocadas serán desplazadas del mercado y arruinadas después de las peor colocadas. Tampoco cambia nada en este proceso el hecho de que las distintas empresas de una rama de la industria se cartelen. Necesitamos tan sólo remitirnos a nuestras explicaciones del capítulo anterior para aclararlo.

Así como hoy se hunden las empresas capitalistas, irían a la quiebra las empresas en común. Sus trabajadores perderían así sus medios de producción y volverían a ser proletarios, obligados a vender su fuerza de trabajo para po

der seguir viviendo. Los trabajadores, en las comunidades más afortunadas, encontrarían más ventajoso colocar asalariados en lugar de trabajar por sí mismos; se harían explotadores... capitalistas, y éste sería el fin de la canción. Después de algún tiempo estaríamos otra vez en la situación antigua, en el viejo sistema de producción capitalista.

La producción de mercancías y la propiedad privada sobre los medios de producción se implican recíprocamente en lo más íntimo. La producción de mercancías supone la propiedad privada, frustra todo intento de alejarla.

Bajo el dominio de la producción de mercancías, la gran explotación adopta necesariamente la forma capitalista. La forma en común puede tan sólo tener lugar imperfecta y aislada ; pero nunca como forma dominante.

Cuando se pretende seriamente colocar la propiedad en común sobre los medios de producción en lugar de la capitalista es necesario dar un paso más allá del que quieren dar liberales y anarquistas para la anulación de la producción de mercancías.

3. - La producción socialista

La anulación de la producción de mercancías significa sustitución de la producción para la venta por producción para las necesidades propias.

La producción para las necesidades propias puede ser adoptada en dos formas: producción del individuo para la satisfacción de sus necesidades personales, y producción de una sociedad o comunidad para cubrir sus propias necesidades, es decir, las necesidades de sus miembros.

La primera clase de producción no ha sido nunca una forma general de la producción. El hombre fué siempre, en tanto que de él se encuentran huellas, un sér social ; el individuo se vió siempre obligado, para cubrir una serie de sus necesidades más importantes, a trabajar en común con otros; otros trabajaban para él ; pero, por regla general, necesitaba él también trabajar para otros. La producción

del individuo por sí mismo ha desempeñado continuamente sólo un papel secundario. Hoy apenas si merece ser citada.

La producción en común para el uso propio fué la forma dominante de la producción en tanto no se desenvolvió la producción de mercancías. Es tan vieja como el producir. Si se quiere admitir que corresponde especialmente a la naturaleza humana una determinada forma de producción, podría decirse que ésta es la natural. Cuenta quizá tantas decenas de milenios como milenios la producción de mercancías. Con la clase de medios y de sistema de producción cambiaron también esencia, volumen y capacidad de la comunidad productora. Pero, fuera ésta una horda, o una gens, o una tribu, o una comunidad doméstica —una gran familia campesina—, todas ellas tenían de común una serie de rasgos esenciales. Cada una cubría todas sus necesidades, o, al menos, todas las precisas y esenciales, mediante lo obtenido en la producción propia. Los medios de producción eran propiedad de la comunidad. Los miembros de ésta trabajaban juntos, como iguales y libres, según su costumbre o un plan que ellos mismos se habían proyectado, bajo una administración elegida por ellos y ante ellos responsable. El producto del trabajo en común pertenecía a la comunidad, que lo aplicaba en parte a cubrir las necesidades comunes — del consumo o de la producción—, y en parte lo distribuía, según la costumbre o según una medida fijada por la comunidad, entre las distintas personas o grupos que formaban parte de ella.

El bienestar de una tal sociedad, que se bastaba a sí misma, dependía de las condiciones naturales y personales. Cuanto más fecundo fuera el terreno que habitaba, cuanto más activos, ingeniosos y fuertes fueran sus miembros, tanto mayor era y más asegurado estaba el bienestar general. Epidemias, inundaciones, la invasión de enemigos victoriosos, podían oprimirla, destruirla ; pero una cosa no la inquietaba : las oscilaciones del mercado. No las conocía en absoluto, o, si acaso, sé>lo para lo superfino.

l'na tal producción en común para la propia necesidad no es otra cosa que una producción comunista, o, como se dice hoy, socialista. Sólo mediante un sistema de producción de este estilo puede superarse la producción de mercancías. Es la única forma posible de producción cuando la producción de mercancías se ha hecho imposible.

Pero con ello no quiere decirse que lo que ahora valga sea resucitar a los muertos y despertar otra vez las viejas formas de la propiedad común y de a producción en común. Estas formas corresponden a ciertos medios de producción ; eran v son inconciliables con medios de producción sumamente desarrollados, y por eso desaparecieron en todas partes, en el curso del proceso económico, antes de que prosperase la producción de mercancías. Y allí donde, a causa de su arraigo, oponen todavía resistencia, forman un obstáculo al desenvolvimiento de las fuerzas de producción. Tan reaccionarios y sin perspectiva como "os esfuerzos gremiales serían los intentos de superar la producción de mercancías por la conservación y resurrección del resto del viejo comunismo que todavía se ha mantenido en comunidades rurales retrasadas.

La producción socialista, que ha llegado a ser hoy necesaria por la bancarrota que se aproxima de la producción de mercancías, tendrá y deberá tener con las antiguas formas de la producción comunista una serie de rasgos comunes, en tanto que este sistema, como aquél, son producción en común para la pronia necesidad. Pero sólo del mismo modo que la producción capitalista presenta rasgos semejantes a los de la producción artesana, en tanto que ambas son producción de mercancías. Así como, a pesar de ello, la producción capitalista, en cuanto al grado superior de la producción de mercancías, es por entero diferente de la arte- sana, así también la forma de producción en común que ahora precisa será completamente diferente de las antiguas formas.

La futura producción socialista no debe ligarse con el primitivo comunismo, sino con la producción capitalista

que desarrolla los elementos de que se formará su su cesara. Ella misma produce, según veremos en el próximo capítulo, los nuevos hombres que requiere el nuevo modo de producción. Pero produce también las organizaciones sociales que formarán las bases del nuevo sistema de producción tan pronto como los nuevos hombres se hayan apoderado de ellas.

Lo que exige, de una parte, el sistema de producción socialista es la transformación de las distintas empresas capitalistas en sociales. Esto se prepara, como hemos visto, mediante el hecho de que cada vez sean más superfinas en el engranaje económico las personas de los capitalistas. De otra parte, exige el sistema de producción socialista la concentración, en una gran comunidad única, de todas las explotaciones necesarias para la satisfacción de las necesidades esenciales de una sociedad en un grado de la producción. En el capítulo anterior hemos visto cómo esto viene preparado por el proceso económico mediante la creciente reunión de las empresas capitalistas en manos de unas pocas firmas.

r, Qué volumen debe tener una comunidad que se baste a sí misma? Como la comunidad socialista no es una quimera arbitraria, sino un producto necesario del proceso económico, que cada cual reconoce tanto más claramente cuanto mejor comprende éste, la magnitud de esta comunidad no es voluntaria, sino fijada por la accidental situación del proceso. Cuanto más haya avanzado éste, cuanto mayor sea la división del trabajo, cuanto más desarrollado esté el tráfico, tanto más voluminosa tendrá que ser.

Hace más de dos siglos que un inglés, de grato recuerdo, nombrado John Bellers, desarrolló una proposición en el Parlamento inglés (1696) para suprimir la miseria que ya entonces comenzaba a propagar el sistema de producción capitalista, a pesar de ser todavía tan joven. Proponía fundar comunidades que produjeran todo lo que ellas necesitaran, tanto en productos industriales como agrícolas.

Según su cuenta, cada comunidad no necesitaba más de 200 a 300 trabajadores.

El artesanado era todavía entonces la forma de producción predominante en la industria, junto a él, dominaba la manufactura capitalista. Entonces todavía no se podía hablar de fábrica capitalista con explotación por máquinas.

Un siglo más tarde fué aceptado el mismo pensamiento, considerablemente profundizado y perfeccionado por los pensadores socialistas. Peto ya se habían hecho notar los comienzos del sistema de fábrica ; el artesanado caminaba, acá y allá, hacia la decadencia ; toda la vida social había alcanzado un grado más alto. Las comunidades autosufi- cientes que propugnaban a comienzos del siglo XIX los socialistas para suprimir los inconvenientes del modo de producción capitalista eran ya diez veces mayores que las pro puestas por Bellers — así, por ejemplo, los falansterios de Fourier —.

Pero, tan formidables como eran las proporciones económicas del tiempo de Fourier en comparación con las del tiempo de Bellers, aparecen ya pequeñas una generación más tarde. En su marcha triunfal incesante, la máquina revoluciona toda la vida económica. Ha hecho cada vez más voluminosas las empresas capitalistas, tanto que algunas de ellas abarcaron pronto en su radio de acción Estados enteros ; también ha puesto en cada vez mayor dependencia recíproca las distintas empresas de un país, de modo que económicamente formen tan sólo una explotación ; impulsa cada vez más a reunir en un solo engranaje toda la vida económica de las naciones capitalistas.

La división del trabajo progresa continuamente; cada vez más se dedican las distintas explotaciones a producir sólo especialidades particulares, pero éstas, para todo el mundo, y las distintas explotaciones son cada vez mayores ; algunas de ellas cuentan sus obreros por miles. Una comunidad que quiera cubrir sus propias necesidades y abarcar todas las explotaciones exigibles para su satisfacción necesita tener un volumen muy diferente al de los fa-

lansterios y colonias socialistas de comienzos del siglo pasado. De las organizaciones sociales existentes hoy, sólo hay una que tenga el volumen necesario para poder servir de marco dentro del cual se desenvuelva la comunidad socialista : el Estado moderno.

Tan enorme es la extensión que ha ganado ya la producción de las distintas explotaciones y tan íntima la vinculación económica entre las distintas naciones capitalistas, que casi se podía dudar si es suficiente el marco del Estado para poder expandir la comunidad socialista.

Entre tanto, meditemos lo siguiente : La actual extensión del tráfico internacional está condicionada menos por las relaciones de producción existentes que por las relaciones de explotación existentes. Cuanto más extendida esté en un país la explotación capitalista y cuanto mayor sea, por consiguiente, la explotación de las clases trabajadoras, tanto mayor será, por regla general, el sobrante de productos que no podrán ser consumidos en el país mismo, y que, por tanto, se querrá exportar.

Si la población de un país no tiene dinero para comprar ella misma la masa de productos que elabora, procurarán los capitalistas de ese país exportar dichos productos, sean o no indispensables para la población. Buscarán compradores, no consumidores. Por eso hemos visto con frecuencia el horrible fenómeno de que, habiendo hambre en el interior, se exporten muchos granos ; sólo mediante prohibiciones de exportación se pudo impedir a los capitalistas rusos la exportación de cereales durante el hambre horrible de su país.

Si cesa la explotación y, en el lugar de la producción para la venta, se coloca la producción para el propio consumo, disminuirá mucho la exportación e igualmente la importación de productos de unos Estados a otros.

Este tráfico entre los distintos Estados no puede desaparecer por completo. De una parte, se ha llevado tan lejos la división del trabajo y se ha extendido tanto el campo de venta que necesitan para sus productos las explotaciones

gigantescas; de otra parte, se han despertado mediante el desarrollo del tráfico nacional tantas necesidades en los modernos Estados, que ya cuentan entre lo necesario y que sólo pueden ser cubiertas por la importación de otros países — por ejemplo, la necesidad del café en Europa —, que parece imposible hacer que las comunidades socialistas aisladas, incluso llenando el marco de todo un Estado, satisfagan todas sus necesidades por su propia producción. Al menos al principio, será preciso dejar que subsista una cierta clase de cambio de mercancías entre las distintas comunidades. Esto no pone en peligro, sin embargo, su independa y seguridad económicas si elaboran por sí mismas todo lo necesario y tan sólo cambian lo superfino, como hacía la primitiva familia campesina en los comienzos de la producción de mercancías.

Para que la comunidad socialista elabore todo lo necesario para su sostenimiento parece bastante, por lo pronto, que adopte el volumen de un Estado moderno.

Este volumen no es, en modo alguno, inalterable. El Estado moderno, según hemos observado, no es, en el fondo, más que un producto e instrumento del modo de producción capitalista. Crece con ella, correspondiendo a sus necesidades no ^ólo en fuerza, sino también en extensión. El mercado interior, el mercado dentro del propio Estado, es para la clase capitalista de cada país el más seguro, el más fácilmente y más a fondo explotable. En la misma medida en que se desarrolla el sistema de producción capitalista crece también el impulso de la clase capitalista de cada Estado para ensanchar sus fronteras. En este sentido, no estaba desprovisto de razón aquel político que afirmaba que las modernas guerras ya no se originan por impulsos dinásticos, sino nacionales; sólo que es preciso entender como impulsos nacionales los del capitalismo. Nada hiere tanto los intereses de los capitalistas de una nación como la reducción de su territorio. Alemania hubiera perdonado a la burguesía francesa los cinco mil millones. No la hubiera compensado de la anexión de Alsacia-Lorena.

Todos los Estados modernos tienen la necesidad de extenderse. Con mayor comodidad lo hacen los Estados Unidos, que prácticamente tienen a su disposición toda América, e Inglaterra, que puede ensanchar ininterrumpidamente su campo de acción por su dominio marítimo sobre colonias transoceánicas. Tampoco Rusia encontró hasta ahora demasiado difícil empujar en ciertos puntos su frontera. Ahora, naturalmente, tropieza casi en todas partes con vecinos de igual alcurnia : en Asia oriental, con Japón e Inglaterra, que procuran frenar mediata e inmediatamente su avance en los distintos Estados de oriente.

En el peor caso están los Estados del continente europeo, que tienen tanto como los otros la necesidad de un continuo ensanchamiento; pero se encuentran enclavados unos junto u otros y ninguno puede extenderse sin destrozar a uno de sus vecinos, semejantes a él. La política colonial de estos Estados ayuda sólo en modo insuficiente a la necesidad de extensión de su producción capitalista. Esta es una de las causas más poderosas del militarismo, que amenaza transformar a Europa en un campo de batalla en el que se aplasten los Estados de nuestro continente. Dos caminos son posibles para salir de esta situación insoportable y acudir a las necesidades de extensión de nuestra vida económica: una guerra mundial que aniquile **a** algunos de los Estados europeos existentes, pero agotando a los otros profundamente ; o la reunión de ellos en una Liga de naciones que pueda encarrilarlos hacia^una unión aduanera. Lo último sería quizá un hecho si Alemania no se hubiera concitado la enemistad irreconciliable de Francia arrancándole dos provincias. Gracias a esta obra maestra de la diplomacia, el militarismo ha llegado a ser una montaña que pesará sobre los Estados de Europa hasta que la revolución o la bancarrota lo sacuda de uno o varios de estos Estados.

Basta; es seguro que todo Estado moderno tiene el impulso para extenderse en relación con la marcha del proceso económico. Esto mismo hace que el marco de la comu-

nidad socialista futura reciba en todas partes el contorno necesario.

El Estado moderno no es hoy tan sólo la única organización social existente que posee la bastante extensión para ofrecer marco a una comunidad socialista; es también el único fundamento natural de la misma. Y para hacerlo más comprensible, permítasenos una pequeña digresión.

4. - La significación económica del Estado

Las distintas comunidades han cumplido siempre funciones económicas. En las originarias sociedades comunistas que encontramos en el umbral de la historia de los pueblos, esto se comprende por sí mismo. Cuando se desarrollaron la economía individual de la pequeña explotación, la propiedad privada sobre los medios de producción y la producción de mercancías, quedó subsistiendo una serie de funciones sociales cuyo cumplimiento, o bien superaba las fuerzas de la explotación individual, o eran demasiado importantes para que hubieran podido ser abandonadas a la voluntad de los individuos. Junto al cuidado de la juventud, de los pobres, ancianos y enfermos — escuelas, asistencia j pobres y enfermos —, lo que recayó sobre las comunidades fué, sobre todo, la regulación y fomento del tráfico — construcción de caminos, moneda, policía de mercados — y la regulación y seguridad de importantes bases generales de la producción — policía de los bosques, regulación de las aguas, etc. —. En la sociedad medieval eran, sobre todo, las comunidades de mercados y las distintas municipalidades urbanas y rurales, desarrolladas a base de aquéllas, así como las organizaciones eclesiásticas, las que cumplían esas tareas. El Estado medieval no se preocupaba casi nada de estos asuntos.

Tal cosa cambia cuando este Estado se convierte en el

Estado moderno, en el Estado de funcionarios y militares, en el instrumento de la clase capitalista, que ingresaba, junto al noble terrateniente, en la categoría de las clases dominantes, luchando con él por este dominio, compartiéndolo con él, o desplazándole por completo de su posición dominadora. El listado moderno es también, como todo Estado, un instrumento del dominio de clases. Pero no podía cumplir su misión ni satisfacer las necesidades de la clase capitalista sin disolver o privar de independencia a las organizaciones económicas preexistentes y que eran el punto de apoyo de la economía precapitalista. Con esto venía también la necesidad de que asumiera una serie de sus funciones. Pero también allí donde el Estado dejó subsistir las organizaciones medievales, cayeron en decadencia y cada vez se mostraron menos aptas para cumplir todas sus funciones. Estas mismas se hicieron cada vez más voluminosas, conforme se desarrollaba el modo de producción capitalista ; crecieron y crecen todavía en el seno del Estado muy por encima de las distintas organizaciones, así que éste se ve obligado, por fin, a asumir también aquellas funciones que no le son esenciales. De este modo, la aceptación por el Estado de toda la materia de beneficencia y escuelas se ha convertido en una necesidad inexcusable, a la que ya se ha conformado en parte. La cuestión de moneda le compete de antemano ; la defensa de los bosques, regulación de las aguas, construcción de caminos, caen cada vez más bajo su dominio.

Hubo un tiempo en que la clase capitalista creyó en su conciencia poder eliminar la actividad económica del Estado. No tendría otra cosa que hacer sino garantizar su seguridad en el interior y en el exterior, mantener a raya a proletarios y competidores extranjeros, dejándole a ella misma toda la vida económica. La clase capitalista tenía buenas razones para desear esto. Siendo tan grande su fuerza, no siempre se había mostrado el poder del Estado lo servicial que ella exigía ; era, a veces, embargado plenamente por otros elementos de las clases dominantes, sobre

todo, por el noble terrateniente. Y también allí donde el poder del listado se había mostrado benévolo para la clase lapitalista, los empleados públicos, que no entendían absolutamente nada de la vida de los negocios, eran con frecuencia amigos sumamente desagradables, tan torpes e inhábiles como aquel oso que quiso espantar una mosca de la frente de su amigo el ermitaño y para ello le partió el cráneo.

Precisamente cuando empezaba a desarrollarse el movimiento socialista obrero, tomó validez en la clase capitalista esa dirección adversa a la intervención del Estado en la vida económica, en primer lugar en Inglaterra, donde recibió el nombre de «escuela de Mánchester», que también se le atribuyó en Alemania.

Las teorías de los manchesterianos fueron las primeras armas espirituales que llevó al campo de batalla la clase capitalista contra el movimiento socialista, tanto en Inglaterra como en Alemania. No es milagro que muchas veces tomara carta de naturaleza entre los trabajadores la idea de que son equivalentes, de una parte, los conceptos *man- chesteriano* y *capitalista* o amigo de los capitalistas, y de otra parte, *intervención del Estado en las relaciones económicas* y *socialismo;* tampoco es ningún miiagro que para los que tal crean, la derrota de ios manchesterianos signifique la derrota del capitalismo. Nada de eso. La escuela manchesteriana no ha sido más que una simple doctrina. I 'na teoría que la clase capitalista ha esgrimido contra los trabajadores y también, al mismo tiempo, contra los Gobiernos cuando le convenía, protegiéndose en todas partes contra sus correspondientes actuaciones. Y en el presente la teoría manchesteriana ha perdido ya casi toda su influencia sobre la clase capitalista.

No sólo han desaparecido de su conciencia los supuestos necesarios a la teoría de Mánchester, sino que también ha aprendido que el proceso económico y político hace indispensable que el Estado asuma ciertas tareas económicas.

Y estas tareas crecen de día en día. No sólo adquieren

cada vez mayor extensión aquellas funciones que el listado ha asumido de las organizaciones antes citadas — basta recordar, por ejemplo, las modernas construcciones de canales y regulaciones de aguas —, sino que le sobrevienen también, a causa del sistema de producción capitalista, funciones de las que no tenían idea las organizaciones sociales de la Edad Media, y por medio de las cuales graba su huella hasta lo más profundo en la vida económica. Si los hombres de Estado de los pasados siglos tenían que ser predominantemente diplomáticos y juristas, los actuales tienen que ser — o deben ser, al menos — predominantemente economistas. En las discusiones políticas de nuestro tiempo ya no valen como argumentos decisivos tratados y privilegios, documentos y precedentes, sino normas económicas. Basta recordar todo lo que hoy cae bajo el dominio de la política: política bancaria, política colonial, política aduanera, política ferroviaria, política social en el sentido de protección de los trabajadores, seguro obrero, beneficencia, etc., etc.

Más aún. El proceso económico impulsa al listado a reunir en sus manos cada vez más explotaciones, en parte, en interés de su propio mantenimiento; en parte, para el mejor cumplimiento de sus funciones, o, en fin, para el aumento de sus ingresos.

La mayor parte de su fuerza la saca en la Edad Media el titular del poder del Estado de su propiedad territorial, es decir, de la del Estado. Esta fué todavía aumentada frecuentemente en los siglos XVI, XVII y XVIII mediante bienes de la Iglesia y de los campesinos. Por otra parte, la necesidad de dinero de los príncipes les llevó a vender bienes de la corona a los capitalistas. Pero en la mayor parte de los países se han mantenido apreciables restos de los mismos en los dominios y minas del Estado. El desarrollo del militarismo procuró arsenales y astilleros; el desarrollo del tráfico, correos, ferrocarriles, telégrafos, y, en fin, el aumento de la necesidad de dinero del Estado, toda clase de monopolios.

En los comienzos del sistema de producción capitalista, cuando las necesidades de dinero de los príncipes eran grandes y sus ingresos pequeños, intentaron ya reservarse la producción de distintos artículos y obtener así ganancias por medio del monopolio estatal. Pero la burocracia se mostró mal apropiada para la dirección lucrativa de una empresa de producción de mercancías; el desarrollo de las contribuciones denunció fuentes de dinero más abundantes. De esto vino el dominio de las teorías manchesterianas, que también se apoderaron de los políticos burgueses. Se consideraba un pecado sustraer a los capitalistas una ocasión de hacer ganancias. Por eso no ha hecho progresos ningunos la economía de monopolio en el curso de nuestro siglo hasta hace pwo : por el contrario, ha perdido terreno.

En los tres últimos decenios ha vuelto ■ cobrar vida la idea del monopolio. Las necesidades de dinero de los Estados crecen de prisa, mientras que cada vez se empobrecen más las masas populares, de tal forma que cada vez se hace más ineficaz el apretar los tornillos del impuesto. Por otra parte, el mismo desarrollo del modo de producción capitalista ha llevado * hacer cada vez más superflua la persona del capitalista; ha creado un ejército de empleados particulares que tomó sobre sí y cumple las tareas de los capitalistas; ha conducido s una tal organización de la mayor parte de las grandes industrias capitalistas, que pueden ser transformadas, sin más, en propiedad impersonal. Las condiciones previas de una explotación lucrativa en monopolio son hoy, pues, mucho más favorables que en el siglo XVIII, y aun que en el XIX, hasta hace pocos decenios. Frente a estas circunstancias y a la creciente necesidad de dinero del Estado, no es maravilla que casi en todas partes vuelvan a abundar las ideas de monopolio y que ya havan alcanzado alguna victoria. Ya se tienen monopolios de tabaco, sal, bebidas, fósforos, y no faltan proposiciones para estatizaciones más amplias.

y el poder económico del Estado, cada vez es más complicado, cada vez más sensible, como hemos visto, el total engranaje económico, y cada vez son las distintas Empresas capitalistas más dependientes entre sí. Con esto crece también su sensibilidad y dependencia frente ■ los influjos de la Empresa más grande de la clase capitalista: el Estado. Y con ello crecen también los trastornos y desórdenes en el engranaje económico, para remediar los cuales llama la clase capitalista de nuevo en su ayuda a las fuerzas económicas mayores que existen hoy: las del Estado. De este modo corresponde al Estado cada vez más, en la sociedad actual, la tarea de poner orden y regulación en el engranaje económico, y cada vez son más poderosos los medios que tiene a su disposición para tales fines. El Estado económicamente todopoderoso, que parecía una utopía socialista a los hombres de Mánchester, se desarrolla ante sus ojos como una consecuencia necesaria del modo capitalista.

La actividad económica del Estado moderno es el punto de partida natural del proceso que conduce ■ la comunidad socialista.

Con ello no quiere decirse que toda estatización de una función económica o de una explotación económica sea un paso hacia la comunidad socialista, y que ésta pueda producirse mediante una estatización general de todo el engranaje económico, sin que precise cambiar algo en la esencia del Estado.

Esta concepción — la del llamado socialismo de Estado — descansa en un desconocimiento de este último. Como todo tipo de Estado, el moderno es también, en primer término, un instrumento para garantir los intereses de la clase dominante. Nada cambia en cuanto a su esencia el que

adopte fundones de provecho general que no sólo tienden al interés de las clases dominantes, sino al de toda la sociedad. Con frecuencia toma estas funciones tan sólo a causa de que el descuidarlas pondría en peligro el equilibrio social y con él a las clases dominantes ; pero en ningún caso las realiza en forma que contradiga los intereses generales de las clases superiores o que pueda amenazar su dominación.

Cuando el Estado actual estatiza ciertas funciones, no • lo hace para limitar la explotación capitalista, sino para proteger y fortalecer el sistema capitalista de producción, o incluso para participar en esa explotación, aumentando así sus ingresos y disminuyendo las aportaciones con que la clase capitalista tiene que contribuir a su sostenimiento. Y, como explotador, el Estado supera al capitalista privado, porque tiene a su disposición, frente al explotado, junto a los medios económicos del capitalista, el poder político del Estado.

Y así como hasta ahora el Estado no ha llevado la estatización más allá de lo que corresponde a los intereses de las clases dominantes, así seguirá haciendo en el futuro. En tanto que las clases propietarias sean las dominantes, la estatización de explotaciones y funciones no irá nunca tan lejos que perjudique en general a la propiedad privada de capital y tierra, limitándolas en su poder y sus ocasiones de explotación.

Ahora bien ; cuando las clases trabajadoras lleguen a ser las dominantes en el Estado, cesará el Estado de ser una empresa capitalista, y entonces será posible transformarlo en una comunidad socialista.

Del conocimiento de esto se desprende la tarea que la Socialdemocracia se ha impuesto : quiere que las clases trabajadoras conquisten el Poder político para transformar con su ayuda el Estado en una comunidad económica, que en lo esencial se baste a sí misma plenamente.

Se nos echa en cara que no tenemos una finalidad concreta ; que sólo sabemos criticar, pero no decir qué debe

ponerse en lugar de lo que hoy existe. Y contestamos nosotros que ningún otro partirlo tiene finalidad tan clara como la Socialdemocracia. ¿Tienen una finalidad los otros partidos? Se aferran a todo lo existente, si bien comprenden que es insostenible e insoportable; sus programas no contienen nada más que algunos pequeños remiendos mediante los rúales prometen y esperan sostener lo insostenible v hacer soportable lo insoportable.

La Socialdemocracia, por el contrario, no edifica sobre esperanzas y promesas, sino sobre la necesidad inflexible del proceso económico. Quien reconozca éste, puede reconocer también nuestra finalidad. Quien quiera demostrar que nuestra finalidad es equivocada, necesita demostrar que es falsa nuestra teoría del proceso económico, necesita demostrar que no hay ningún progreso desde la pequeña explotación □ la gran explotación, que hoy se produce como hace cien y doscientos años, que siempre ha sido como ahora. Quien pudiera demostrar esto tendría derecho a creer que de aquí en adelante seguirá también todo como ahora. Pero quien no sea lo bastante vesánico para creer que las situaciones sociales han sido siempre las mismas, no puede tampoco aceptar razonablemente que las situaciones actuales han de durar eternamente. ¿ Puede mostrar algún otro partido qué es lo que vendrá, lo que deberá venir a sustituirlas ?

Todos los otros partidos viven sólo en el presente ; la Socialdemocracia es el único que tiene una finalidad palpable para el futuro, que endereza su actuación presente hacia esa gran finalidad. Pero los otros partidos no pueden ni quieren ver esa finalidad, pues la Socialdemocracia puede sólo alcanzarla pasando por encima de ellos. Y como no pueden ni quieren verlo, como se empeñan en mirar a la luna, sostienen con atrevimiento que no tenemos ninguna finalidad precisa y queremos destruir todo lo existente tirándolo por alto.

6. - La edificación del Estado futuro

No puede ser nuestra misión oponernos a todas tas objeciones, malentendidos y retorcimientos que nuestros adversarios presentan frente a nuestra lucha. Es inútil querer adoctrinar a la malevolencia y tontería. Podríamos escribir hasta desollarnos los dedos, y no lo conseguiríamos.

Solamente vamos a considerar aquí una objeción, porque el motivo de la misma ha salido de las propias filas del Socialismo. Es tan importante, que tenemos que discutirla .1 fondo. La eliminación de este reparo nos servirá para presentar con más claridad aún la posición y meta de la Socialdemocracia.

Declaran nuestros adversarios que la comunidad socialista sólo podrá considerarse ejecutable y constituir la meta del esfuerzo de gente razonable cuando su plano sea presentado, ya perfecto, ante el mundo ; cuando sea examinado y reconocido como conveniente y ejecutable. Ninguna persona razonable comenzará la edificación de una casa antes de haber concluido su plano y de que lo hayan aprobado los peritos. En último extremo, no se comprendería que sin tener previamente concluido tal plano derribase su único albergue para dejar lugar a la construcción de esa casa. Deberíamos, por tanto, ponernos en claro con el «Estado futuro», como gusta de nombrarse la comunidad o sociedad socialista. Si no nos manifestamos, será prueba de que nosotros mismos no sabemos a punto fijo lo que queremos, y no se tendrá confianza ninguna en nuestro asunto.

Esto parece, de hecho, muy evidente, tan evidente que no sólo nuestros adversarios, sino muchos de entre los socialistas mismos han sostenido la necesidad de tal plan. Y, en efecto, se pudo tener esto por condición previa e indispensable para la nueva sociedad en tanto que no se conocítan las leyes de la evolución social y se creía que las

formas sociales podían edificarse a voluntad, como las casas. Hoy, ya no w habla con gusto de edificaciones sociales.

No hace mucho tiempo que se medita sobre el proceso económico. Antes iba tan despacio la evolución económica, que apenas era perceptible. Siglos y milenios permanecían los hombres en un escalón de la cultura. Los instrumentos del campesino en los lugares retrasados — por ejemplo, Rusia — difieren apenas de los que encontramos en los umbrales de la Historia conocida.

Desde el punto de vista del individuo, el modo de producción dado era, en los tiempos antiguos, algo inalterable .- su padre y abuelo habían trabajado como él, y sus hijos y nietos seguirían haciéndolo igual. La ordenación social dada pasaba por inalterable, establecida por Dios; y quien la conmovía era un criminal. Por grandes que fueran los cambios producidos en la sociedad a causa de guerras y luchas de clases, afectaban tan sólo, en la apariencia, a su superficie. Si bien se desprendían de estas luchas, asimismo, efectos sobre los fundamentos de la sociedad, eran imperceptibles para el observador individual que vivía en medio de tales fenómenos.

La historiografía no es hoy todavía, en lo esencial, más que un acopio más o menos fiel de las noticias comunicadas por esos observadores. También ella se detiene, por eso, en la superficie y, a pesar de que puede seguirse con claridad desde la perspectiva de los milenios todo un proceso social, nuestros historiadores no hacen notar nada de esto.

Pero el sistema de producción capitalista ha puesto el proceso social en tan rápido fluir, que los hombres se han hecho conscientes de él y han comenzado a reflexionar sobre e! particular. Naturalmente, buscaron primero en la superficie las causas de este proceso, antes de irse hacia el fondo. Pero quien se detiene en la superficie ve tan sólo aquellas fuerzas impulsoras que determinan inmediatamente el desarrollo de la sociedad, y que no son las condiciones cambiantes de la producción, sino las ideas cambiantes de los hombres.

Cuando advino el sistema de producción capitalista, originó nuevas necesidades en las personas dependientes de éi, capitalistas, proletarios, etc., completamente distintas de las de las personas económicamente ligadas a los restos del anterior sistema feudal de producción — las necesidades del gran terrateniente, del maestro artesano agremiado, etc. —. Estas necesidades diferentes se corresponden también con diferentes ideas acerca de justo e injusto, necesario y superfino, beneficioso y perjudicial. Cuanto más creció el sistema de producción capitalista y cuanto más fuertes se hicieron las clases que en él participaban, tanto más claras y comprensibles se hicieron las ideas correspondientes a este modo de producción, tanto más amplias e influyentes en el Estado, tanto más determinantes de la vida política y social, hasta que, por fin, se apoderan del poder en el listado y en la sociedad las clases recién llegadas, y pueden conformar uno y otra del modo correspondiente a sus ideas y necesidades.

Así, pues, a los pensadores que querían investigar las causas del proceso social les pareció por lo pronto que la fuerza impulsora de este proceso era las ideas de los hombres. Reconocieron ya. hasta cierto punto, que estas ideas se correspondían con las necesidades materiales ; pero todavía se les ocultaba que estas necesidades cambiaban, y que sus cambios se correspondían con los cambios de las relaciones económicas, de las relaciones de producción. Suponían que las necesidades de los hombres — de la «naturaleza humana» — son inalterables. Para ellos no hay más que una única «verdadera», «natural», «justa» ordenación social, porque solamente una puede corresponderse plenamente con la verdadera naturaleza de los hombres. Todas las otras formas sociales son aberraciones que tan sólo pudieron darse porque los hombres no habían reconocido lo que necesitaban a causa de que su razón estaba nublada, bien fuera, como piensan unos, a consecuencia de la natural estulticia humana, ya, como dicen otros, a causa del entorpecimiento provocado por Papas y gobernantes.

El desarrollo de la sociedad es, según esta posición, una consecuencia del desarrollo de la razón, de la evolución de las ideas. Cuanto más inteligentes son los hombres, cuanto más hábiles en la búsqueda de la forma social que corresponde a la naturaleza humana, tanto más justa y mejor será la sociedad.

Esta era la concepción de los pensadores burgueses, liberales. Todavía domina hoy, en tanto alcanza la influencia de éstos. Bajo la proscripción de esta concepción se encuentran también, como es lógico, los primeros de los nuevos socialistas a comienzos de nuestro siglo. Como los liberales. también ellos creían que la instauración de la sociedad burguesa y del Estado burgués habían salido de las simples ideas de los pensadores del siglo anterior, economistas y enciclopedistas. Pero veían que la nueva sociedad burguesa no era tan ¡>erfecta como habían esperado los filósofos del siglo XVIII. No era aún la verdadera sociedad; había que descubrirla e inventar una nueva forma social que correspondiera con la naturaleza humana mejor que la existente. Pero había que ejecutar también más cuidadosamente que lo hicieron Quesnay y Adam Smith, Mon- tesquieu y Rousseau, el plano del nuevo edificio social, para no hacer borrón y cuenta nueva a consecuencia de influjos inesperados. Parecía esto tanto más necesario cuanto que los socialistas, en el comienzo de nuestro siglo, no se encontraban, como los enciclopedistas en el curso del anterior, con una forma social cuya decadencia estaba en puertas, ni tampoco con una clase poderosa que hubiera tenido interés en la supresión de esa forma social. Podían tener a ia nueva sociedad que propugnaban como una cosa a medida del deseo y no como una cosa inevitable. Por eso necesitaban poner ante los ojos a la gente de modo claro, perceptible, su ideal de la sociedad, para que se le hiciera la boca agua y nadie dudara de la posibilidad y conveniencia de tal situación.

Nuestros adversarios no han superado en la concepción de la sociedad el momento en que la ciencia se encontraba

¿ comienzos del siglo XIX ; el único socialismo que comprenden es, por eso, el ahora designado como socialismo utópico, que parte de los mismos fundamentos que ellos. Nuestros adversarios consideran la sociedad socialista como una empresa capitalista, una Sociedad anónima que necesita ser «fundada», y se niegan & suscribir acciones antes que los fundadores, Bebel, Singer y Compañía, hayan demostrado suficientemente en un prospecto que la nueva empresa es practicable y rentable.

Esta concepción necesitaba aún contar con su beneplácito в comienzos del siglo XIX. Hoy ya no necesita la sociedad socialista del crédito de esos señores para alcanzar su realización.

La sociedad capitalista ha regido hasta ahora la economía ; su disolución es tan sólo cuestión de tiempo ; el proceso económico, que no se puede detener, conduce con forzosidad natural a la bancarrota del sistema de producción capitalista. La constitución de una nueva forma social en lugar de la existente no es ya una cosa ■ medida de', deseo ; ha pasado a ser una cosa inevitable.

Y cada vez se hacen más numerosas y potentes las muchedumbres de trabajadores desheredados, para las que el modo de producción existente resulta insoportable, que nada tienen que perder y sí mucho que ganar con su destrucción, que necesitan traer una nueva forma social, correspondiente ■ sus intereses, si no quieren llegar a perecer, pereciendo con ellas toda la sociedad de que forman el «demento más importante.

Todo esto no son fantasías ; todo esto lo han demostrado los pensadores de la Socialdemocracia con los hechos palmarios del sistema de producción actual. Estos hechos hablan un lenguaje más convincente y penetrante que los más geniales y cuidadosos constructores de un Estado futuro. Tales constructores pueden, en el mejor caso, demostrar que no es imposible la sociedad socialista ; pero no pueden agotar la vida social en su totalidad y necesitan

presentar siempre lagunas donde los adversarios abran

•ha. Lo que se demuestra como inevitable puede demostrarse no sólo como posible, sino también como lo único posible. Si la sociedad socialista fuera imposible, quedaría suprimido todo ulterior proceso económico. La sociedad actual debería corromperse tanto como, hará pronto dos mil años, el imperio romano, y caer, por último, en ia barbarie.

Una persistencia en la civilización capitalista cu imposible ; hay que, o adelantar hacia el Socialismo, o retroceder a la barbarie.

Frente a esta situación de hecho, es por completo innecesario inducir a nuestros adversarios por medio de un prospecto seductor a que nos concedan crédito. Para quien los hechos evidentes del actual sistema de producción no anuncian con bastante energía la necesidad de la sociedad socialista, ése quedará completamente sordo a las alabanzas de una situación que todavía no existe, que no puede ni tocar con las manos ni tampoco comprender.

Pero la exposición de un plan según el cual deba edificarse el «Estado futuro» no solamente carece hoy de finalidad, sino que también se ha hecho inconciliable con la actual situación de la ciencia. En el curso del siglo XIX se ha verificado no sólo una gran revolución económica, sino también una gran revolución en las cabezas. La penetración en las causas del proceso social ha crecido enormemente. Ya en los años cuarenta del siglo XIX nos mostraron Marx y Engels — y de ahí en adelante lo ha confirmado cada nuevo progreso de la ciencia social — que, en último término, la historia de la Humanidad no está determinada por las ideas de los hombres, sino por el proceso económico, que progresa incontrastablemente según ciertas leyes y no según la voluntad y el humor de los hombres. Hemos visto en el capítulo precedente de qué modo ae verifica, cómo crea nuevas formas de producción que traen consigo la necesidad de nuevas formas sociales ; cómo produce nuevas necesidades que obligan a los hombres a meditar sobre sus relaciones sociales y a imaginar medios para

acombar la síK-iedad a las nuevas condiciones de la producción. Pues esa acomodación no se produce por sí misma ; necesita la mediación de los cerebros humanos, de las ideas. Sin pensamientos, sin ideas, no hay progreso. Pero las ideas son sólo instrumentos del progreso social ; no sale de ellas el primer impulso, como se pensaba antes v muchos piensan todavía, sino del cambio de las relaciones •económicas.

No son. pues, tampoco los pensadores, los filósofos, quienes fijan la dirección del progreso social : éste viene dado por el proceso económico. Los pensadores pueden reconocer esa dirección, y, en verdad, tanto más agudamente cuanto más honda sea su visión del proceso actual ; mas no pueden prescribirla a capricho.

Pero también el reconocimiento de la dirección del progreso social tiene sus límites. Pues el engranaje de la sociedad humana es muy complicado y se hace imposible, aun para los pensadores más agudos, investigar todos sus lados con tal penetración, medir todas las fuerzas que en él operan con tal precisión, que puedan prever con seguridad qué formas sociales han de resultar del complejo y acción recíproca de estas fuerzas.

l'na nueva forma social no adviene a-la realidad mediante su previo planeamiento por cerebros privilegiados, que elaboran un proyecto de cuya utilidad se van convenciendo los demás, y, cuando se han adquirido los medios necesarios, se procede a edificar e instaurar el edificio social.

('na nueva forma social ha sido siempre, hasta ahora, el resultado de luchas largas y cambiantes. Luchaban las clases explotadas contra las explotadoras ; luchaban las clases decadentes, reaccionarias, contra las ascendentes, revolucionarias. En estas luchas se unían las distintas clases. unas con otras, de los modos más diversos, para combatir a otras clases, contrapuestas a ellas : el campamento de los explotados reunía revolucionarios y reaccionarios ; el campamento de los revolucionarios reuníia explotadores y explotados. En el seno de las distintas clases se encuen-

tran con frecuencia distintas direcciones, con arreglo a la diversidad de inteligencia, temperamento y situación en la vida de los individuos y de capas enteras. La fuerza de cada clase estaba en continuo cambio ; subía o bajaba, según que aumentara o disminuyera su visión de las verdaderas relaciones, la flexibilidad y el contorno de sus organizaciones, y su importancia en el engranaje económico.

En las luchas cambiantes de estas clases caían, una tras otra, las viejas formas sociales que se hacían insostenibles, y eran desplazadas por nuevas. No siempre lo nuevo que se ponía en lugar de lo viejo significaba acierto : esto hubiera supuesto que las clases revolucionarias estuviesen en posesión exclusiva del dominio y de la inspección suprema de la sociedad. Allí donde, y en tanto no era éste el caso, tenían que cometerse siempre falí *s ; con frecuencia se mostraba lo nuevo, en su totalidad o en parte, casi tan insostenible como lo viejo superado. Pero cuanto más fuerte era la presión del proceso económico, tanto más claro era lo que exigía y tanto mayor la fuerza de las clases revolucionarias para ejecutar lo necesario. Aquellas instituciones de las clases revolucionarias que estaban en contradicción con los mandatos del proceso económico caían pronto en el olvido *; aquellas de sus* instituciones, por el contrario, que eran necesarias arraigaban pronto y no podían ser ya extirpadas por los adscritos a lo antiguo.

De esta forma se ha establecido hasta ahora todo nuevo ordenamiento social ; los llamados tiempos revolucionarios se distinguen tan sólo de las otras épocas de evolución social en que estos fenómenos se desarrollan entonces con más rapidez y vehemencia que de ordinario.

Como se ve, las formas sociales se erigen de otra manera que los edificios. Los planos preparados de antemano no valen nada para la edificación de las primeras. Hoy, a la vista de esta constatación, proyectar todavía «proposiciones positivas» para la edificación del Estado futuro es casi tan *útil* y profundo como si se quisiera escribir anticipadamente una historia de la próxima guerra.

La marcha del proceso no es por completo independiente de las personalidades individuales. Cada persona que actúa ■»» la sociedad influye en ella más o menos. Personas que por sus dotes o su posición social se destacan especialmente, pueden influir por decenios sobre la marcha de las cosas para Estados enteros ; unos, impulsando el progreso mediante la apertura de nuevos puntos de vista en los complejos sociales, o haciéndolos accesibles a las masas, o bien organizando las clases revolucionarias de un modo que permita la concentración de sus fuerzas y el empleo adecuado de las mismas; otros, paralizando el progreso al poner en vigor direcciones que le sean contrarias. Los primeros producen la aceleración del proceso^ disminuyendo los dolores y víctimas que causa ; los otros lo obstaculizan, aumentando los dolores y víctimas que trae consigo. Pero nadie, ni el monarca más poderoso, ni el pensador más profundo, puede fijar según su voluntad la dirección del proceso y predecir con precisión cuáles hayan de ser las formas que adopte.

Por eso, no hay nada más ridículo que exigirnos que tracemos un cuadro del «Estado futuro» que propugnamos. Tan ridicula es esta pretensión — todavía no formulada frente a ningún otro partido —, que sería inútil perder tantas palabras acerca de ella si no constituyera esta ridicula exigencia el reparo más serio que nuestros adversarios nos oponen. Los otros reparos son bastante más ridículos.

Todavía no ha ocurrido nunca en la historia universal que un partido revolucionario pueda, no ya fijar arbitrariamente, sino al menos prever, qué formas adoptará la nueva sociedad que propugna. Para los fines del progreso se había ganado mucho cuando se lograba conocer las tendencias que conducían □ esa sociedad, haciendo que la actividad política fuese consciente, y no sólo instintiva. No se puede exigir más de la Socialdemocracia.

No ha existido nunca un partido que haya investigado tan ■ fondo y comprendido con tanta justeza las tendencias sociales de su tiempo como la Socialdemocracia.

Este no es mérito suyo, sino suerte. Tiene que **agrade**cer el encontrarse sobre los hombros de la economía burguesa, que emprendió las primeras investigaciones científicas de complejas situaciones sociales, y en cuya cuenta es preciso poner el que las clases revolucionarias que derribaron el sistema de producción feudal poseyeran una conciencia mucho más clara de su función social, y sufrieran muchas menos ilusiones que otras clases revolucionarias anteriores a ellas. Pero los pensadores de la Socialdemocracia han llevado mucho más adelante la investigación de los complejos sociales, penetrando mucho más ***a*** fondo que ninguno de los economistas burgueses anteriores. *El capital,* de Marx, ha llegado a ser reconocidamente el punto de partida de la ciencia económica actual, y se encuentra tan por encima de las obras de Quesnay, Adam Smith y Ricardo como lo están la inteligencia y la conciencia de su propio fin de la Socialdemocracia respecto de <a inteligencia y conciencia de su propio fin de las clases revolucionarias al* final del anterior y comienzos de este siglo. Cuando la Socialdemocracia se niega a presentar al respetable público un prospecto con su opinión del «Estado futuro» no tienen motivo los escritores burgueses para burlarse y deducir de ahí que no sabemos lo que queremos. La Socialdemocracia ve más claro en el futuro que lo que los iniciadores del ordenamiento social actual, ios economistas y enciclopedistas, podían ver en su tiempo.

Hemos dicho que un jjensador puede reconocer las tendencias del proceso económico de su tiempo; pero que le es imposible predecir las formas en que éste alcanzará expresión. El acierto de esta afirmación se demuestra con echar una ojeada a las condiciones existentes. Las tendencias del sistema capitalista son las mismas en todos los países en que domina, v, sin embargo, ¡qué diferentes son las formas políticas y sociales de los distintos países capitalistas, cuánto difieren las

vimiento obrero a que ha dado lugar el sistema de producción existente son en todas partes las mismas; pero las formas que ese movimiento adopta tienen en cada país un carácter especial.

Las tendencias del modo de producción capitalista se conocen hoy con precisión. Y, sin embargo, nadie puede decir qué formas habrán adoptado dentro de diez, veinte o treinta años, en el supuesto de que consigan perdurar tanto tiempo. ¡Se nos exige a nosotros, no obstante, una exposición de formas sociales que se encuentran más allá de la existencia del actual sistema de producción!

Cuando nosotros rechazamos la exigencia de que expongamos un plan del «Estado futuro» y de las medidas transitorias, no quiere decirse que tengamos por inútil, o acaso perjudicial, toda meditación sobre la sociedad socialista.

Inútil y jjerjudicial es tan sólo hacer proposiciones positivas para el allanamiento y organización de la sociedad socialista. Solamente para terrenos que se pueden observar y dominar plenamente en cuanto al tiempo y al espacio se pueden hacer propuestas para la conformación definida de relaciones sociales. Propuestas que excedan de eso tienen que contar con supuestos imaginarios, en lugar de hechos, v son, por tanto, fantasmagorías, sueños, que en el mejor de los casos quedan sin ningún efecto. Si su autor es lo bastante dotado y eficiente para proporcionarle alguna influencia en los espíritus, entonces puede hacer de ellos una falsa dirección y un derroche de energía

mos en el futuro, tanto más adecuadamente emplearemos nuestras fuerzas en el presente. Los pensadores más significados de la Socialdemocracia han realizado tales investigaciones. En las obras de Marx y Engels se encuentran desparramados numerosos resultados de semejantes investigaciones. Bebel nos ha dado, en su libro *La -mujer y el Socialismo,* una exposición de conjunto de las investigaciones correspondientes.

Un trabajo análogo lia ejecutado para sí, en silencio, todo socialista reflexivo, pues quienquiera que se haya propuesto una gran meta siente la necesidad de llevar claridad a las circunstancias bajo las cuales puede alcanzarla. Según la diversidad de los puntos de vista económicos, del nivel de vida, del temperamento, del conocimiento de otras formas sociales no capitalistas, comunistas sobre todo, se han formado y manifestado las múltiples concepciones. Estas diversidades y contradicciones no estorban en lo más mínimo la unidad y sistema de la Socialdemocracia. Siendo tan diferentes las visiones que de nuestra meta reciben los distintos ojos, la dirección que todos ven es la misma ; la misma y la acertada.

Podríamos concluir aquí este capítulo, pues las distintas concepciones en el seno de la Socialdemocracia acerca del «Estado futuro» no tienen nada que ver con la cuestión de *qué quieren los socialdemócratas.* Lo que nosotros queremos es la transformación del Estado en una comunidad económica que se baste a sí misma. Sobre esto no hay ninguna diversidad de opiniones dentro de la Socialdemocracia. No es superfina la reflexión de cómo desarrollar esta comunidad y a qué tendencias dará lugar; pero lo que resulte de esta reflexión es asunto privado de cada cual, y no es, ni necesita ser, asunto del Partido, porque la actividad del Partido no se influye de modo inmediato por esto.

En tanto se extienden — en parte, legadas por la época del socialismo utópico; en parte, descubiertas por lite- ratos indoctos o malevolentes —, tan numerosas, las con-

cepciones erróneas sobre el modo como quieren establecer los socialdemócratas su «Estado futuro», se vería como una evasión el que nosotros dejásemos de subrayar siquiera aquí — a pesar de que,y para quien lo medite, deben ser bastante claras las explicaciones dadas hasta ahora — lo que sostenemos como «Estado futuro». Queremos mostrar con algunos ejemplos cómo se estructurarían en una comunidad socialista las tendencias del proceso económico.

7. - La supresión de la familia

Uno de los prejuicios más extendidos contra la Socialdemocracia consiste en la creencia de que quiere suprimir la familia. Hemos hablado ya de eso en el capítulo segundo, y podemos, por tanto, tratarlo brevemente.

En la supresión de la familia, en su anulación legal y disolución violenta, nadie piensa en el Partido. Sólo el más grosero falseamiento puede desvirtuar este punto de vista, y sólo un loco puede imaginarse que una determinada forma de familia puede ser creada o abolida por decreto.

La familia actual no contradice en modo alguno a la esencia de la producción en común. La implantación de la sociedad socialista no requiere, pues, la disolución de la forma de la familia existente.

Lo que conduce a esta disolución no es la esencia de la producción en común, sino el proceso económico. Hemos visto ya en el capítulo antes citado de qué forma se disuelve hoy en día la familia, dándose lugar a la separación de hombre, mujer e hijo, dando carácter de fenómenos de masa a la falta de matrimonios y la prostitución.

La sociedad socialista no frena el proceso económico; antes bien, le dará un nuevo impulso. Este proceso conducirá a convertir la mujer, de una trabajadora de su casa, en una trabajadora de la gran industria, por cuanto los trabajos del gobierno doméstico se transforman, uno tras otro, en trabajos de explotaciones industriales especíales. Pero

este tránsito no significará para la mujer cosa mayor que el tránsito de la esclavitud doméstica a la esclavitud del salario ; *no* significará ya arrojarla desde las fronteras protectoras de la familia a las capas indefensas e inermes del proletariado. Ahora bien : mediante su trabajo en grandes explotaciones colectivas, la mujer se igualará económicamente al hombre y alcanzará la misma participación que él en la comunidad ; será su compañera libre, emancipada no sólo de la servidumbre de la casa, sino también de la del capital. Al disponer libremente de sí, igual que el hombre, tendrá fin toda especie de prostitución, así legal como ilegal, y por primera vez en la historia universal será una realidad la igualdad de derechos en el matrimonio, convertida en institución existente y no sólo como letra muerta.

No se trata de proposiciones utópicas, sino de convicciones científicas fundadas en hechos ciertos. Quien quiera refutarlas debe demostrar que esos supuestos no se dan. Como esto no se ha logrado hasta ahora, no les resta a las señoras y caballeros que no quieren saber nada de este proceso otra refutación que indignarse desde el punto de vista moral y presentar su moralidad, por medio de mentiras y falseamientos, a la luz más favorable. Con esto no detendrán ni un momento el proceso inevitable.

Queda afirmado que la disolución de la forma de la familia actual no viene traída por la Socialdemocracia o por la esencia de la producción socialista, sino por el proceso económico, que ya desde hace decenios viene desarrollándose ante nuestros ojos. La sociedad socialista no puede detenerla, ni la detendrá ; pero suprimirá todos los lados dolorosos y envilecedores que la acompañan forzosamente en la sociedad capitalista. Y mientras que ésta conduce a la disolución de toda asociación familiar, de todo matrimonio regular, en la sociedad socialista se ejecuta la disolución de la actual forma de la familia tan sólo en la medida en que es sustituida por otra superior.

La verdad es que la Socialdemocracia lucha por la conservación del matrimonio y de la familia.

8. - La confiscación de la propiedad

Nuestros adversarios, que saben mejor que nosotros mismos lo que queremos y que describen con mayor precisión que nosotros el «Estado futuro», han encontrado, además, que la Socialdemocracia no podrá adquirir su dominio de otra manera que mediante la expropiación de artesanos y campesinos, a quienes debe serles confiscado — quitado sin indemnización — todo, no sólo casa y huerto, sino también los muebles indispensables... y lo que tengan en la Caja de ahorros.

junto al supuesto destrozo de toda asociación familiar, es éste uno de los argumentos triunfales que contra nosotros esgrimen.

Sobre esto es preciso hacer notar que la esencia de una sociedad socialista no exige en modo alguno una tal confiscación.

Sobre la confiscación no enuncia nada el programa socialdemócrata. No por miedo a producir tropiezos, sino, sencillamente, porque no puede decir nada con certeza. Sólo se puede declarar con certeza que la tendencia del proceso económico hace necesario trasladar a propiedad social las grandes explotaciones, habiéndolas de administrar la sociedad. De qué manera se ejecutará este tránsito, si la expropiación inevitable será una confiscación con indemnización o sin ella, si se realizará pacíficamente o por la fuerza, son cuestiones a las que nadie puede dar una respuesta. Tampoco los precedentes dan luz sobre esto. El tránsito puede ejecutarse de las más diferentes maneras, como se ejecutó de las más diferentes maneras en los distintos paí ses la relevación de las cargas feudales. La forma del tránsito dejtende de la situación general dentro de la cual se realice, de la fuerza y perspectiva de cada una de las clases en cuestión, etc. t condiciones expresivas, con las que no se puede contar de antemano. En el proceso histórico juega el papel más importante lo inesperado.

Claro está que los socialdemócratas desean que la inevitable expropiación de la gran industria se realice, en lo posible, sin dolor, pacíficamente, y con el asentimiento general. Pero el proceso histórico no podemos fijarlo por nuestro deseo, del mismo modo que tampoco pueden hacerlo nuestros adversarios.

En ningún caso puede decirse que la ejecución del programa socialdemócrata requiera en todas las circunstancias que aquella propiedad cuya expropiación sea necesario realizar haya de ser confiscada.

Pero sí puede decirse con certeza que el proceso económico hace necesaria tan sólo la expropiación de una parte de la propiedad existente.

Lo que exige es la propiedad en común de los medios de producción ; la propiedad privada de los medios de uso personal no se toca con esto. Lo dicho no vale tan sólo respecto de los alimentos, muebles, etc. Recordemos lo escrito en el capítulo anterior sobre los Bancos de ahorro. Son medios para poner a disposición de los capitalistas las propiedades de las clases no capitalistas. Cada uno de los pequeños depósitos de ahorro es demasiado insignificante para explotar una empresa capitalista. Sólo reunidos están en situación de cumplir las funciones de un capital. En la medida en que pasen las empresas capitalistas a ser propiedad de la sociedad disminuirá la posibilidad de colocar depósitos rentables en las Cajas de ahorro. Cesarán de ser capital y se convertirán en simple tesoro no rentable, en fondo de consumo. Pero esto es muy distinto a la confiscación de los ahorros.

Tal confiscación, ni es necesaria por razones económicas, ni siquiera es verosímil por razones políticas. Pues ios pequeños ahorros corresponden en gran parte a las clases explotadas, las únicas con cuya fuerza puede ser introducido el Socialismo en la sociedad. ¡ Sólo quien piense que estas clases son en absoluto incapaces de echar cuentas creerá que, para tomar en sus manos 'os medios de pro

ducción. van ■ empezar por arrebatarse ■ sí mismas sus céntimos de economía !

Pero el tránsito a la producción socialista, que no necesita la expropiación de los medios de consumo, tampoco exige la expropiación en bloque de los poseedores de los medios de producción.

Lo que necesita la sociedad socialista es la expropiación de la gran industria. La producción en común exige también la propiedad en común de los medios de producción. Pero, así como la propiedad privada sobre los medios de producción se halla en contradicción con el trabajo realizado en común en la gran explotación, así también la propiedad social o en común sobre los medios de producción está en contradicción con la pequeña industria.

Esta exige, como hemos visto, la propiedad privada sobre los medios de producción. La supresión de ésta para la pequeña explotación carecería de finalidad, porque, yendo la tendencia socialista en el sentido de poner al trabajador en posesión de los medios de producción necesarios, en el caso de la pequeña industria sería preciso quitar a sus actuales poseedores los medios de producción para volvérselos a dar. con lo que se hace un viaje inútil.

El tránsito a la sociedad socialista no requiere en absoluto la expropiación de los pequeños artesanos y pequeños agricultores. Este tránsito no les quitará nada ; les traerá, en cambio, algunas ventajas. Puesto que la sociedad socialista trae consigo la tendencia a sustituir la producción de mercancías por producción para el consumo directo, según hemos visto, tendrá también la tendencia « transformar de aportaciones metálicas en aportaciones de especies — cereales, vino, ganado, etc. — todos los débitos en la sociedad, impuestos o quizá intereses de las hipotecas traspasadas a la propiedad social, en tanto que éstas existan. Tal cosa significa un enorme alivio para los campesinos. Aspiran hoy a ella en diversas formas. Pero es imposible bajo el dominio de la producción de mercancías. Sólo

1.a sociedad socialista puede traerlo y suprimir así una causa principal de la ruina de la economía aldeana.

Los capitalistas son, como hemos visto, quienes en realidad expropian a campesinos y artesanos. La sociedad socialista pone fin a esa expropiación.

Naturalmente, el proceso económico no se ha de detener por medio del Socialismo. Por el contrario, éste constituye el único medio de posibilitar su progreso más allá de cierto grado. Como ocurre en la sociedad actual, también en la socialista la gran explotación se desarrollará cada vez más y absorberá cada vez más a la pequeña industria. Pero aquí vale lo dicho acerca de familia y matrimonio. La dirección del proceso permanece idéntica ; *pero* el Socialismo suprime todas las manifestaciones terribles y dolo- rosas de que va acompañada en la sociedad actual la marcha del proceso, mientras que se hacen buenas todas sus ventajas.

La transformación del campesino o artesano, de trabajador de una pequeña explotación, en trabajador de una gran explotación significa hoy su transformación de poseedor en proletario. En una sociedad socialista, por el contrario, el campesino o artesano que pase a trabajar en una gran explotación llevada en común pasa a ser participante de todas las ventajas de la gran explotación ; su posición mejora considerablemente ; su tránsito de la pequeña a la gran industria no puede compararse ya a la transformación de un poseedor en un proletario, sino más bien de uno que posee poco en uno que posee mucho.

La pequeña explotación va, sin salvación posible, a la decadencia. Pero sólo la Socialdemocracia permite que los campesinos y artesanos, en su

nes atrasadas y expropia a sus poseedores, sino por la fuerza de atracción que ejercitan las explotaciones y formas de explotación más desarrolladas sobre los trabajadores de las explotaciones y formas de explotación más retrasadas.

Esta clase de evolución no sólo suprime el dolor, sino que marcha también mucho más de prisa que la realizada mediante la competencia. Hoy, que no pueden introducirse nuevas formas de explotación superiores sin la expropiación de los poseedores de explotaciones más atrasadas, sin las privaciones y dolores de grandes masas obreras que quedan sobrantes, cada progreso económico encuentra una resistencia dura. Hemos visto con qué tenacidad se aforran, de diversa manera, los productores ■ las formas de producción más superadas ; qué desesperadamente se agarran a ellas mientras les queda un aliento. Todavía no ha habido nunca un sistema de producción tan revolucionario como el actual, todavía no ha ocasionado nunca un sistema de producción, en los términos de un siglo y en todos los dominios de la actividad humana, revoluciones tan gigantescas ¡ y, sin embargo, | cuántas ruinas no se han conservado aún de las formas de producción envejecidas, superadas !

Cuando desaparezca el miedo a ser lanzado en el proletariado por la imposición de una explotación independiente ; cuando se hagan valer las ventajas de la gran explotación social para todos los que en los distintos terrenos participan de ella ; cuando se les ofrezca a éstos la posibilidad de disfrutar esas ventajas, solamente los locos tratarán de conservar formas de explotación envejecidas.

Lo que no ha logrado en un siglo la gran industria capitalista, lo alcanzará en menos tiempo la gran explotación socialista : la absorción de las pequeñas explotaciones atrasadas. Se alcanzará sin expropiación, mediante la fuerza de atracción de la explotación más ventajosa.

Allí' donde la producción campesina no es todavía producción de mercancías, sino, preponderantemente, producción para el propio uso, subsistirá aún quizá durante algún

tiempo la agricultura rural en la sociedad socialista. Pero, por fin, se comprenderán también en esos círculos las ventajas de la gran explotación social.

El tránsito de la pequeña a la gran explotación en la agricultura será acelerado y aligerado mediante la progresiva eliminación del contraste entre ciudad y campo, por la tendencia a instalar la industria en pleno campo, que es propia, necesariamente, de la sociedad socialista. Necesitamos, por desgracia,

9. - La distribución de los productos M el "Estado futuro"

Queremos tomar en consideración tan sólo un punto relativo al Estado futuro, que parece el más importante entre todos. La primera pregunta que, por regla general, dirigen otras personas a un socialista es : ¿ Cómo se proponen ustedes distribuir sus riquezas? ¿Debe recibir cada uno igual cantidad y cada uno las mismas cosas ?

j La distribución ! Esta es el arma de los filisteos contra los afiliados. En la distribución se agotan todas sus ideas acerca del Socialismo.

Aún no hace mucho tiempo que todavía en Alemania aceptaban las gentes más cultas que los comunistas querían distribuir entre el pueblo todas las riquezas que había en la nación.

Que dicha concepción pueda ser mantenida con tanta pertinacia respecto de la Socialdemocracia, a ¡>esar de todas las protestas, no se debe sólo a la malevolencia de nuestros adversarios, sino también, y quizá en la mayor parte, a su falta de aptitud para comprender Jas relaciones creadas por el desarrollo de la

pequeña explotación, la distribución es, en efecto, la única forma posible de una especie de Socialismo. La distribución está, de hecho, muy cerca del pequeño burgués y campesino. Desde la instauración de la producción de mercancías en la antigüedad, ha ocurrido innumerables veces — siempre que algunas familias, comerciantes o terrate-
procuraran socorrerse expulsando a los ricos y distribuyendo su propiedad.

Hace más de cien años, en la Revolución francesa que tan agudamente acentuó el derecho de propiedad privada, artesanos y campesinos procedieron a distribuir, por ejemplo, los bienes de la Iglesia. La distribución es el socialismo de la pequeña industria, el socialismo de las capas del pueblo «conservadoras», «mantenedoras del Estado» ; pero no el Socialismo del proletariado de la gran industria.

Ha sido preciso mucho tiempo — pero por fin se ha conseguido — para meter en las cabezas pensantes de la nación alemana la idea de que los socialdemócratas no quieren distribuir ; antes bien, se esfuerzan por reunir en manos de la sociedad los medios de producción, distribuidos hasta ahora entre varios poseedores.

Pero con esto no se ha tratado la cuestión de la distribución en el mundo. Si los medios de producción pertenecen a la sociedad, le corresponde naturalmente también a ella la disposición sobre los productos que se elaboren con ayuda de esos medios de producción. ¿ De qué modo se distribuirán entre sus miembros? ¿Con arreglo a la norma de la igualdad o con arreglo a la norma del trabajo rendido por cada uno? Y, en último caso, ¿ recibirá todo trabajo el mismo pago, sea agradable o desagradable, difícil o fácil, o exija o no conocimientos previos?

La respuesta a estas preguntas parece ser la medula de) Socialismo. No sólo nuestros adversarios dan vuelta alrededor de eso con el mayor celo, sino que también los socialistas han prestado la mayor atención al problema de la

distribución de los productos. Desde Fourier hasta Weitl- ing, y desde éste hasta Bellamy, va una serie de variados intentos de solución que atestiguan con frecuencia una maravillosa agudeza. No faltan, pues, «proposiciones positivas», y muchas de ellas tan sencillas como prácticas.

La cuestión no tiene, sin embargo, la importancia que de modo tan diverso se le ha atribuido.

Antes se trataba de la distribución de los productos como si fuera una cosa completamente independiente de la producción. Y como quiera que donde primero se habían introducido las contradicciones y absurdos del sistema de producción capitalista fué en su manera peculiar de distribuir los productos, era muy natural que los explotados y sus amigos vieran la raíz de todo el mal en la «injusta» distribución de los productos.

Aceptaban naturalmente, de acuerdo con las concepciones dominantes a principios de nuestro siglo, que esta distribución era una consecuencia de las ideas dominantes, de las concepciones jurídicas. Para suprimir la injusta distribución bastaba imaginar una mejor y más justa, y convencer al mundo de sus ventajas. La distribución justa no podía ser otra que la contraria a la existente. Domina hoy la más áspera desigualdad ; el principio de la distribución debía ser, pues, deducen unos, la igualdad. Poseen hoy los holgazanes la riqueza, carecen de ella los trabajadores ; y por eso proclaman otros : a cada cual según su rendimiento — o, en una forma nueva : a cada cual el fruto de su trabajo —. Pero frente a ambas fórmulas se hicieron reparos y se opuso una tercera : a cada cual según sus necesidades.

Desde entonces, los socialistas han reconocido que la distribución de los productos de una sociedad no se condiciona mediante las concepciones y fórmulas jurídicas dominantes en ella, sino mediante el sistema de producción que en ella

juegan en el actual sistema de producción el suelo, ios objetos propiedad del capital y la fuerza de trabajo. En una sociedad socialista no se realizará la distribución de los productos según leyes ciegas que se establezcan sin tener conciencia clara de los participantes. Así como hoy, en una gran empresa industrial, producción y pago de salarios se ordenan con arreglo a un plan bien meditado, así también tiene que ser éste el caso de una sociedad socialista, que no es otra cosa sino una única y gigantesca explotación. Las reglas según las cuales se ejecute la distribución de los productos serán establecidas por los propios participantes. Pero no depende de su arbitrio lijar qué reglas han de tstablecer; éstas no podrán ser imaginadas a capricho según éste o el otro «principio», sino que deberán ser fijadas según las relaciones de hecho que en la sociedad dominen ; sobre todo, según las relaciones de la producción.

Así<, por ejemplo, el grado de productividad del trabajo tendrá la mayor influencia sobre el modo de distribución del producto del trabajo. Cabe figurarse que la aplicación de la ciencia a la industria dé lugar a una tan elevada productividad del trabajo, que los hombres posean de sobra todo lo que necesiten ; entonces la fórmula «a cada cual según sus necesidades» se podría llevar ■ ejecución sin dificultad, casi por sí misma. Por el contrario, el convencimiento más profundo de la justicia de esa forma no conduciría nunca a su aplicación si la productividad del trabajo quedase tan baja que sin un gasto excesivo de trabajo no se pudiera ya producir lo estrictamente preciso.

La fórmula «a cada cual el producto de su trabajo» zo zobrará, en todo caso, ante las necesidades de la producción. Pues, si esa fórmula debe significar algo, supone que el producto total del trabajo social debe ser repartido a los miembros de la comunidad socialista. Esta concepción se mueve, así como la del gran reparto con que se supone debe ser introducido el Socialismo, en eT círculo de ideas de la actual propiedad privada. Distribuir un año tras otro

todos los productos significaría restablecer poco >i poco la propiedad privada de los medios de producción.

La esencia de la producción socialista trae consigo que sólo sea distribuida una fracción de los productos elaborados. Todos aquellos productos destinados a la continuación y ensanchamiento de la producción — así como **u** cubrir posibles accidentes — no serán distribuidos, ni tampoco aquellos productos que sirven para el consumo comunal, es decir, para la erección, sostenimiento o ensancha miento de establecimientos de educación, enseñanza, cura, convalecencia, recreo y otros.

El número y amplitud de tales instituciones se encuentra ya en la sociedad actual en continuo crecimiento ; también en este terreno la gran explotación desplaza cada vez más a la pequeña explotación — en este caso, especialmente, a la familia —. En una sociedad socialista no se frenará, naturalmente, este proceso, sino que será fomentado.

El número de productos que pueden pasar al consumo privado, a propiedad privada, será más pequeño dentro de una sociedad socialista, en relación a la totalidad de los productos, que en la sociedad actual, donde casi todos los productos son mercancías, propiedad privada. No será el caso, como hoy, de repartir casi todo el producto, sino tan sólo un *resto.*

Pero tampoco de este resto podrá disponer a su gusto por completo la sociedad socialista ; también en su distribución serán decisivas las necesidades de la continuación de la producción. Y como la producción debe ser concebida en continua transformación y desarrollo, las formas y modos de distribución de los productos en una sociedad socialista estarán sometidos por esta razón a múltiples cambios.

Es utópico pensar que podría hallarse un especial sistema de distribución que fuera definitivo por los siglos de los siglos. Tampoco en este terreno dará un salto la

realizarse, dentro de un período de tiempo previsible, sólo en formas que representen un progreso de las formas de salario existentes hoy. Necesita partir de éstas. Y así como las formas del salario no sólo cambian según los tiempos, sino también — y al mismo tiempo — en las distintas ramas del trabajo y en los distintos lugares, así tampoco está excluido que en una sociedad socialista, según las diferentes tradiciones y costumbres históricas que subsistan en la población, y según las cambiantes necesidades de la producción, se presenten unas junto ■ otras las más variadas formas de distribución de productos. No hay que representarse una sociedad socialista ni como una cosa rígida ni como una cosa uniforme, sino como un concepto en pleno fluir de la evolución y dotado de aquella riqueza de formas cambiantes que naturalmente se desprenden del aumento de la división del trabajo, del tráfico mundial y del dominio de arte y ciencia en la sociedad.

Junto a la «distribución», lo que más dolores de cabeza ha causado ■ nuestros adversarios es la «igualdad». «Los socialdemócratas — dicen ellos — quieren que cada cual reciba una parte igual del producto total. Debe, pues, recibir lo mismo el activo que el flojo ; el trabajo difícil y desagradable debe ser pagado como el fácil y agradable; los servicios simples como las creaciones más artísticas que exigen una preparación de años; etc. Claro está que bajo estas circunstancias trabajará cada cual lo menos posible, nadie ejecutará los trabajos más difíciles y desagradables, nadie querrá aprender nada, y el final será la ruina completa de la sociedad, la barbarie. De aquí se desprende claramente la impracticabilidad de las

lista establecer tal prescripción y esta prescripción comenzara a traer consigo, en realidad, los horribles resultados que nuestros adversarios ven tan claros, la consecuencia natural serta arrojar por la borda, no la producción socialista, sino el principio de igualdad.

Nuestros adversarios tendrían derecho a deducir de la igualdad de ingresos la impracticabilidad si lograsen demostrar : Primero, que la igualdad es en todo caso inconciliable con el progreso de la producción. Hasta ahora no han suministrado esa prueba, ni la suministrarán nunca, pues la actividad del individuo en la producción no depende sólo del pago, sino de las circunstancias más diferentes, como sentimiento del deber, ambición, emulación, costumbre, fuerza de atracción del trabajo, etc., sobre cuya formación en la sociedad futura podemos tener conjeturas, pero ninguna certeza ; conjeturas que, dicho sea de paso, hablan contra el punto de vista de nuestros adversarios y no en su favor ; además de eso, deberán demostrar todavía los adversarios. Segundo, que la igualdad de ingresos es indispensable a la esencia de una sociedad socialista, tanto que una tal sociedad sea inconcebible sin esa igualdad. También es imposible que aporten esa prueba, pues una simple ojeada sobre las distintas formas de producción comunista que hasta ahora han existido, desde el comunismo primitivo de los primeros salvajes hasta las hermandades y comunidades domésticas de nuestros campesinos, muestra qué múltiples formas de distribución de los productos son conciliables con la propiedad común de los medios de producción. Todas las formas de salariado actual — sueldo fijo, jornal, destajo, premios a!' rendimiento añadidos al pasar de un cierto nivel, distintos pagos por distintas actividades —, todas estas formas de salariado son, previas las correspondientes modificaciones, conciliables con la esencia de una sociedad socialista, y cada una de ellas puede jugar un papel más o menos importante según las distintas necesidades y costumbres de los miembros de la sociedad y las necesidades de la producción en las distintas socieda-

des socialistas. Con esto no puede sostenerse, sin embargo, que no deba jugar también un papel en la sociedad socialista el principio de igualdad — que no ha de significar por fuerza uniformidad — de los ingresos **o** de las condi. ciones materiales de vida ; pero no como fin de una igualación violenta ñ la que se obligue sin más, inmediatamen- te, sino como fin de una evolución natural, como tendencia.

En el sistema capitalista de la producción domina tanto la tendencia al aumento como a la disminución en los ingresos, al aumento y a la reducción de la desigualdad.

Mientras elimina las clases medias y hace crecer cada vez más los grandes capitales, ensancha a ojos vistas el abismo existente entre la masa de la población y sus cúspides. Estas se elevan, cada vez más inaccesibles y ásperas. Al mismo tiempo, marcha la tendencia del modo de producción capitalista a igualar cada vez más y más en el seno de la masa de la población las diferencias existentes en los ingresos. No sólo arroja a campesinos y pequeños burgueses en el proletariado, o reduce sus ingresos hasta una medida proletaria ; anula también las diferencias existentes en el seno del proletariado. Las máquinas cooperan a la supresión de las diferencias producidas bajo el dominio del artesanado, y aun de la manufactura, en los salarios de las distintas clases de trabajadores por el más o menos largo aprendizaje, mayor o menor oferta de fuerzas de trabajo, rígida o flexible organización, y a establecer arraigadas diferencias en lugar de la permanencia en las formas de producción existentes antes de la introducción de la maquinaria. Las diferencias de salario de las distintas clases de trabajadores están hoy en incesante cambio y van continuamente hacia la igualación. Al mismo tiempo, comien- zan también, como hemos visto, a hacerse iguales los ingresos de los trabajadores intelectuales a los de los prole- tarios: esta igualación, que nuestros adversarios estigmatizan con la mayor indignación moral como perspectiva de la Socialdemocracia, se realiza ante sus ojos en la sociedad actual.

En la sociedad socialista encuentran su fin naturalmente todas aquellas tendencias hacia el aumento de la desigualdad que se desprenden de la propiedad privada sobre los medios de producción. Por el contrario, su tendencia al allanamiento de las diferencias en los ingresos alcanzará una impulsión tanto mayor. Pero también aquí es válido lo que antes habíamos podido señalar al hablar de la diso lución de la forma familiar preexistente *y* de la decadencia de la pequeña industria : la tendencia del proceso económico permanece idéntica, en cierta relación, tanto en la sociedad socialista como en la capitalista ; pero se manifiesta de distinto modo. Hoy la igualación de los ingresos de la gran masa de la población va en el sentido de hacer descender los ingresos más elevados al grado de los más bajos. En una sociedad socialista se producirá esto de manera que los ingresos más bajos se eleven, igualándose a los más altos.

Nuestros adversarios intentan asustar a trabajadores y pequeñoburgueses al decirles que una igualación de los ingresos sólo empeoraría su situación, pues los ingresos de las clases bienhalladas no alcanzan, si se distribuyen entre las clases peor situadas, a lograr el nivel de los ingresos medios de la clase trabajadora. En interés a la «igualdad» necesitarúan, pues, también los trabajadores mejor situados y pequeñoburgueses ceder algo de sus ingresos. Perderían con el Socialismo, en vez de ganar.

En esto hay de verdad que los más míseros, sobre todo el proletariado del hampa, son hoy tan numerosos y es tan grande su necesidad que apenas sería bastante repartir entre ellos los inauditos ingresos de los ricos para posibilitarles Ja existencia de un trabajador mejor situado. Sin embargo, nos parece cuestionable que sea esto una razón que haga forzoso el mantenimiento de nuestra sociedad actual. Pensaríamos que una mejora de la situación mísera, lograda mediante tal distribución, significaría ya un progreso.

Pero no se trata, como sabemos, de «distribuir», sino de cambiar el modo de producción. El tránsito de la producción capitalista a la socialista ha de dar lugar neoesa-

ñámente a un rápido ascenso de la masa de productos elaborados anualmente. No olvidemos que la producción capitalista de mercancías ha llegado a ser un obstáculo del desenvolvimiento económico, un obstáculo del pleno desarrollo de las fuerzas productivas de la moderna sociedad. No sólo está en situación de absorber las pequeñas explotaciones en la medida en que lo hace posible, más aún, exige el desarrollo económico, sino que, por otra parte, ya no tiene la posibilidad de emplear todas las fuerzas de trabajo existentes. Las derrocha, mientras que oprime a una creciente fracción de ellas en las filas de los parados, del proletariado del hampa, de los vagos, de los intermediarios improductivos; alimentando otra fracción en los ejércitos permanentes, inútiles para la producción.

Una sociedad socialista haría que todas estas fuerzas de trabajo encontrasen un trabajo productivo ; aumentaría considerablemente el número de los trabajadores ocupados en la producción, duplicándolos quizá y haciendo crecer en la misma medida el volumen total de los productos totales. Este ensanchamiento de la producción bastaría ya, por sí solo para elevar los ingresos de todos los trabajadores, no ya de los más míseros entre ellos.

Mediante el tránsito a una producción socialista se fomentaría también mucho, como ya hemos explicado, la ah- sorción de las pequeñas explotaciones y su sustitución mediante grandes explotaciones, elevando a s í considerabk- meqte en general la productividad del trabajo. Sería posible no sólo elevar los ingresos de los trabajadores, sino también disminuir la jornada.

Es absurdo, por lo demás, sostener que el Socialismo signifique la igualdad de la miseria para todos. Esta igualdad no es la tendencia del Socialismo, sino la del actual sistema de producción. El tránsito a la producción socialista ha de traer consigo necesariamente una elevación del bienestar de todas las clases trabajadoras, incluso campesinos y pequeñoburgueses. Esta elevación será mayor o menor según las circunstancias y las relaciones económicas en

que el tránsito se produzca; pero en todo caso será apreciable. Y todo ulterior progreso económico dará un aumento, y no, como hoy, una disminución del bienestar general.

Este cambio de dirección del proceso de los ingresos nos parece aún más importante para el bienestar de la sociedad que el absoluto aumento de los ingresos. Pues el hombre pensante vive más en el futuro que en el presente; lo que le amenaza o promete le ocupa más que el goce del momento. No el ser, sino el llegar a ser ; no las situaciones, sino las tendencias, deciden sobre felicidad y desdicha del individuo y de sociedades enteras.

Y aquí tenemos un nuevo aspecto de la superioridad de la sociedad socialista sobre la capitalista. No sólo ofrece un bienestar más elevado, sino también seguridad de la existencia, una seguridad que hoy no está garantizada ni aun por las mayores riquezas. Si el aumento del bienestar afecta sólo a los hasta aquí explotados, la seguridad de la vida es un don gracioso también para los hoy explotadores, para aquellos que no necesitan una elevación de su bienestar, ni siquiera es ya posible. La inseguridad gravita .sobre los ricos igual que sobre los pobres, y es quizá más torturadora que la necesidad ; hace sentir también la nece- sidad en el espíritu de aquellos que todavía no han sido apresados por ella ; es un fantasma que no deja en paz tampoco ■ los palacios.

A hxlos los investigadores que han estudiado comunidades comunistas, sea aldeas rusas o indias — antes de su disolución por efecto de la producción de mercancías, in, tervenciones del Estado, economía monetaria y consiguien. te usura —, o comunidades familiares campesinas, como todavía hoy se encuentran entre los sudeslavos. les ha llamado sobre todo la atención el sentimiento de tranquili. dad, de seguridad, propio de todos sus miembros. Independientes por completo de todas las oscilaciones del mercado, en plena posesión de sus medios de producción, se bastan ■ sí mismos, regulan su trabajo según sus necesidades, y saben de antemano lo que pueden esperar.

Y, sin embargo, la seguridad que estas sociedades primitivas ofrecían no era permanente. Su dominio sobre la Naturaleza era reducido, y la propia comunidad era peque, ña. Pérdidas por epidemias del ganado, malas cosechas, inundaciones, etc., no eran raras, y afectaban a toda la comunidad. ¡Cuánto más segura, por el contrario, no es una comunidad socialista en la extensión del moderno Estado, que permite todas las conquistas de la ciencia actual!

10. - El Socialismo y la libertad

Incluso muchos de nuestros adversarios reconocen que una sociedad socialista ofrece a sus miembros bienestar y seguridad. Pero — objetan — estas ventajas se compran demasiado caras, pues hay que pagarlas con la completa pérdida de la libertad. El pájaro en la jaula puede contar diariamente con el alimento necesario ; está asegurado contra el hambre, temporales y enemigos. Pero le falta la libertad, y por eso es una criatura digna de lástima, que anhela salir al mundo de los peligros y de la necesidad, salir a la lucha por la existencia.

El Socialismo — dicen — niega la libertad económica, la libertad de trabajo. Lleva a un despotismo, comparado con el cual es una situación de libertad el absolutismo político más ilimitado, pues éste abarca tan sólo un lado del hombre, mientras que aquél, al hombre entero.

Tan grande es el temor a la servidumbre del comunismo que hay incluso socialistas apresados por él: los anarquistas. Estos temen al comunismo tanto como a la producción de mercancías, e intentan alejarse de los peligros de ambos tanto que... caen en ambos al mismo tiempo. Quieren un comunismo con producción de mercancías. Esto es absurdo en teoría, y en la práctica va más

es inconciliable con la plena libertad de trabajo, es decir, con la libertad del trabajador para trabajar cuando, donde *y* como quiera. Pero esa libertad del trabajador es inconciliable con todo trabajo en común planificado, cualquiera que sea la forma en que se realice, capitalista o en comunidad. La libertad de trabajo es sólo posible para la pequeña explotación, y aun para ésta, sólo en cierto grado. Incluso allí donde la pequeña explotación está libre de toda clase de preceptos restrictivos—coacción gremial u otras —, el trabajador individual queda dependiendo de influjos naturales y sociales : el campesino, por ejemplo, de la tempestad ; el artesano, de la situación del mercado; etc. Sin embargo, ia pequeña explotación ofrece la posibilidad de una cierta libertad de trabajo que es su ideal, el ideal más revolucionario de que es capaz el pequeño burgués, que no puede mirar más allá del círculo de la pequeña explotación.

Este ideal estaba hace más de cien años, en tiempos de la Revolución francesa, bien fundado en las relaciones económicas. Hoy ha perdido tenia consideración, y sólo puede rondar en las cabezas de gentes que no se dan cuenta de la revolución económica acontecida de entonces acá. La decadencia de la libertad de trabajo está necesariamente ligada con la decadencia de la pequeña explotación. No son los socialdemócrata» quienes la niegan, sino el progreso incontrastable de la gran industria. Precisamente aquellos que con más frecuencia tienen en los labios la palabra «necesidad de la libertad de trabajo», los capitalistas, son quienes más ponen de su parte para suprimirla.

No sólo para el trabajo de fábrica cesa la libertad de trabajo, sino para todo trabajo en que cada individuo actúe tan sólo como miembro de un gran todo. No existe para los trabajadores de las manufacturas y de las industrias domésticas, pero tampoco para todos aquellos trabajadores intelectuales que actúan empleados en establecimientos, v no aislados y por sus propias fuerzas. El médico de hospital como el maestro de escuela, el empleado de ferrocarriles como el periodista, etc., ninguno de ellos tiene liber-

tad de trabajo; están ligados a ciertas reglas, necesitan trabajar en cierto tiempo y en cierto lugar que se les prescribe, etc. Y aquí, como hemos observado, en el terreno de la actividad intelectual, la gran explotación desplaza a la pequeña tanto como en otros terrenos del hacer humano, disminuyendo, por tanto, cada vez más la libertad de trabajo en la actual sociedad también para los trabajadores intelectuales.

Sin embargo, posee el trabajador todavía una cierta libertad bajo el dominio de la gran industria capitalista Si no le conviene hoy el trabajo en una Empresa, es libre para buscar trabajo en otra ; puede pasar de un servicio a otro. En una comunidad socialista están reunidos en una mano todos los medios de producción, hay un solo «patrono» y no es posible cambiar.

En este aspecto, el asalariado actual tiene, pues, una libertad frente al trabajador de la sociedad socialista ; pero a ésa no se le puede llamar libertad de trabajo. Puede pasar de una fábrica a otra sin encontrar en ninguna la libertad de trabajo, por estar en todas fijadas y reguladas las ocupaciones de cada uno de los trabajadores. Esta es una necesidad técnica.

La libertad cuya pérdida amenaza al trabajador en la producción socialista no es, pues, la libertad <3e trabajo, sino tan sólo la libertad de buscar por sí mismo su amo. Esta libertad no carece de significación hoy ; forma, como es sabido, un arma defensiva del trabajador, que estaba o está ocupado en una explotación de monopolio. Pero también esta libertad es cada vez más cuestionable por efecto de la evolución económica; la creciente falta de trabajo hace que el número de las plazas que quedan libres sea cada vez menor que el número de los que aspiran a ellas. Para el parado es muy duro generalmente encontrar un puesto. Y la creciente reunión de los medios de producción en pocas manos da lugar a que, finalmente, encuentre el trabajador en cada explotación al mismo «patrono» o, cuando menos, las mismas condiciones de trabajo.

La que nuestros adversarios vocean como peor perspectiva de la Socialdemocracia, enemiga de la cultura y de la libertad, es una tendencia natural del proceso económico en la sociedad actual. Esto es aplicable aquí también, como en tantos otros terrenos.

No es la Socialdemocracia, sino el proceso económico, la causa de que la libertad de elegir la oportunidad de trabajo desaparezca, tanto como la libertad durante el trabajo. La Socialdemocracia no quiere, ni tampoco puede, frenar este proceso ; pero igual que ya hemos visto en otros terrenos, le dará también aquí) otra forma, más favorable al trabajador. No puede suprimir la dependencia del trabajador respecto del engranaje económico del que forma una ruedecita ; pero en lugar de la dependencia del trabajador respecto de un capitalista cuyos intereses le son adversos, pone su dependencia respecto de una sociedad de la que él mismo es miembro, una sociedad de compañeros iguales, que tienen los mismos intereses.

Tal dependencia puede parecer insoportable a un abogado o literato liberal ; no lo es para un proletario moderno, según puede mostrar una ojeada al movimiento sindical. Los Sindicatos nos dan ya un cuadro de la «tiranía del Estado coactivo socialista» de que hablan nuestros adversarios. Ahí se regulan ya del modo más exacto y estricto las condiciones de trabajo del individuo, sin que hasta ahora se le haya ocurrido a ningún miembro de estas Sociedades ver en esto perjuicio insoportable para su libertad personal. (Quienes encontraban necesario proteger, frente a este «terrorismo)), la «libertad de trabajo» — con frecuencia, por la fuerza de las armas y con derramamiento de sangre —, no eran los trabajadores, sino sus explotadores. ¡ Pobre libertad, que no encuentra hoy otros defensores que los negreros !

Pero la no libertad del trabajo no sólo pierde en una comunidad socialista su carácter de opresión, sino que, además, será el fundamento de la libertad suma que hasta entonces hava sido posible en el género humano.

Esto suena ■ contradictorio. Pero la contradicción es sólo aparente.

Hasta la implantación de la gran industria, el trabajo para la elaboración y adquisición de los productos necesarios para la vida, en una palabra, el trabajo productivo, ha embargado por completo a los ocupados en él; exigía la tensión de todas las fuerzas no sólo corpora'es, sino también intelectuales. Esto vale, no ya para cazadores y pescadores, sino también para campesinos, artesanos y comerciantes •, la vida del hombre productor se consumía casi por completo en su actividad productora. El trabajo era lo que justificaba sus tendones y nervios, lo que hacía ingenioso e inquiridor su cerebro. Pero cuanto más se desarrollaba la división del trabajo, tanto más unilateral tuvo que hacerse el hombre productivo. Espíritu y cuerpo cesaron de actuar en los terrenos más diferentes y de desenvolver todas sus aptitudes; embargados por completo por el momentáneo trabajo parcial, perdieron los productores el sentido de la totalidad del fenómeno de su entorno. L’n desenvolvimiento armónico, integral, de las fuerzas corporales e intelectuales, una dedicación penetrante a las cuestiones de la interdependencia de sociedad y naturaleza. un pensar filosófico, es decir, una investigación de las verdades supremas por propio impulso, sólo podía encontrarse bajo esas[1] circunstancias en aquellos que quedaban libres del trabajo productivo. Esto no era posible hasta la introducción de la maquinaria sino mediante el deslizamiento de este trabajo sobre otros hombros, mediante la explotación.

La generación más ideal, más filosófica, que la historia conoce hasta ahora, una sociedad única de pensadores y artistas que servía por propio impulso a la ciencia y al arte, era la aristocracia ateniense, eran los terratenientes, poseedores de esclavos, de Atenas.

El trabajo — no sólo el trabajo de esclavos, sino también el trabajo libre — pasaba entre ellos por ser una cosa baja, y esto con razón. No era arrogancia cuando Sócrates

decía : «A los tenderos y artesanos les falta formación, por carencia de ocio, sin el cual es imposible una buena educación. Aprenden tan sólo lo que su oficio requiere; el saber por sí mismo no tiene encanto para ellos. Se ocupan con la aritmética sólo por causa del comercio, no para familiarizarse con la naturaleza de los números. No tienen fuerza para aplicarse a alijo superior. El industrial habló: El gozo en los honores y en el aprender no tiene valor en comparación con el ganar dinero. Pueden ser há- biles en su asunto los herreros, carpinteros y zapateros; la mayoría son almas de esclavo que no saben lo que es bello, bueno y justo.»

Desde entonces ha progresado la evolución económica ; la división del trabajo ha alcanzado un grado increíble, y la superusura de la producción de mercancías ha empujado ■ los explotadores y los cultos en el círculo de los productores. Al igual que los artesanos y campesinos, se gastan hoy también los ricos en su actividad productora. No se reunen en gimnasios y academias, sino en bolsas y mercados ; las especulaciones en que se han hundido no afectan a los conceptos de verdad y justicia, sino a lanas v bebidas, empréstitos rusos y cupones portugueses. Sus fuerzas intelectuales se agotan en esas especulaciones. Después del «trabajo» hecho, les queda sólo fuerza e interés para diversiones; cuanto más zafias, mejor.

Para los cultos, la cultura ha llegarlo a ser. como hemos visto, una mercancía. Tampoco ellos tienen ya tiempo ni estímulo para investigaciones desinteresadas de la verdad, para impulsos hacia el ideal. Carla cual labora para su especialidad y tiene por perdido el minuto que emplea en aprender

de arte el sentido de totalidad, el impulso hacia desarrollos integrales, armónicos. Por todas partes sólo estudios especiales, unilaterales. Ciencia y arte descienden a artesanía. También les es aplicable lo que decía Sócrates de las ocupaciones artesanas. El sentido filosófico se ha extinguido, es decir, en el seno de las clases aquí citadas.

Mientras tanto, ha aparecido una nueva manera de trabajo: el trabajo en la máquina, y una nueva clase: el proletariado.

La máquina roba al trabajo todo contenido espiritual. El trabajador ■ máquina ya no tiene que pensar ni reflexionar; ha de obedecer, sin voluntad propia, ■ la máquina, que le prescribe lo que tiene que hacer ; se hace su accesorio.

Lo dicho respecto del trabajo a máquina vale también, aunque, generalmente, en menor grado, para los trabajos parciales de la manufactura e industria domésticas. La descomposición del trabajo del artesano que produce un todo en una serie de trabajos parciales, con los cuales y por medio de la simple manipulación de uno o varios, se elabora sólo parte de un producto entero, forma notoriamente el grado previo, la introducción a la maquinaria.

La primera consecuencia que tiene para el proletario la monotonía y falta de espiritualidad de **su** trabajo, es la aparente muerte de su espíritu.

Pero la consecuencia inmediata es que se siente impulsado ■ la rebelión contra la excesiva duración del trabajo. Para él, el trabajo no equivale a la vida. Antes bien, la vida comienza para él cuando el trabajo concluye. Para aquel trabajador para el que trabajo y vida son la misma cosa, la libertad de trabajo significa una vida libre. Aquel trabajador que sólo vive cuando no trabaja, solamente puede alcanzar una vida libre mediante su liberación del trabajo. Naturalmente, los esfuerzos de la última clase de trabajadores no pueden enderezarse a desprenderse de todo trabajo. El trabajo es la condición previa de "a vida. Pero

sus esfuerzos tienen que ir necesariamente a limitar el trabajo que tienen que prestar, de modo que deje espacio a la vida.

Esta es una de las más fuertes raíces de la lucha por la reducción de la jornada de los modernos proletarios, lucha incomprensible para los campesinos y artesanos de otro tiempo. No es una lucha por pequeñas ventajas económicas, por alguna elevación de salario, por la disminución del número de parados; estos fines actúan en concomitancia, pero, en el fondo, es una lucha por la vida.

Otra consecuencia más se desprende de que el trabajo haya sido despojado de su contenido espiritual por la máquina : las fuerzas intelectuales del proletariado no se agotan, como las de los otros productores, en la actividad productora ; están en reposo mientras ésta marcha. Tanto más potente es, por tanto, el impulso del proletario hacia la ocupación de su espíritu fuera del trabajo, con sólo que éste le deje algún espacio libre. Uno de los fenómenos que más llaman la atención en la sociedad actual, es la sed de saber del proletariado. Mientras que todas las otras clases procuran matar su tiempo de ocio lo más estúpidamente posible, se esfuerza el proletariado con verdadera ansia por educarse. Solamente quien ha tenido ocasión de actuar entre proletarios puede apreciar plenamente la fuerza de ese impulso hacia el saber y la ilustración. Pero pueden sospecharlo también las personas alejadas, si comparan los periódicos, revistas y folletos de los trabajadores con la literatura preferida **en** otros círculos de la sociedad.

Y este impulso hacia el saber es por completo desinteresado. Al trabajador en la máquina no le puede ayudar el saber a elevar sus ingresos. Quien busca la verdad la busca por sí misma y no a causa de una ganancia material. Por eso no ir limita tampoco a un único y pequeño territorio ; su mirada se dirige a la totalidad ; quiere abarcar toda la sociedad, todo el mundo. Los más difíciles enigmas le atraen más ; se aplica preferentemente a los proble-

mas de la filosofía, de la metafísica; se hace difícil bajarle de las nubes ■ la tierra.

No a ,a posesión del saber, sino al esfuerzo por saber, contribuye el filósofo. El espíritu filosófico de los luminosos pensadores de la aristocracia ateniense revive en los despreciados, ignorantes proletarios. Pero en la sociedad actual no es posible un libre desenvolvimiento de ese espíritu. Los proletarios carecen de medios para instruirse, de dirección para estudios sistemáticos ; están abandonados a todos los accidentes y obstáculos de un autodidactismo sin método y, sobre todo, carecen de ocio suficiente. Ciencia y arte son para ellos una tierra prometida que miran de lejos y por cuya posesión luchan, pero que no pueden pisar.

Sólo la victoria del Socialismo abre al proletariado todas las fuentes de la educación ¡ sólo la victoria del Socialismo posibilita acortar tanto el tiempo del trabajo para ganar el sustento, que el trabajador pueda tener el ocio necesario para apropiarse un saber suficiente. El sistema de producción capitalista despierta la sed de saber del proletariado : sólo el sistema de producción socialista puede calmarla.

No la libertad de trabajo, sino la liberación del trabajo — según posibilitaría en gran medida la maquinaria en una sociedad socialista — traerá a la humanidad la libertad de la vida, la libertad de ocupaciones artísticas y científicas, la libertad del goce más noble.

Aquella educación armónica feliz que hasta ahora se ha producido sólo una vez en la Historia universal como privilegio de un pequeño grupo de aristócratas selectos, será el bien común de todos los pueblos civilizados ; para éstos rendirán las máquinas lo que para aquél los esclavos; sentirán todos los influjos superadores de la liberación del trabajo productivo sin tener que tomarla ■ precio de aquellas degradantes influencias, mediante las cuales concluyó la economía a base de esclavos por enervar a los aristócratas de Atenas. Y así como los medios auxiliares de ciencia

y arte son muy superiores a los que hace dos mil años se conocían ; y así como el mundo culto de hoy supera mucho al de la pequeña Grecia, la sociedad socialista aventajará ■ la más brillante comunidad que la Historia conoce hasta ahora, en magnitud moral y en bienestar material.

I Feliz aquel que decide aplicar su fuerza a la lucha por la realización de este soberbio ideal !

iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiini

V. La lucha de clases

1.-EJ Socialismo *y* las clases poseedoras

Los últimos apartados de la parte general de nuestro actual programa rezan ;

«Esta transformación social significa la liberación, no sólo del proletariado, sino de todo el género humano que padece bajo la situación actual. Pero solamente puede ser obra de la clase trabajadora, porque todas las otras clases, ■ pesar de las luchas de intereses entre ellas, se apoyan en el suelo de la propiedad privada de los medios de producción y tienen como finalidad común el mantenimiento de las bases de la actual sociedad.

La lucha de la clase trabajadora contra la explotación capitalista es necesariamente una lucha política. La clase trabajador;» no puede llevar adelante sus luchas económicas ni desarrollar su organización económica sin derechos políticos. No puede trasladar los medios de producción a propiedad de la comunidad sin haber llegado a estar en posesión del poder político.

Hacer consciente y unitaria esta lucha de la clase trabajadora y enseñarle su finalidad natural : ésta es la misión del Partido Socialdemócrata.

Los intereses de la clase trabajadora son iguales en todos los países de producción capitalista. Con la extensión del tráfico mundial y de la producción para el mercado mundial, la situación de los trabajadores de cada país

se hace cada vez más dependiente de la situación de los trabajadores en los otros países. La liberación de la clase trabajadora es, pues, una obra en la que están interesados en igual medida los trabajadores de todos los países cultos. Consciente de ello, el Partido Socialdemócrata alemán se siente y declara unido con los trabajadores que tengan conciencia de clase de todos los demás países.

El Partido Socialdemócrata alemán lucha, pues, no por nuevos privilegios de clase y prerrogativas, sino por la supresión del dominio de clases y de las clases mismas y i favor de unos derechos iguales y unos deberes iguales para todos, sin diferencia de sexo y de procedencia. Partiendo de estas concepciones, combate en la sociedad actual, no sólo la explotación y opresión de los asalariados, sino toda especie de explotación y opresión, se dirija contra una clase, un partido, un sexo o una raza.»

El párrafo inicial del primero de estos apartados apenas necesita de más aclaración. Hemos demostrado ya a fondo que el desplazamiento de la producción capitalista por la socialista no va sólo en interés de los desheredados y explotados, sino también en interés de todo el desarrollo social, y con ello, en cierto sentido, en interés incluso de los poseedores y explotadores. También éstos sufren las contradicciones que trae el moderno sistema de producción, Unos de ellos degeneran en ’.a pereza ■ los otros se desgastan en una persecución desalentada de la ganancia, y sobre todos ellos pende siempre la espada de Damocles de la bancarrota, de la caída en el proletariado.

ciencia, debería hacerlos más aptos para comprender las conexiones sociales y entender la dirección del proceso social.

Tan escandalosas son las condiciones de la actual sociedad, que nadie que quiera ser tomado en serio en la política y en la ciencia se atreve ya a negar la legitimidad de la crítica socialista. Por el contrario, las cabezas más luminosas en todos los partidos no socialistas reconocen que tiene un «fondo legítimo», declarando algunas, incluso que la victoria del Socialismo es inevitable ; pero a condición tan sólo de que no sea inevitable si no se vuelve de repente la sociedad y se mejora, lo que puede acontecer a voluntad y con ligereza con sólo apresurarse a poner razón en los deseos especiales de unos u otros de estos partidos.

De este modo se desentienden aquellos miembros de partidos no socialistas que han comprendido de la mejor manera la crítica socialista, de obtener las consecuencias de esta crítica mediante un salto de costado lógico precisamente en el punto decisivo de la necesariedad.

La razón de este singular fenómeno no es difícil de conocer. Si bien ciertos intereses no despreciables, incluso de los poseedores, hablan en contra de la propiedad priva- tía sobre los medios de producción, otros intereses más próximos y más fácilmente comprensibles les empujan hacia el mantenimiento de esa propiedad privada.

Lo dicho se aplica ante todo a los ricos. No pueden ganar nada inmediatamente con la supresión de la propie^ dad privada de los medios de producción. Bien puede ser que resulten de ahí consecuencias sociales bienhechoras que también repercutan en bien de ellos ; pero esas están relativamente lejos. Por el contrario, son evidentes los perjuicios que la supresión de esa propiedad privada les ha de traer ; deben decidirse a perder en fuerza y consideración, y algunos de ellos quizá también en comodidad y bienestar, según las circunstancias en que la revolución social se

seedores, con los explotados ; entre ellos los pequeños artesanos, pequeños campesinos, etc. Estos no tienen nada que perder en fuerza y consideración, y en bienestar sólo pueden ganar con la introducción y desarrollo del sistema socialista de producción. Pero para que puedan comprenderlo necesitan levantarse sobre el sentimiento de las clases a que pertenecen. Desde el punto de vista del pequeño burgués o pequeño campesino limitados, es incomprensible el sistema de producción capitalista cuyos efectos sienten en su propia carne, y todavía más incomprensible el moderno socialismo. Lo que comprenden desde luego es la necesidad de la propiedad privada sobre los medios de producción para su sistema de producción. En tanto que el artesano sienta como artesano, el campesino como campesino y el pequeño comerciante como tal ; en tanto que tengan una fuerte conciencia de clase, han de aferrarse a la propiedad privada de los medios de producción y serles inaccesible el Socialismo, por mal que les vaya.

Hemos visto en un capítulo anterior que la propiedad privada sobre los medios de producción encadena el pequeño burgués y el pequeño campesino en decadencia a sus retrasadas explotaciones, incluso cuando ya no puede permanecer mucho tiempo en situación de procurarse una existencia relativamente cómoda, e incluso cuando podría mejorar su situación pasándose al trabajo asalariado. Así también, es la propiedad privada la que encadena al actual modo de producción a todas las clases poseedoras, incluso i aquellas que al mismo tiempo pertenecen a los explotados, incluso .1 aquellas cuya propiedad es tan sólo una caricatura sarcástica del concepto «propiedad».

Sólo aquellos entre los pequeños burgueses y pequeños I campesinos que desesperan de que su clase subsista ; que I desde hace tiempo encierran el convencimiento de que las I formas de explotación sobre que descansa su existencia es- I tán destinadas a la decadencia, sólo ellos se encuentran en I situación de adoptar las teorías del Socialismo. Pero la in- | cultura y estrechez del campo de visión, consecuencias na

turales de sus condiciones de vida, dificultan mucho el que logren la necesaria comprensión de la desesperanza de su situación de clase. Su miseria, su espasmódica búsqueda de un medio con que poder extinguirla, hasta ahora no produjo casi nunca otra cosa que hacerles fácil presa de cualquier demagogo que supo presentarse, y a quien no le faltaron brillantes promesas.

En las clases supriores de los poseedores se puede encontrar más cultura y visión más amplia. También actúa todavía en algunos cultos un resto del viejo idealismo, desde el tiempo de las luchas revolucionarias de la burguesía, desde el tiempo de la Ilustración. ¡ Pero es señero el burgués que se deja seducir, toma interés en el Socialismo y actúa en él! Tiene que elegir pronto entre renunciar a sus ideas o destrozar todo el bando social ■ que no sólo está encadenado, sino también que le mantiene en pie. Sólo pocos acreditan tener bastante ánimo e independencia para avanzar hasta esta encrucijada ; y sólo los menos de estos pocos tienen fuerza, cuando han llegado ahí, para decidirse a romper con su clase. De estos pocos entre los pocos, la mayor parte se fatigan pronto ; revisan más tarde sus «tonterías de juventud» y se hacen «razonables».

Los idealistas burgueses son los únicos, entre los miembros de la alta burguesía, ■ los que es posible hacerse partidarios del Socialismo. Pero para la mayor parte de aquellos idealistas que tienen una visión honda de las relaciones sociales y de los problemas resultantes de ellas, la visión adquirida es sólo la causa de que se agoten en infructuosas búsquedas tras una llamada «pacífica» solución de la «cuestión social», tras una solución que concille las exigencias de su ciencia y su conciencia, más o menos socialistas, con los intereses de clase de la burguesía, lo que es tan imposible como un fuego húmedo o un agua ardiendo.

Sólo aquellos idealistas burgueses que no sólo han logrado la necesaria visión teorética, sino que también han roto ya, al menos en su interior, con la burguesía, y que poseen ánimo y fuerza para romper también externamente

con ella, están en situación de hacerse verdaderos socialistas.

El Socialismo no tiene, pues, mucho que esperar de las clases poseedoras. Algunos de sus miembros pueden ser ganados para el Socialismo ; pero sólo aquellos que en su conciencia han dejado de pertenecer ya a su clase, a la clase a que les destina su posición económica. Esto ha de ser por fuerza una pequeña minoría, excepto en épocas revolucionarias, cuando el platillo parece inclinarse del lado socialista. Entonces las clases poseedoras son desgarradas por una fuerte bandera disidente.

Pero hasta ahora los únicos terrenos apetecibles de recluta de los ejércitos socialistas no han sido las clases que todavía tienen algo que perder, aun cuando quizá no mucho, sino las de aquellos que «nada tienen que perder más que sus cadenas, y sí» un mundo que ganar».

2. - Criados y lacayos

Sin embargo, no todas las capas de desheredados pueden considerarse como terreno apetecible para la recluta de la Socialdemocracia.

Naturalmente, no podemos aquí dar una Historia natural del proletariado ; lo más importante lo hemos dicho en el capítulo segundo, donde considerábamos el papel del proletariado en el actual sistema de producción. Daremos aquí tan sólo unas observaciones de conjunto que nos parecen necesarias, para aclarar el papel que juegan las distintas capas del proletariado en las luchas económicas y políticas de nuestro tiempo.

producción necesarios para una explotación económica propia. De los pocos desheredados, lograba fácilmente la mayoría ser recibidos en una familia poseedora como ayudantes, mozos, oficiales, criados ; en su mayor parte eran gente joven a la que todavía no se le ofrecía la perspectiva de poder fundar una explotación económica propia y un hogar propio. En todos íos casos trabajaban en comunidad con los directores de la familia o con su mujer, teniendo en comunidad con ellos los frutos de su trabajo. Como miembros de una familia poseedora, no eran proletarios ; se sentían solidarios con la propiedad de la familia, de cuyas ventajas participaban y por cuyos perjuicios eran afectados. Y esto puede decirse hoy todavía en algunos lugares donde se ha conservado tal relación patriarcal. Allí donde el criado pertenece todavía a la familia del propietario, participa de la propiedad aun cuando él mismo carezca de ella, y el Socialismo no encuentra terreno abonado.

Lo mismo ocurre con los aprendices artesanos. (Comp. cap. II, i.)

Junto a mozos y oficiales, se encuentra la servidumbre. Una parte de los desheredados abandonó las familias de los grandes exploradores en la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, especialmente de los nobles y príncipes, alto clero y comerciantes. Se pusieron a sueldo de ellos, no para ayudarles en el trabajo, sino para protegerles y servirles en su opulencia como soldados mercenarios y lacayos. La comunidad del trabajo y del placer, la relación patriarcal, faltaba aquí, y con ella también la consiguiente solidaridad entre amo y mozo. Pero se desarrolló una solidaridad de otra especie entre el amo y el criado. Allí donde existió una gran servidumbre, allí hubo también una diferencia de rango en el seno de ésta. El individuo puede esperar ascenso, aumento de ingresos, poder y consideración. Este aumento depende del capricho de su amo. Cuanto más listo sea para llevarle la corriente y someterse a él y cuanto más suplante a sus compañeros de servicio, tanto mejor será su perspectiva. Así se siente el criado solidario

con el amo y secreto enemigo de todos sus compañeros de trabajo. Y todavía se forma otra solidaridad entre el amo y el criado. Cuanto mayores ingresos, poder y consideración del amo, tanto más recae todo esto sobre el criado. Esto vale especialmente respecto de los criados de lujo, que no tienen nada que hacer, sino «representar», demostrar cuánto dinero superfluo tiene a disposición su amo y ayudarle a malgastarlo lo más rápida y agradablemente posible, sirviéndole en todas sus locuras y vicios sin miedo y «fielmente». El criado se siente solidario con el explotador y opresor frente a los explotados y oprimidos; se conduce con ellos con frecuencia aún más desconsideradamente que el señor mismo. Pues este último, cuando es algo razonable, no degüella la gallina de los huevos de oro ; quiere guardar no sólo para sí mismo, sino también para su sucesión. En los criados, esta consideración no existe.

No es milagro que entre el pueblo no haya cosa más odiosa que la servidumbre, cuya bajeza para con los que están arriba y brutalidad para los de abajo es proverbial. Bajo la expresión «alma de criado» se da □ entender la suma de todas las vilezas.

Naturalmente, estas influencias sobre el carácter de la

(*) Cuán cerca están el criado y el artesano nos lo muestra de modo divertido la novella de Le Sage Gil ***Blas,*** clásica historia natural de la servidumbre. De otra parte, el criado se da la mano con el proletario del hampa. Gil Blas asciende, sin cambiar en su esencia, desde el más bajo criado y compañero de ladrones a secretario y favorito del primer ministro en la corte de España.

paración que, por lo demás, es próxima *y* no difícil de *tejar* —. Lo que de aquí se desprende es la demostración de porqué la servidumbre, a pesar de pertenecer a los desheredados, no constituye ningún terreno demasiado prometedor para la recluía del Socialismo. Antes bien, es **un** baluarte de la sociedad existente.

El aumento de la explotación, de la masa de plusvalía anualmente producida, y el consiguiente incremento del lujo, favorece un continuo aumento de la servidumbre. Pero, por suerte para el desenvolvimiento social, ha retrocedido mucho su modalidad bélica, los soldados mercenarios, desde la transformación de la constitución del ejército a que abrió camino la Revolución francesa, desde la sustitución del ejército a sueldo por el ejército del servicio militar obligatorio. Naturalmente, no ha desaparecido por completo, y no hay que agradecer poco a sus restos en los ejércitos modernos que el «pueblo en armas» se haya mostrado hasta ahora en la mayor parte de los casos como una institución en modo alguno democrática.

Pero también el continuo aumento del lujo opone una fuerte tendencia al crecimiento de la servidumbre propiamente dicha y de los lacayos ; la disolución de la forma tradicional de la familia y la división del trabajo destinan cada vez más trabajadores del gobierno doméstico y del servicio personal a oficios especiales, independientes: peluqueros, camareros, conductores de vehículos, mozos de cuerda, etc. Estos oficios, derivados de la servidumbre, presentaron, en verdad, durante mucho tiempo después de hacerse independientes, los caracteres distintivos de su origen ; pero poco a poco comienzan a incorporarse las particularidades y concepciones de los asalariados de la industria.

Siendo tan numerosos en un tiempo los criados de trabajo y de lujo, así' como la servidumbre y soldados mercenarios, no podían abarcar, sin embargo, a todos los desheredados. Los desheredados incapacitados para el trabajo — niños, ancianos, enfermos, inválidos — no estaban en el caso de encontrar en esos oficios su porvenir. Pero i ellos м reunía, como hemos visto, desde comienzos de la época moderna, una tal multitud de buscadores de trabajo --especialmente campesinos arrojados de sus hogares o huyendo de los malos tratos — que ponía en la misma situación que tos ineptos para el trabajo a numerosas personas dotadas de aptitud. No les restaba sino mendigar, robar o prostituirse. Se les ponía a elegir entre perecer de hambre o actuar en contra de todos los conceptos dominantes de vergüenza, de honor y dignidad. Solamente podían ganarse su vida valorando más alto, definitivamente, las necesidades personales inmediatas que su buen nombre. Claro está que tal situación había de producir la desmoralización y corrupción en su más alto grado.

Esta corrupción fué., y es aún, aumentada por el hecho de que los pobres sin trabajo son altamente superfinos para la sociedad ; de que ésta no sólo no necesita de ellos, sino al contrario, se libraría de un peso indeseable con su supresión. Toda clase que es supertlua, que no tiene ninguna función necesaria que cumplir en la sociedad, ha de envilecerse ; lo dicho vale lo mismo de la inferior que de la superior.

Y los mendigos no pueden nunca hacerse la ilusión de que son necesarios; no poseen recuerdos de un tiempo en que su clase haya prestado un servicio a la sociedad ; no pueden, prevaleciéndose de su fuerza, eliminar su condición parasitaria de la sociedad.

Se les consiente simplemente ; la humildad es, por eso, el primer deber del mendigo, y pasa por ser la supre-

ma virtud del pobre. Igual que los criados, esta especie de proletarios es también servil frente a los poderosos; no constituyen oposición ninguna frente al ordenamiento social existente. Al contrario, están aplicados a las migajas que caen del bolsillo del rico. ¿ Cómo lian de desear que el rico desaparezca? Ellos mismos no son explotados; pero cuanto mayor sea el grado de explotación del obrero, cuanto mayores los ingresos del rico, tanto más dadivoso puede ser éste, tanto más pueden esperar de él los pobres. Si ellos participan en la explotación igual que los criados, ¿qué motivo han de tener para combatirla? En los comienzos de la Reforma, en Alemania, cuando la iglesia católica era odiada hasta el extremo por todas las clases, porque las explotaba a todas, fueron estos proletarios quienes les quedaron fieles, pues recibían de ella limosnas más ricas que de los mezquinos ciudadanos y de los campesinos expoliados.

Esta especie de proletariado—el proletariado del hampa—no se ha opuesto nunca por propio impulso a la explotación. Pero tampoco es, naturalmente, un baluarte de ella, como ocurre con la modalidad guerrera de la servidumbre. Cobarde y versátil, deja sin titubeos en la estacada a aquellos cuya limosna recibe, tan pronto como van a perder su poder y su riqueza. Nunca se le ha encontrado en la lucha preparatoria de un movimiento revolucionario ; pero en todos los desórdenes ha ido en seguida a pescar en río revuelto. Ha cooperado a dar el último empujón en la caída de una clase dominante. Por regla general, se ha contentado, en una revolución, con explotarla v comprometerse, para traicionar en la primera

sus propias fuerzas y que cree mantenerse a lióte con las limosnas

4. - Los comienzos del proletariado asalariado

De estas últimas capas es de las que sacó preferentemente sus fuerzas de trabajo la incipiente producción capitalista, sobre todo la gran industria. Esta exigía menos trabajadores formados que trabajadores pacientes, incapaces de resistencia, que se inserten, abúlicos, en el gran engranaje de una fábrica moderna, que sólo puede funcionar sin extorsión cuando cada una de sus innumerables ruedecitas ejecuta puntual y permanentemente el movimiento que tiene asignado. Y como las clases trabajadoras colocadas cerca del proletariado del hampa, incluso algunas partes del proletariado del hampa mismo, suministraban a la gran industria capitalista la mayoría de los trabajadores, el trato que esas capas se hacían dar, servía de medida para el trato que los capitalistas concedían ■ sus trabajadores. El trabajo mismo, cuya influencia envilecedora describen con mucho gusto economistas y moralistas burgueses, fué para los proletarios un origen de mayor descenso, no de elevación. La falta de resistencia del trabajador posibilitaba a los capitalistas extender extremadamente la jornada. Ya en el capítulo II hemos visto qué fuertes motivos impulsan hacia eso en la gran industria capitalista. Tiempo para vivir, para educarse, no deja el capital al proletario, si no se ve forzado a ello. Donde no encuentra limitaciones hace que el trabajo continúe hasta el pleno agotamiento. Si al trabajador le queda una breve pausa entre trabajo y sueño, se dirige hacia los placeres más fugaces para acallar la conciencia de la miseria en el alcohol o el comercio sexual. El trabajo en común de hombres y mujeres, de adultos y niños, que entre seres alegres,

libres y conscientes del deber puede ser una fuente de los más altos estímulos espirituales y de ennoblecimiento moral para todos los participantes, se convierte pronto en la fábrica capitalista en un medio de aumentar el peligro de contaminación por sus influjos desmoralizadores y enervantes para hacer que la corrupción prenda aún más rápidamente en el proletariado.

No es maravilla que los proletarios que trabajaban en los comienzos de la gran industria capitalista apenas se distinguieran de los proletarios del hampa. Hasta qué profundidad se hundieron en el crimen, embriaguez, grosería y mugre — corporal y espiritual — se ve, mejor que en ninguna parte, en la clásica descripción que ha dado Federico Engels de la situación de las clases trabajadoras de Inglaterra en los primeros decenios de este siglo.

5. - La elevación del proletariado asalariado

El concepto de proletario parecía ser equivalente al de miseria extrema. Todavía hoy hay gentes que se creen muy modernas y abrigan esta idea. Y, sin embargo, ya desde el tiempo en que el proletariado trabajador tenía externamente tantas notas comunes con el proletariado del hampa se formó un hondo abismo entre ambos.

El proletariado del hampa ha sido siempre el mismo, en esencia, en todas partes donde ha aparecido como fenómeno de masas. El proletariado del hampa de Berlín o Londres de hoy no se diferencia demasiado del de la antigua Roma. El moderno proletariado trabajador, por el contrario, es un fenómeno enteramente peculiar que hasta ahora no se ha visto en la historia universal.

Entre el proletariado del hampa y el proletariado trabajador de la producción capitalista existe, ante todo, la enorme y fundamental diferencia de que el primero es pa-

rasitario y el último una <le las raíces ele la sociedad ; y, por cierto, una raíz que cada vez se hace, no sólo la más importante, sino la única por donde la sociedad extrae su

por su trabajo. En los comienzos de la producción capitalista, naturalmente, el proletario trabajador sentía aún como pobre ; veía su bienhechor en el capitalista que le explotaba, es decir, que le daba pan y trabajo. Esta relación «patriarcal», es claro, era muy agradable a los capitalistas. Todavía hoy exigen de sus trabajadores, por el salario que les pagan, no sólo el rendimiento de trabajo estipulado, sino también sumisión y gratitud.

Pero la producción capitalista no puede existir mucho tiempo sin que se vaya al diablo la hermosa situación patriarcal de sus comienzos. Por muv serviles y obtusos que sean los trabajadores se dan cuenta, más tarde o más temprano, de que son ellos quienes dan el pan al capitalista y ■no al contrario. Mientras que ellos se quedan pobres o se empobrecen más aún, si es posible, el capitalista se hace cada vez más rico. Y cuando piden más pan a los fabricantes esos supuestos patriarcas les dan una piedra.

Los proletarios trabajadores se distinguen de los proletarios del hampa y de los criados en que no viven de la explotación del explotador ; se distinguen de los mozos de trabajo y de los oficiales artesanos (Comp. capítulo II) en que no trabajan y viven en comunidad con su explotador, en que ha desaparecido para ellos toda relación personal entre explotados y explotador. Viven en míseros agujeros y edifican a su explotador un palacio ; pasan hambre y le preparan una comida opulenta. Se esfuerzan hasta el agotamiento, para procurarte a él y los suyos el modo de matar el tiempo. Este es un contraste completamente distinto al que existe entre el rico y el «hombre modesto», el pobre de la época precapitalista. Este envidia al rico ; le contempla maravillado, pues es su ideal, su mode’.o ; quisiera estar en su lugar, ser explotador como él. No se le

ocurre querer suprimir la explotación. El proletariado trabajador no envidia al rico, no desea estar en su puesto ; le odia y le desprecia ; le odia como a su explotador y le desprecia como a un zángano. Odia primero a aquéllos capitalistas con quienes tiene que ver directamente, pero pronto reconoce que todos, en su conjunto, actúan contra él del mismo modo, y su odio personal del comienzo se desarrolla en una enemistad consciente hacia toda la clase capitalista.

Esta enemistad contra los explotadores es uno de los más precoces signos del proletariado trabajador. El odio de clases no es un resultado de la propaganda socialista — ya mucho antes de los efectos de ésta sobre la clase trabajadora, se hizo aquél perceptible. En los criados, los mozos y los oficiales artesanos es imposible un odio de clases tan subido. En las relaciones personales de lós miembros de estas profesiones con su «amo», una tal clase de odio haría imposible, por sí misma, toda actividad provechosa. En estas profesiones se dan bastantes luchas entre los asalariados y los conductores de la explotación y gobierno doméstico ; *pero* vuelven a conciliarse. En el sistema de producción capitalista pueden abrigar los trabajado- íes ¡a más agria enemistad contra los empresarios sin que por ello sea estorbada la producción ni siquiera se perciba en ella.

Ese odio se manifiesta al comienzo sólo tímidamente y aislado. Hace falta algún tiempo hasta que los proletarios noten que no es, en modo alguno, magnanimidad lo que mueve a los fabricantes a ocuparles, y todavía pasa bastante tiempo más hasta que muestran ánimo para enfrentarse abiertamente con el «amo» en un conflicto.

E) proletariado del hampa es cobarde y humilde porque se siente superfino, y todo apoyo material que recibe es robado. Las mismas características presenta también en el comienzo el proletariado trabajador, en tanto que es reclutado en el proletariado del hampa y en las capas próximas a él. Percibe todas las barbaries que con él se come-

ten ; j>ero sólo protesta de ellas hacia dentro ; aprieta el puño en el bolsillo.

La conciencia de la propia fuerza y el espíritu de resistencia se desarrollan en las capas del proletariado asalariado de que aquí se ¡habla sólo cuando alcanza conciencia de la comunidad de intereses, de la solidaridad que entre sus miembros reina. Con el despertar del sentimiento de solidaridad, comienza el renacimiento moral del proletariado, la elevación del trabajador desde el pantano del proletariado del hampa.

Las condiciones de trabajo de la producción capitalista señalan a los proletarios la necesidad de mantenerse unidos, de que el individuo se someta a la comunidad. Mientras que en el artesanado, en su forma clásica, cada individuo creaba por sí solo objetos enteros, la industria capitalista descansa sobre el trabajo en común : la cooperación. Cada trabajador no puede hacer nada sin sus compañeros. Si acometen el trabajo unidos y con arreglo a un plan, se duplica y triplica la capacidad de rendimiento de cada uno de ellos. El trabajo les trae la conciencia de la fuerza que da la unión ; el trabajo desenvuelve en ellos una voluntaria, alegre disciplina, que es la condición previa de una producción comunal socialista, pero que también es la condición previa de toda lucha eficaz del proletariado contra la explotación dentro de la producción capitalista. Esta misma educa así' al proletariado para que la derribe y para el trabajo en la sociedad socialista futura.

Quizá con más fuerza aún que el efecto de la cooperación, da lugar la igualdad de condiciones de trabajo al despertar del sentimiento de solidaridad en el proletariado. En una fábrica faltan casi siempre entre los trabajadores, tanto las diferencias de rango, como las jerarquías. Los puestos superiores son, en general, inaccesibles & los proletarios ; pero en todo caso son tan poco numerosos que no vienen en consideración para la masa de trabajadores. Sólo unos pocos pueden ser corrompidos por estos puestos favorables. Para la gran mayoría, dominan iguales condicio

nes de trabajo, y el individuo no tiene posibilidad de mejorarlas por sí solo ; no podrá elevar su situación más que cuando la de la totalidad, la de todos sus colaboradores, se eleve. Bien es cierto que los fabricantes intentan sembrar disensiones entre los trabajadores mediante la artificiosa introducción de desigualdades en las condiciones de trabajo. Pero el efecto nivelador de la gran industria moderna es tan fuerte que tales recursos — destajos, premios, etc. — no pueden matar permanentemente entre los trabajadores la conciencia de su solidaridad de intereses. Cuanto más dure la producción capitalista, tanto más se desarrolla la solidaridad proletaria, tanto más arraiga en el proletariado, tanto más se convierte en su característica más saliente.

Necesitamos tan sólo indicar que lo antes dicho de la servidumbre era para mostrar cuánto se distingue de ella en este punto el proletariado trabajador. Pero también los mozos de servicio son inferiores, tanto al proletariado de la producción capitalista como a los oficiales del artesano.

La solidaridad de los oficiales artesanos se detenía en un punto que la solidaridad de los proletarios ha sobrepasado. La solidaridad de los unos, como la de los otros, no se limita a los que trabajan en la misma empresa ¡ como los proletarios, también se percataron los oficiales artesanos dique los trabajadores en todas partes tropiezan con los mismos adversarios ; en todas partes tienen los mismos intereses. Los oficiales artesanos erigieron organizaciones nacionales que comprendían todo el territorio de la nación, en una época en que la burguesía estaba apresada todavía en la cosa de pequeña ciudad y de pequeño Estado. El proletariado de hoy es completamente internacional en sus sentimientos y conducta ; en medio de las más amargas luchas de nacionalidades, de los más celosos preparativos de guerra de las clases dominantes, los proletarios de todos los países se han unido.

Comienzos de organizaciones internacionales encontramos ya en los oficiales artesanos ; se muestran capaces de superar los límites nacionales. Pero sobre unos límites no

pueden elevarse: los del oficio. El sombrerero o fundidor de cobre alemán podía encontrar en la emigración un recibimiento amistoso entre sus colegas de Suecia o Suiza; por el contrario, le eran extraños los zapateros o carpinteros de su país, de su jxopia ciudad natal. Los oficios estaban rigurosamente separados en el artesanado. El aprendiz necesitaba aprender durante años hasta que era llevado a la sociedad, y entonces permanecía fiel a su oficio durante toda su vida. El esplendor y potencia de éste eran también los suyos. Si estaba el oficial en cierta contraposición con el maestro de su oficio, no lo estaba menos, tanto con el maestro como con los oficiales de otros oficios. Encontramos en la época de apogeo de. artesanado a las sociedades de los distintos oficios enredadas en duras luchas y enemistades entre sí.

La producción capitalista baraja, por el contrario, los distintos oficios. En una empresa capitalista trabajan juntos, de ordinario, obreros de distintos oficios y colaboran para alcanzar una obra común. De otra parte, tiene la tendencia a suprimir en la producción el concepto de oficio. La máquina abrevia el aprendizaje del trabajador, que antes duraba años, hasta una instrucción de pocas semanas y con frecuencia de días. Permite a cada trabajador trasladarse sin mayor dificultad de una manipulación a otra. Le obliga con frecuencia a ello, cuando le hace sobrar en su actividad actual, poniéndole en la calle, y obligándole a cambiarla por otra. La libertad de elección de profesión, que los filisteos temen se pierda en el «Estado futuro», ha perdido va hoy todo sentido para los trabajadores.

minio de la gran industria capitalista vemos surgir una clase unitaria de asalariados que son conscientes de la comunidad de sus intereses y que subordinan cada vez más • los grandes intereses comunes de la clase, no sólo sus intereses personales, sino también locales—en tanto que aun subsisten — de sus particulares oficios. Sólo en nuestro siglo reciben las luchas de los asalariados contra la explotación el carácter de una lucha de clases. Y sólo así' es posible que estas luchas alcancen una finalidad más lejana, más alta, que la supresión de momentáneos abusos ; que el movimiento obrero sea un movimiento revolucionario.

El concepto de clase trabajadora ha de ensancharse cada vez más. Lo dicho aquí vale en primer término, de tos proletarios que trabajan en la gran industria. Pero así como el capital industrial es cada vez más decisivo para la totalidad del capital, para todas las empresas económicas en el terreno de las naciones capitalistas, así también el pensar y sentir del proletariado que trabaja en la gran industria es cada vez más decisivo para el pensar y sentir del asalariado en general. La conciencia de la comunidad universal de intereses prende también en los trabajadores de las manufacturas capitalistas y del artesanado, y, en verdad, en éstos tanto mas pronto cuanto más pierda su carácter primitivo el artesanado y la manufactura caiga o se aproxime a la industria doméstica explotada capitalísticamente.

Se incorporan poco a poco, como la estadística alemana de oficios muestra, los trabajadores de los oficios urbanos no industriales, los del comercio, del tráfico, los de «hos¡>edaje y recreo». También los trabajadores del campo se hacen poco a poco conscientes de su comunidad de intereses con los restantes asalariados tan pronto como la producción capitalista disuelve la vieja explotación patriarcal de la agricultura y hace de ella una industria que produce por medio de asalariados, y no ya de mozos pertenecientes - la familia del agricultor. Por último, comienza a apoderarse el sentimiento de solidaridad de los peor «ituados entre los artesanos independientes, prendiendo, en casos, tam-

La elevación del proletariado desde su condición ínfima es un proceso inevitable, naturalmente forzoso. Pero no es ni pacífico ni uniforme. Las tendencias del sistema de producción capitalista van, según hemos visto en el capítulo II, hacia la depresión cada vez mayor de ía población trabajadora. El renacimiento moral del proletariado sólo es posible en lucha contra esas tendencias y sus propugnadotes, los capitalistas. Sólo es posib'e si los contraefectos, las contratendencias mediante las que se producen en el seno del proletariado las nuevas condiciones bajo las cuales trabaja y vive, son lo bastante fuertes. Las tendencias depresoras del sistema de producción capitalista son muy diferentes en las distintas épocas, en los distintos lugares, en

las distintas ramas de la industria; dependen del estado del mercado, de la competencia recíproca de las diversas 'Empresas, del grado del desarrollo de la maquinaria en las ramas de la industria correspondientes, de la cantidad de vigilancia de los capitalistas sobre sus intereses permanentes. Los contraefectos que se desarrollan en el seno de las distintas capas del proletariado dependen asimismo de las más múltiples condiciones, de las costumbres y necesidades de las clases de la población en que preferentemente se reclutan los correspondientes proletarios, del grado de habilidad o fuerza que el trabajo en aquellas ramas de la industria exige de los ocupados en ella, de la extensión del trabajo femenino e infantil, de la magnitud del ejército industrial de reserva (que nunca es igual para todas las ocupaciones), de la inteligencia de los trabajadores y, por fin, de sí el trabajo implica una dispersión y singularización o una reunión y colaboración de los trabajadores, etcétera. Cada una de estas condiciones es sumamente diferente para las distintas ramas de la industria y capas de trabajadores, y está sometida a un continuo cambio que la revolución técnica y económica hace ininterrumpido. Diariamente se someten a la explotación y proletarización por

vías han sido tan eficientes en una capa de proletarios que han despertado en ella la conciencia de sí misma, la conciencia de clase, la conciencia de la solidaridad de todos sus miembros entre sí y respecto de la clase obrera en conjunto, la conciencia de la fuerza que se desprende de la firme unión; tan pronto como obtiene una capa de proletarios la conciencia de que es económicamente indispensable, y se estima a sí misma; tan pronto ha despertado en ella el convencimiento de que la clase trabajadora va emproa- da hacia un porvenir mejor; tan pronto como una capa de proletarios se ha elevado tanto, es infinitamente difícil empujarla J la masa obtusa de las existencias envilecidas, que odian, pero no pueden hermanarse para una lucha permanente ; que, desesperando de su futuro, intentan olvidar en el ruido, y en las que sus dolores no crean el impulso para sublevarse, sino para una sumisión cobarde. Es casi imposible extirpar de nuevo la conciencia de clase en una capa proletaria, una vez que ha arraigado en ella. Si las tendencias depresoras del modo de producción capitalista son lo bastante fuertes podrán hacer descender económicamente a esa capa, pero no moralmente, aun cuando la presión sea, no ya opresora, sino completamente aplastante, como en algunas industrias domésticas degeneradas. En todos los demás casos, la presión tendrá tan sólo el efecto de originar presiones contrarias ; obra menos como agotadora que como exasperadora; ya no empujará al proletario hacia el hampa, sino que le elevará al martirologio.

so que es en realidad. Sin ayuda extraña, algunas capas de proletarios que hoy tienen una posición considerable no hubieran logrado nunca vencer las dificultades que existen, como en todos los comienzos, en los comienzos de la elevación del pantano a que el proceso capitalista había arrojado al proletariado. A estas capas de proletarios les vino la ayuda de otras capas de la sociedad próximas a ellas, de las capas más elevadas del proletariado trabajador y también de las clases poseedoras.

La última ayuda no ha carecido de significación, sobre todo en los comienzos de la gran industria capitalista.

En la Edad Media lia pobreza era tan escasa que la beneficencia pública—sobre todo eclesiástica—y privada bastaban para atender a ella. No presentaba ningún enigma que resolver; si daba motivo a reflexiones, estimulaba a lo sumo a consideraciones edificantes. Valía como medio auxiliar pedagógico del amor de Dios; pasaba, cuando los afectados eran pecadores, como azote ; cuando eran devotos, como prueba para hacer triunfar aún más brillante su confianza en Dios. Para los ricos la pobreza era un campo de ejercicio de sus virtudes, que parecía tan necesario para la salvación de su alma como una palestra para el robustecimiento de su cuerpo.

Mas cuando la agricultura feudal fué disuelta por el desarrollo de la producción de mercancías, comenzó la emigración de campesinos liberados hacia las ciudades, y empezó allí a ensancharse la «superpoblación», el paro, la pobreza de masas ; entonces atrajo sobre sí este fenómeno, tan nuevo como temible y peligroso, la atención de todos los hombres reflexivos y sensibles. Contra la pobreza de masas no alcanzaban los medios medioevales de la caridad ; la Reforma obturó todavía las fuentes más importantes de las limosnas, la beneficencia de la iglesia católica. Atender a todos los pobres aparece como una tarea cada vez más superior a las fuerzas de la sociedad, y surge un nuevo problema ! la supresión de la pobreza. Se inventaron las soluciones más diferentes al mismo, según la mentalidad y huma-

nidad del inventor, desde los métodos más cómodos para destruir la pobreza, barriendo del camino a los pobres (acaso con la horca o la deportación), hasta los planes más meditados de una sociedad nueva, comunista. Estos últimos encontraron grandes aplausos entre los cultos ; pero los métodos cómodos fueron los únteos comprendidos por los diversos padres de pueblos y sabios oficiales. Mientras tanto, le brotaron a la pobreza tantas cabezas cuantos proletarios se iban haciendo y marcando.

Pero poco a poco la cuestión de la pobreza fué tomando un nuevo cariz. I labia surgido el modo de producción capitalista y comenzaba a extenderse cada vez más, a hacerse cada vez más dominante en la sociedad. El problema de la supresión de la pobreza cesó de existir para los pensadores de la burguesía. La producción capitalista descansa en el proletariado ; suprimirlo es hacer imposible la producción capitalista. La pobreza de masas es el fundamento de la enorme riqueza capitalista ; quien quiera impedir la pobreza de masas, atenta contra la riqueza. Quien quiera acudir hoy a la falta de bienes de los trabajadores, socava la propiedad ; es un revolucionario ; un enemigo de la sociedad.

Compasión y miedo — pues la pobreza es peligrosa para toda la sociedad ; produce epidemias y crímenes — obran

lugar en Inglaterra la instalación de la gran industria capitalista (ante todo en la industria textil), con todos los espantos que es capaz de producir, llegaron al convencimiento los más penetrantes entre los filántropos de que sólo una cosa podría contrarrestar la completa miseria de los trabajores de esa industria : una protección oficial de los trabajadores, al menos para los más desvalidos entre ellos: los niños y las mujeres.

Los capitalistas de la gran industria no formaban entonces todavía una parte tan decisiva de las clases poseedoras como hoy. En favor de la limitación de su poder sobre los trabajadores hablaban distintos intereses económicos y políticos de las no capitalistas entre las ciases poseedoras —.terratenientes y pequeños burgueses —; hablaba además en favor de ello el reconocimiento de que sin tal limitación declina lo que es base del florecimiento industrial de Inglaterra : la clase trabajadora (una reflexión que debe ganar para la protección de', obrero a todo miembro clarividente de las clases dominantes capaz de elevarse sobre los intereses del momento); hablaban, por último, en favor de ello, incluso los intereses particulares de algunos grandes fabricantes que poseían los medios para soportar fácilmente esas limitaciones y acomodar ■ ellas la producción, mientras que aquellos de sus pequeños competidores que *se* mantienen aún a flote trabajosamente, mediante el más duro despelle- jamiento de los trabajadores, serían llevados * la ruina por la protección del obrero.

A pesar de ello, y aun cuando se desarrolló en la misma clase trabajadora un poderoso movimiento en tal sentido, costó duras luchas lograr tan sólo las primeras tímidas leyes protectoras y continuar completándolas.

Entretanto, y a pesar de lo ínfimos que fueron en el comienzo los logros alcanzados, constituyeron ya un empujón para que las capas de proletarios beneficiados por ellos despertaran de su embotamiento y se desencadenasen en ellas las tendencias elevadoras de su posición social. Apenas era ganada una batalla en el asunto, bastaban ya

las luchas que a ella habían conducido para mostrar a los proletarios qué importantes, qué necesarios eran, cómo significaban una fuerza. Ya estas luchas los agitaban, les prestaban conciencia y respeto de si mismos, mataban su desesperanza y daban a su esfuerzo una meta más allá de lo inmediato.

Otro de aquellos medios para la elevación de la clase trabajadora, suministrado también de la parte burguesa, es la escuela nacional. Una investigación más profunda sobre ésta, cae fuera del marco del presente trabajo. Es un medio importante, cuya significación no debe ser despreciada ; pero para la elevación del proletariado como ciase es menos eficaz que una decidida legislación protectora del obrero.

Cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista, cuanto más desplaza la gran industria a las otras formas de producción o las modifica en su esencia, tanto más necesaria será una continua agudización de la protección del obrero y una continua extensión de ella, no sólo sobre todas las ramas de la gran industria, sino también sobre el artesanado y la industria doméstica, así como sobre la agricultura. Pero en la misma medida crece también el influjo de los capitalistas industriales en la sociedad burguesa ; la mentalidad capitalista prende también en las clases de poseedores no capitalistas : pequeñoburgueses y terratenientes ; y los pensadores y políticos de la burguesía, desde sus directores videntes hasta sus batidores, están dispuestos ■ dejarse penetrar por sus intereses momentáneos.

Las devastaciones que la producción capitalista lleva a sus trabajadores son tan horribles, que a una cierta necesaria cantidad de protección legal del obrero sólo osan negarse los más avarientos y desvergozados capitalistas y amigos de éstos. Sin embargo, para una protección eficaz del obrero que sobrepase esa ínfima cantidad, como, por ejemplo, para la jornada de ocho horas, que hoy significa, lo mismo que en los años cuarenta la jornada de diez ho-

ras para la industria inglesa, se pueden encontrar todavíia pocos sostenedores en las filas de los poseedores. La filantropía burguesa *se* hace cada vez más tímida. Deja cada vez más solos a los trabajadores en la lucha por una protección suficiente del obrero. Las luchas actuales por la reducción de la jornada tienen un cariz muy distinto a la lucha que se llevó a cabo en Inglaterra antes de los años 6o y 70 por la jornada de diez horas. Cuando hoy entran los políticos burgueses por una jornada-patrón, no lo hacen por humanidad, sino porque son presionados por los obreros, sus electores. La lucha por la protección del obrero se convierte cada vez más en una pura lucha de clases entre proletariado y burguesía. En el continente europeo, donde la lucha por la protección legal del obrero comenzó mucho más tarde que en Inglaterra, ha tomado desde luego ese carácter. El proletariado no tiene que esperar ya de las clases poseedoras ningún apoyo en sus luchas por la elevación socia'. Está abandonado por completo a sus propias fuerzas, es decir, a las fuerzas de aquellas de sus muchas capas que conservan o han alcanzado la capacidad de lucha y gusto por ella.

8.-E' movimiento sindical

Luchas entre asalariados y sus explotadores no son ninguna novedad. Las encontramos ya a la salida de la Edad Media, en el artesanado, entre oficiales y maestros, tan pronto éstos comenzaron a experimentar concepciones e inclinaciones capitalistas bajo el influjo del desarrollo que entonces se realizaba de la producción de mercancías y del tráfico mundial. Alguno de ellos intentó en el siglo XV aumentar ya el número de oficiales que ocupaba, para poder vivir de su trabajo sin trabajar él mismo, o al menos intentó apartar para sí la parte del león. Se hacían perceptibles los esfuerzos para el aumento de la jornada, para la reducción de los días festivos, e incluso para el trabajo dominical. Con esto, pretendían los señores maestros separar-

se de sus oficiales; éstos tenían que contentarse con ¡>eores retribuciones, etc. La convivencia familiar se relajó. Finalmente, comenzaron a cerrarse los maestros gremiales ; a los oficiales que no eran hijos o yernos de maestros se les hizo muy difícil, y con frecuencia completamente imposible, el llegar a maestros. Así la situación de oficial se hizo cada vez más una situación definitiva, cesando de ser una estación intermedia entre aprendiz y maestro.

Cuando comenzaron los maestros a actuar como capitalistas, la natural consecuencia de ello fué que la relación entre ellos y sus trabajadores adquirió algo de la agudeza del posterior contraste entre empresario capitalista y proletario asalariado. Pero los oficiales no se podían comparar con los humildes, deprimidos proletarios de la gran industria incipiente. Arrogantes y con gusto para la lucha, no sólo paraban cada golpe que se dirigía contra ellos, sino que lo contestaban cuando podían con un golpe aún más brusco de su parte. Las ciudades eran pequeñas, y por eso, relativamente reducido el número de oficiales de cada oficio en una ciudad. Eran tanto más fáciles de reunir, cuanto que, por regla general, cada oficio trabajaba en una calle especial. El trabajo separaba, naturalmente, a los unos de los otros ; sólo pocos, rara vez más de uno o dos, trabajaban con un maestro. Pero el trabajo no llenaba su vida. El número de días festivos en el año era legión ; la camaradería jugaba entonces, en la vida de cada individuo, un papel tan grande como el trabajo, y la camaradería unía a los

tes ; no es, pues, extraño que la posición de los oficiales frente a los maestros fuera relativamente muy favorable. Las armas que empleaban eran la huelga y el boicot, y estas armas no dejaron de usarse. A nuestros ilusos corpora- tivistas que sueñan con el restablecimiento del artesanado medieval y que de este modo esperan el establecimiento de la paz entre los trabajadores y sus explotadores se les pondrían los pelos de punta si hoy, en relación con la extensión de la industria, hubiera huelgas tan frecuentes y encarnizadas como en los correspondientes oficios durante los siglos XV y XVI.

Primero intentó el naciente Poder público moderno enseñar modales a los oficiales. El mantener en su depresión a los trabajadores fué una de las primeras obras de caridad de la burguesía, y se ha mantenido hasta hoy como una de sus principales tareas. Comenzó la época de las tasas de salarios — es decir, salarios máximos — y de la prohibición, o al menos de la reducción policial de todas las organizaciones de asalariados. Sin embargo, no consiguió tampoco el Estado acabar por completo con los oficiales. Sabían ellos tan bien como sus adversarios cuánta fuerza poseían mediante la concentración de sus fuerzas, y qué inermes estarían sin organización. Intentaban aferrarse a la misma con la mayor tenacidad. Donde se les hacían imposibles las organizaciones públicas, las fundaban secretas. Los temibles castigos y malos tratos que por ello se les imponían no podían disolver su Asociación. Los dolores y privaciones que la ley de socialistas trajo al proletariado alemán fueron, si bien bastante malos en sí y por sí, un juego de niños frente a lo que tuvieron que soportar los trabajadores en algunos países durante los últimos siglos y hasta la mitad del XIX. Y, sin embargo, han superado victoriosamente todas las persecuciones.

La mayoría de los trabajadores de la incipiente manufactura capitalista no poseían la misma fuerza de resistencia que los oficiales del artesanado. Las manipulaciones necesarias para la elaboración de un producto entero están,.

como hemos observado ya, distribuidas en la manufactura entre distintos trabajadores, cada uno de los cuales ejecuta tan solo una o varias relativamente sencillas operaciones.. El aprendizaje del trabajador se acorta así, y comienza a introducirse el trabajo de mujeres y niños. Además, encontramos grandes ejércitos de obreros bajo el dominio de las manufacturas en las ciudades industriales. Es imposible que un trabajador conozca a los otros personalmente, lo que ocurría, sin pretenderlo, en las pequeñas ciudades medievales con los oficiales. Con el desarrollo de las grandes ciudades sufrieron también, en parte, claro está, los oficiales artesanos ; pero no tanto, pues en la misma medida en que aumentaba su número, crecía también la multiplicidad y consiguiente desunión de sus adversarios los maestros. En las explotaciones capitalistas, por el contrario, se encontraban numerosos obreros frente a pocos empresarios, que podían entenderse fácilmente entre sí.

A esto se añadió el que en las viejas ciudades la forzosidad gremial impedía el desarrollo de las manufacturas. Estas Empresas necesitaban ser colocadas fuera del dominio de la coacción gremial, con frecuencia, en campo abierto, donde los trabajadores eran fácilmente vigilados, no encontraban apoyo en otras capas de la población trabajadora y quedaban aislados, entregados a la única oportunidad de trabajo de la manufactura.

Por último, se reduce mucho para los trabajadores el tiempo dedicado a reuniones gremiales de compañeros, ese importante medio

contramos ahí toda una serie de grados jerárquicos entre los trabajadores, como entre los criados de una gran casa de lujo. Bien es cierto que la adscripción a cada uno de esos grados *te* determinaba en particular por el rendimiento de los trabajadores en la producción y no por su docilidad ; la jerarquía no empolla en ellos las condiciones de la servidumbre; pero produce tan grandes diferencias en los intereses de los distintos grupos de trabajadores de una Empresa, que sólo con mucha dificultad pueden llegar a ser conscientes de su comunidad de intereses.

Ciertamente, poseen los trabajadores de la manufactura una gran ventaja todavía : aun cuando su aprendizaje sea mucho más corto que en el artesanado, su trabajo descansa, sin embargo, en una habilidad manual que sólo puede ser alcanzada por una larga práctica. No son por ello fáciles de sustituir.

Siendo tan grande ya en el grado de desarrollo de que aquí tratamos el número de proletarios parados que buscan trabajo, el número de los obreros de manufactura adiestrados aún entre ellos reducido. El ejército industrial de reserva tiene aún poca significación para los trabajadores en general del período de manufactura.

Pero la máquina cambió esto, hizo utilizable toda la masa de los parados de la industria y arrojó también a mujeres y niños de los proletarios en manada al mercado de trabajo. Ya hemos visto con qué resu'.fados para la fuerza de resistencia de los trabajadores.

Desde la introducción de la maquinaria en la producción, el proceso de transformación de toda la industria en industria capitalista toma un *tempo* enormemente rápido. Pero no en todos los terrenos de la producción se cambian inmediatamente las explotaciones capitalistas en fábricas que producen con máquinas. La manufactura se ha sostenido, incluso hasta hoy en algunos terrenos, por ejemplo, en la composición de imprenta. Hay ramas de la industria en las que también puede ser mantenida algún tiempo la producción a modo artesano en explotación capitalista, por

ejemplo, en la sastrería, en tanto que no sirve a la produc ción en masa. De ordinario, claro está, la explotación capitalista de una industria que se encuentra todaváa en el grado del artesanado, no conduce a la gran explotación, sino a explotaciones enanas, caseras. Y los trabajadores de la industria casera son los más desvalidos de todos.

Se sostienen también bajo el dominio de la gran industria explotada con máquinas en el sistema de producción capitalista una serie de ramas de la industria — que cada vez se funden más unas con otras —, las cuales no pueden carecer de trabajadores adiestrados que hayan adquirido una cierta habilidad. La gran industria misma orea una serie de nuevas ramas del trabajo, o ensancha las ya existentes, que suponen una especial fuerza o habilidad, o un especial saber, y que no tienen que temer de la competencia de los trabajadores no instruidos, o de mujeres y niños. Esto pudo y puede decirse en gran parte, por ejemplo, de algunas ramas de la extracción y laboreo de metales.

El proletariado que trabaja se divide, según esto, en dos grandes capas : una elevada, favorecida en distintas relaciones por las circunstancias, la de los trabajadores instruidos, o hábiles (en inglés *skilled),* o cualificados. Bajo esta capa se extiende la gran masa de trabajadores, creciente por días, que se ocupa en actividades cuyo aprendizaje no exige ningún conocimiento previo o habilidad o aptitud especiales; por muy hábiles, instruidos o aptos que sean algunos de estos trabajadores, caen dentro de la rúbrica de los trabajadores no instruidos, no hábiles *(unskilled)* o no cualificados, fácilmente sustituíbles, que no merecen consideración ninguna y cuya fuerza de resistencia es baja.

A los obreros mejor colocados, cualificados, compete la vanguardia en la lucha por la elevación de la clase trabajadora. Constituyen los elementos combativos del proletariado, aquellos que se encuentran antes en situación de ofrecer resistencia al capital. Y han demostrado su combatividad en numerosas luchas.

Su posición presenta alguna analogía con la de los ofi

cíales artesanos gremiales ; sus tradiciones ¡as han mantenido en su medio de muchos modos ; sus métodos de organización y lucha han llegado a constituir su modelo. Las nuevas organizaciones de lucha económica de los trabajadores — y por cierto, al principio sólo de los trabajadores cualificados —, los Sindicatos, son continuaciones directas de las antiguas hermandades, y con frecuencia, al menos en los comienzos del movimiento sindical, han crecido sobre las tradiciones dejadas a los asalariados por las comunidades gremiales.

El parentesco originario del movimiento sindical con el movimiento gremial no se manifiesta sólo en el espíritu y fuerza de resistencia de los Sindicatos. Con él penetró también en ellos un espíritu gremial, una tendencia hacia una separación en castas, hacia la persecución unilateral de los estrechos intereses del oficio sin atención a los intereses generales de los trabajadores. A veces puede llevar éste a que los Sindicatos de obreros cualificados no sólo abandonen todos los deberes de la solidaridad con la clase trabajadora entera, sino que intenten el logro de ventajas directamente a costa de los demás trabajadores, acaso mediante la limitación del número de aprendices que han de ser instruidos en su oficio. Con esto disminuyen la oferta de trabajo en el propio oficio ; pero sólo a costa de los trabajadores en otras ramas del trabajo que no tienen fuerza para establecer tales limitaciones, habiendo de dirigirse entonces tantas más fuerzas de trabajo a esos oficios.

A veces hay oficios cuyos miembros organizados se distinguen, como «aristócratas» del trabajo, de la «plebe» y tratan de empinarse sobre sus hombros. Esto ocurría, por ejemplo, todavía hace algún tiempo, en Alemania con la mayoría de los tipógrafos. En Inglaterra los obreros cualificados se han separado en su totalidad de los no cualificados. A éstos se reunieron todavía los obreros de ramas del trabajo colocadas bajo la ley de fábricas y puestos mediante ella en una posición favorable. Estos trabajadores mejor colocados formaban hasta hace poco — y forman en

parte todavía — una aristocracia del trabajo separada de la gran masa del proletariado asalariado.

Donde el movimiento sindical lleva hacia un cultivo del unilateral espíritu de casta y a la separación aristocrática de los obreros mejor colocados, no coopera a la elevación del proletariado como clase, sino, al contrario, está en situación de frenarla y demorarla. Es un medio mucho más eficaz que las brutales y rudas medidas de opresión que gusta de emplear la consabida sabiduría oficial. Las medidas dirigidas contra las organizaciones de lucha de la clase trabajadora son, por el contrario, el medio más eficaz para fundir en una resistencia común contra la opresión i los obreros cualificados con los no cualificados.

Solamente los menos espirituales y doctos hombres de Estado piensan todavía hoy poder mantener oprimido al proletariado con tales medidas. Los enemigos más peligrosos del proletariado son, por el contrario, aquellos que, no presentándose como sus adversarios, sino como sus amigos, intentan dividir al proletariado mediante un movimiento sindical con el espíritu descrito y transformar a sus elementos más capaces de resistencia, de adalides en opresores de sus elementos inás inermes. Estos falsos amigos de la clase trabajadora cultivan también en Alemania su falsía ; sobre todo, hasta ahora, en las Universidades. Pero intentan también ganar a su influencia a los propios trabajadores. Por suerte, son demasiado limitados los partidos dominantes, los trabajadores alemanes demasiado perspicaces y las relaciones económicas están demasiado desarrolladas para que puedan perjudicar mucho esos señores.

tendencias aristocráticas ; pero más tarde o más temprano le ocurre esto a la capa de trabajadores de que se habla.

Ningún oficio retrocede una vez que ha sido cogido por la revolución técnica, que sustituye trabajadores instruidos por no instruidos ; que somete al hombre **a** la competencia de la mujer *y* del niño. A pesar de todas las limitaciones del número de aprendices, etc., sube en cada oficio el número de los parados en relación con los trabajadores que puede mantener. Asciende el número de aquellos trabajadores instruidos que, porque no ganan bastante, tienen que estar fuera de las organizaciones *y* pueden ser utilizados contra los trabajadores organizados. De día en día deben reconocer aun los trabajadores más vigorosamente organizados y con las cajas más llenas que la resistencia contra los efectos depresores del capitalismo está lejos de ser una tarea para cuya superación hayan crecido bastante las organizaciones de los oficios aislados. Necesitan reconocer que ellas son tanto más débiles cuanto más débil sea todo el proletariado, y tanto más fuertes cuanto más fuerte sea éste. Tienen que llegar al convencimiento de que es una mala política querer empinarse sobre los hombros de gentes que se hunden en un pantano y que, elevándose sobre ellas, se las aprieta más hacia abajo. Necesitan cuidar de tener un suelo firme bajo los pies si quieren alcanzar la altura y mantenerse en ella. No pueden elevarse del pantano sin ayudar a las capas más hundidas que se encuentran bajo ellos.

Así logran, una tras otra, las capas «aristocráticas» de trabajadores considerar sus luchas contra la explotación, no como luchas singulares en las que actúan en persecución de sus singulares intereses, sino como parte de la gran lucha de clases que todo el proletariado lleva adelante. Alcanzan el reconocimiento de que las

ses de aquellas capas de proletarios que todavía no están en situación de protegerlos por sí mismos; que todavía se encuentran fuera del marco del movimiento obrero.

Al mismo tiempo se eleva también de las filas del proletariado no cualificado una capa tras otra. Ya la contemplación de las grandes luchas de los trabajadores cualificados influye en sacudir y animar a muchos de sus hermanos no cualificados. Ya hemos reflexionado sobre el efecto análogo que producen las luchas por la protección del trabajador. Todavía una serie de otras causas actúa acá y allá para dar lugar a que penetre en las filas del proletario que lucha una capa de trabajadores a consecuencia de una coyuntura favorable.

Los resultados económicos directos de las luchas del proletariado no cualificado son, por regla general, escasos. Su historia es «una larga serie de derrotas, interrumpida por unas cuantas victorias aisladas» (Engels). Pero igual que el gigante Anteo de la fábula griega, los proletarios sacan nuevas fuerzas de la derrota. Como siempre tiene que ocurrir al terminar la lucha, ella misma es la que eleva moralmente al trabajador, haciendo surgir y poniendo en vigor todas aquellas cualidades que hemos señalado antes como características del proletariado, que propulsan su renacimiento moral y social, incluso cuando no aportan nada a su elevación económica o quizá tienen por consecuencia un empeoramiento de su situación económica.

Así se formó poco a poco, con proletarios cualificados y no cualificados, la capa de la clase trabajadora que se encuentra en movimiento — el movimiento obrero ■—. Es la pane del proletariado

además que cada vez son más determinantes para las otras clases trabajadoras sus condiciones de vida ; que sus sentimientos e ideas son cada vez más influidos por las suyas ; ahora vemos que esta masa en continuo crecimiento de la parte combativa no sólo es cada vez mayor en sí y por sí, sino también relativamente. Siendo tan rápido el crecimiento del proletariado, su parte luchadora crece aún más de prisa.

El proletariado luchador es, bajo todo concepto, el más importante y fértil campo de reclutamiento de la Socialdemocracia. Ella no es otra cosa, en esencia, que la parte del proletariado luchador consciente de su fin ; éste tiene la ten dencia a identificarse cada vez más con la Socialdemocra cia ; en Alemania y Austria, uno y otra se confuden de hecho.

9. - La lucha política

Así como el proletariado imitó en sus primitivas organizaciones de resistencia las de los oficiales artesanos, así también sus medios de lucha primitivos son, sobre todo allí donde se presenta en masas cerradas, los mismos que empleaban los oficiales artesanos: el boicot y, especialmente, la huelga.

Pero el proletariado no puede detenerse en estos medios de lucha. Cuanto más se encierren en una sola clase trabajadora las distintas capas que lo integran, tanto más necesitan tomar sus luchas un carácter político, pues, como ya dice el *Manifiesto comunista,* toda lucha de clases es una lucha política.

Ya las necesidades de la pura luóha sindical obligan a los trabajadores a mantener exigencias políticas. Hemos visto cómo el Estado moderno ha considerado que su principal tarea frente a los asalariados era imposibilitarles la organización. La organización secreta sólo puede ser un sustitutivo deficiente de la pública, y tanto más cuanto mayores sean las masas que hayan de abarcarse en un cuer

po. Cuanto más se desarrolle el proletariado, tanto más necesita de la libertad de asociación, de la libertad de coalición.

Pero esta libertad sola no basta ; el proletariado debe ser puesto en situación de establecer sus organizaciones con la mayor plenitud posible y de emplearlas con la mayor adecuación posible. Hemos hecho notar ya qué fácil les fué a los oficiales artesanos encontrase agrupados. En cada ciudad trabajaban tan pocos, relativamente, en cada oficio y casi siempre, además, apretados en una calle, que estaban en continua y personal relación. lTna sola taberna bastaba para contener a los oficiales de un oficio. Cada ciudad formaba por sí misma, poco más o menos, un todo económico. Las vías del tráfico eran malas ; el tráfico de ciudad - ciudad, reducido. Los distintos aprendices artesanos que iban de una parte a otra bastaban por completo, bajo estas circunstancias, para mantener la relación entre las organizaciones de oficiales de las distintas ciudades.

Hoy trabajan en los grandes centros industriales miles de obreros, de los que cada uno se encuentra en estrecha comunicación personal sólo con algunos pocos compañeros de trabajo ; pero no con la gran masa de sus camaradas. Para poner en comunicación recíproca a estas masas, despertar en ellas la conciencia de su amplia comunidad de intereses y llevarlas a organizaciones encaminadas a proteger tales intereses, es precisa la posibilidad de poder hablar libremente a grandes masas, es precisa la libertad de reunión y de prensa. Los oficiales artesanos no necesitaban de la prensa. Para los pequeños

lejanos ; si se encuentran en un conflicto con sus obreros pueden sustituirlos fácilmente por fuerzas de trabajo forasteras, cuando éstas no están en relación con aquéllas. El desarrollo del tráfico hace cada vez más necesario reunir los distintos movimientos obreros locales de los distintos oficios en un solo movimiento que comprenda a todo el proletariado que lucha en el país y, por último, en todos los países industriales. Esta reunión nacional e internacional del proletariado necesita, más aún que la organización local del trabajo, la prensa.

Así vemos cómo en todas partes donde la clase trabajadora da señales de vida, donde hace los primeros intentos para alcanzar una elevación de su situación económica, junto a las exigencias puramente económicas plantea también otras políticas, especialmente las exigencias de libertad de asociación, reunión *y* prensa. Estas libertades tienen la mayor significación para la clase trabajadora ; corresponden a aquellas de sus condiciones de vida absolutamente indispensables para su desarrollo. Significan luz y aire para el proletariado, y quien se las malogre o detente o quiera detener a los trabajadores en la lucha por la adquisición y ampliación de estas libertades debe ser incluido entre los |>eores enemigos del proletariado, por más que sienta o simule el mayor afecto hacia él, por más que se nombre anarquista o cristianosocial o como quiera. Tanto como sus enemigos declarados perjudican éstos al proletariado, y es indiferente que obren por maldad o por simple ignorancia : deben ser tan combatidos como los adversarios reconocidos del proletariado.

Se han contrapuesto a veces la lucha política y la económica, declarando necesario que el proletariado se aplique unilateralmente sólo a la una o a la otra. En realidad, no se pueden separar ambas. La lucha económica exige los citados derechos políticos; pero no caen del cielo, sino que su consecución y mantenimiento requieren la más enérgica actividad política. La propia lucha política, sin embargo, es también, en último término, una lucha económica, y con

frecuencia hasta de un modo directo, potr ejemplo, en materia de aduanas, protección del obrero y otras análogas. La lucha política es sólo una forma especial, la que más abarca y casi siempre también la más aparente, de la lucha económica.

No sólo las leyes que afectan directamente a la clase trabajadora, sino también l¿i gran mayoría de las otras, tocan más o menos a sus intereses. Como urdas las demás clases, debe también esforzarse la clase trabajadora por alcanzar influencia política y poder político, por poner **A SU** servicio el poder del Estado.

Para esto hay dos caminos en el moderno Estado: el primero, la influencia personal sobre el jefe del Estado. Esta era — y es — en los Estados de Gobierno absoluto la única posibilidad de influir en la administración del Estado. Se da en interés de aquellas clases que tienen acceso personal al jefe del Estado y están en situación de alcanzar su favor, para hacerlo depender de él o utilizarlo. Estas clases, el noble cortesano, el alto clero, las cumbres del ejército, así como, en fin, los credatarios, los señores de la alta finanza, son por eso los participantes de la forma de Gobierno absolutista. Todas las demás clases de la población pueden tan sólo influir en un gran Estado moderno ganando influencia en la Administración pública mediante ' un Parlamento elegido por ella, un Parlamento que establezca las condiciones bajo las cuales las clases que él representa están dispuestas * consentir las necesarias aportaciones de la población para la administración del Estado. El derecho y la posibilidad de la negativa de contribuciones es el fundamento sobre el que se han desarrollado los derechos de hacer o derogar leyes y derribar Ministerios, derechos que tiene todo Parlamento digno de su nombre, que es, según se ha hecho notar, un obstáculo del absolutismo.

Prescindiremos aquí de la legislación directa por el pueblo. No puede, al menos en **un** gran Estado moderno — y sólo de tales tratamos aquí —, hacer superfluo el Parlamen-

lo, podiendo tan sólo, ■ lo sumo, actuar junto ■ él, corrigiendo su actividad en casos particulares. Abandonar ■ ella toda la legislación del Estado es absolutamente imposible, y mucho menos posible es vigilar con ella la administración del Estado y dirigirla en caso necesario. En tanto subsista el gran Estado moderno, estará siempre el centro de gravedad de la actividad política en su Parlamento.

La última consecuencia del parlamentarismo es la República parlamentaria ; si ésta mantiene la realeza como elemento decorativo, como hacen los ingleses, o no, es bastante indiferente. De hecho, la Administración pública de un pafe verdaderamente regido por el sistema parlamentario cae en plena dependencia del Parlamento, que tiene en su mano el saco del dinero, es decir, el alma del Estado moderno como de toda Empresa moderna. Y un rey sin dinero es hoy peor aún que un rey sin territorio.

Los esfuerzos de todas las clases que desarrollan una poderosa e independiente vida política } que no tienen perspectiva ninguna de llegar rápidamente a sus fines mediante influencia persona' sobre la jefatura del Estado, van, en el moderno Estado, por una parte, hacia el aumento del poder del Parlamento, y por otra parte, hacia el aumento de su poder en el Parlamento. El poder del Parlamento depende de la fuerza y del ánimo de las clases que se encuentran tras él y de la fuerza y el ánimo de las clases cuya voluntad ha suplantado. El poder de una clase en el Parlamento depende, en primer término, de la forma del derecho electoral. Clases que no poseen ningún derecho electoral no pueden, naturalmente, estar representadas en el Paramento. Después, depende del poder e influencia que esa clase tenga en el círculo de los electores, y en iin, depende de las condiciones de dicha clase para la actividad parlamentaria.

Los primeros puntos no requieren aclaración ninguna, y sólo al último se dedicarán algunas palabras. La actividad política no es una cosa para cualquiera. Supone una cierta destreza que sólo puede ser alcanzada mediante una larga

practica, sobre todo oratoria, en la vida publica. Exige, además, un amplio campo visual, una mirada capaz de abarcar cuestiones de significación nacional e internacional. La población rural e igualmente la mayor parte de la pequeñoburguesa carecen de estas condiciones necesarias para la participación en la vida parlamentaria. Hemos visto cómo estos círculos están completamente embargados por el trabajo productor. Pero el trabajo los aísla, separa los unos de los otros, limita la comunicación de cada uno a un pequeño círculo. Su campo de visión es, por fuerza, enormemente limitado ; miden también cuestiones de la significación mas general con la medida de momentáneas necesidades ¡x?rsonales o, a lo sumo, locales. Sus condiciones de vida no sólo impiden la formación de políticos parlamentarios entre ellos, sino que impiden también que estas c'a- ses constituyan sólidos partidos nacionales — en el sentido de partidos que comprendan a toda la clase en el territorio de la nación —. Forman masas sin cohesión, dominadas por humores de momento ; no sólo carecen de condiciones para enviar representantes de su propia clase al Parlamento, sino tampoco de mantener bajo agudo control a los hombres elegidos por ellas. Un artesano o un campesino auténtico en un Parlamento es una mosca blanca. Si los campesinos y pequeñoburgueses quieren estar representados en el Par amento, entonces no eligen a sus iguales, sino a un abogado o profesor, si son liberales ; a un gran terrateniente, clérigo o alto funcionario, si son conservadores. Claro está que un tal diputado, incluso cuando tiene honradas intenciones, no constituye el más certero representante de tos intereses artesanos y campesinos. Pero con mucha frecuencia le faltan las honradas intenciones. Una vez en el Parlamento, es libre de hacer lo que quiera ; a sus electores les faltan los medios para influir sobre él. Pueden, a lo sumo, hacer fracasar en la próxima elección * los traidores para... elegir a otros traidores.

I No es milagro que campesinos y pequeñoburgueses ha- I bien mal del oarbinentarismo. Muy distinto ocurre con la

burguesía. Tiene a su disposición todos ios medios materiales y espirituales para proteger sus intereses, tanto en las luchas electorales como en las luchas dentro del Parlamento. No sólo dispone de medios económicos suficientes ; encuentra también en sus lilas numerosos cultos ; hombres con conocimiento del mundo, hombres acostumbrados a administrar grandes organizaciones sociales, hombres que han hecho una profesión del conocimiento de la ley y de la oratoria ¡ abogados y profesores. Ninguna otra clase ha llegado hasta ahora a igualársele en esto ; por eso ha dominado los Parlamentos en la época más temprana ; el parlamentarismo se le ha mostrado como el medio más eficaz y adecuado por su esencia para asegurar su dominio en el Estado y poner a su servicio la fuerza política de las clases inferiores.

El pequeño burgués radical, que quisiera arruinar el capitaásmo, está por ello inclinado a ver en el parlamentarismo la causa principal que mantiene j eterniza la servidumbre de las clases inferiores. No quiere saber nada de él, y está convencido de que sólo con la plena supresión del parlamentarismo puede realizarse la ruina de la burguesía, l.os unos piden la completa sustitución del Parlamento por la legislación directa ; los otros van aún más lejos ; reconociendo que en el Estado moderno están inseparablemente unidos política y parlamentarismo, condenan toda actividad política. Esto, que parece sonar a más revolucionario, no es, sin embargo, de hecho, más que una declaración de bancarrota política de las clases inferiores.

El proletariado se encuentra frente al parlamentarismo en una situación más favorable que campesinos y pequeñoburgueses. Ya hemos visto cómo eh moderno sistema de producción eleva al proletariado de la trivialidad, cómo despierta en él sed de saber y de entender la totalidad de los fenómenos, las grandes cuestiones de significación general. Ya con esto supera, como político, al pequeñoburgués y campesino. Está en condiciones más beneficiosas para comprender principios de partido, se inclina hacia una política

de principios no influida por humores de momento, por intereses personales o locales. Las condiciones de vida en que se encuentra le obligan también ■ reunirse con sus compañeros en grandes masas, j marchar de acuerdo con ellos. Sus condiciones de vida crean en él una estrecha disciplina, que él exige de sus adalides, como éstos de éí. Y la actividad para conseguir el favor de las organizaciones proletarias, así como la actividad en ellas, es una excelente escuela parlamentaria ; aco tumbra a las formas parlamentarias, hace oradores, prácticos en la legislación y organizadores.

E. proletariado está por eso en situación — y ya lo ha demostrado, como se sabe bien, en Alemania — de crear un partido propio, independiente de las otras clases, lo que ni campesinos ni pequeñoburgueses han logrado hasta ahora y lo que ya nunca podrán lograr en ninguna parte ; sabe muy bien, además, controlar a sus representantes y mantenerles al servicio de sus intereses (*) ; encuentra por fin cada vez más gente en sus propias filas capaz de representarle con éxito como diputado en el Parlamento.

Allí donde el proletariado, como clase consciente de sí misma, toma parte en las duchas para el Parlamento — especialmente en las luchas electorales — y en el Parlamento, comienza también a cambiar el parlamentarismo su antigua esencia. Cesa de ser un medio de dominación de la burguesía. Justamente estas luchas se revelan como el medio más poderoso para sacudir a las capas del proletariado que todavía permanecen indiferentes e inspirarles esperanza y confianza ; se revezan como el medio más poderoso

(*) Se opondrán, quizá, ■ esta afirmación los «diputados obreros» ingleses que con tanta frecuencia han traicionado en «4 Parlamento . la clase trabajadora ; pero estos señores deben su elección no a Ja influencia de toda la clase trabajadora, sino de una altiva aristocracia <iei trabajo, de tipo gremial, que quiere elevarse sobre el proletariado, los señores Broadhurst y consortes han actuado siempre sólo en el •mtido ***iv*** estos electores suvoe.

para soldar, cada vez con más firmeza, en una clase trabajadora unitaria a las distintas capas de proletarios y, en fin, como el medio imís poderoso que existe hoy a disposición del proletariado para influir a su favor en el Poder público y obtener de él aquellas concesiones que según las condiciones del momento pueden ser obtenidas ; en pocas palabras, estas luchas son las palancas más eficaces para elevar al proletariado de su miseria económica, social y moral.

La clase trabajadora no sólo carece de motivos para mantenerse alejada del parlamentarismo, sino que tiene todos los motivos para actuar del modo más decisivo en favor del robustecimiento del Parlamento frente a la Administración pública y del robustecimiento de su representación parlamentaria. Junto al derecho de coalición y • la libertad de prensa, el sufragio universal constituye una condición de vida para el próspero desenvolvimiento del proletariado.

1 0. — El partido obrero

No en todos los países posee ya la clase trabajadora estas condiciones de vida, y en casi ninguno las posee en medida suficiente ; en casi todas partes existe la tendencia a suprimirle lo ya ganado. Hicieron falta luchas largas y llenas de sacrificios para que la clase trabajadora lograra y mantuviera los derechos políticos necesarios.

En los comienzos de sus luchas políticas vió a veces el proletariado aliviada su tarea por las luchas que había en el seno de las mismas Clases poseedoras. Los capitalistas industriales, los comerciantes, los terratenientes, las clases artesanas, absolutistas, etc., caían con frecuencia en duras divisiones entre sí. Cada una de ellas intentaba bajo esas circunstancias inducirlo a aliarse con ella mediante una pequeña concesión. Con frecuencia, tras una victoria ganada engañaban al aliado en su participación en el botín ; por otra parte, también se ha visto con frecuencia inducido

un partido político • conceder un derecho político de tm- portancia a una de las clases inferiores, para ponería en situación así de poder prestar a ese partido servicios eficaces.

Los partidos dominantes han apelado con bastante frecuencia al proletariado ; ellos mismos le han empujado a la arena de la lucha política. En tanto que aún no hubo alcanzado una política independiente, le tuvieron por un simple «rebaño electoral», que se dejaba utilizar igual que campesinos y pequeñoburgueses para prestar obediencia mistar a sus propios explotadores. Y de hecho ha prestado con bastante frecuencia este servicio.

Son. sin embargo, de naturaleza demasiado contradictoria los intereses del proletariado y de la burguesía para que marchen permanentemente unidos los esfuerzos políticos de ambas clases. Más tarde o más temprano, el sistema de producción capitalista tiene que llevar en cada país la participación de la clase obrera en la política a separarla de los partidos burgueses y a formar de ella un partido independiente : el partido obrero. Esto está en la naturaleza de las cosas y no hace falta ninguna nueva aclaración sobre las explicaciones que tenemos dadas acerca de los intereses, esfuerzos y concepciones de ambas clases.

El momento en que el proletariado llega a dar en un país ese paso decisivo de romper en cierto modo el cordón umbilical que políticamente le une a la sociedad burguesa, saliendo de su seno, depende ante todo del grado de desarrollo económico del país correspondiente, según el cual se determina principalmente la magnitud, fuerza y perfil del proletariado. Pero hay aún toda una serie de otras condiciones que tienen significación para el comienzo de la independencia política de la clase trabajadora. Dos de ellas merecen especial mención : el grado de perspicacia de la c'.ase trabajadora para las relaciones políticas y económicas y la actitud de los partidos burgueses frente « ella. Ambas condiciones han sido hasta ahora en Alemania muy favorables para la separación política de los trabajadores

respecto de la burguesía, mucho más favorables que en ninguno de los otros grandes Estados industriales; así ha acontecido que en Alemania el movimiento obrero en vías de independencia respecto de ios partidos burgueses va mucho más adeJantado que los movimientos obreros de otros países.

Pero siendo diferente, bajo el influjo de las distintas condiciones, el momento en que el movimiento obrero de los distintos países de producción capitalista se condensa en un partido obrero independiente, el proceso económico lleva a ello, con forzosidad, en todos esos países.

Un tal partido político necesita tener como meta el dominio político. Ha de procurar poner a su servicio, es decir, al servicio de los intereses de la clase que representa, el Poder público ; ha de procurar hacerse el partido dominante en e> Estado. Organizándose la clase trabajadora como partido independiente, le es dado, naturalmente, alcanzar este fin y asimismo lleva el proceso económico hacia su consecución. También en esto como en la separación del trabajador respecto de los partidos burgueses no depende sólo el momento de producirse tal acontecimiento del grado de de.senvolvimiento industrial del país, sino que vienen a contribuir también a su determinación una serie de otras relaciones de naturaleza nacional e internacional. También puede ser muy diferente el modo y manera como se ejecute. Pero lo que no puede tener duda para nadie, pues lo ha traído consigo el proceso económico y político de la sociedad moderna, sobre todo en el curso del último siglo, es la forzosidad de la victoria final del proletariado. Mientras que cada vez aumenta más en extensión, en fuerza moral y política y en su condición de económicamente indispensable ; mientras que >a lucha de clases le educa en la solidaridad y disciplina y ensancha su campo visual ; mientras que sus organizaciones crecen continuamente en contorno y perfil ; mientras que dentro del dominio del sistema de producción capitalista se hace cada vez más importante y, por último, se convierte en la única clase que

trabaja, haciendo depender de su actividad toda la sociedad, «v funden cada vez más entre sí las clases enemigas del proletariado, pierden a ojos vistas fuerza moral y política, y no sólo se hacen superfluas, sino en parte obstaculizado- ras para el progreso de Vi producción que, dirigida por ellas, cae en confusión cada vez más incurable, originándole situaciones cada vez más insoportables.

A la vista de esto no es dudoso el lado de que se inclinará la batalla. Ya desde hace tiempo el horror ante su próximo fin ha amontonado ■ las clases poseedoras. No quieren confesar la temerosidad de su situación ; intentan mentir sobre ella y alegrarse de ella ; se hacen a sí mismos ciegos para no ver el abismo hacia el que caminan, y no se dan cuenta de que con su ceguera precipitan su caída y la hacen aún más incurable.

El proletariado, como la clase inferior que es entre las explotadas — el proletariado del hampa no es explotado : corresponde a los parásitos —, no puede emplear el dominio que conquiste, como han hecho antes que él otras clases, para deslizar sobre otros hombros el peso de la explotación, convirtiéndose él mismo en una clase explotadora. Necesita emplearlo en poner fin a su explotación, y con ella, a toda explotación en la sociedad burguesa. La raíz de su explotación es la propiedad privada de los medios de producción. El proletariado puede suprimir aquélla tan sólo suprimiendo ésta. Si su falta de propiedades hace posible ganar al proletariado para la abolición de esta propiedad privada, su explotación obliga al proletariado a ejecutar esa abolición y colocar la producción en común en lugar de la producción capitalista.

Pero hemos visto que aquélla no puede llegar a ser forma general de la producción bajo el dominio de la producción de mercancías. Para poner en lugar de la producción capitalista, con valor general, la producción en común es indispensable introducir en tugar de la producción para el mercado — producción de mercancías — la producción para la comunidad y bajo el control de la comunidad. La pro

ducción socialista es, pues, la consecuencia natural de la victoria del pro'etariado. Pero si quisiera, inconscientemente, emplear su dominio en el Estado en apoderarse por medio del Poder público de los medios de producción y establecer la producción socialista en lugar de la producción capitalista de mercancías, la lógica de los hechos daría lugar a que esto surgiera finalmente ; pero quizá, sin embargo, después de toda c^ase de desaciertos, errores e inútiles sacrificios, después de innecesarios derroches de fuerza y de tiempo. Pero la producción socialista necesita venir, y vendrá. Su victoria es inevitable, por cuanto se ha hecho inevitable la del proletariado. Este debe cuidar de emplear su victoria en la supresión de la explotación, y sólo puede alcanzar este fin mediante la producción socialista. El proceso político y económico ofrece por sí mismo en las grandes Empresas, *cártels,* administración del Estado, los puntos de enlace ; él mismo empuja al proletariado en dirección al Socialismo, haciendo fracasar todos aquellos intentos que el proletariado, victorioso en un país, haga por moverse en otra dirección y poniéndole, por fin, de nuevo en el camino del Socialismo cuando se haya desviado en el comienzo.

No se puede esperar, sin embargo, que el proletariado de ningún país adopte una tal actitud desviada una vez llegado al Poder. Esto no significaría sino que permanecía en la infancia en cuanto a conciencia y conocimiento, mientras que había llegado económica, política y moralmente a la edad adulta, poseyendo la fuerza y la aptitud para vencer a sus poderosos adversarios y someterlos a su voluntad. Pero una tal desproporción en el desarrollo del proletariado es sumamente inverosímil. Ya hemos observado, con la mayor frecuencia, que gracias a la máquina se ha despertado en el proletariado, tan pronto como se elevó de su depresión inicial, un sentido teorético, una sensibilidad tan grande para los problemas y finalidades que están más allá del campo de los intereses momentáneos, que sería inútil buscar en las otras clases trabajado>ras y ocupadas en la

producción. Al mismo tiempo avanza tan rápidamente el proceso económico de '.a sociedad actual y se manifiesta en tan llamativos fenómenos de masas, que incluso los indoctos pueden reconocerlos tan pronto como se les muestren. Y esta demostración no falta, pues se ha hecho enormemente profundo y amplio tanto el total engranaje económico como el estudio de la marcha del proceso económico, gracias a la continuación por Carlos Marx de la obra comenzada por .a Economía burguesa clásica.

Todo coopera para hacer al proletariado en lucha sensible hasta el extremo a las doctrinas socialistas. El Socialismo no es para él un mensajero de desgracias, sino un alegre emisario, un nuevo evangelio. Las clases dominantes no pueden aceptar el Socialismo sin realizar su suicidio moral. El> proletariado saca de sí nueva vida, nueva fuerza, entusiasmo y esperanza i ¿y se puede permanecer mucho tiempo indiferente o desviado frente a tal doctrina?

Allí donde se forma un partido obrero independiente, acepta, forzosamente, más o menos pronto, tendencias socialistas, si acaso no está lleno de ellas de antemano ; ha de convertirse en un Partido Socialista Obrero : en una Socialdemocracia.

Ahora vemos rigurosamente limitado ante nosotros u principal campo de reclutamiento. Dicho brevemente, nuestras últimas explicaciones presentan el siguiente resultado : son las capas del proletariado industrial que luchan, que han alcanzado conciencia política, las que forman el soporte del movimiento socialista. Pero cuanto más crece el influjo del proletariado sobre capas sociales vecinas a él, cuanto más influyen sobre ellas sus sentimientos e ideas, tanto más serán impulsadas también éstas al movimiento .socialista.

La lucha de clases del proletariado tiene por natural finalidad la producción socialista ; no puede concluir antes de haberla alcanzado. Tan cierto como que el proletariado llegará por fin a ser la clase dominante en el Estado, es u victoria del Socialismo.

1 1. - *El movimiento obrero y el Socialismo*

Los socialistas no han reconocido desde el primer momento el papel que el proletariado luchador está llamado a desempeñar en *el movimiento socialista. No pudieron hacerlo en tanto que no hubo un proletariado en lucha. El Socialismo es, sin embargo,* más *antiguo* que la lucha de clases del *proletariado. Es* tan *antiguo* como la aparición *del proletariado,* en cuanto fenómeno de masas. Pero éste *ha existido mucho tiempo sin* una manifestación de vida *independiente.* La primera y entonces única raíz del Socialismo era la *compasión que* sentían los filántropos de las clases *superiores respecto* de los pobres y miserables. Los *socialistas eran ios más atrevidos y videntes de estos* filántropos, *aquellos que con más claridad reconocían* las raíces dei *proletariado en la* propiedad *privada de los* medios de *producción y no se asustaban de* extraer las consecuen- < ias extremas de este reconocimiento. *El Socialismo era la expresión* más caracterizada, *escudriñadora y magna de la* filantropía burguesa. No había ningún interés *de clase que* pudiera llevar « los socialistas de entonces hacia *la* lucha |Mir sus fines ; podían *dirigirse* sólo al entusiasmo y a la compenetración de los idealistas en las *clases* superiores ; intentaban *ganar* a éstos mediante .seductoras descripciones. por un lado, y mediante impresionantes cuadros de la miseria reinante, por otro. No con *la lucha,* sino con paco ticas predicaciones debían ser inclinados los ricos y poderosos i suministrar los medios para mitigar fundamentalmente la miseria y establecer la *sociedad ideal. Los socialistas de ese período han* esperado inútilmente, como es notorio, *de millonarios y* príncipes que su *magnanimidad redimiese* □ la Humanidad.

En los primeros decenios de nuestro siglo comenzó el proirtariado u dar señales de vida *independiente. En los*

años treinta encontramos ya en Francia, y sobre todo en Inglaterra, un fuerte movimiento obrero.

Pero los socialistas se mantenían incomprensivos frente i él. No creían posible que los pobres, indoctos, rudos proletarios, pudieran alcanzar aquella elevación moral y poder social que son exigióles para la ejecución de ,us aspiraciones socialistas. Pero no fué sólo desconfianza lo que sintieron frente al movimiento obrero. Les fué también incómodo, por la razón de que amenazaba robarles un argumento de efecto. Pues los socialistas burgueses sólo podían esperar que los burgueses sensibles se dieran cuenta de la necesidad del Socialismo cuando tuvieran la demostración de que éste era el único medio de pilotear en algún modo la miseria, de que todo intento de mitigación de la miseria. de elevación de los desheredados en la sociedad moderna era vano, y que los proletarios no podrían elevarse por su propio esfuerzo. El movimiento obrero partía de supuestos que contradecían esta ideología. Todavía hay que añadir otro factor. I^a lucha de clases entre proletariado y burguesía enconó, naturalmente, a la última contra los proletarios. Estos se transformaron a los ojos de la burguesía, de lastimosos desgraciados necesitados de ayuda, en lacayos reprobos, que era preciso derrotar y mantener hundidos. La raíz capital de! Socialismo en los círculos burgueses, la compasión ■ los pobres y míseros, comenzó • secarse. Las mismas doctrinas socialistas dejaron de parecer ■ la asustada burguesía un juguete inocuo, para cambiarse en un arma sumamente peligrosa que había caído en manos de la multitud y que podía traer por eso indecibles desastres. En una palabra, que cuanto más fuerte surgió el movimiento obrero, tanto más difícil se hizo ka propaganda socialista en las clases dominantes y tanto más adversas al Socialismo se mostraron éstas.

En tanto que los socialistas estuvieron en la idea de que sólo desde ¡as cla«es superiores podían llegarles los medios para el logro de los fines socialistas, hubieron de colocarse frente al movimiento obrero no sólo en actitud

de desconfianza, sino que incluso llegaron con frecuencia ■ colocarse en decidida enemistad, incanándose a la idea de que nada perjudicaba tanto al Socialismo como la lucha de clases.

La actitud esquiva de los socialistas burgueses frente ai movimiento obrero no quedó tampoco sin influir en la posición de los obreros frente al Socialismo. Cuando la parte del proletariado que se esforzaba no encontraba en sus luchas ningún apoyo en estos socialistas, antes al contrario, resistencia; cuando sus teorías amenazaban desanimarles en vez de encerderles, debieron de abrigar fácilmente desconfianza y desvió hacia la totalidad de Jas doctrinas socialistas, y no sólo ante su aplicación en las luchas del presente en el proletariado. Esto fué favorecido por la incultura y falta de ideología que dominaban en 'as masas, incluso del proletariado luchador, al comienzo del movimiento obrero. La estrechez de su campo visual les dificultaba la comprensión de la meta final del Socialismo y todavía les faltaba una conciencia ciara *y* penetrante de la posición social y de la misión de su clase ; sentían sólo un sordo instinto de clase que les enseñaba a guardar una actitud de desconfianza frente a todo lo que viniera de la burguesía, lo mismo frente al Socialismo de la época que frente a la filantropía burguesa.

En algunas capas de trabajadores, sobre todo en Inglaterra, esa desconfianza hacia el Socia'ismo ha echado hondas raíces. A sus efectos tardíos — entre otras muchas causas— hay que atribuir en parte el hecho de que Inglaterra haya sido tan inaccesible hasta hace dos decenios ■ los esfuerzos socialistas, aun cuando el nuevo Socialismo haya adoptado respecto del movimiento obrero una actitud completamente distinta a la de los utopistas burgueses.

Sin embargo de ser tan grande en tiempos el abismo entre el proletariado luchador y el Socialismo, éste se correspondía tanto con las necesidades del proletario más reflexivo, que incluso allí donde las masas eran adversas al Socialismo, las mejores cabezas de la clase trabajadora

se inclinaban a él, tan pronto como tenían ocasión de entrar en conocimiento ele sus doctrinas. Con esto experimentaron las concepciones de los socialistas burgueses una importante modificación. No tenían que guardar consideraciones, como éstos, j la burguesía que odiaban v combatían con saña ; el Socialismo pacífico de los utopistas burgueses, que querían traer la redención de la Humanidad mediante .a intervención de los mejores elementos de las clases superiores, se cambió entre los socialistas en un socialismo violento, revolucionario, cuya realización estaba encomendada < los puños proletarios.

Pero tampoco este socialismo obrero primitivo tenía comprensión para el movimiento obrero. También se mantenía adverso j la lucha de clases — al menos en su forma suprema, la política —. Naturalmente, por otras razones que los utopistas burgueses. Científicamente les era imposible sobrepasarles. El proletario puede apropiarse en el mejor caso una parte del saber que cultivan los científicos burgueses y elaborarlo de modo correspondiente a sus fines y necesidades ; pero le falta — en tanto sigue siendo proletario — la inspiración y los medios para impulsar la ciencia independientemente más allá del limite alcanzado por los pensadores burgueses. .Además, el socialismo obrero primitivo tenía que llevar todas las características esenciales del utopismo : no tenía idea del proceso económico que crea los elementos materiales de la producción socialista y que mediante la lucha de clases agranda y hace madurar aquella c ase que está llamada a apoderarse de esos elementos v a sacar de ellos la nueva sociedad. Estos proletarios creían también, como los utopistas burgueses, que una forma social era un edificio que puede ser construido arbitrariamente según unos planos fijados de antemano, con sólo tener los medios y el lugar para ello. Ya se creían en posesión de la fuerza para proceder a la edificación los utopistas proletarios, tan esforzados y atrevidos como ingenuos ; sólo era cuestión de obtener el lugar necesario y los medios necesarios para ello. Naturalmente, no esperaban

que ningún millonario, ni ningún príncipe .os pusiera a su disposición ; la revolución debía suministrar todo *lo* necesario, debía derribar el viejo edificio, destruir los viejos poderes y dar la dictadura al inventor o al pequeño grupo de inventores del nuevo plano de obras, habilitando al nuevo Mesías para que erigiese el edificio de la sociedad socialista.

En esta ideología la lucha de c'.ases no hallaba puesto. Los utopistas proletarios encontraban demasiado amarga la miseria en que vivían para no desear, impacientes, su inmediata supresión. Incluso si hubieran tenido *por* cosa posible que la lucha de clases elevara poco a poco el proletariado y capacitara a la sociedad para su ulterior desarrollo, les hubiera parecido este procedimiento demasiado circunspecto. Pero no creían en esa elevación. Se hallaban en los comienzos del movimiento obrero, las capas de proletarios que en él participaban eran reducidas, y entre estos pocos proletarios luchadores se encontraban sólo personas aisladas que tuvieran ante los ojos algo más que la defensa de sus intereses de momento. Parecía imposible educar en el pensamiento socialista ■ la gran masa de la población. Lo único que podría dar esta masa era un empuje de desesperación en el que aniquilara lo existente y dejara libre el camino a los socialistas. Cuanto peor estuvieran las masas, tanto más próximo estaría — eso creían los primitivos obreros socialistas — el momento en que su situación fuera tan insoportable que hicieran saltar la superestructura social que las oprimía. Una lucha para la elevación gradual de la clase trabajadora era, según la manera de ver de estos socialistas, no sólo indigna de consideración, sino decididamente perjudicial, porque la más mínima mejora que pudiera alcanzar de modo pasajero haría más soportable lo existente a las masas, retrasando el momento de su sublevación y de la destrucción de lo existente ; es decir, el momento de la fundamenta', supresión de la miseria. Cualquier forma de la lucha de clases que no lleve a la destrucción plena e inmediata de lo existente, esto es,

cualquier turma seria y eficaz de ella, significaba nada menos que una traición a la Humanidad.

Hace más de medio siglo que apareció en la clase tra bajadora esta ideología, que recibió su más genial expresión de Weitling. Todavía hoy no ha desaparecido. La inclinación hacia ella a? muestra en toda capa de proletarios que se dispone a ingresar en las filas del proletariado luchador ; se muestra en todo país cuyo proletariado comienza a adquirir conciencia de su situación indigna e insoportable, y ti llenarse de tendencias socialistas sin poseer todavía clara inteligencia de las relaciones sociales y sin confiar en la tuerza para una persistente lucha de clases ; y como cada vez salen nuevas capas de proletarios del fango a que les ha empujado el proceso económico, y como cada vez caen nuevos países en la producción capitalista y en **ia** proleta- rización, puede resurgir siempre esta ideología de los primitivos socialistas utopistas obreros. Es una enfermedad de infancia, que amenaza a todo movimiento proletario- socialista joven.

Hoy en día se designan esta clase de concepciones so-cia'.istas como anarquismo ; pero no es necesario que va yan ligadas con él. Como no resultan de una visión clara, sino de una rebelión instintiva contra lo existente, es conciliable con los más diversos puntos de vista teoréticos. Pero, sin embargo, se emparejan muy bien en la época moderna el rudo y poderoso socialismo del proletario primitivo y el anarquismo, con frecuencia muy sensitivo, delicado y pacífico, del pequeño burgués refinado, coincidien do en una cosa los elementos más diferentes: en el desvío, mejor odio, contra la persistente lucha de clases, en especial contra su forma más elevada, la lucha política.

Ni el socialismo burgués ni tampoco el socialismo proletario utópico pueden superar al contraste entre Socialis mo y movimiento obrero. Si bien **a** veces se ven forzados por las circunstancias los utopistas proletarios a tomar parte en la lucha de clases, esta participación no lleva, a causa de su falta de actitud teórica, a una unión de Socialismo

y movimiento obrero, sino a un desplazamiento del primero por el segundo. Es sabido que el movimiento anarquista — tomando aquí la palabra en el sentido de ese utopismo proletario — en todas partes donde ha llegado ■ convertirse en un movimiento de masas, en una verdadera lucha de clases, termina siempre, más tarde o más temprano, ■ pesar de su aparente radicalismo, en un puro sindicalismo gremial.

12. - La Socialdemocracia, unión de movimiento obrero y Socialismo

Si habían de reconciliarse el movimiento socialista y el movimiento obrero y fundirse en un movimiento unitario, necesitaba el Socialismo levantarse sobre la ideología del utopismo. Haber ejecutado esto es el acto de transcendencia histórica realizado por Marx y Engels, quienes pusieron en su *Manifiesto comunista* de 1847 los fundamentos científicos del nuevo, moderno socialismo, o como hoy se dice, de la Socialdemocracia. Dieron con ello al Socialismo una columna vertebral, hicieron de lo que hasta entonces había sido un bello sueño de algunos ilusos bien intencionados, un serio objeto de lucha, mostrándolo como la consecuencia forzosa del proceso económico. Prestaron al proletariado luchador una clara conciencia de su misión histórica, poniéndole en situación de apresurarse con la mayor rapidez y con el menor número de sacrificios posibles hacia su gran meta. Los socialistas ya no tienen la misión de hallar libremente la nueva sociedad, sino de descubrir los elementos de ella en la sociedad existente. Ya no tienen que traer de arriba al proletariado la redención de su miseria, sino que tienen que apoyarle en su lucha de clases por medio del aumento de su perspicacia y fomento de sus organizaciones económicas y políticas, procurándole así con más rapidez y menos dolor la madurez del momento en que se encuentre en situación de redimirse a sí

nusno. Dar en lo posible conciencia de su fin y adecuación a la lucha de clases del proletariado : ésta es ia misión de la Socialdemocracia.

l'na mayor discriminación de la ideología contenida en la doctrina de Marx y Engels no es necesaria, pues todo el presente libro se basa en ella, no es otra cosa que su exposición y análisis.

La lucha de clases del proletariado recibe por medio de esta doctrina un nuevo carácter. En tanto que no ha adoptado como fin consciente ia producción socialista, en tanto que los esfuerzos del proletariado en lucha no han sobrepasado el marco del modo de producción actual, la ludia de clases se mueve en apariencia siempre en círculo, sin apartarse de su situación, la lucha del proletariado por una existencia satisfactoria parece un trabajo de Sísifo. Pues las tendencias depresivas del modo de producción capitalista no son suprimidas por la lucha de clases y sus logros, sino, en el mejor caso, sólo reducidas. La proleta- riz.ación de las capas medias de la sociedad avanza sin interrupción : incesantemente son- lanzados al proletariado harapiento miembros y capas enteras de las clases trabajadoras, incesantemente pone en peligro la furia de ganancia de los capitalistas todos los logros de las capas mejor situadas de los trabajadores. Cada reducción de la jornada, bien sea alcanzada mediante una lucha política o económica, es una incitación hacia la introducción de máquinas que ahorren trabajó, hacia una tensión más fuerte del trabajador ; toda mejora de las organizaciones proletarias es contestada con una mejora de las organizaciones capitalistas, etc. Y con esto crece la falta de trabajo, aumentan las crisis en volumen y profundidad, la inseguridad de la existencia se hace cada vez más grande y penosa. La elevación de la clase trabajadora producida por la lucha de clases es menos económica que moral. Las condiciones económicas del proletariado en su totalidad mejoran sólo un poco y despacio a consecuencia de la lucha de clases y de sus conquistas, si es que acaso mejoran. Pero la considera

ción de sí' mismo sube en el proletariado, y también la consideración que le tributan las otras clases de la sociedad : comienza a sentirse de la misma alcurnia que las situadas más alto y a comparar su suerte con la de ellas; comienza a sostener pretensiones mayores para sí, para su domicilio y vestidos, [>ara sus conocimientos, la educación de sus hijos, etc. ¡ exige participación en tenias las conquistas de la cultura. Y se hace cada vez más sensible frente a todti postergación y opresión.

Esta elevación morar del proletariado equivale al despertar y continuo crecimiento de su «capacidad de exigencia». Esta crece más rápidamente que puedan aumentar las mejoras de su situación económica compatibles con el actual modo de explotación. Todas estas mejoras, de las que unos esperan y otros temen que satisfagan a los trabajadores, tienen que ser dejadas atrás por las pretensiones de los trabajadores, consecuencia natural de su elevación moral. La consecuencia de la lucha de clases sólo puede ser, por eso, un continuo incremento de la insatisfacción del proletariado con su suerte. Una insatisfacción que naturalmente se siente con más fuerza allí donde la elevación económica del proletariado se ha quedado muy atrás en relación con su elevación moral ; pero cuyo aumento no puede ser impedido permanentemente, de ningún modo. Y de esta manera aparece por fin la lucha de Í clases como carente de finalidad e infructuosa, si no se es

fuerza por ir más allá del sistema de producción existen- ♦ te. Cuanto más eleva al proletario, tanto más lejos se ve éste del fin de su esfuerzo, de una existencia satisfactoria correspondiente a sus concepciones de ’.a dignidad humana.

Sólo la producción socialista puede poner fin a la desproporción entre las aspiraciones de los trabajadores y los medios de satisfacerlas, mientras que la explotación y diferencia de clases la mantiene ; aquélla aleja los poderosos estímulos hacia la insatisfacción del trabajador con su suerte, que hov crea el ejemplo del lujo del explotador. Quitado del camino este estímulo, resulta por sí propia la limi

tación do las aspiraciones de ios trabajadores s **ia** medida conciliable con los medios disponibles para la satisfacción de sus necesidades. Ya hemos visto cuánto acrece estos medios la producción socialista.

La insatisfacción que corroe ia «capacidad de exigencia» es desconocida en sociedades comunistas. Por el contrario, surge forzosamente del contraste de clases y de la explotación, allí donde los explotados se sienten de la misma alcurnia que los explotadores, o incluso superiores. Cuando una clase explotada ha llegado tan lejos, entonces ya no acalla su capacidad de exigencia, sino cuando ha puesto fin a su explotación.

En tanto que estuvieron en contraposición la lucha de clases del proletariado y el Socialismo, en tanto que éste no se proponía otra cosa que conquistar para el proletariado una posición satisfactoria mediante concesiones dentro del marco de la sociedad actual, era imposible que alcanzara su meta. Daba vueltas a un tornillo sin fin. Otra cosa aconteció desde que el movimiento socialista se fundió con el movimiento obrero : ahora tiene éste una meta a «a que se aproxima a ojos vistas, ahora todos los aspectos de esta lucha son significativos, incluso para aquellos para quienes no tiene consecuencias prácticas, inmediatas, con sólo que se interesen por la conciencia y aprecio del proletariado, por su solidaridad y disciplina. Ahora se convierten algunas batallas aparentemente perdidas, en victorias ; ahora significan también todos los trechos perdidos, todos los proyectos de ley rehusados que hubieran debido servir los intereses del proletariado, un paso adelante hacia la meta de) logro de una existencia digna de seres humanos. De aquí' en adelante se ve que todas las medidas económicas y políticas que se tomen en atención al proletariado, que se adopten en su favor, podrán perseguir tendencias adversas o benéficas, podrán acertar o fracasar ;]>ero con todo, solamente contribuirán a sacudirle y elevarle moralmente. De aquí en adelante va no se asemeja el proletariado luchador a un ejército que no sale del polvo

y que sólo con fatigas *y* entre grandes pérdidas puede acaso mantener sus posiciones una vez ganadas; ahora será cada vez más claro a todos los ojos que es un conquistador al que no se puede resistir y cuya carrera de victorias no hay nada que pueda detener.

1 3. - El internacionalismo

El nuevo socialismo fundado por ' Alarx y Engels ha tenido su origen en Alemania. Sus dos fundadores eran alemanes, alemanes fueron sus primeros discípulos, los primeros escritos de exposición aparecieron en alemán. Esto se explica fácilmente — si bien no fué ella la única causa —, ya que fué en Alemania donde se realizó primero 1a fusión del movimiento obrero con el Socialismo. En Alemania fué donde tomó raíz primero la Socialdemocracia — entendiéndose aquí por Alemania no el imperio alemán, sino todo el territorio habitado por un gran número de trabajadores de lengua alemana.

Pero la difusión de la Socialdemocracia no ha quedado limitada a Alemania. Los fundadores del moderno socialismo han reconocido desde el comienzo el carácter internacional que el actual movimiento obrero se esfuerza por adquirir en todas partes, y 'han intentado dar desde el principio a su propaganda un fundamento internaciona'..

El tráfico internacional estíi naturalmente ligado al modo de producción capitalistta. Su desarrollo desde la simple producción de mercancías depende íntimamente del desarrollo del comercio mundial. Pero éste no es posible sin el tráfico pacífico entre las distintas naciones ; exige para su desenvolvimiento que el comerciante extranjero tenga en el país en que comercia la misma protección que en el propio. El comerciante será elevado así, por medio del desarrollo del comercio mundial, a los grados directivos de la sociedad. Su modo de pensar comenzará ■ influir mucho

en el modo de pensar de la sociedad. Pero el comerciante ha sido siempre un elemento móvil ; su norma ha sido desde siempre : *ubi benc, ubi patria,* lo que para mí sig- nilica : donde hay ganancia, ahí está mi patria.

Así se desarrolla en la masa entre la cual se extienden el comercio mundial y la producción capitalista las tendencias burguesas, universales en la sociedad burguesa, hacia una paz. perpetua entre todas las naciones, hacia una fraternidad de todos los pueblos.

Pero el sistema de produción capitalista da origen a las contradicciones más singulares; así como coexisten en él al mismo tiempo las tendencias hacia el aumento de la igualdad y de la desigualdad, hacia la depresión del proletariado en la más honda miseria y hacia su elevación a c'.ase dominante, hacia la completa libertad del individuo y hacia su completa servidumbre, así también, de la mano con su tendencia hacia la fraternidad de los pueblos, va la tendencia hacia la elevación de las contraposiciones nacionales. El tráfico necesita de la paz ; pero la competencia da lugar a la guerra. Existe en cada país un eterno estado de guerra de los distintos capitalistas y de las distintas clases entre s;‘, e igualmente entre los capitalistas y clases capitalistas de las distintas naciones. Cada nación intenta ensanchar el mercado para sus productos y desplazar de este mercado a las otras. Cuanto más desarrollado esté el tráfico mundial, cuanto más necesaria sea la paz mundial, tanto más dura es la competencia, tanto mayor el peligro de colisiones bélicas entre las distintas naciones. Cuanto más intenso el tráfico internacional, tanto mayor la exigencia de separación entre las naciones. Cuanto más fuerte la necesidad de paz, tanto más amenazador el peligro de guerra : estas locas contradicciones corresponden por completo al carácter del sistema de producción capitalista. Están ya ocultas en el seno de la simple producción de mercancías ; pero la producción capitalista las desenvuelve en proposiciones gigantescas e insoportables. El hecho de que eleve las tendencias bélicas en la misma medida en que

hace indispensable la paz, es sólo una de las muchas contradicciones que 'han de echarla al fondo.

El proletariado no participa de La actitud contradictoria que en este particular resulta para las restantes clases de la actual sociedad. Cuanto mtís se desarrolla y se convierte en clase independiente, tanto más se extiende a los terrenos más distintos el fenómeno de que sólo una de las dos tendencias contrapuestas del sistema de producción capitalista le afecte, siendo la otra cada vez menos eficaz para él. Así, por ejemplo, el actual sistema de producción da lugar al mismo tiempo a la tendencia hacia la ■reunión de los productores en grandes Asociaciones para actuar en común, y la de la más enconada lucha de todos — los productores — contra todos. En el proletariado, la segunda tendencia cesa de actuar. En lugar del contraste entre monopolio y competencia que desgasta a la burguesía, encontramos, cada vez más, sólo la primera tendencia actuando en la dirección del robustecimiento y ensanchamiento de la solidaridad proletaria. Una consecuencia natural de esta «unitateralidad» es la tendencia, creciente a ojos vistas, hacia la íntima unión internacional que actúa sobre los proletarios de los distintos países cultos y el hecho de que pierda toda significación en sus filas la tendencia hacia el aislamiento nacional y hacia la lucha nacional.

El modo de producción capitalista, al hacer desheredados a los trabajadores, los ha libertíido de la tierra ; ya no tienen hogar sólido, ni tampoco patria firme. Igual que el comerciante, aceptan también la norma : *ubi bene, ibi patria,* donde están las mejores condiciones de trabajo, allí es mi patria. Ya los oficiales artesanos habían comenzado a extender sus viajes a países extranjeros, y la consecuencia de ello fueron los comienzos de una organización internacional, de que ya hemos tratado. Mas ¡ qué son esos viajes en comparación con los que permite el moderno desarrollo del tráfico ! Y el oficial artesano viajaba con el propósito de regresar después a su patria ; el moderno proletario viaja con mujer e hijo, y se queda allí donde puede

alcanzar las mejores condiciones de trabajo. No es un turista, sino un nómada.

Igual que el proletario, también el comerciante, al menos el del comercio mundial, pretende hacerse independiente de la tierra y quedarse allí donde cree tener mejor garantizados los intereses de su negocio. Pero no pierde la relación con su patria. Pues su consideración en el extranjero, su posición, la posibilidad de negociar sin obstáculo y perjudicar a sus colegas extranjeros, defiende en gran parte de la significación y fuerza del Estado a que pertenece. El comerciante en el extranjero permanece, pues, sintiéndose nacional ; por regla general, estos señores son los lacayos más chauvinistas ; perciben del modo más inmediato lo que significa para su bolsillo la grandeza de su patria.

Distinto es con el proletario. En su patria no es mimado por '.a protección oficial de sus intereses ; tampoco necesita, por regla general, en el extranjero, al menos en los países cultos, de la protección de su patria. Al contrario, cuando busca un país extranjero lo hace casi siempre jxjrque sus leyes y administración pública son más favorables al trabajador que las de su patria. Y sus nuevos compañeros de trabajo no tienen interés ninguno en robarle la protección legal en el caso de que necesite de ella con apremio, sobre todo frente a su explotador. Su propio interés les pide, al contrario, cuidar de que su capacidad de resistencia frente ■ su explotador crezca.

El moderno proletario se desprende de su tierra de muy otra manera que el oficial artesano de la época gremial y el comerciante. Se hace un verdadero ciudadano del mundo ; el mundo entero es su patria.

Naturalmente, esta ciudadanía universal trae consigo para los trabajadores de los países en que existe un nivel de vida más alto y mejores condiciones de trabajo, en aquellos que la inmigración supera a la emigración, múltiples desventajas, a veces peligros. Pues es innegable que estos trabajadores mejor situados encuentran un freno para su

lucha de ciases en la competencia de los inmigrantes necesitados e incapa<'es de resistencia.

En ciertos casos, esta competencia puede llevar, igual que la competencia de capitalistas de distintas naciones, a la agudización de los contrastes nacionales, ar odio nacional de los trabajadores indígenas contra los forasteros. Pero la lucha de nacionalidades, que es un fenómeno permanente en los círculos de la burguesía, puede tener en los de los proletarios sólo una naturaleza pasajera.

Pues tarde o temprano lograrán convencerse — si no .por otros caminos, mediante amargas experiencias—de que la inmigración de fuerzas de trabajo más baratas desde lugares atrasados a otros, económicamente adelantados, está tan necesariamente ligada al sistema de producción capitalista como la introducción de las máquinas y la entrada de la mujer en la industria, y que les oprime iguaí que los dos últimos fenómenos.

Aún en otro modo perjudica también al movimiento obrero de un paíls adelantado el atraso de los trabajadores en países extraños : el grado de explotación en que éstos se encuentran es un buen pretexto, y poco a poco una verdadera razón, con la que los capitalistas del primer país pueden oponerse a los esfuerzos de sus trabajadores hacia la mejora de sus condiciones de trabajo, mediante la legisla ción o «libre» convenio.

De un modo o de otro, .se les demostrará a los trabajadores que permanecen en el país cuán dependientes son los progresos de su lucha de clases respecto de los progresos de la clase trabajadora en ‘os otros países. Si esto les llena de adversión pasajeramente contra los trabajadores extranjeros, abrirá vía por fin en ellos a la idea de que sólo hay un medio eficaz de suprimir la rémora del atraso del ex- tranjero : suprimir el atraso mismo. Los obreros alemanes tienen toda clase de motivos para desear y, en lo posible, hacer que los obreros eslavos e italianos alcancen, en el extranjero como en su patria, salarios más elevados y jor- ’nada más reducida ; el mismo interés tienen los obreros

ingleses re-pecio de los alemanes y otros; los americanos respecto de los europeos.

La estrecha dependencia en que se encuentra la lucha de clases de un jiaís respecto de la de otros lleva forzosamente a la unión de las capas proletarias luchadoras de los diferentes países.

Cada vez más desaparecen los restos de la separación nacional y del odio que el proletariado recibió de la burguesía ; cada vez se liberta más de los prejuicios nacionales; cada vez más aprende el trabajador a reconocer y apreciar como camaradas, como compañeros de lucha, a los compañeros de trabajo extranjeros, cuyo lenguaje pudiera ser también el suyo.

La más íntima será naturalmente la solidaridad internacional entre aquellas capas del proletariado de las distintas naciones que se han impuesto los mismos fines y los persiguen con los mismos medios.

Los autores del *Manifiesto comunista* han reconocido de antemano que es indispensable la reunión internacional de las luchas de clases del proletariado si quieren exceder, en finalidad, fuerza y contorno, de un cierto volumen. Se dirigen a los proletarios de todos los países y cierran con esta intimación : «¡ Unios!» Y la organización que habían ganado para los principios del *Manifiesto* y en cuyo nombre se publicó, era internacional : la «liga de los comunistas».

Las consecuencias de ia derrota de los movimientos revolucionarios de 1848 y 1849 pusieron fin a esta liga ; pero con el nuevo despertar del movimiento obrero en los comienzos de los años sesenta resurgió también otra vez en la «Asociación internacional obrera» (fundada en 1864), cuya alma fué Marx. Tenía la misión no sólo de volver a despertar el sentimiento de solidaridad internacional en el proletariado de los distintos países, sino también de darle un fin común y encarrilarle por un camino común. La primera tarea la ha cumplido en medida abundante ; en la segunda fracasó en parte. La Internacional debía consumar la

unión del proletariado luchador con el moderno socialismo en todos los países. Declaró que la emancipación de (odas las clases trabajadoras sólo podía ser conquistada por ellas mismas ; que el movimiento político era un simple medio auxiliar para este fin, y que la emancipación del proletariado es imposible en tanto subsista su dependencia resl>ecto de los monopolizadores de los medios de producción, de las fuentes de la vida. Contra estos principios se levantó en la «Internacional» una oposición tanto más fuerte cuanto que su clara consecuencia es la Socialdemocracia. Todos los adscritos al utopismo burgués, pequeñoburgués y proletario primitivo, relativamente tan numerosos todavía antes de los años 30 y 40, así como los representantes del puro sindicalismo gremial de una aristocracia del trabajo, se desprendieron de la «Internacional» cuando notaron a dónde quería ir ésta. La caída de la Communa de París, 1871, y las persecuciones del Poder público en los distintos países del continente europeo dieron lugar a su ocaso.

Pero la conciencia de la solidaridad internacional que difundió no se dejó sofocar.

Desde entonces, las ideas del *Manifiesto comunista* han prendido en e'. proletariado luchador de toda Europa — y en distintas capas de proletarios fuera de Europa —; en todas partes se ha realizado ya la fusión de la lucha de clases con el socialismo moderno, o **sr** encuentra **en** rápida realización. Los fundamentos, fines y medios de la lucha de clases proletaria son iguales, cada vez más, en todas partes. De aquí resultó una corriente cada vez más estrecha entre los movimientos socialistas obreros de los distintos países, la conciencia internacional era cada vez más poderosa y sólo hacia falta un impulso externo para prestar expresión visible a este hecho.

Esto tuvo lugar, como es sabido, con ocasión del centenario de la toma de la Bastilla en el Congreso internacional de París (1889). Los siguientes Congresos internacionales han dado oportunidad para fortalecer la unión del proletariado luchador, que además recibe cada año n ex-

presión externa en la fiesta de mayo. No son los varios pensadores) animadores, considerados como cosa singular por la multitud de sus compañeros de clase, quienes se reúnen en estos Congresos, como en los Congresos pacifistas de la burguesía, sino los representantes y portavoces de cientos de miles, de millones de hombres y mujeres trabajadores. Cada fiesta de mayo muestra de modo impresionante que las masas de la población laboriosa, conscientes de la solidaridad del proletariado en todos los centros de la vida política y económica de todos los países de la cultura moderna, son las que protestan contra la guerra y declaran que las llamadas contraposiciones nacionales no son ya, de hecho, contraposiciones de pueblos, sino sólo contraposiciones de sus explotadores.

Un tal puente sobre el abismo que separa a las naciones, una tal reunión internacional de tas más amplias capas del pueblo no la ha presenciado hasta ahora la Historia universal. Este acontecimiento es tanto más grandioso cuanto que se ejecuta a la sombra de preparativos bélicos que por su parte ofrecen también un espectáculo inaudito en la Historia universal, de preparativos bélicos que oprimen indeciblemente a. Europa.

A la vista de estos preparativos, la Socialdemocracia tiene duplicado el deber de decidirse a acentuar su punto de vista internacional. Esto se ha hecho de modo intenso m el Programa de Erfurt.

14. - La Socialdemocracia y la nación

La Socialdemocracia es desde un principio, en su esencia, un partido internacional. Pero al mismo tiempo tiene también la tendencia a hacerse un partido nacional, en el sentido de que no sea sólo representante de los asalariados industriales, sino de todas las capas trabajadoras y explotadas, es decir, de la gran mayoría de la población que ge

neralmente se denomina «pueblo». Ya hemos visto que el proletariado industrial tiene la tendencia ■ constituirse HI una única clase trabajadora. También hemos mostrado ya que las otras clases trabajadoras son cada vez más semejantes en tipo de vida y condiciones de trabajo al proletariado; sabemos ya, en fin, que el proletariado trabajador es la única de las clases trabajadoras que aumenta siempre en fuerza, inteligencia y conciencia de su fin, que es el punto central alrededor del cual se agrupan los restos siempre vacilantes de las otras clases trabajadoras. Su sentimiento y pensamiento son, cada vez más, reguladores para los de la masa total de la «gente modesta».

En la medida en que los asalariados se hacen conductores del pueblo, el partido obrero se hace partido nacional (Volkspartei). De hecho, tan pronto como el trabajador independiente de la pequeña explotación siente como un proletario, tan pronto como reconoce que ha caído, o que sus hijos caerán fatalmente en el proletariado, que ya no hay para él otra salvación que la liberación del proletariado, desde ese momento verá en la Socialdemocracia la natural representante de sus intereses.

Ya hemos explicado < n el capítulo anterior que no dehe temer su triunfo; antes bien, éste le interesa a él también, pues significa la introducción de una situación social que liberta ■ todos los trabajadores — no sólo ■ los asalariados, sino también a los trabajadores independientes de la pequeña industria — de la explotación y opresión, garantizándoles la adquisición de bienestar y seguridad.

Pero la Socialdemocracia representa los intereses de toda la «gente modesta» no sólo en el futuro, sino también en la sociedad actual. El proletariado, como la más baja que es de las capas explotadas, no puede libertarse de la explotación y opresión sin aniquilar toda explotación y opresión. Es, por eso, enemigo jurado de ella, cualquiera que sea la forma en que se presente; es el campeón de todos los explotados y oprimidos.

^ntes hemos hablado de la Internacional. Debe ahora

hacerse notar que la causa de su fundación fué una manifestación proletaria a favor de Polonia sublevada contra el yugo de los zares; que la primera comunicación que dirigió la Internacional después de constituirse fué un mensaje de felicitación a Lincoln, presidente de los Estados Unidos, en el que se le expresaba la simpatía de la sociedad obrera por la liberación de los esclavos, y que, por último, la Internacional fué la primera organización en Inglaterra, y con miembros ingleses, que se puso, y, por cierto, del modo más eficaz, a favor del partido irlandés, maltratado por las clases dominantes en Inglaterra. Ni el movimiento irlandés, ni el polaco, ni la emancipación de los esclavos, tenían que ver directamente con los intereses de clase de los asalariados.

Análogos ejemplos ofrece ■ docenas la historia de cada movimiento socialista obrero.

Se dice, sin embargo, que la Socialdemocracia edifica sobre la continuación del proceso económico; la producción socialista tiene como supuesto el desplazamiento más completo posible de la pequeña explotación por la gran explotación. La Socialdemocracia tiene, pues, interés en la declinación de la pequeña industria, en la declinación del pequeño artesano, pequeño comerciante y pequeño campesino; necesita propulsar su ruina y, por lo tanto, no puede obrar en interés suyo.

A eso se responde lo siguiente : La Socialdemocracia no hace ella el proceso económico; el desplazamiento de la pequeña explotación por la grande se realizará sin su actuación, por la clase capitalista, en lo más fundamental. Sin embargo, no tiene motivo para salir al paso de este proceso. Pero es que pretender detener el proceso económico no significa representar los verdaderos intereses de los pequeños campesinos y pequeñoburgueses, pues todos los intentos encaminados a eso están llamados a fracasar, y si han de producir algún efecto, perjudicarán en lugar de ser útiles. Preparar A artesanos y campesinos n la idea de que sus pequeñas explotaciones van ■ volver ■ ser próspe-

ras no significa representar sus intereses, sino despertar en ellos ilusiones que nunca se pueden realizar y que desvían sus intereses del camino recto hacia la representación más certera.

Pues si es inevitable la caída de la pequeña explotación, no lo es en modo alguno el que haya de llevarse ■ cabo acompañada de todos los horribles fenómenos que hoy se adhieren *a* ella, por regla general. Hemos visto que la desaparición de una jxtqueña explotación es sólo el último acto de un largo drama, cuyos actos anteriores no representan otra cosa que la depauperación larga y dolorosa del pequeño productor independiente. La Socialdemocracia no tiene el menor interés en que los pequeñoburgueses y los pequeños campesinos se depauperen ; antes al contrario, tiene el mayor interés de que no sea éste el caso, pues cuanto más depauperados sean los círculos en los que el proletariado se recluta tanto más difícil es elevar **a** los reclutados hasta el punto de darles aptitud y voluntad para entrar en las filas del proletariado luchador. De que este último se extienda, y no de que se extienda el proletariado en su conjunto, dependen la extensión y fuerza de la Socialdemocracia. Cuanto más necesitados el campesino y el artesano, cuanto más acostumbrados al trabajo interminable, tanto más incapaces de resistencia se mostrarán ; tan pronto hayan caído en el proletariado, tanto más se dejarán explotar, tanto más perjudicarán con su competencia a los obreros mejor colocados. Las mismas razones, en parte, que conducen a la solidaridad internacional de los trabajadores llevan también hacia una solidaridad del proletariado con las clases de donde se recluta, una solidaridad, naturalmente, que hasta ahora sólo ha sido sentida y practicada, por lo común, por una parte, por parte de los proletarios.

Naturalmente que cuando los pequeños campesinos y pequeñoburgueses que se hunden quieren mantenerse a flote a costa de los proletarios, quizá mediante una excesiva explotación del aprendizaje o impidiendo la organización **de** sus asalariados, entonces se encontrarán siempre con la

enérgica resistencia del proletariado y de la Socialdemocracia. Por el contrario, introduce ésta del modo más decisivo una serie de medidas que, sin detrimento del proletariado, sino favoreciéndolo al mismo tiempo, producirán considerables mejoras y alivios para los pequeños campesinos y pequeñoburgueses.

Esto lo esclarecen con diafanidad las exigencias que plantea la Socialdemocracia como inmediatamente realizables en el actual Estado. La enumeración de esas exigencias forma la parte segunda del Programa de Erfurt. Dice:

Partiendo de estos principios, exige el Partido Socialdemócrata alemán, por lo pronto:

1. Sufragio universal, igual, secreto v directo para todos los súbditos del Imperio mayores de veinte años, sin diferencias de sexos, para todas las elecciones y votaciones. Representación proporcional; y hasta su introducción, nueva división legal de los distritos electorales, según el número de habitantes. Diputaciones de dos años. Convocatoria de las elecciones y votaciones en un día de fiesta oficial. Inmunidad para los representantes elegidos. Supresión de toda limitación de derechos políticos, salvo en el caso de incapacitación.

2. Legislación directa por el pueblo, por medio de la iniciativa v el «referéndum». Autonomía y autoadministración del pueblo en el Imperio, Estado, provincia y Municipio. Elección por el pueblo de las autoridades. Responsabilidad v responsabilización de las mismas. Otorgamiento anual de contribuciones.

3. Instrucción militar general. Ejército popular, en lugar del existente. Decisión de la guerra y la paz por la representación popular. Conclusión de las diferencias internacionales por vías jurídicas.

4. Abolición de todas las leyes que limiten u opriman la libertad de opinión y el derecho de asociación v de reunión.

5. Abolición <le (odas les leyes que jx-rjudiquen ■ la mujer en relación de derecho público y privado frente al hombre.

6. Declaración de que la religión es asunto privado. Abolición de todas las aplicaciones de medios públicos ***a*** fines eclesiásticos y religiosos. Las comunidades eclesiásticas y religiosas deben ser consideradas como asociaciones privadas que ordenan sus asuntos con entera independencia.

7. Laicismo de la escuela. Inspección obligatoria de las escuelas públicas nacionales. Gratuidad de la instrucción, de los medios de enseñanza y de asistencia en las escuelas públicas nacionales, así como en los establecimientos superiores de cultura para aquellos discípulos y discí- pulas que se consideren adecuados por sus aptitudes para una formación más amplia.

8. Gratuidad de la administración de justicia v de la defensa ante los Tribunales. Jurisdicción mediante jueces elegidos por el pueblo. Apelación en cuestiones criminales. Indemnización a los inocentes acusados, prendidos y juzgados. Abolición de la pena de muerte.

9. Gratuidad de los servicios sanitarios, incluidos los de maternidad y curación. Gratuidad de los entierros.

10. Impuestos gradualmente ascendentes sobre la renta y los bienes para costear todos los gastos públicos, en tanto ástos hayan de ser cubiertos mediante impuestos. Declaración obligatoria. Impuesto de herencias, gradualmente ascendente, según el volumen de la herencia y el grado de parentesco. Abolición de todos los impuestos indirectos, aduanas y demás medidas politicoeconómicas que sacrifican los intereses generales a los intereses de una minoría preferida.

Para la protección de la clase trabajadora exige el Partido Socialdemócrata alemán, por lo pronto:

1. Una eficaz legislación protectora del obrero, nacional e internacional, sobre las siguientes bases:

a) fijación de una jornada máxima de, a lo sumo ocho horas.

b) Prohibición del trabajo para niños menores de catorce años.

c) Prohibició del trabajo nocturno, excepto en aquelias ramas de la industria que por su naturaleza, razones técnicas o razones de bienestar público, requieran trabajo nocturno.

d) Descanso ininterrumpido de, al menos, treinta j seis horas en cada semana para cada obrero.

e) Prohibición del sistema de trueque.

2. Vigilancia de todas las explotaciones industriales, fiscalización y regulación de las condiciones de trabajo en la ciudad y en e'. campo, mediante una Oficina del Trabajo en el Reich, Oficinas de Trabajo de distrito y Cámaras del Trabajo. Medidas de higiene del trabajo.

3. Equiparación jurídica de los trabajadores agrícolas y de los criados con los trabajadores de la industria. Supresión de las ordenanzas de la servidumbre.

4. Aseguramiento del derecho de coalición.

5. Incorporación de todo el seguro obrero por el Imperio, con intervención decisiva de los obreros en la administración.

l'n estudio más detallado de estos puntos saldría del plan del presente trabajo, que comprende tan sólo los fundamentos de la Socialdemocracia, pero no las consecuencias prácticas que de ellos resultan. Sólo las aportamos aquí en tanto pueden servir de aclaración □ aquéllos. Desde este punto de vista queremos ligar aquí algunas leves observaciones, que cierren nuestro trabajo, pues hemos alcanzado ya el final del sistema de ideas que se desprenden de la parte fundamental del Programa de Erfurt.

Ante todo, se nos muestra que sólo una parte de las pretensiones de la Socialdemocracia son puras pretensiones obreras, es decir, pretensiones que sean exigidas en exclusivo interés del proletariado asalariado. La mayor parte de

las pretensiones afectan a intereses que el proletariado tiene en común con otras capas de la población trabajadora.

Algunas de estas pretensiones las sostiene también la democracia burguesa ; pero las otras sólo pueden ser mantenidas por la Socialdemocracia, como único partido anticapitalista, e incluso las mismas pretensiones democrático- burgursas son postuladas por ella con más energía que por ningún otro partido. Intenta elevar las condiciones de vida de la gente modesta, y descargarla, mediante la supresión de los impuestos indirectos y el deslizamiento de las mayores cargas contributivas sobre los ricos, valiéndose de un impuesto progresivo sobre la renta, supresión del ejército actual, alejamiento de la Deuda pública, íntimamente ligada a él, etc. Intenta elevar espiritualmente a la gente modesta, exigiendo, al mismo tiempo que su descarga económica, no sólo una instrucción gratuita en las escuelas nacionales que baste a todo lo que reclama la cultura moderna, sino también la gratuidad de los medios de enseñanza y de la asistencia a los escolares por la comunidad. Ella es la única que quiere ofrecer a la «gente modesta» una suficiente asistencia médica y defensa gratuita ante los Tribunales.

Y solamente medidas que se hallen en la dirección marcada por estas pretensiones pueden mejorar en lo posible la situación de los trabajadores independientes de la pequeña industria en la sociedad actual. Ayudar **a** los artesanos y campesinos como productores con la conservación de sus atrasados medios de explotación es algo que contradice al proceso del desarrollo económico, y resulta impracticable. También es imposible elevarles a todos, o **a** una parte considerable de ellos, a la condición de capitalistas. La masa de esta «gente modesta» sólo puede ser ayudada como consumidora. Pero precisamente los partidos que en apariencia se muestran corno más amigos de los artesanos y campesinos son los que más les recargan en cuanto consumidores. Este recargo es

gun ellos, debe acompañarle, es cada vez más un simulacro. La elevación de los |>equeñoburgueses y pequeños campesinos no sólo no contradice el proceso económico, sino que más bien es un medio para empujarlo. No sólo es posible, sino que es preciso procurarla, por la siguiente razón, y prescindiendo de otras muchas razones que corresponden en parte a consideraciones comprensibles, y en parte a estímulos de la comunidad de sentimientos con los pobres campesinos y pequeñoburgueses depauperados : Cuanto mejor sea su situación como consumidores ; cuanto más elevado su nivel de vida ; cuanto mayores sus exigencias corporales y espirituales ; cuanto más inteligentes, tanto más pronto cesarán de querer llevar adelante su lucha contra la gran industria, mediante la competencia del hambre ; tanto antes renunciarán a la lucha sin esperanza, y robustecerán las filas del proletariado ; pero no las filas de las capas inferiores del mismo, deprimidas, incapaces de resistencia y necesitadas : ingresarán indirectamente en las filas de los proletarios luchadores, «exigentes», conscientes de su fin, acelerando así su triunfo.

Esa victoria no saldrá, como algunos han creído, de la miseria ; ni de la miseria de .'a pequeña burguesía y de los campesinos, ni de la del proletariado. La Socialdemo- cracia tiene toda clase de motivos para decidirse a contra rrestar la miseria tanto de un lado como de otro, y lo hace en lo que sus fuerzas alcanzan. Robustecer éstas es no sólo interés de los asalariados, sino también de todos los demás miembros de la población que viven de su trabajo y no de la explotación ajena.

La pequeña burguesía y los campesinos no han estado en condiciones nunca, desde que existe el moderno Estado, de sostener por sí solos sus intereses frente a

propietarias superiores. Los partidos burgueses mismos buscan esta alianza, en parte, por puras razones de partido, pues ven en la gente modesta el «rebaño electoral» que necesitan ; pero también en parte por consideraciones más profundas. Porque saben bien que la propiedad privada de pequeños campesinos y pequeñoburgueses constituye todavía hoy la defensa más fuerte de la propiedad privarla y, con ella, también de la explotación que practican. El bienestar del hombre modesto les es indiferente. Recargándole como consumidor, le tienen igualmente a mano. Puede depauperarse con tal de que no desaparezca su pequeña explotación, que le mantiene dentro del círculo de la propiedad privada. Todos estos partidos están interesados en que se extienda la explotación capitalista y, por tanto, en el avance del proceso económico. Desean sostener a los campesinos y pequeñoburgueses, se lo prometen a ellos ; pero de hecho hacen todo lo que pueden para extender el dominio de la gran industria y oprimir la producción campesina y artesana.

Muy otra es la relación entre los trabajadores independientes de la pequeña explotación y la Socialdemocracia. Esta no puede actuar en favor del sostenimiento de la pequeña explotación ; pero nada tiene que temer de él. Son los capitalistas y grandes terratenientes quienes expropian a artesanos y campesinos, no los proletarios. La victoria del proletariado es, según hemos visto en el capítulo anterior, el único medio de poner fin a esa expropiación. Como consumidores, coinciden los trabajadores independientes de la pequeña explotación en los mismos intereses con los proletarios. Tienen por eso toda clase de motivos para defenderlos, aliados con ellos, es decir, unidos en la Socialdemocracia.

No hay que esperar, naturalmente, que este convencimiento se extienda con rapidez entre ellos. Pero ya ha comenzado la deserción de pequeñoburgueses y campesinos de las filas de los partidos burgueses, una deserción de naturaleza muy particular, pues son precisamente los má

activos, los mas luchadores, los que primero han arrojado el fusil no para huir del fragor de la lucha, sino para huir de una lucha pequeña por la prolongación de una mísera existencia hacia la lucha gigantesca mundial por la introducción de una nueva sociedad que haga participar a todos sus nuembros de las grandes conquistas de la cultura moderna ; hacia la lucha por la liberación de toda la Humanidad culta, de la Humanidad entera, sacándola del camino de una sociedad que amenaza aplastarla.

Cuanto más insoportable sea el sistema de producción existente, cuanto más a las claras se apresure hacia la bancarrota y cuanto más ineptos se muestren los partidos dominantes para alejar, asustados, las desventuras crecientes de la sociedad ; cuanto más inconsistentes y faltos de fundamento sean estos partidos, que cada vez se convierten mas en refugio de políticos personalmente interesados, tanto más numerosos afluirán a la Socialdemocracia los miembros de clases no proletarias para seguir, juntos con el proletariado de pujanza irresistible, su bandera hacia la victoria v el triunfo.



FUNDACION



PESETAS